BETH REVIS

STAR WARS

REBEL RISING

LA HISTORIA DE LA HEROÍNA DE ROGUE ONE

Planeta

La autora de bestsellers del New York Times, Beth Revis, da vida a las primeras aventuras y desgarros de la heroína de la exitosa película Rogue One.

«Una historia de valentía, resistencia, esperanza y voluntad de sobrevivir en los tiempos más oscuros. Revis es una experta en acelerar y romper corazones».
—**MARIE LU**
Autora de *The Young Elites*
«Un emotivo e interesante vistazo al pasado de Jyn, lectura absolutamente obligatoria para fans de *Star Wars* veteranos y novatos por igual».
—**ALEXANDRA BRACKEN**
Exitosa autora de la serie *Darkest Minds* y *Wayfarer*
«Beth Revis ofrece una historia emocionalmente monumental tan intransigente como la propia *Rogue One*».
—**CLAUDIA GRAY**
Autora de *Star Wars. Líneas de sangre*, *Star Wars. Estrellas perdidas* y *Defy the Stars*
«La Fuerza está con este libro lleno de acción, irresistible, rebosante de intriga y completamente enganchador. En *Rebel Rising*, Beth Revis hace, no intenta».
—**AMIE KAUFMAN**
Coautora de *Illuminae*

Rebel rising

Beth Revis

LSW
LIBROS STARWARS

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Rebel rising*

Autora: Beth Revis

Arte de portada: Brian Rood

Traducción: Emma Alejandra Velázquez Rodríguez

Publication del original: mayo 2017

de 13 años a poco antes de la batalla de Yavin

Aporte: Darth Neurus

Revisión: Klorel

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

06.08.17

Base LSW v2.21

DECLARACIÓN_

Todo el trabajo de digitalización, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Para Corwin
Ya sé.

CENTRO IMPERIAL DE DETENCIÓN Y CAMPO DE TRABAJO LEG-817
UBICACIÓN: Wobani
PRISIONERO: Liana Hallik, #6295A
CRIMEN: Falsificación de documentos imperiales, resistencia al arresto.

MES 01_

El stormtrooper rio entre dientes cuando Jyn Erso cayó de rodillas frente a él.

—Ya puedes quitarme esto —dijo Jyn mientras levantaba sus manos esposadas—. Ni siquiera tengo adónde huir —agregó señalando con un gesto el largo corredor que iluminaban unas lámparas colocadas sobre la puerta de cada celda.

—Pero así es más divertido —dijo el stormtrooper. Levantó a Jyn jalándola de las muñecas hasta que estuvo completamente de pie. Las esposas de metal le cortaron la piel y lastimaron sus huesos, pero ella no se inmutó. No quería darle la satisfacción de verla sufrir.

—Siempre son tan… —El alcaide, un hombre alto, delgado y vestido de negro, agitó la mano en el aire como para invocar la palabra correcta—… tan *idealistas* cuando acaban de llegar, ¿no crees?

El stormtrooper evadió el comentario con un chasquido y empujó a Jyn por el oscuro pasillo hasta su celda.

El alcaide se rio de su propio chiste y se disculpó:

—Perdón, es que siempre identifico a los nuevos y eso me da mucha risa. Los detecto porque se paran más erguidos que los demás. —Rebasó a Jyn y al stormtrooper a zancadas y se puso frente a ellos para detenerlos. Tomó a Jyn por la barbilla obligándola a verlo, pero ella, desafiante, se soltó con un movimiento brusco. El alcaide rio de nuevo—. Los nuevos todavía dan un… poquito de batalla —dijo arrugando la nariz al decir «poquito».

Al ver que Jyn no mordía el anzuelo, su rostro se enserió.

—Por acá, prisionera. —Giró sobre sus talones y avanzó a paso veloz por el corredor. Jyn fijó la mirada al frente, tratando de que sus cansados pies no tropezaran de nuevo, prolongando el suplicio—. Dime, ¿dónde te encontraron? —preguntó el alcaide con indiferencia.

Jyn no contestó.

Él dio media vuelta y le propinó un bofetón.

—Te hice una pregunta, 6-2-9-5-A.

—Fui capturada en una nave en el sistema de las Cinco Puntas —contestó entre dientes.

—Capturada y *arrestada*. —El alcaide sonaba orgulloso de sí mismo aunque no había tenido nada que ver con el evento—. Y ahora, aquí estás. —Extendió el brazo y se quedó inmóvil. Señalaba a una de las celdas, oscura y vacía.

El stormtrooper empujó a Jyn hacia adelante y ella entró al diminuto cuarto dando tumbos. Levantó las muñecas de nuevo y él desactivó las esposas. La luz de las pesadas

bandas metálicas cambió de rojo a verde, lo que permitió que las manos de la joven sintieran el alivio de la libertad.

—Estoy seguro de que te gustará la operación que estamos realizando aquí, en L-E-G-1-8-7. —El alcaide pronunció la abreviatura de la filial del sistema penitenciario con tanta premura que las letras LEG sonaron a «elegía», una palabra que, para Jyn, evocaba con precisión la atmósfera del lugar—. Bienvenida a Wobani —dijo, y sonrió a sabiendas de la reputación que tenía el planeta—. Tus crímenes no son lo peor que ha visto el Imperio, pero no serán tolerados. Has perjudicado a la galaxia y tendrás que trabajar para saldar tu deuda con la sociedad. —El alcaide introdujo un código en el datapad biométrico que estaba instalado junto a la puerta de la celda, y las barras de metal se deslizaron frente a Jyn, bloqueándole la salida—. No te va a gustar ni el trabajo ni tu nuevo hogar —dijo todavía con amabilidad y simpatía—, pero esto es lo que se obtiene al cometer crímenes contra el Imperio. Bienvenida a los peores días de tu vida.

A través de los barrotes, el alcaide miró a Jyn con desprecio y una sonrisita confiada. Sin duda estaba acostumbrado a que los criminales se derrumbaran después de su tan ensayado discurso, pero Jyn sólo lo miró boquiabierta.

¿Los peores días de su vida?

El alcaide no pudo contener un gesto de insatisfacción cuando vio que Jyn se reía en su cara.

CAPÍTULO UNO_

JYN ERSO, OCHO AÑOS DE EDAD

Jyn Erso se ocultó en la oscuridad.

No le temía. Antes le daba miedo, sí, pero ya no. Conocía estas tinieblas, había pasado horas enteras inmersa en ellas… desde que vio a su madre morir asesinada.

La cueva era estrecha, pero menos de lo que parecía. Mamá, papá y ella habían hecho simulacros, y cuando tocaba fingir que el Imperio venía por ellos, se ocultaban juntos.

Pero ahora Jyn estaba sola.

Tenía consigo las pocas pertenencias que logró embutir en un morral cuando mamá le dijo que había llegado la hora. Abommy el gig no estaba ahí; lo había dejado bajo su cama, desde donde la protegía de unos monstruos que ella sabía que no existían porque ya era niña grande. Deseó tenerlo en esos momentos para acariciar su suave pelaje sintético que olía a la loción de clavo de papá.

Jyn sacudió la cabeza. Claro que no podría reconfortarla un juguete, era una estupidez desear que así fuera. Tenía que dejar de ser tan bebé.

Asió con fuerza el collar que su madre le había dado antes de morir. Cerró los ojos y se preguntó si la muerte dolería. Supuso que sí.

El lugar estaba demasiado oscuro. Jyn prendió una linterna y las sombras bailaron en el rocoso interior de la cueva. Le recordaron a los soldados vestidos de negro.

Mamá le había dicho que confiara en la Fuerza. Jyn intentó creer, tener esperanza.

—Papá vendrá —se dijo a sí misma. El sonido de su voz se convirtió en un eco frágil y metálico en la oscuridad.

La escotilla que se cernía sobre Jyn se estremeció y se abrió enseguida. La niña contuvo un grito de pánico cuando vio el rostro de un hombre que se asomaba, pero luego dejó escapar un sollozo. ¡Era Saw! Había ido a rescatarla. Sin embargo, ya era demasiado tarde para salvar a mamá.

—Ven, mi niña, nos espera un largo viaje —dijo al tiempo que metía el brazo a la cueva para ayudarla a salir.

Cuando Jyn divisó la cara de Saw, por un segundo dudó si tomar su mano. La última vez que lo vio, fue cuando la llevó a ella y a su familia a Lah'mu para empezar de cero tras su salida de Coruscant. Mamá y papá la habían aleccionado sobre los posibles resultados de que el Imperio los encontrara… cuando lo hiciera.

—Pon atención —dijo Mamá cuando le mostró cómo operar el sistema comm—. En el peor de los casos, si necesitas ayuda y papá y yo no estamos, presiona este botón y Saw Gerrera vendrá por ti.

A partir de entonces, sin embargo, a Jyn le dieron ganas de presionar el botón todo el tiempo.

—¡Nunca nos visita! —decía la niña cada vez que su mamá la reprendía y reiteraba que era *sólo* para emergencias.

Ahora, la mandíbula de Saw tenía un inamovible gesto adusto. No sonreía, su mirada no tenía la alegría de la última vez que se habían visto y una larga cicatriz atravesaba su ojo izquierdo, pesando sobre su cansado párpado. Tenía los ojos abultados, tumefactos, y los labios, curvados hacia abajo. La lluvia empapaba su cabeza calva. Parecía enojado.

Jyn se estiró y deslizó su pálida manita por la oscura y callosa mano de Saw. Él estrechó sus dedos con suavidad; ella respondió a su gesto con un apretón, y se aferró a él como si se estuviera ahogando y el hombre fuera la soga que la devolvería a la costa.

—Tenemos que irnos —dijo Saw.

Jyn asintió, tragándose su temor y su pesar.

El aire olía a limpio tras la lluvia fresca. Cruzaron corriendo el campo hacia la casa de Jyn, a quien le parecía de lo más extraño que el mundo durmiera en paz y calma cuando a su mamá…

—Había stormtroopers en la granja —dijo Jyn jalando la mano de Saw. Se mordió el labio inferior, castigándose en silencio por no haber contado cuántos eran, pero trató de recordar: había un hombre de blanco con el que papá trabajaba a veces, los soldados de armadura negra y…

Debió haber prestado más atención, pero todo sucedió demasiado rápido.

—Aquí no hay nadie más —dijo Saw.

Su hogar y la maquinaria de la granja (el sistema comm, las unidades de irrigación y un cosechador de droides) sobresalían de un océano de maíz estelar que se mecía con suavidad. El viento levantó una camisa y la elevó por el cielo nocturno como si fuera un fantasma antes de dejarla caer.

Jyn estaba segura de que era de su papá, la que tenía los puños desgastados y siempre olía a él, a una mezcla de clavo, tierra, aceite y algo más, algo frío y duro. Pero antes de que pudiera tomarla y envolverse en ella, el viento la voló de nuevo.

Entre más se acercaban a la casa, más se topaban con ropa aleteando en el aire, dispersa sobre la pastura, perdida en la noche. De pronto, la niña vio la canasta de lavandería y el hueco sangriento en el pasto, y la esperanza inundó su corazón porque el cuerpo de su madre ya no estaba ahí. En el fondo, sin embargo, sabía que no era porque hubiera sobrevivido. Nadie podría sobrevivir a un disparo de bláster en el pecho como el que ella recibió.

Jyn se mordió el interior de la mejilla y la sangre le supo a metal, pero no dijo una sola palabra.

Saw avanzó con determinación y abrió la puerta de la granja. Jyn lo siguió en silencio. Un tufo a humo la hizo fruncir la nariz; los stormtroopers habían prendido fuego a la cocina, y aún seguía escupiendo llamaradas y manchando la pared de negro.

Saw sabía dónde buscar: en el armario de trabajo, en grietas y recovecos, y debajo de la alfombra y las tablas del piso. Todo estaba vacío.

—Se lo llevaron todo —gruñó y maldijo.

«A él también —pensó Jyn, conmocionada—. Se llevaron a papá…».

Se le llenaron los ojos de lágrimas, y no por el humo. Aunque fue Saw quien llegó a rescatarla, todavía tenía la esperanza de que papá se ocultara en casa y estuviera esperándola.

Pero no estaba allí.

Había trozos de vidrio y cerámica por todo el piso. Jyn sabía que su padre estaba intentando destruir su trabajo antes de ordenarle que corriera, y no habría permitido que quedara algún resto. No habría dejado nada.

Saw entrecerró los ojos y giró hacia Jyn.

—¿Tu papá tenía escondites secretos? ¿Algo que el Imperio no conociera?

Habían saqueado su hogar por completo. Aunque mamá había logrado destruir parte de la investigación de papá, el Imperio había llegado demasiado rápido. En el cuarto de sus padres, Jyn señaló el lugar donde solían esconder la caja fuerte, pero estaba vacía; el estuche del diario y los archivos de papá habían desaparecido. Se asomó a su propio cuarto y descubrió que los soldados de negro habían volteado su cama y destrozado sus muñecas mientras buscaban el trabajo de su padre. No sabía si habían encontrado algo, pero de todas formas no importaba, porque todo estaba en la cabeza de papá y ahora él era su prisionero.

—Tenemos que irnos de este planeta —dijo Saw con rudeza—. Piensa, Jyn, ¿hay algo del trabajo de tu padre que podamos encontrar aquí?

—No —contestó en voz baja.

—Entonces vámonos ya.

Jyn empezó a caminar hacia su habitación, pero Saw le puso la mano en el hombro y la detuvo. La niña tragó saliva y asió una vez más el collar que le había dado su madre. Ya había dejado todo atrás una vez, cuando su familia se fue de Coruscant, y podía hacerlo de nuevo. Por lo menos tenía su morral.

Jyn salió de la casa primero y escuchó que algo pesado y metálico caía sobre el piso de madera de la granja. Saw cerró la puerta, la tomó del codo y la jaló; ella tuvo que correr para seguirle el ritmo a sus zancadas.

Estaban a sólo cincuenta metros de la casa cuando todo explotó. Jyn tropezó, asustada por el estruendo, y sintió que el calor la envolvía. Lo que quedaba de su hogar estaba ardiendo, las llamas amarillentas lamían el pasto seco y amenazaban con incendiar el campo entero.

Saw no se detuvo, ni siquiera volteó a ver el fuego o a Jyn. El transbordador los esperaba. Mientras Saw subía la rampa con grandes saltos, Jyn se tomó un segundo para observar el humo.

Ahí ya no le quedaba nada.

CAPÍTULO DOS_

En la cabina de la nave, Jyn se sentó junto a Saw. Tenía la mirada fija en la ventana, desde donde veía cómo se elevaban y cruzaban las nubes de Lah'mu. Atravesaron el anillo que rodeaba el planeta, un arcoíris blanco permanente, y salieron de la atmósfera. El cielo se tornó negro con chispas de estrellas; apenas era visible la luz del sol que el planeta reflejaba hacia el espacio.

De pronto, Jyn empezó a respirar entrecortadamente. Saw volteó para ver qué era lo que había visto, y asintió con gravedad: un Destructor Estelar estaba apostado en la oscuridad del espacio, pero el sol alcanzaba a iluminar su parte inferior.

Lo habían enviado a capturar a su padre.

«Papá está en esa nave», comprendió mientras mantenía los ojos bien abiertos. Estaba ahí dentro, en alguna parte: tan lejos y tan cerca al mismo tiempo.

Saw estaba ocupado con los controles. Su nave era diminuta comparada con el Destructor Estelar, como una pulga frente a un gigante, pero aun así, por la forma en la que maldijo entre dientes, Jyn supo que le preocupaba que los vieran. No obstante, unos segundos después ya lo habían rebasado, y unos minutos más tarde brincaron al hiperespacio. Pasaron por un río de luces gris azuladas y la niña parpadeó al verlos por la ventana, pero su vista no sólo se nubló por eso, sino también por las lágrimas que se acumulaban en sus ojos.

—Oye, pequeña… —dijo Saw girando la silla para verla de frente—. De verdad lo… —Se interrumpió a sí mismo. Jyn sabía que estaba a punto de decir que lo sentía mucho, pero su mirada reveló que sabía que las palabras eran inútiles.

Jyn lo miró fijamente e intentó revivir sus recuerdos de cuando era amable y la hacía reír. Su piel oscura acentuaba aún más las cicatrices de su ojo izquierdo. Tenía un gesto de disgusto en el rostro, pero no en la mirada.

—No quiero hablar de eso —dijo Jyn abrazándose las rodillas y recargando la barbilla en ellas.

La expresión de Saw se endureció.

—Ni modo —contestó—. Necesito explicarte por qué el Imperio persigue a tu padre de esta manera.

—Tú sabías por qué se escondieron mis papás —dijo Jyn.

—Un poco, pero no tenía idea de que mandarían un Destructor Estelar tras ellos.

Jyn tuvo que admitir que a ella también le había sorprendido. Sabía a grandes rasgos qué hacía su padre; sabía que, antes de huir de Coruscant a Lah'mu, era un científico importante del Imperio. Mamá y papá le habían pedido que no le dijera nada a nadie sobre su trabajo, pero estaba consciente de que podía confiar en Saw porque su madre también lo hizo.

—Estudiaba cristales —dijo Jyn, sacando de debajo de su camiseta el collar que le había dado su madre. Se lo quitó y se lo entregó a Saw, quien lo tomó y, tras girarlo sobre

su palma, lo examinó a contraluz, entrecerrando los ojos para verlo mejor. Jyn sabía que el cristal era un kyber, aunque no tan valioso ni tan bueno como los que tenía su papá cuando trabajaba para el Imperio. A él le gustaban las rocas.

—Sé lo de los cristales —dijo Saw devolviéndole el collar—, pero debía de estar trabajando en algo más concreto, algo que ahora les interesa mucho. El Imperio no persigue así a nadie sólo por unos cristales.

—Eso es lo que hacía —insistió la niña.

—Que tú sepas —contestó Saw con un aire pesimista—. ¿Te dijo algo cuando llegó el Imperio? Lo que sea, cualquier cosa podría ser una pista.

Jyn cerró los ojos. Aún podía oír a su padre diciéndole «Jyn, todo lo que hago es para protegerte» antes de irse con el hombre que asesinó a mamá.

—No —dijo Jyn.

Saw miró por la ventana y contempló la luz gris azulada del hiperespacio.

—Debe de haber algo más —dijo en voz alta, pero hablando consigo mismo—. Galen ha estado trabajando en algo enorme desde Coruscant, lo sé. Tenemos que averiguar qué es.

Jyn sentía que las lágrimas le quemaban los ojos. Su padre había estado trabajando en un droide cosechador que estaba roto la noche anterior a la llegada del Imperio, eso no era ningún secreto. Pero sabía que Saw tenía razón. Mamá y papá habían hablado del asunto ya entrada la noche, creyendo que ella dormía. Los temas eran investigación, cristales y miedo. Deseó haber prestado más atención a lo que decían, quizás así entendería por qué había pasado todo esto.

Se obligó a recordar cómo eran las cosas antes, en Coruscant, cuando su padre trabajaba abiertamente para el Imperio. Era más pequeña y se distraía con facilidad, pero aun así sabía que sus padres no eran felices. Cuando se mudaron a Lah'mu todo mejoró, todos se relajaron. A diario, mamá le enseñaba historia, matemáticas, ciencia y literatura. Papá trabajaba en el campo de día y continuaba con su investigación de noche, pero no como en Coruscant; jamás trabajaba hasta colapsar, nunca hablaba en murmullos consigo mismo y la ignoraba en absoluto. Todo era mucho mejor.

Sin embargo, a pesar de la tranquilidad, a veces se sentía miedo en el ambiente. En ocasiones empeoraba, cuando el sistema comm recibía estática o cuando sus padres insistían en hacer simulacros. Se inventaban situaciones terribles pero plausibles, y le decían a Jyn qué hacer. A papá le gustaba fingir que era un juego, pero ella sabía que no era así de simple.

«Nunca hubo un simulacro que me preparara para la muerte de mamá», pensó Jyn. Tenían muchos planes, pero ninguno de ellos preveía que ella se quedara sola. Los tres huirían, correrían, sobrevivirían. Su madre jamás pensó en lo que sucedería si moría y Jyn se veía obligada a lanzarse al hiperespacio sin sus padres.

Al ver a Saw, sin embargo, comprendió que eso no era verdad. *Él* era el plan por si pasaba lo peor, pero no quisieron decírselo para que no viviera aterrada, pensando en lo mal que se podían poner las cosas. Él era su recurso final.

Saw tenía los ojos rojos. Suspiró profundamente y se pasó la mano por la cabeza. Cuando sintió que la niña no apartaba la vista de él, intentó ofrecerle una sonrisa reconfortante, pero luego dijo:

—No tengo idea de qué hacer contigo.

Y su último ápice de consuelo desapareció.

Entre más se alejaban de Lah'mu, más irreal le parecía el viaje a Jyn. En el fondo esperaba que todo fuera un error extraño, confiaba en regresar a casa y volver a la normalidad en cuanto el vuelo llegara a su fin. Sin embargo, cuando abandonaron el hiperespacio unos días después, lo que la esperaba no era el verdor de Lah'mu, sino un cinturón de asteroides.

Saw se sentó derecho y enfocó toda su atención en la vista que tenía al frente.

—Estamos llegando a la Huida del Contrabandista —explicó Saw—. Abróchate el cinturón.

Al principio eran sólo algunos asteroides sueltos, pero tras unos segundos la nave ya estaba rodeada por todas partes. Saw pilotó el transbordador con agilidad hacia arriba y hacia abajo, de izquierda a derecha, a través de la embestida.

—Me gusta Wrea —dijo Saw—. Es tranquilo y agradable; además, el cinturón mantiene alejada a la gente.

Wrea. Así se llamaba el planeta al que se dirigían. Jyn se iba estrellando con fuerza contra el arnés de seguridad mientras Saw esquivaba un asteroide tras otro. Vivir en un planeta al que era tan difícil llegar parecía apropiado para él.

Cuando por fin dejaron atrás los asteroides, Wrea se extendió frente a Jyn. Era mucho más pequeño y azul que Lah'mu. «Agua», pensó. Sus múltiples islas de color verde, blanco y café estaban dispersas sobre la superficie del agua, y eran prominentes y alargadas como dedos que sumergieran las uñas en el océano.

Saw aterrizó en un pequeño claro rodeado de rocas escarpadas. Wrea era frío y el aire olía a sal, pero Jyn no alcanzaba a ver el mar, sólo rocas y arbustos enmarañados. Se dirigieron a una torre de comm en ruinas, de la cual sólo quedaba la base, pero a medida que se aproximaban Jyn se dio cuenta de que había algo más. Frente a ellos se desplegaba una pesada puerta a prueba de blásters labrada en roca, a la que Saw pudo acceder a través de una cerradura biométrica. El metal chirrió al abrirse la puerta, y la luz inundó el largo pasillo que había sido construido ahuecando directamente la piedra.

Jyn se detuvo un momento en la entrada y contempló la pequeña isla en donde estaban. Observó una torre de comm partida a la mitad sobre una colina monolítica gigante. La otra mitad yacía oxidada junto a la base.

—Está en desuso desde las Guerras de los Clones —dijo Saw mientras rebasaba a Jyn para entrar primero al puesto de avanzada—. Los nativos de este planeta no son muy amigables que digamos, pero se mantienen al margen de esta isla.

—¿Qué son los nativos? —preguntó Jyn trotando para seguirle el paso. La puerta se cerró tras ella, y la dejó encerrada en el frío y húmedo pasillo de piedra.

—Wreanos —contestó Saw guiñando, pero como Jyn no contestó nada, la volteó a ver y notó lo nerviosa que se encontraba—. Son criaturas de agua que se mantienen en el fondo del océano. Aquí estás a salvo.

Jyn asintió y tragó saliva con dificultad, pero no le creyó. Ya no creía que nadie estuviera a salvo en ninguna parte.

CAPÍTULO TRES_

El puesto de avanzada era mucho más grande de lo que parecía de lejos. Estaba construido directamente en la piedra y tenía tres puertas de cada lado del pasillo principal. Todas llevaban a una estancia común, más grande que el transbordador en el que habían llegado. Saw se detuvo un momento a considerar sus opciones. Luego abrió la puerta más cercana a su derecha, la cual daba a lo que solía ser una oficina, pero ahora era un cuarto de almacenaje.

—¿Esto servirá? —preguntó. Jyn no estaba segura de qué quería decir, pero de todas formas asintió.

Mientras Saw la conducía por el pasillo, ella se preguntaba qué habría detrás de las otras puertas, pero él no se detuvo en ninguna. Al fondo, la sala común era mitad cueva y tenía un techo curvo de piedra. A Jyn no le gustó en absoluto porque se parecía demasiado al lugar donde se había ocultado.

Había una mesa grande en el centro y gabinetes tallados en la pared. Saw le indicó a Jyn que se sentara y le abrió una lata de leche nutritiva. Desde su asiento, la niña lo observó salir de nuevo al pasillo y dirigirse al primer cuarto para empezar a quitar cosas y despejar un poco. Trabajó con rapidez; sus brazos fuertes arrastraron un escritorio al pasillo, luego varias cajas.

—Deberías conseguir un droide —le dijo Jyn en cuanto lo vio detenerse para enjugar el sudor de su frente. En Coruscant, ella había tenido un droide Mac-Vee que a veces la cuidaba y mantenía el departamento limpio. A papá le gustaba quejarse de que no era ni la mitad de eficiente que el droide para que mamá lo ayudara a lavar los trastes.

—No me gustan los droides —dijo Saw en voz baja, y regresó al pasillo dando pisotones.

Jyn pegó la carrera detrás de él y lo siguió hasta la primera habitación a la derecha. Adentro había seis camas con un colchón delgado y una cobija azul. Saw tomó una de las cobijas y una almohada; Jyn pensó que eso significaba que dormiría ahí, pero de pronto él sacó el colchón de su base y lo llevó a la pequeña oficina que estaba junto a la puerta principal. Echó el colchón al piso y, cuando la vio parada e inmóvil en la entrada, le quitó la cobija y la almohada de las manos y las acomodó sobre el colchón.

Saw había sacado la mayoría de los muebles y las cajas que abarrotaban el cuartito, pero había dejado una mesa pequeña y un antiguo datapad. Mientras enderezaba el colchón en el piso y le estiraba la cobija encima, Jyn comprendió por fin que esa sería su habitación, un cuartucho pequeñito y polvoso con un colchón tirado en el piso. Ni siquiera era digna de la habitación grande que estaba al final del pasillo y ya tenía camas.

Se veía tan miserable que a Jyn le dieron ganas de llorar. No se parecía para nada a su elegante habitación de Coruscant, repleta de juguetes de la última tecnología disponible; y tampoco a su cuarto de Lah'mu, pequeño pero acogedor y lleno de las muñequitas que le había hecho mamá. No obstante, cuando Jyn volteo a ver a Saw, se tuvo que tragar su

desconsuelo, porque se veía tan ansioso por obtener su aprobación que lo único que pudo hacer fue darle las gracias.

A la mañana siguiente, cuando Jyn despertó, todo estaba muy oscuro. No había ventanas; el aire se sentía encerrado y olía rancio. Su corazón le golpeó el pecho cuando intentó asimilar que había despertado en un lugar que no era su casa.

Jyn se frotó los ojos, los tenía secos y le daban comezón. Luego recordó que había llorado, e inmediatamente supo por qué. Su estómago se revolvió, sintió ácido en la garganta. No podía evitar revivir el día anterior. El ruido del cuerpo de su madre azotando contra el piso, sin vida. Esperar, esperar y esperar en la cueva a que alguien llegara a rescatarla…

No, no alguien, sino papá. Él era quien debía haberla salvado, no Saw. Un fulgor de ira la cegó de pronto y su intensidad la sorprendió. Jamás había sentido este tipo de enojo. Sabía que no era justo culpar a su padre por no haberla salvado, pero aun así prefirió sentir eso que la inmensa tristeza que amenazaba con ahogarla.

Abrió la puerta de su habitación y, cuando se asomó al pasillo, no vio a Saw por ningún lado. Le dolía el estómago de hambre. Pensó en tocar en las puertas cerradas para buscarlo, pero en lugar de eso mejor se dirigió hacia la sala común, sacó otra lata de leche nutritiva de donde Saw había tomado la primera y se la bebió sola en la mesa.

Observó distraída algunas de las cosas que Saw había dejado ahí, porque era un poco desordenado. La lata vacía de leche que había bebido la noche anterior, por ejemplo, seguía en la mesa junto a un montón de basura. No obstante, había reservado una parte de la oblonga mesa para su trabajo. Eso le recordó a la forma en la que trabajaba su padre; «caos organizado», la llamaba. Frente a ella se mezclaban las transparencias de mapas estelares y los planos de naves Imperiales, pero lucían como si Saw hubiera empujado todo a un lado de la mesa. También había un datapad sobre un área más despejada; Jyn se percató de que el guerrero había estado haciendo notas sobre los cristales y que había marcado ciertos planetas que su padre también había investigado. Entonces la niña tocó un holocubo que estaba sobre la mesa y de él emergió la cara de su padre, la cual se quedó flotando frente a ella.

Jyn miró alrededor con una sensación de culpa; no quería que Saw pensara que estaba metiéndose en lo que no le importaba.

Pero Saw no estaba por ninguna parte.

«Está en uno de estos cuartos», pensó, contemplando las seis puertas cerradas.

«O a lo mejor está afuera».

Bebió las últimas gotas de leche de la lata.

«No me abandonó…».

Dejó la lata sobre la mesa.

«No estoy sola, no estoy sola…».

Todo estaba demasiado silencioso.

—¿Saw? —dijo Jyn en voz muy bajita. No quería despertarlo si estaba durmiendo—. ¿Saw? —repitió más alto.

Pero no se abrió ninguna puerta.

Empujó su silla hacia atrás para retirarse de la mesa, y el metal raspó la piedra. ¿Sería posible que se hubiera ido en su transbordador, dejándola sin nada más que algunas raciones de alimento y lo que quiera que fuesen los wreanos?

Su corazón latió a mil por hora cuando fue tocando de puerta en puerta, sin importarle si molestaba o no a Saw. Ver a Saw enojado era mejor que no verlo. La mayoría de las puertas estaban cerradas con seguro, y las que no, sólo albergaban telarañas y los muebles rotos que Saw había apilado cuando organizó el puesto para sus propios fines. Jyn sentía cada vez más pánico, y para cuando llegó a la puerta que conducía al exterior, ya estaba temblando.

Jyn no vio a Saw cuando la puerta se abrió por sí sola, pero sí lo escuchó.

La niña avanzó con cautela alrededor del peñasco y caminó hasta donde yacía la torre de comm derribada. Saw había colgado varios droides a lo largo de la riostra oxidada, y alternaba entre su bláster y el combate cuerpo a cuerpo para atacar al conjunto de aquellos altos y delgados cuerpos metálicos suspendidos del cuello. Saw era muy grande y ya estaba viejo y lleno de cicatrices, pero cuando peleaba, volvía a cobrar vida de una forma que Jyn nunca habría creído posible.

El guerrero se abalanzó sobre un droide y lo azotó tan duro que su cuerpo se sacudió sin control sobre el andamio de acero. Dio un giro ágil y veloz, y apuntó hacia otro que colgaba más abajo. Rodó por el piso sin esperar a ver si el disparo había dado en el blanco, aunque sí lo hizo, y se agachó detrás de unas rocas, desde donde disparó tres veces más. Los tres droides que recibieron los tiros chocaron contra la torre de metal, y sus carcasas vacías se quedaron bailando por la fuerza del impacto.

—¿Saw? —dijo Jyn.

Saw se levantó. El sudor que brotaba de su cabeza corría hacia abajo, a lo largo de la rugosa cicatriz que tenía en el rostro. Esperó a que la niña dijera algo.

En ese preciso momento, Jyn supo por qué su madre le había enviado el mensaje por comm a Saw en cuanto llegó el Imperio y los stormtroopers empezaron a asediarlos. No fue sólo porque era su amigo, sino por esto.

—¿Puedes enseñarme a pelear así? —preguntó Jyn.

—Ese es el plan, pequeña —contestó el guerrero sonriendo.

Al parecer, Wrea estaba lleno de cuerpos de droides.

—Las Guerras de los Clones —dijo Saw a manera de explicación, pero Jyn sabía que no había sido sólo eso. Los droides de batalla y comandos de serie BX provenían de la antigua guerra, pero también había modelos recientes entre sus filas: un droide ejecutor

negro, un resplandeciente C-B3 que fue modificado apresuradamente e incluso un droide de guerra IG-RM que lucía bastante nuevo.

Todos estaban rotos o tenían fritos los sistemas, si es que todavía tenían. No eran más que cascarones vacíos en los que Saw arañaba comentarios breves sobre los usos y debilidades del modelo en cuestión, notas sobre ambientes en los que fallaban o se desarrollaban con éxito, y blancos pintados de naranja brillante para indicarle dónde golpear o disparar.

Al principio, Saw ataba a los droides a lo largo de la estructura interior de la torre comm derruida, y hacía que Jyn corriera entre ellos y pegara a cuantos pudiera. Después complicó el ejercicio y los empezó a jalar con cuerdas, al mismo tiempo que aventaba piedras y palos para simular golpes de batalla. A veces se ponía una cabeza de droide vacía como casco y atacaba a la niña él mismo.

—Me dijiste que el Imperio ya no usaba tantos droides —dijo Jyn una noche mientras bebían nutrientes. La niña se alejó la lata de los labios y la contempló; sabía que podía preparar algo mucho más rico, pero a él le molestaban las complicaciones de preparar comida.

Saw gruñó.

—El Imperio aprendió a luchar en una guerra contra droides y clones, eso los hizo olvidar que la guerra la deciden los seres humanos.

Jyn colocó la lata sobre la mesa. No había saciado su hambre ni una sola vez desde el día en que murió su madre: la leche nutritiva no era comida de verdad. Nada se comparaba con comer guisado de raíz de hierba acompañado de maíz estelar rostizado, pan crujiente calientito y queso de nerf, y sabía que no tendría nada de eso en mucho tiempo, o tal vez nunca más.

—A veces es más difícil luchar contra droides que contra personas —continuó Saw su reflexión—, porque pueden formar colmenas como insectos y compartir los mismos pensamientos, las mismas órdenes. Son capaces de trabajar como unidad o individualmente. No puedes pensar en derrotarlos uno por uno, también tienes que pensar en cómo hacerlo colectivamente. —Se inclinó hacia Jyn para darle un golpecito en la cabeza con su dedo regordete y su silla crujió en señal de protesta—. O si no, debes eliminar al que da las órdenes. Viene dando lo mismo matar a todos que a su líder —concluyó Saw, encogiéndose de hombros.

Jyn jugueteó con su lata vacía de leche. Le gustaba pasar sus días aprendiendo a pelear porque cuando entrenaba no tenía tiempo de pensar en lo mucho que extrañaba su vida de antes. Sin embargo, también le preocupaba saber que Saw no la acompañaría para siempre.

—Debería estar aprendiendo… —dijo Jyn en voz baja. Saw se veía confundido.

—¿Aprendiendo? ¿Qué no te estoy enseñando cosas?

—No hablo de ciencia, historia y matemáticas… Debería… Mamá me enseñaba cosas sobre… —Su voz se perdió entre los recuerdos de las lecciones de sus padres, de cómo

Lyra hacía que cocinar fuera una clase de química, o cómo le hablaba Galen sobre los espectómetros de cristales.

En la cara de Saw apareció el destello de una emoción que Jyn no reconoció, pero antes de que pudiera preguntarle qué sucedía, él se levantó de su silla y se dirigió a la habitación de la niña. Salió un par de segundos después con el antiguo datapad en las manos.

Saw tocó un costado del artefacto y se lo pasó ya prendido a ella, quien no se había molestado en encenderlo en todo el tiempo que llevaban juntos. La niña lo volteó varias veces y observó sus características, ahora que lo tenía en las manos. Constaba de un holoproyector de baja intensidad y una tarjeta de red que la conectaría a la HoloNet.

—Yo te enseñaré todo lo que pueda —dijo Saw—, pero si quieres aprender algo más, tendrás que hacerlo por ti misma.

Jyn miró el datapad y luego volteó a ver los nudillos raspados y rugosos de Saw.

—Okey —dijo—. ¿Puedo retirarme a mi habitación?

Saw parpadeó sorprendido.

—Claro que sí, puedes ir a donde quieras, esta es tu casa.

Jyn se aseguró de cerrar la puerta de su habitación antes de acurrucarse en el colchón del piso. Todo era silencio y oscuridad. Cuando Lyra le dio el collar de kyber y la envió a la cueva a esperar a Saw, le dijo:

—Confía en la Fuerza y ahí estaré.

Jyn lo había interpretado como una promesa de que la vería en la cueva, pero también se preguntó si no habría querido decir que estaría *en* la Fuerza.

Se sentó de piernas cruzadas en el centro de la cama y se enfocó en la quietud de su pequeña habitación. Se obligó a sentir la Fuerza porque sólo mamá podría ayudarla a encontrar a su padre.

Esperó un rato a que la Fuerza se manifestara.

No pasó nada.

Se puso la cobija sobre la cabeza y encendió el datapad. Sintonizó las transmisiones de la HoloNet imperial. La tenue luz azulada iluminó el cuarto, pero la niña bajó el volumen lo más que pudo para que Saw no se diera cuenta de que estaba escuchando al enemigo. Cada vez que presentaban un nuevo reportaje, Jyn se preguntaba si escucharía algo sobre su padre. ¿Acaso la captura de Galen Erso no era digna de ser noticia?

Lo único que deseaba era verlo otra vez.

Pero no dijeron nada.

CAPÍTULO CUATRO_

Al día siguiente no había droides colgando del cuello en la torre comm, sino una decena de stormtroopers.

A Jyn se le revolvía el estómago a cada paso que daba. Las armaduras, aunque raspadas y con manchas color café rojizo, seguían brillando en blanco o negro. Cada vez que el viento soplaba, los cuerpos se mecían bajo su horca improvisada y chocaban contra el metal. El ruido reverberante que producían sonaba vacío e inexplicablemente incorrecto.

Saw fue detrás de ella y le ofreció un bláster.

Jyn miró del bláster a los soldados y de regreso, una y otra vez. Movió el interruptor de «matar» a «aturdir», tal y como le había enseñado mamá, pero Saw le bloqueó la mano y la obligó a que mantuviera su dedo en «matar».

—No hagas eso nunca —le dijo en tono amable—. Si tienes un bláster en la mano, siempre tira a matar. *Siempre*.

Jyn tragó con dificultad y pensó que si los stormtroopers no se movían por sí mismos era porque ya estaban muertos.

«Es un entrenamiento y nada más», pensó.

Jyn estiró el brazo derecho y apuntó con el bláster hacia el frente. El arma temblaba tanto que tuvo que estabilizarla con la mano izquierda. Inhala, apunta, exhala…

Dispara.

El cuerpo del stormtrooper bailó en el aire sin control cual marioneta.

—Buena chica —dijo Saw, quien enseguida tomó el bláster y le entregó un par de garrotes tallados toscamente, tan largos como su antebrazo. Ahora practicaría el combate cuerpo a cuerpo.

Su madre la había inscrito en clases de gimnasia y cinestesia en Coruscant. «¡Es que tienes demasiada energía!», bromeaba entre risas, pero quizás esa no era la única razón. Jyn sopesó los garrotes que tenía en su mano para saber cuánta fuerza aplicarle al cuerpo de la armadura.

—¡Empieza! —ordenó Saw.

Jyn respiró profundamente y se acercó al stormtrooper que tenía más cerca, el mismo que había recibido el impacto de su bláster. Le parecía más fácil moler a porrazos a un cadáver al que ya le había disparado. Tomó vuelo con todo su peso y azotó el garrote contra el abdomen del oponente. El stormtrooper se balanceó, tomó vuelo y derribó a Jyn, que le había pegado pensando que se enfrentaba al cuerpo que podría haber estado adentro, no sólo a una armadura vacía. Jyn entrecerró los ojos desde el suelo para alcanzar a ver a los demás stormtroopers que colgaban de la torre y se dio cuenta de que oscilaban con demasiada ligereza. En ellos no había ninguna persona, sólo eran armaduras vacías.

—De nuevo —indicó Saw sin emoción, mientras Jyn se incorporaba y se sacudía la tierra de la ropa. Le dolía el brazo por la caída, así que dejó caer las porras a sus pies.

—Puedo usar un bláster y ya —dijo—. No tengo por qué hacer todo esto.

Saw avanzó hacia Jyn con calma, se arrodilló frente a ella y la miró directamente a los ojos.

—He visto defensores de la libertad sobrevivir a batallas contra blásters y cañones láser —dijo sin parpadear siquiera—. Y he visto rebeldes derrotar a ejércitos sin nada más que palos y piedras. —Recogió el garrote y se lo dio a Jyn en la mano—. De nuevo —ordenó, y dio un paso atrás para dejar que la niña se pusiera en posición de combate.

Jyn se obligó a pensar en los troopers que asesinaron a su madre, a recordar el terror que sintió cuando la perseguían y la ira de cuando se llevaron a su padre. Sintió que las imágenes le quemaban el estómago como brasas, pero no volvería a soltar los garrotes sino hasta que sus dedos dejaran de sentir y ella estuviera segura de que ese fuego interno jamás se apagaría.

Jyn no tardó en descubrir para qué era el cuarto de las camas. La primera nave aterrizó en su isla al mes siguiente, y después de esa llegaron muchas más. La gente saludaba a Saw como a un viejo amigo, veía a Jyn con curiosidad y entraba en fila al dormitorio como si lo conociera de siempre. Los recién llegados solían traer su propia comida.

—Sólo Saw podría vivir en esta pocilga —comentó uno de los nuevos invitados, un twi'lek de nombre Xosad Hozem. Luego metió sus provisiones al gabinete y le dijo a Jyn—: Qué cosita tan linda eres.

Saw la mandó de inmediato a su cuarto y ella salió huyendo.

Los demás hacían mucho ruido, hablaban y bebían demasiado, pero al menos eran amables. Además de Xosad, a quien Saw conocía de «los viejos tiempos», llegó un equipo de tres jóvenes, dos twi'lek y un togruta. Reece Tallent era humano. Jyn le calculaba veinte años; tenía pelo castaño oscuro y ojos azules. Su acento era similar al de Saw, por lo que Jyn se preguntó si serían del mismo planeta. También los visitaba con frecuencia una mujer como de la edad de Saw. Su piel negra parecía emitir destellos azules bajo la luz, y su cabello crecía derecho hacia arriba. Era tan hermosa que a Jyn le resultaba imposible no mirarla o pronunciar su nombre con cierta cadencia: Idryssa Barruck. Sin embargo, la mujer cargaba un par de machetes a la espalda, armas toscas y pesadas que no iban bien con su agilidad y gracia.

Idryssa trajo ropa para Jyn porque Saw sólo le había dado un montón de cosas viejas, como camisetas enormes que la niña se ponía de vestido, y pantalones que se ceñía a la cadera con un cinturón de cuero. Pero además de llevarle ropa de verdad, Idryssa tuvo una conversación privada con ella sobre higiene y salud. Jyn sospechaba que Saw la había traído, en gran parte, sólo para que hablara con ella, y agradeció la amabilidad y el hecho de que jamás lo mencionara.

Después de conocer mejor a Idryssa, Jyn reunió las agallas para entrar a la sala común con todos los demás presentes. Saw fue el primero en notarlo, y le hizo un gesto para indicarle que podía tomar comida de los gabinetes.

—Mis hombres estuvieron en Christophsis, pero no encontraron nada ahí —explicó Xosad. Los togrutas asintieron con la cabeza—. El Imperio estaba explotando las minas del lugar, pero cuando llegamos ya se habían ido y no parecía que fueran a regresar —continuó.

—Ilum es otra cosa —dijo Idryssa.

Jyn se detuvo justo antes de tomar del gabinete un pastelito envuelto, una delicia inusual en el puesto de avanzada de Saw. Reconoció ese nombre, Ilum. Su padre lo había mencionado, pero sólo le contó que era un mundo secreto de los Jedi. De pronto la niña pudo verlo parado en el departamento de Coruscant, hablando sobre cómo los Jedi se habían guardado para sí mismos y durante tanto tiempo un planeta entero que ahora, sin embargo, estaba bajo protección del Imperio. Jyn habría olvidado esta conversación por completo de no haber sido por la mirada reprobatoria que le lanzó mamá a papá.

A Jyn no le sorprendía que Saw supiera de Ilum porque había seguido de cerca el trabajo de su padre desde que los ayudó a mudarse a Lah'mu, pero esta gente parecía saber lo mismo que él o más.

Reece extendió un mapa estelar sobre la mesa.

—Es obvio que al Imperio le interesan estas áreas —dijo señalando el mapa, pero como Jyn no podía ver desde donde estaba, se acercó un poco más a la mesa. Todo mundo estaba concentrado en el joven humano—. Y mi contacto cree haber visto a Galen aquí.

Jyn contuvo el aliento; Saw volteó a verla con los ojos bien abiertos para advertirle que mantuviera la boca cerrada, y ella obedeció. Luego el guerrero hizo un movimiento con la cabeza para indicarle que se fuera a su habitación, pero Jyn se rehusó a moverse.

—¿Qué más información nos puedes dar? —le preguntó Idryssa a Saw, y cambió de posición en su asiento. Los reflejos azules de su piel brillaron bajo las lámparas del techo de piedra.

Saw movió los labios como si quisiera tragarse la respuesta, pero después contestó:

—Sé que trabajaba con cristales para el Imperio. Lo que estuviera investigando era sumamente importante para ellos.

Xosad, que estaba sentado frente a Saw, asintió y compartió una mirada de complicidad con su anfitrión.

—Todos saben que Galen Erso es simpatizante del Imperio —dijo Reece con desdén—. Es un científico respetado y todo, pero no veo cómo un montón de cristales…

—Los cristales son más poderosos de lo que crees —dijo Idryssa en voz baja—. No olvides que los Jedi los usaban.

Reece resopló.

—Ja, los Jedi… Traerlos a colación no prueba tu punto; si sus cristales fueran tan poderosos, no estarían todos muertos.

«¿Simpatizante del Imperio? ¿Papá?», se preguntó Jyn. No quería creerlo; sí trabajó para ellos, pero luego huyó y no quiso regresar.

—Ese es un buen punto, ¿eh? —dijo Saw tocándose la barbilla—. El Imperio no querría un científico del calibre de Galen sólo por sus conocimientos. Tiene que haber una razón detrás de tanto apoyo a su investigación.

Reece se reclinó en su asiento.

—No, no tiene por qué haber ninguna razón —replicó Reece desdeñando a Saw—. Amigo, estás interpretando de más. El tipo es un hipócrita asalariado. Lamió las botas correctas en el Imperio y ahora está viviendo la buena vida en Coruscant. Su investigación no significa nada.

—¡Eso no es cierto! —gritó Jyn.

Todo mundo volteó a verla.

—¡Jyn tiene razón! —dijo Saw para desviar la atención—. Su investigación es la clave para entender qué está planeando el Imperio.

Jyn quería protestar por la manera en que Reece habló de su padre, pero Saw la llevó de vuelta a su habitación con la mano sobre su hombro.

—Lo que dijo no es verdad —siseó Jyn en cuanto entraron al cuarto y cerraron la puerta—. Papá es un buen hombre, no trabajaría así para el Imperio, ¡lo *secuestraron*! —Saw parecía tener sus dudas—. ¡Sí lo secuestraron! —Jyn levantaba la voz cada vez más, por lo que Saw la silenció con un «shhh». Entonces la niña sintió que unas lágrimas de ira se empeñaban en salir de sus ojos. No podía creer la injusticia de que alguien como Reece hablara sobre su padre como si fuera un hombre malo.

—Es que no pinta bien, Jyn —dijo Saw en voz baja—. He estado rastreando los movimientos del Imperio para saber qué hizo tu papá para que lo fueran a buscar a Lah'mu, y él…

—Yo lo vi —interrumpió Jyn dando pisotones—. No quería irse, quería quedarse conmigo, es verdad.

Saw le lanzó una mirada triste y compasiva, y luego la dejó sola en la oscuridad de su habitación.

CAPÍTULO CINCO_

Cada vez que se topaba con él, Jyn veía feo a Reece y deseaba que se largara de su isla; sin embargo, ya había aprendido la lección: si se mantenía en silencio, Saw la dejaba escuchar la plática.

—Hay más bloqueos alrededor de ciertos planetas —dijo Xosad al día siguiente.

—¿Hay alguna conexión entre esos planetas? —preguntó Saw.

—Todavía no hemos encontrado nada, pero varios son de difícil acceso. Necesitamos códigos de autorización.

—Falsificarlos toma muchas horas y paciencia —dijo otro miembro de la tripulación, dejando caer un duplicador de códigos sobre la mesa.

En cuanto los demás cambiaron de tema para hablar de un grupo partisano que se estaba desarrollando en Corlus, Jyn se coló donde estaba el replicador. Ya había visto cómo manipulaban los demás el artefacto y le fascinaba. Lo tomó y presionó uno de sus tentadores botones. Era como del tamaño de un datapad, pero más grueso y pesado.

—El ratoncito encontró el queso —dijo Reece con tono hosco, mirando con desprecio a Jyn, y ella soltó el replicador de inmediato.

—Déjala jugar —dijo el otro miembro de la tripulación—. No puede causar ningún daño.

Jyn le sacó la lengua a Reece, recogió el replicador y se retiró a un rincón de la sala común.

El aparato tenía patrones predeterminados de códigos de autorización, pero no se podía copiar ninguno de ellos tal cual porque el Imperio lo identificaría como un código falso. Lo que hacía el replicador era simular el complejo algoritmo que generaba los códigos de autorización para los transpondedores imperiales. Jyn sumergió su mente en el rompecabezas de números y símbolos a pesar de su complejidad.

En una ocasión, poco después de que se mudaron a Lah'mu, Jyn tenía problemas para dormir y su padre le sugirió que recitara las tablas de multiplicar o los números primos hasta que se quedara dormida. Trabajar en el replicador de códigos no la ayudaría a dormir, pero era igual de relajante porque para ella los números eran una especie de arrullo permanente.

—Je, mírenla trabajar —dijo Xosad cuando el grupo se separó para preparar la cena.

Saw se paró detrás de ella para echar un vistazo a lo que estaba haciendo y Jyn le mostró el replicador. Saw levantó una ceja.

—Nada mal —dijo al revisar los datos—. Vamos a convertirte en una gran falsificadora.

Xosad abrió algunas latas de quién sabe qué vegetal y las mezcló en una olla para preparar una salsa. Después le dijo a Saw con indiferencia:

—Pues contacté a mi informante en Coruscant… —Saw miró de inmediato a Jyn y le hizo un gesto muy sutil para que mantuviera la boca cerrada—. Y me confirmó que Galen Erso está ahí.

—¿De verdad? —preguntó Jyn, esperanzada.

—Discúlpanos un segundo —dijo Saw. Ella no quería irse, pero Saw le enterró los dedos en el hombro hasta que hizo un gesto de dolor. Mientras la conducía a su habitación, Jyn notó que Reece la observaba con la barbilla en alto y los ojos entornados.

—Están hablando de papá —dijo Jyn en cuanto cerraron la puerta. Odiaba usar ese tono de queja y súplica. Saw suspiró y tuvo que darle la razón.

—Sí, y tienes derecho a saber lo que están diciendo de él, pero no puedo arriesgarme a que se enteren de que eres la hija de Galen Erso.

Jyn sacudió la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó.

Saw se arrodilló frente a la niña y la miro a los ojos con calidez.

—Jyn, prometo que te explicaré todo después de la cena, cuando se hayan ido Xosad y los demás; te lo voy a contar, pero no delante de ellos.

—No diré nada, sólo quiero escuchar —insistió Jyn.

—Es tu padre, claro que vas a decir algo. Pero quédate aquí por el momento. Ya te prometí que te contaría todo, ¿confías en mí?

Jyn asintió a regañadientes.

Podía escucharlos hablar y reír al otro lado de su puerta. Los cubiertos chocaban con los platos de arcilla mientras todos comían lo que había preparado Xosad. La niña intentó distinguir las voces para entender lo que decían, pero las paredes de piedra y la puerta de acero amortiguaban las palabras.

Jyn caminó de un lado a otro de su habitación, nerviosa. Cómo deseaba tener el replicador de códigos para al menos poder distraerse haciendo algo.

Recordó el último día con sus padres: «Jyn, todo lo que hago es para protegerte». La voz de su padre sonaba calmada, profunda, solemne. Dijo esas palabras con la mayor convicción y certeza, y la miró a los ojos cuando las pronunció. Cada vez que cerraba los ojos, podía ver su cara. Siempre andaba con el pelo desaliñado y era incapaz de encontrar tiempo para que le hicieran un corte. Mamá se burlaba de eso, decía que tenía que amarrarlo a la silla hasta para despuntárselo. También le crecía un poco de barba áspera y canosa que, cada vez que la abrazaba, a Jyn le picaba la cara, pero la barba era uno de los asuntos triviales que su padre no se molestaba en atender en Coruscant.

Jyn respiró profundamente. Todo lo que su papá dijo lo dijo en serio. Lo vio en sus decididos ojos oscuros y en las arrugas de preocupación que cincelaron su rostro la última vez que hablaron.

«Dime que lo entiendes», le pidió su padre como si ese acuerdo fuera una alianza entre ellos, una promesa.

«Lo entiendo», contestó Jyn con voz clara y honesta. Entonces se sentía mucho más pequeña, pero lo dijo con toda sinceridad: entendía lo que le decía y creía en él.

Jyn se sentó en su colchón del piso y esperó.

Escuchó que los demás se despedían, escuchó que las naves se iban. Escuchó que Saw caminaba hasta su puerta y hacía una pausa muy larga antes de abrirla.

Después entró.

—Jyn… —dijo Saw. Su voz era grave.

«… lo hago para protegerte».

—Quiero la verdad —dijo Jyn. Saw se sentó frente a ella en el suelo y respiró profundamente antes de hablar.

—Desde que te recogí en Lah'mu, he estado buscando a tu padre e intentando descifrar qué quería el Imperio de él —dijo Saw—. Sé sobre su investigación con los cristales y sé que ellos deben de tener una buena razón para llevarla a cabo. Pero Galen cubrió bien sus huellas. Les he pedido ayuda a varios contactos, no sólo a Xosad y los demás, a muchos…

—Muchos espías —completó Jyn.

—Supongo que podrías llamarlos así, sí. —Saw se encogió de hombros—. He intentado contactarlo para ver si necesita ayuda y para decirle cómo estás.

—¿Y no lo encontraron? —preguntó Jyn.

Saw miró a la niña sin permitir que su rostro delatara sus emociones.

—No, sí lo encontramos —contestó Saw.

—¿Dónde está? ¿Está en prisión? ¿Está herido? —Sintió que algo se le atoraba en la garganta.

—No, está bien. —Saw sacudió la cabeza—. Está en Coruscant.

Jyn se quedó sin aliento.

—Coruscant. Tal vez él podría… Yo podría ir con él. —No sería lo mismo sin mamá, pero pues…

Saw seguía sacudiendo la cabeza.

—Él es libre de irse cuando quiera.

—A lo mejor no sabe dónde estoy —sugirió Jyn—. Podrías llevarme en tu transbordador…

—Galen Erso trabaja con Orson Krennic. —Saw pronunció cada palabra a sabiendas de que cuando se trata de decir la verdad, entre más filosa la navaja, más limpia la cortada—. Tu padre trabaja con el Imperio por voluntad propia. Rinde cuentas directamente a sus fuerzas. Se lo dejó perfectamente claro a mis contactos. Eligió un bando, y ese bando es el Imperio.

—¡No! —explotó Jyn—. ¡Eso no es cierto!

—Que no quieras escuchar la verdad no la hace menos real —contestó Saw, tan tranquilo como antes.

—Pero no lo sabes —insistió Jyn con voz suplicante—. Sólo parece que está trabajando para el Imperio, pero quizá lo están obligando o… —La mirada compasiva de Saw interrumpió su oración—. ¿Se lo dijo? ¿Les dijo que escogió al Imperio?

Saw asintió con la cabeza.

«No puede ser cierto —pensó Jyn—. Papá no sabe mentir. Todo mundo se lo decía. Mamá siempre se burlaba de eso. Era el peor mentiroso».

No estaba dispuesta a creer que su padre la hubiera abandonado por el Imperio a menos que él mismo se lo dijera.

—Jyn… —El tono con el que Saw dijo su nombre rompió su corazón y quebrantó su ánimo.

La niña sacudió la cabeza, desesperada; las puntas del cabello azotaron sus mejillas y su cuerpo cayó en un estado de negación absoluta.

—Galen Erso escogió un bando y no es el nuestro.

Jyn se paró de golpe.

—¡Mi mamá está muerta, yo vi cómo la mató ese hombre! —gritó—. ¿Y ahora trabaja para él?

—De hecho, parecen ser amigos —dijo Saw.

Jyn se abalanzó sobre Saw. Usó todo lo que había aprendido en sus entrenamientos con él: patadas, golpes, arañazos. Lo que fuera para causarle el mismo dolor que sentía ella en ese momento.

El guerrero lo recibió todo. No levantó las manos para defenderse ni una vez. Le permitió que lo cacheteara y que le diera puñetazos en el pecho. No dudó en dejar que le gritara en la cara y, cuando empezó a cansarse, sólo la envolvió en los brazos hasta que ella cedió y dejó que la abrazara un buen rato.

—No va a venir por ti —dijo Saw—. No puedes confiar en él. El maldito está con el Imperio.

Jyn fijó la mirada en el piso. Saw dejó que los cubriera el silencio.

—Entiendo —dijo Jyn, drenada de emociones. «Mi padre está vivo», pensó. «Mi padre es un cobarde».

Pensó en la palabra que eligió Saw.

«Mi padre es un maldito».

CAPÍTULO SEIS_

Pasaron varios años y la noción de que papá la había abandonado por el Imperio se cimentó con su ausencia.

Pero no volvió a llorar por eso.

A veces Saw se iba en «misiones», otras veces venía gente a su casa. Llegaban grupos de hombres y mujeres; en ocasiones estaban organizados, pero casi siempre eran una mezcolanza de inconformes que buscaban una buena pelea. La primera noche que pasó en el cuartel de Saw, Jyn pensó que le había asignado una oficina vieja como habitación dada su poca importancia. No fue sino hasta después cuando se dio cuenta del valor de tener un lugar para ella sola, sobre todo cuando las literas rebosaban de gente.

A medida que Jyn mejoraba sus habilidades de pelea, Saw la dejaba convivir más con las visitas. Sus instrucciones eran claras: escuchar sin hablar. Juzgar. Decidir si la misión que le presentaban a Saw valía la pena en la lucha contra el Imperio. Consultaba todo con ella; no siempre seguía sus consejos, pero invariablemente la escuchaba, lo cual para Jyn significaba más de lo que podía expresar.

Saw le consiguió su propio replicador de códigos. Le servía para entretenerse y pasar desapercibida ante los diversos enemigos del Imperio. A la gente se le olvidaba su presencia cuando permanecía oculta detrás de la pantalla y, además, ella disfrutaba la tarea.

Una tarde, Saw tocó a la puerta de Jyn después de su entrenamiento cinestésico. La chica había estado interviniendo holos, una práctica que el guerrero alentaba y que consistía en que ella alterara una imagen y él intentara ubicar los cambios.

Cuando Jyn abrió la puerta, se sorprendió al ver a una mujer al lado de Saw. Lo rebasaba por una cabeza, su pelo era grueso y su piel, más oscura que la de él.

—Jyn —dijo Saw—, ¿te acuerdas de Idryssa?

Cuando Jyn era más chica, Idryssa solía ir a la base de Saw con frecuencia, pero había pasado mucho tiempo desde la última vez que los había visitado. Ahora su piel tenía un brillo verde y no azul; Jyn se dio cuenta de que el efecto resplandeciente era por el maquillaje, y no de nacimiento, como había pensado.

Miró a Saw.

—¿Vas a irte de misión?

Idryssa le sonrió.

—Sólo vine a hablar. Me da gusto volver a verte, ha pasado mucho tiempo. ¿Cuántos años tienes ya? —preguntó la mujer.

Jyn odiaba esta pregunta. Siempre provenía de gente que la creía demasiado joven, y si les decía que tenía catorce, le echaban una miradita o chasqueaban la lengua con discreción.

—Los suficientes —dijo con cortesía.

Saw se relajaba mucho más con Idryssa que con los demás partisanos, le incomodaran o no sus preguntas a Jyn.

—No sé qué esperas de mí —le dijo Saw a Idryssa de buena gana—. No tengo información para ti, no soy el Ante.

Idryssa soltó una risotada.

—No podría darme el lujo de pagarte si lo fueras.

—¿Tú tienes información para mí? —preguntó el guerrero, ansioso. Idryssa negó con la cabeza.

—Sólo un montón de callejones sin salida. El Imperio está investigando cristales tal y como pronosticaste, y el mercado entero de minerales está de cabeza.

—Ya estoy al tanto de eso —dijo Saw—. Lo que quiero saber es qué piensa hacer el Imperio con todos esos recursos.

Idryssa puso las palmas hacia arriba y se encogió de hombros. No tenía idea.

Jyn escuchó en silencio la información de Idryssa, sabía que Saw la había traído para que lo hiciera. Saw no se había rendido y seguía intentando descubrir para qué quería el Imperio a Galen y su investigación. Jyn también.

Saw las condujo desde el pasillo de piedra hasta la larga mesa de metal de la habitación común. Idryssa se sentó frente a él. Jyn estaba en un extremo de la mesa distrayéndose con un chip de datos que le sacó a un holocubo. Fingía no tener interés alguno en la conversación de los adultos, Saw la había entrenado bien. Analizó su diálogo cuidadosamente y observó a Idryssa: se veía honesta, sus ojos de color café claro lucían inocentes. No parecía el tipo de persona que habría organizado una lucha contra el Imperio, parecía el tipo de mujer que tendría una granja con muchos niños. Jyn se preguntó si no habría estado metida en un lugar así desde la última vez que la vio.

—Empezaremos poco a poco —dijo Idryssa inclinándose hacia Saw—. Comienza por organizar una sola base de operaciones.

—Mala idea —dijo Saw de inmediato. Idryssa frunció el ceño—. Mira, llevo mucho tiempo haciendo esto. Si tienes una sola base, cuando el Imperio le pegue, perderás todo.

—Tú tienes una sola base —señaló Idryssa.

—No, eso no es cierto —contestó Saw.

Jyn levantó la cabeza de golpe. ¿Saw tenía más puestos de avanzada aparte de este? ¿Era ahí adonde se iba cuando la dejaba? ¿A otro hogar? ¿A algún lugar donde no tuviera que lidiar con ella?

—Ha habido mucho interés de gente que está en los altos mandos —continuó Idryssa.

—¿Y confías en ellos? —Saw le lanzó una mirada incisiva.

—Ellos fueron quienes me dieron la información que me pedías —dijo Idryssa. Saw agitó la mano para indicarle que siguiera hablando—. Los viajes de provisiones del Imperio son cada vez menos y más estratégicos. —Apoyó los brazos sobre la mesa y entrelazó los dedos—. O los hacen en secreto y no nos enteramos hasta que es demasiado tarde, o los hacen a la vista de todo el mundo.

—¿Viajes de provisiones? —preguntó Jyn. Por lo general, a Saw no le gustaba que hablara durante conversaciones estratégicas, pero ya la había incluido en esta y ella sintió que también quería que participara.

—Sí, viajes para obtener cristales —dijo Idryssa—. Al parecer, el Imperio está muy interesado en los cristales de kyber.

—¡Ah! —Jyn fingió sorpresa.

—Había un planeta pequeño en el sistema Sunshi —continuó Idryssa—. Hace poco, el Imperio descubrió kyber ahí.

—¿Y qué pasó? —preguntó Jyn.

—Lo vaciaron todo.

La palabras flotaron en el aire mientras Jyn intentaba imaginarse cómo sería extraer las riquezas de un planeta hasta que no quedara nada.

—El último envío fue una producción enorme —dijo Idryssa volteando a ver a Saw—. El Imperio hizo un desfile antes de que el cargamento saliera del planeta, no es broma.

—¿Y luego? —preguntó el guerrero.

—Ese planeta nunca estuvo habitado. Trajeron cruceros llenos de civiles de los mundos del Núcleo e hicieron todo un espectáculo del proceso minero. Alderaan y Chandrila estaban más que invitados, evidentemente el Emperador quería que vieran lo que había hecho el Imperio para adueñarse de las operaciones mineras. También creo que, en parte, lo hicieron para asegurarse de que no fuéramos a atacarlos y a robar el cargamento.

Saw frunció el ceño, arrugando las cicatrices de su cara.

—No veo por qué eso te habría detenido.

Idryssa rio amargamente.

—Ya puedo ver el encabezado en la HoloNet: «Arriesgan anarquistas vida de senadores» —dijo gesticulando con las manos como si leyera una marquesina—: «Partisanos se vuelven terroristas»…

—Deberían hacerlo —dijo Saw llanamente.

Idryssa parpadeó varias veces, sorprendida, y luego lo miró sin decir nada. En ese momento, Jyn concentró toda su atención en él.

—Había oído los rumores —dijo Idryssa en voz baja. Jyn se inclinó hacia adelante para escuchar—, pero no quería creer que fueran ciertos.

—Hago lo necesario —contestó Saw—. Y si quisieras que tu pequeña «coalición» funcionara, deberías actuar de la misma manera.

—¿Estás diciendo que deberíamos convertirnos en una organización terrorista? ¿Que hay que matar a todo el que se interponga entre nosotros y el Imperio?

—¿Por qué no? —dijo Saw—. De todas formas lo van a presentar así los medios, ¿verdad, Jyn?

Idryssa volteó a ver a la chica. En lugar de contestar, Jyn tocó un botón en el holocubo. Este se encendió y proyectó la imagen de un comunicado oficial de la prensa imperial. El símbolo imperial giraba en la parte de arriba, seguido de un encabezado

enorme donde se leía «Partisanos terroristas». Las palabras del artículo en sí no tenían sentido, pero la firma debajo, «Teniente Coronel Senjax, corresponsal militar de las transmisiones del Imperio», parecía real.

—¿Acabas de hacer eso ahora? —preguntó Idryssa, impresionada.

—No fue tan difícil. —Jyn se encogió de hombros.

—No, pero aun así…

Jyn señaló el sinsentido que seguía al encabezado.

—Cualquiera se daría cuenta de que esto no es real.

—No si lo llenas de contenido. —Idryssa se levantó para acercarse—. Todos los detalles están bien: la insignia, la firma… —Tomó el holocubo de manos de la chica y lo inspeccionó más de cerca—. Hasta los números de serie están correctos, el código de identificación del chip de datos provino de un servidor del Imperio.

—Nop —dijo Jyn—. Yo lo dupliqué.

Idryssa volvió a parpadear, sorprendida.

—Impresionante.

Desde el otro lado de la mesa, Saw le sonrió a Jyn de oreja a oreja.

A Jyn le apenaba tanta atención. Sin darse cuenta de lo que hacía, sacó su collar de cristal de debajo de su camiseta y jugueteó con la piedra.

—Mi padre me enseñó a prestarle atención a los detalles.

—Sí que lo hice —dijo Saw con orgullo.

Jyn contuvo el aliento y no agregó nada. Idryssa la miró con curiosidad, pero como la chica no correspondió la mirada, regresó a su asiento.

—Bueno, nos queda claro que cualquiera podría decir lo que fuera —dijo Idryssa señalando el holocubo—. Pero eso no significa que podamos atacar civiles para incomodar al Imperio. No me importa lo que digan, me importa lo que hagamos. Y lo que hacemos *no* es asesinar gente inocente sólo para obstaculizar los envíos imperiales.

—Es el precio de la guerra —dijo Saw.

—El Senado todavía tiene la esperanza de evitar otra contienda.

Saw rio amargamente.

—¿El Senado? Ja, no se dan cuenta de que la primera aún no ha terminado. Nunca se acabó, nunca dejamos de pelear.

—Sí, lo hicimos —dijo Idryssa mirándolo con una inmensa simpatía—. Tú eres el único que sigue peleando.

El rostro de Saw se endureció.

—¿Y qué? —rugió—. La guerra es la guerra y no se detiene *jamás*.

Idryssa se incorporó. No era tan ancha como Saw, pero era alta y delgada, y su columna parecía de acero.

—Tengo que pensar que la guerra va a terminar; también lo cree la gente con la que voy a trabajar. Vamos a hacerlo de otro modo, Saw, vamos a cambiar las cosas. Hay varios senadores dispuestos a ayudarnos. Si combinamos nuestras fuerzas…

—Lo perderemos todo —resopló Saw—. La burocracia mata la libertad.

Idryssa se hundió en su asiento. Se notaba que Saw creía haberla derrotado con sus argumentos, pero Jyn advirtió que ella no sentía más que decepción.

Saw se levantó y caminó hacia el gabinete.

—Me recuerdas a Steela —dijo buscando algo entre las repisas. A Jyn le sorprendió que mencionara a su hermana, rara vez lo hacía. Lo único que sabía era que ella había muerto luchando en las Guerras de los Clones. Saw volteó y miró a Idryssa—. No es del todo un cumplido —añadió. Sacó una botella de lum y sirvió un par de vasos. A Jyn, el olor intenso y amargo del alcohol le picó la nariz—. Nunca entenderé por qué a la rebelión le preocupan tanto las etiquetas —continuó Saw, calmado, como si no acabara de estallar—. El miedo controla a las masas. El Imperio controla el miedo. Si aprovecháramos eso, o sea, si usáramos sus tácticas y provocáramos ese tipo de temor, controlaríamos a la gente y podríamos proveerle la paz que tanto ansías.

—Eso no es paz —dijo Idryssa.

Saw estaba en claro desacuerdo.

CAPÍTULO SIETE_

A la mañana siguiente, Idryssa se fue temprano. No mostraba señales de resaca por el lum, a diferencia de Saw, quien recargó la cabeza entre los brazos y atenuó las luces de la habitación común. Jyn desayunó tan en silencio como le fue posible y se dedicó a leer en su datapad.

No siempre le era fácil estar a cargo de su propia educación. Ya había dejado a un lado la mayoría de las materias que le enseñaba su madre para enfocarse en lo que le interesaba ahora y que Saw evidentemente alentaba, como, por ejemplo, ver qué tanto podía manipular archivos, holos y chips de datos. Pero sí le gustaba mantenerse informada sobre los eventos actuales, aunque casi no los comentaba con Saw. Después de escuchar a Idryssa la noche anterior, se mantuvo despierta hasta tarde viendo las transmisiones de la última reunión del Senado. A pesar de que Mon Mothma y Bail Organa pasaron mucho tiempo suplicándole al Senado que reconociera el estado del Imperio, sus discursos fueron pasados por alto sin ninguna consideración. Jyn hizo un acercamiento a los afilados ángulos del rostro del Senador Organa. Tenía pinta de que podría ser uno de los senadores dispuestos a brindarles apoyo, según Idryssa. Parecía el tipo de hombre que declararía una guerra, aunque estaba ataviado con ropa fina de Alderaan y Jyn dudaba que tuviera la fuerza para luchar.

En cambio, Saw tenía lo necesario y ya había peleado en las Guerras de los Clones.

—¿Ya terminaste? —preguntó el guerrero.

Jyn asintió, puso el datapad en la mesa y echó la lata vacía de leche nutritiva a la basura. Lo siguió hasta afuera. Saw no entrecerró los ojos ante la luz del sol, lo que significaba que no tenía tanta resaca de lum como ella creía.

Ese día tocaba práctica de combate cuerpo a cuerpo, la favorita de Jyn. Saw le había enseñado a usar varias armas de escaramuza melé, pero sus preferidos eran los palos cortos. Los sentía como una extensión de los brazos que los hacía más fuertes y les daba poder. Fulminó a Saw con la mirada cuando intentó pasarle el bo, y este le sonrió de oreja a oreja, rio en señal de derrota y terminó pasándole las armas que ella quería. El guerrero se quedó con el bo, dio varios pasos hacia atrás y se puso en guardia.

Jyn sostuvo los palos con fuerza y observó los pies de su oponente. Era rápido con las manos, pero Jyn siempre sabía en qué momento iba a soltar el golpe por cómo colocaba los pies.

Saw se abalanzó, ella levantó los palos en posición de defensa y desvió el golpe hacia un lado.

—Oye… —dijo Jyn con la respiración entrecortada, alejándose del lugar del ataque inicial—. Idryssa es linda, ¿no?

—Demasiado idealista —contestó Saw. Hizo una finta y Jyn brincó hacia él con los brazos levantados. Se rio de ella por haberse dejado engañar por su truco.

—Pero tiene sentido —dijo Jyn sin quitar los ojos del bo de Saw—. Trabajas con bastantes grupos partisanos. Si todos se unieran para trabajar *en equipo* quizá… —Saw dio un golpe ágil y le pegó en el costado antes de que pudiera defenderse. Ella asintió aceptando su derrota y volvió a levantar los palos—. ¿Qué se necesitaría? —insistió Jyn al ver que Saw no contestaba.

—¿Para qué?

No estaba segura de si Saw estaba genuinamente confundido o si sólo quería evitar la pregunta. A veces se metía tanto en lo que hacía que se le olvidaba todo lo demás. Papá también solía actuar así.

—Para formar una rebelión organizada, algo que pudiera derrotar al Imperio.

Saw levantó las manos para pedir una pausa en el combate. Se recargó contra el bo.

—No funciona así —le explicó a Jyn—. No importa cuántas personas se unan en su contra, no importa qué tan grande sea un grupo.

—Entonces, ¿qué importa?

—El tipo de gente que lo haga. —Saw la observó con sus profundos ojos de color café—. Si hubiera una especie de alianza antimperial, necesitaría un… —Movió la mano en el aire buscando la palabra adecuada.

—¿Un líder? —sugirió Jyn.

—Sí, pero no sólo para dar órdenes. Debe ser alguien en quien pueda creer la gente.

—No entiendo. —Jyn frunció el ceño y miró las armas que tenía en sus manos.

—Es como lo que expliqué de los droides y las armaduras clónicas —dijo Saw señalando el campo de entrenamiento que usaba con Jyn—. Si te dijera que millones de personas murieron durante las Guerras de los Clones, ¿qué sentirías? —Jyn abrió la boca para contestar, pero Saw la interrumpió antes—: Nada. No sentirías nada porque no los conociste, ¿verdad? —La chica negó con la cabeza—. Pero si de repente te dijera que fue *mi hermana* la que murió… Si te dijera que ella era lo máximo para mí y que iba a cambiar al mundo, que lo iba a hacer un lugar mejor… Carajo, y no sólo el mundo, la galaxia entera, porque era más fuerte que cualquier Jedi, más poderosa que la «Fuerza»…, pero nada de eso importó. —Sus ojos lucían distantes, melancólicos. Respiró profundamente antes de seguir—: Murió como una heroína, salvando a un rey, luchando contra el enemigo… Estaba a la orilla de un risco y una nave de combate fue abatida y chocó justamente ahí. —Jyn contuvo el aliento, haciendo un ruido diminuto que Saw no escuchó—. La vi colgando del risco con mis propios ojos. Sus dedos se aferraban a las piedras con toda la fuerza posible para no caer. Un Jedi andaba por ahí… Ay, mírate, te dio esperanzas, ¿verdad? Pero no sirvió de nada. Intentó salvarla, pero no lo logró. Steela cayó hasta el fondo del acantilado. ¿Alguna vez has visto qué le pasa a un cuerpo cuando cae desde tan alto y se estrella contra las piedras? Los huesos no sólo se rompen, se hacen añicos. —Saw miró a Jyn, pero ella sabía que en realidad no estaba viendo nada—. Y si te dijera que fui yo quien derribó la nave que chocó contra el acantilado, ¿sentirías algo? Sí, ¿verdad? —Jyn no podía moverse. Saw se inclinó hacia ella y le pasó el pulgar por la mejilla mojada. Ni siquiera había notado que le brotaba una

lágrima—. ¿Y todo esto para qué? Dijeron que su muerte había sido parte del precio que había que pagar por la libertad de Onderon. Su cadáver no estaba ni siquiera frío cuando la República se convirtió en el Imperio y todo comenzó de nuevo. Otra rebelión, más guerra, más muerte. Para entonces, yo ya era más inteligente y no cometí los mismos errores que cuando Steela vivía, pero aun así, nada importó, nada funcionó. Onderon continúa bajo el poder del Imperio, y yo sigo aquí.

Mientras Saw hablaba, Jyn vio un destello del que había sido antes, un joven con ideales de justicia y libertad. Seguramente fue brillante. Pero ese chico murió junto con Steela, y en su lugar quedó un guerrero amargado e iracundo.

—La resistencia contra el Imperio necesita a Steela —dijo Saw, y miró a Jyn a los ojos para ver si había entendido su mensaje.

—¿Más guerreros como ella? —Héroes idealistas que se enfrentan a una muerte segura.

—Más guerreros como ella que mueran de la misma forma —gruñó Saw—. La resistencia necesita un mártir, una tragedia. Algo tan horrible que la gente no pueda evitar levantarse en armas también, ¿entiendes?

—Necesitan alguien en quien creer —contestó Jyn. Saw asintió con la cabeza para mostrar que le daba gusto que entendiera—. Como los Jedi durante las Guerras de los Clones. —Era imposible estudiar la galaxia sin escuchar algo de los Jedi, y considerando lo mucho que el Imperio odiaba hasta la simple mención del culto religioso, Jyn supuso que Saw los amaría y admiraría a todos.

Pero sólo refunfuñó.

—Ni vuelvas a pensar en ellos. Los Jedi creen que lo pueden todo, pero ¿sabes dónde están? Todos muertos. Antes de desaparecer ayudaron, pero no lo suficiente. —Saw se quedó viendo su propia mano. La chica imaginó que contemplaba la cicatriz larga e irregular que se extendía entre su pulgar y su índice, pero el guerrero cerró el puño y dijo en voz baja—: Hablaban sobre la Fuerza. Nunca entendí qué era, pero la vi. Era como magia. Podían mover cosas con las manos. —Extendió el brazo hacia un lado para ejemplificar, pero nada cambió de sitio—. Sin embargo, no resistieron. Con todo y su poder, no aguantaron cuando realmente habría importado. —Saw se levantó y atravesó caminando la fila de droides colgantes mientras conversaba con Jyn. Le pegó a uno y lo hizo sacudirse con tanta violencia que el sonido del metal contra el metal reverberó por toda la isla—. Esto es algo de lo que ningún bando se ha dado cuenta aún: sólo se necesita una enorme tragedia para que todos acudan en manada a la lucha. Ninguna otra cosa une así a la gente. Si Idryssa quiere que la sigan las masas, necesita convocarlas estando de pie sobre varias tumbas.

Había un brillo en la mirada de Saw que asustaba a Jyn…, pero también la emocionaba.

Saw se dirigió hacia Jyn a zancadas, puso sus manos sobre las suyas y tomó el control de los palos.

—Esto fue lo que Steela me enseño. —Levantó la mano de Jyn y juntos blandieron uno de los palos en el aire—: Un soldado con un palo y nada que perder puede apoderarse de la situación. Sólo debes asegurarte de que el soldado *crea*.

CAPÍTULO OCHO_

Ver a Idryssa debió de ser un estímulo para que Saw se reuniera con algunos de sus viejos compatriotas. Xosad y su pequeña tripulación fueron los primeros en llegar. Después vino Reece. Esta vez no estaba solo, sino con tres humanos más y un lasat que no hablaba mucho. Miraban a Reece como si fuera su líder, y a Jyn le costó mucho trabajo imaginarse por qué. No era el tipo de persona a la que seguiría a una batalla.

El lugar comenzaba a verse más apretado de lo usual y Jyn en particular se sentía rebasada. Los hombres de Reece eran inmaduros, irresponsables y destructivos. Mientras ella estaba afuera practicando con su bláster modificado A180, la tripulación de Reece se le unió con sus propias armas. No les importaba en absoluto disparar y moverse hacia el siguiente objetivo; lo que querían era deshacer a los droides que estaban colgados junto a la torre, y reían sin control al ver el metal quemado.

—¿Cuándo se van? —le preguntó Jyn a Saw en voz baja al tercer día de la invasión de su hogar. Saw rio.

—Ya sé, son insufribles. Pero también pueden ser útiles —añadió subiendo un poco la voz.

—¿Ah, sí? —La pregunta de Jyn denotaba duda.

—Sí.

Jyn le sostuvo la mirada a Reece para evaluarlo. Era como diez años mayor que ella, pero carecía de toda disciplina. Era mucho más grande y musculoso, por supuesto, pero fuera de eso dudaba que tuviera entrenamiento formal.

—¿Te gusta lo que ves? —dijo Reece pavoneándose mientras caminaba hacia Jyn.

—Para nada —contestó ella con frialdad.

—Oye, ponle una correa a tu niñita —le dijo Reece a Saw—. Necesita aprender a respetar.

A Jyn le hirvió la sangre, pero Saw levantó la mano antes de que sucediera nada más.

—Jyn no es ninguna niñita. Si tienes un problema con ella, resuélvelo afuera.

Reece rio.

—Va —contestó con sarcasmo. Jyn estaba a punto de estallar—. Por mí está bien —dijo Reece levantando una ceja.

—Anda, vamos —contestó la chica, camino a la puerta.

Los hombres de Reece vitorearon tanto que no tuvo de otra más que seguirla. Saw avanzó con pesadez detrás de ellos.

Jyn se dirigió al claro donde Saw y ella practicaban a diario y esperó a que Reece la enfrentara.

—Sin daño permanente, que sea una pelea limpia —dijo Saw con tono desganado—. Es un combate amistoso, no contra el Emperador.

—Seré amable —dijo Reece echándole una miradita burlona a Jyn.

—Le estaba hablando a ella —contestó Saw.

Reece se plantó enfrente de la chica. Se comportaba como bravucón, estaba demasiado consciente de que lo rodeaban sus hombres. Jyn le sostuvo la mirada, sabía que su rostro develaría lo que pensaba hacer. Observó el instante en el que su gesto pasó de la broma a la absoluta seriedad, y ya tenía lista su guardia antes de que él terminara de cerrar el puño. Cuando él lanzó el golpe, ella lo desvió con el brazo y le encajó el puño en el plexo solar con tanta fuerza que le sacó el aire.

Reece se tambaleó hacia atrás y la ira pintó de rojo sus mejillas. Sus hombres estallaron en risas. Jyn se mantuvo ágil y ligera pero cautelosa.

Estaba acostumbrada a pelear contra Saw, que mantenía su temperamento bajo control y en especial con ella, pero Reece no era Saw. La burla hizo que su ira ardiera y su siguiente ataque fue feroz e inesperado, como de animal salvaje. Jyn no estaba preparada y azotó contra la tierra.

Se levantó de un brinco antes de que Reece pudiera voltear con aire triunfal hacia sus hombres; retrajo el cuerpo, bajó su centro de gravedad y entornó los ojos.

—No te hubieras levantado, niñita —gruñó Reece.

Jyn no se molestó en contestarle; las palabras no herían, los puños sí. Cansada de la defensiva, atacó primero; fintó un golpe y se inclinó hacia atrás para dar una patada elevada que le dio a Reece en el hombro, pero aguantó la fuerza del impacto y apenas dio unos pasos hacia atrás. Jyn volvió a patear más arriba y Reece la golpeó en la pierna para desviar el ataque. Eso hizo que ella perdiera el equilibro; sin embargo, también tuvo que empujarla para que azotara contra el piso otra vez. Esta vez no la asumió fuera de combate, así que se puso de rodillas en su pecho, sonriéndole, mientras ella, adolorida, se iba quedando sin aire.

Jyn aún tenía los brazos libres, pero Reece estaba encima de ella de tal manera que no le permitía hacer palanca para quitárselo de encima.

Reece soltó una risita y entornó los ojos. Se le acercó tanto a la cara que, por un momento aterrador, Jyn pensó que la iba a besar. Pero no, sólo le arrancó la cuerda de cuero que traía atada al cuello. Ahora tenía en sus manos el collar de kyber.

—¡¿Nos tienes persiguiendo al Imperio por toda la galaxia buscando estas porquerías y tu niñita trae una amarrada?! —le gritó a Saw—. ¿A qué estás jugando? —Hizo pender el cristal frente a la cara de Jyn y rio cuando la niña intentó retroceder en el piso.

Jyn movió los labios. Reece estaba tan atento a ellos que no supo cuándo agarró una roca del piso.

—¿Qué dijiste, niñita? —preguntó Reece acercándose.

—Dije —contestó Jyn en voz baja— que era de mi madre.

Y con la cabeza de Reece tan cerca, le golpeó en la sien con la piedra. Cayó aturdido de lado y Jyn se incorporó para patearle el estómago.

Él rodó por el suelo gimiendo antes de poder levantarse.

Ella dejó que la piedra cayera de sus manos sin interrumpir el contacto visual.

—Hiciste…

—¿Trampa? —contestó ella—. Ah, no sabía que había reglas.

La chica se dirigió de regreso al puesto y los hombres de Reece se aglomeraron alrededor de él. Jyn pasó al lado de Saw.

—Un palo y nada que perder —le dijo Saw en voz tan baja que sólo ella lo escuchó.

Jyn se encerró todo el día en su habitación hasta que Reece y sus hombres se fueron.

En cuanto partió, Saw tocó a su puerta para avisarle. Jyn le abrió y notó que traía en la mano una tela verde grisáceo.

—¿Para qué es eso? —preguntó Jyn.

—Para ti. —Saw le envolvió el cuello con la tela—. Quiero que de ahora en adelante uses esto.

Estiró la bufanda hecha de carbón-algodón resistente.

—¿Por qué?

Saw miró su cuello.

—Sé que no quieres quitarte tu collar. Sé lo que significa para ti. Pero no puedes dejar que nadie lo vea, Jyn. Galen tenía muchos cristales por su trabajo, pero en realidad son muy difíciles de encontrar. No se ve bien que tú tengas uno cuando todo mundo sabe que me interesan. —Se pasó la mano por la cabeza calva—. No es seguro, no podemos permitir que nadie se entere de quién eres, de quién es tu padre.

—Reece trabaja para ti… —dijo Jyn en voz baja.

—Reece trabaja para quien le pague —contestó Saw—, y hay muchas personas que le pagarían mucho más que yo si él se enterara de que eres hija de Galen Erso.

Jyn se acomodó la bufanda para que le cubriera el cuello y el pecho. Se sentía inexplicablemente expuesta.

—En cuanto lo vio supo que era un kyber —dijo Jyn. «Le dije que fue un regalo de mi madre», pensó, pero no lo dijo. No quería que Saw supiera lo tonta que había sido al entregarle a Reece otra pieza del rompecabezas de su identidad.

—También sabe que siempre he tenido interés en el trabajo de Galen y en averiguar qué es lo que hace para el Imperio —concedió Saw—. Aunque, por otro lado, también es bastante estúpido; dudo que pueda pensar en algo que no sea la paliza que le diste. Pero aun así —dijo Saw mientras le acomodaba la bufanda—, por si acaso.

Jyn presionó la tela contra su pecho.

—Por si acaso.

—Xosad y sus hombres siguen aquí. Estamos preparando la siguiente misión —dijo Saw con un tono expectante que llamó la atención de Jyn—. ¿Gustas unirte? —preguntó sonriendo.

Abrió los ojos por la sorpresa. Saw nunca la había invitado a una misión, siempre ignoraba sus súplicas y, de hecho, terminó prohibiéndole que volviera a pedírselo.

—De haber sabido que me permitirías unirme a tus misiones en cuanto golpeara a un chico, lo habría hecho hace mucho tiempo.

—No fue por eso —contestó Saw—. Ya sabía que podías hacerlo.

—Entonces, ¿qué fue? —preguntó Jyn balanceándose sobre sus talones mientras él se acercaba a la puerta—. ¿Qué te hizo cambiar de opinión?

Saw volteó a verla con una tristeza en los ojos que contradecía su sonrisa constante, pero no contestó.

CAPÍTULO NUEVE_

Xosad y su tripulación estaban terminando de cenar cuando Saw llegó a la sala común con Jyn. La chica tomó un plato antes de que quitaran las cosas de la mesa y comió lo más rápido que pudo mientras los hombres discutían la siguiente misión.

Jari, el togruta, le pasó a Jyn el último pastelito esponjoso mientras Saw les servía lum a los demás.

—¿Ya viste el nuevo rifle disruptor de iones T-7? —preguntó Xosad.

—Una cosa terrible. Ojalá tuviéramos algunos.

—El arsenal del Imperio se está abasteciendo de ellos. ¿Has sabido algo de Idryssa? —La intención de Xosad era preguntarlo de la manera más trivial posible, pero Jyn adviritó la intención de sus palabras, aunque no siempre lograba identificar los patrones de todas las personas que venían a ver a Saw.

—Está trabajando con otro grupo —dijo Saw. Cuando Xosad resopló en señal de rechazo y se levantó para empezar a limpiar la mesa, añadió—: Ha habido mucho movimiento de doonium y dolovita en las minas.

Xosad le lanzó una mirada furtiva a Jyn y de inmediato volteó a otra parte.

—Y de cristales de kyber… —Él y sus hombres estaban presentes cuando Jyn peleó con Reece. Saw entendió lo que estaba implícito en sus palabras.

—Deja a mi hija en paz —dijo en tono de advertencia.

Xosad dejó los trastes en el lavabo y volteó hacia Saw, que era un hombre enorme y de piel oscura que no se parecía en nada a Jyn, diminuta y de tez pálida.

—Pero si esa no es tu hija —dijo con afabilidad—. Y es muy extraño que aquí, en Wrea, tengas a una niña con un cristal de kyber. Son un poquito difíciles de conseguir, Saw —añadió con sarcasmo.

Jyn se ajustó la bufanda.

—Xosad… —gruñó Saw.

—Yo también estuve en el Wanton Wellspring, Saw. —Xosad entornó los ojos mirando a Jyn—. Yo también era amigo de Has.

—Estás hablando demasiado.

—Entonces, ¿eres quien creo, niñita? —preguntó Xosad acercándose tanto a ella que sus lekkus le rozaban las rodillas. A Jyn le costó mucho trabajo no voltear a otra parte—. Porque si lo eres, significa que Saw tenía bien escondida una fortuna en este planetucho miserable.

—Acabo de decirte que ELLA ES *MI* HIJA —dijo Saw, justo detrás de Xosad. Lo agarró del hombro y lo volteó a la fuerza. Entrecerró tanto los párpados que el ojo del lado de la cicatriz casi no se veía—. ¿Entendiste? —gruñó.

Xosad levantó sus flacuchos brazos en señal de tregua.

—Perfectamente. Felicidades, son una familia adorable —añadió.

—Sí, lo somos —dijo Jyn, y pateó a Xosad detrás de la rodilla para doblarle la pierna y hacerlo caer al piso.

Saw soltó una risotada; a pesar de todo, la tripulación de Xosad y hasta él mismo parecían aprobar la pequeña rebelión de Jyn.

—No te preocupes por él —le susurró Jari a Jyn. Luego le sonrió con amabilidad, pero eso no la convenció de lo que le dijo.

—¿Cuál es la misión? —preguntó Jyn en voz alta, esperando que todos se distrajeran y olvidaran la tensión acerca de su verdadera identidad.

Xosad hizo que Bilder, un twi'lek miembro de su tripulación, explicara los planes:

—El Imperio ha enviado misiones de reconocimiento a planetas remotos de las Extensiones Occidentales usando una nave civil —dijo. El holodisco mostró una pinaza de clase CCR—. Lo han mantenido todo en secreto, lo cual significa, obviamente, que no querían que nos diéramos cuenta.

—Pero nos dimos cuenta —dijo Xosad sonriendo.

—Es una nave pequeña, así que el plan es simple. La interceptamos, la abordamos y nos llevamos la información que ocultan en ella. —Bilder señaló el punto de conexión de la nave—. Nuestra nave es compatible para acoplarse ahí, podemos disfrazarnos de nave imperial encubierta que lleva provisiones adicionales.

—Aquí es donde entras tú, Jyn —dijo Saw—. ¿Crees que puedas falsificar lo que necesitamos para que nos den acceso para acoplar?

Jyn ladeó la cabeza.

—No creo que sea muy difícil. Es un manifiesto de carga imperial y un código de acceso, ¿no?

—Y un documento oficial de presentación por si lo necesitamos. —Bilder asintió.

—Sí, puedo hacerlo. —Jyn sintió que el pecho se le hinchaba de orgullo. Podía hacerlo fácilmente. Usaba duplicadores de código con frecuencia y acumulaba las credenciales para Saw y sus contactos. Esto requería un poco más de acabados finos, pero se sabía a la altura del reto.

—¿Vamos a reunirnos con alguien más? —preguntó Jyn. Saw negó con la cabeza.

—Es una operación pequeña. Si el Imperio nos ve venir, la nave desaparecerá o pedirá refuerzos. Tenemos que aprovechar el elemento sorpresa. Xosad dice que no hay más de cinco personas abordo de la pinaza, dos de ellas son un científico y un supervisor.

Jyn tragó saliva con dificultad. Científico y supervisor, justo como sus padres.

—Reece y sus hombres están explorando otra pista en el Borde Exterior —agregó Saw. Jyn tuvo que admitir que aunque Reece era un imbécil, no era tan inútil—. Parece que una fábrica está recibiendo muchos envíos imperiales. Hay muchas posibilidades de que estas dos misiones estén conectadas. Espero que recibamos buena información. —Le echó una mirada a Xosad. El twi'lek asintió, solemne.

—¿Es posible estar listos en veinte? —preguntó Bilder. A Jyn se le revolvió el estómago: todo sucedía demasiado rápido, pero no quería ser el eslabón débil del grupo.

Xosad y sus hombres se retiraron a su nave para prepararse, y Jyn pasó por cosas a su habitación. Se aseguró de que la bufanda cubriera su pecho y el collar, ocultó un cuchillo en su bota, se amarró la funda de su viejo bláster al muslo derecho y se afianzó los palos cortos a la espalda. Se le aceleró el corazón. No había salido de Wrea en todo el tiempo que llevaba ahí con Saw, y la emoción de sentirse incluida se juntó con el entusiasmo por salir al espacio de nuevo.

Saw rio cuando Jyn salió de su habitación.

—Jyn, vas a falsificar códigos, no a luchar en una batalla. —Su cara de emoción cambió y dio media vuelta para regresar a su cuarto. Saw le puso una pesada mano sobre el hombro y la detuvo para decirle con voz seria y grave—: Lo mejor es estar preparado.

—¡Vámonos! —gritó Xosad desde la puerta. Siguieron al twi'lek a su nave. Saw hizo que Jyn se sentara en la parte de atrás, en un asiento auxiliar, junto con el resto de la tripulación. Él se quedó en la cabina con Xosad. A Jyn no le gustaba estar sentada detrás, desde donde no veía el exterior, y el arnés de seguridad del asiento auxiliar le lastimaba los hombros y la clavícula cada vez que se movía de más. El problema era que no podían brincar al hiperespacio sin pasar por la Huida del Contrabandista, y Xosad no era nada ágil para esquivar el cinturón de asteroides. Los escudos tuvieron que aguantar más de una pedrada. Jyn no estaba lista cuando por fin llegó el salto y el estómago se le subió a la garganta. Profirió varias maldiciones en susurros.

Jari le lanzó una mirada de simpatía.

—Ya te puedes quitar eso —dijo Bilder señalando al arnés—. Ni Xosad podría manejar mal en el hiperespacio.

—No nos eches la sal… —gruñó Jari.

Jyn desabrochó el arnés y se levantó del asiento. En la nave de Xosad, nada le parecía cómodo ni fácil. Hasta el piso de rejilla de metal se sentía agresivo a través de las suelas de sus botas.

Saw y Xosad emergieron de la cabina y el grupo se movió a una mesa que estaba atornillada al suelo del área común. Todos se dirigieron a un asiento de inmediato, a Jyn le dio la impresión de que ese proceso era habitual para ellos. Se quedó de pie hasta que los demás se acomodaron y luego se deslizó hasta el borde de la banca de Saw.

Tuvieron que dar dos brincos más al hiperespacio y volar un tramo para llegar al sistema de las Extensiones Occidentales donde interceptarían la pinaza imperial. Jyn se preguntó si estarían cerca de algún planeta. Saw no fue nada específico, sólo le dijo que era un mundo de hielo, lo cual le recordó a un planeta al que había ido de niña con su madre. El recuerdo era muy vago: lo único que evocaba era haber jugado en cuevas como de cristal, y haber usado el hielo como resbaladilla.

Saw no le concedió mucho tiempo para remembranzas, la tuvo trabajando en el duplicador de códigos y el creador de documentos la mayor parte del viaje. Cuando terminó, Saw analizó los resultados con cuidado.

—Estos nos pueden servir —dijo Saw en un tono que le hizo sentir que no lo había hecho tan bien como se esperaba, pero después le sonrió con un inmenso orgullo en la mirada.

Xosad regresó a la cabina y buscó en el sistema la nave imperial encubierta. Su nave se sacudió con tanta violencia que Jyn se resbaló de la banca y la rodilla se le quedó encajada en la cuadrícula metálica del piso.

—¡Hice contacto! —gritó Xosad desde la cabina—. Pásenme los documentos.

Saw se levantó y avanzó a zancadas hacia él.

—Ahora es cuando se pone interesante —murmuró Jari, y sus compañeros asintieron con gravedad. Jyn sintió una presión en los pulmones. ¿Qué pasaría si sus códigos no funcionaban? De pronto se sintió pequeña y sin importancia, segura de que haría que esa misión fallara.

—Estamos adentro —dijo Xosad desde el frente. Su voz hizo eco en el metal—. Mordieron el anzuelo.

CAPÍTULO DIEZ_

Xosad emparejó su nave con la del Imperio. Salir de Wrea y atravesar la Huida del Contrabandista no había sido fácil para Xosad, pero hizo las maniobras para acoplarse al puerto imperial con tal delicadeza que Jyn se sorprendió.

—Tú quédate aquí —ordenó Saw a Jyn—. Vigila el puerto. Si alguno de sus hombres intenta abordar la nave, le disparas.

Jyn miró el portal que dentro de poco los conduciría al pasillo tubular que iba a conectar ambas naves. Se imaginó a un stormtrooper con armadura blanca y negra corriendo hacia ella por el tubo. Asintió con dificultad.

Saw tomó posición frente a la puerta. Él era el rostro de esta misión, la tripulación de twi'leks y un togruta que traía Xosad se habrían visto sospechosos. Las puertas se abrieron en cuanto el pasillo conector se extendió entre las naves y el área de acoplamiento se volvió a presurizar. Al final de un túnel corto y entre las cabezas de sus compañeros, Jyn alcanzó a ver el elegante interior de la otra nave. El plastoide blanco y el cromo relucían en contraste con el metal áspero y opaco de la nave de Xosad.

Sobre el pasillo transportador había dos stormtroopers que bloqueaban el acceso a la nave.

—Esto es bastante inesperado —dijo un hombre vestido de gris imperial que entraba dando pasos largos—. No íbamos a recibir provisiones hasta el siguiente mes estándar.

—No es más inesperado que esto —dijo Saw, y sacó su bláster para disparar a ambos stormtroopers antes de que pudieran defenderse. El oficial imperial intentó irse corriendo, pero Saw lo siguió de cerca.

Xosad y sus hombres salieron tras Saw y dejaron a Jyn en la nave. Todo pasó tan de repente que le costó trabajo recobrar el aliento. La espera había sido larga: el viaje por el espacio, la cuidadosa preparación del acoplamiento, la paciencia cuando iban a extender el tubo de conexión… De pronto, los demás ya estaban en la nave enemiga y Jyn estaba sola frente al tubo conector con dos stormtroopers muertos en el otro extremo.

Podía oír los disparos de bláster al otro lado del pasillo. Gritos. El ruido sordo de cuerpos que se desplomaban en el suelo.

Jyn sacó su bláster y lo sostuvo con fuerza entre las manos. Deseó estar con Saw, aun en medio de la batalla. No le gustaba estar sola porque de inmediato empezaba a imaginar cosas aterradoras.

Escuchó el ruido de unos pasos que se acercaban rápido. Alguien corría hacia ella.

Jyn lo vio antes que él a ella. Su piel oscura contrastaba con el traje gris que traía puesto, y Jyn notó una mancha de sangre en la manga. El hombre se detuvo después de tropezarse con los stormtroopers e hizo una cara de horror, o tal vez de asco. Luego levantó la vista, vio a Jyn y pasó por encima del primer stormtrooper.

—Hola, chiquilla. Te dejaron aquí de guardia, ¿verdad? —preguntó con voz calmada, como si le estuviera hablando a un animal asustado. Jyn apretó el bláster con fuerza.

—No te acerques —dijo levantando su arma.

—Tú no lo hiciste. —El científico estaba entrando al túnel. Señaló al segundo cadáver—. Tú no mataste a estas personas.

—Sí lo hice —advirtió Jyn—. No te acerques. —Su voz temblaba, pero sus manos sujetaban el bláster con firmeza.

El científico tenía una mano metida en el bolsillo grande de su bata. Había algo oculto tras la tela, algo pequeño, de metal. ¿Sería un bláster?

—¡Detente! —gritó Jyn. Él dio un paso más.

—Si me fueras a disparar, ya lo habrías hecho —dijo y avanzó otro paso más. Ya iba a la mitad del pasillo tubular—. Tienes cara de niña buena.

—Pues no lo soy —murmuró Jyn con el dedo en el gatillo, pero él no la escuchó.

—No eres una terrorista como esos hombres. No sé cómo te metieron en esto, pero si me lo permites puedo ayudarte. —Dos pasos más. Ya estaba más cerca de ella que de los cadáveres.

—No te atrevas a dar otro paso —dijo Jyn apuntándolo con el bláster. El científico levantó una mano en un gesto de falsa señal de rendición, pero tenía una sonrisa en el rostro y la mano aún en el bolsillo, sosteniendo lo que fuera que llevaba ahí. Los ojos de Jyn pasaron de la silueta del objeto a los ojos amables del hombre. No podía imaginarse que alguien que se viera así pudiera ocultar un bláster, pero…

—Voy a abordar tu nave —dijo el científico con seguridad—. Voy a romper la conexión entre las dos naves y usaré tu comm para contactar a mis superiores. Me vas a dejar hacerlo porque eres una chica muy sensata.

—¡No lo soy! —dijo Jyn gritando cada vez más fuerte. Su dedo vacilaba, pero no presionaba el gatillo.

El hombre dio otro paso.

Un disparo de bláster salió de la nada y el científico cayó. Jyn se sorprendió tanto que gritó con una explosión de emoción pura y disparó por accidente. Jari estaba parado al otro extremo del túnel de transporte, con el bláster desenfundado.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó. Frunció la frente en señal de preocupación—. ¿Por qué no disparaste?

—N-n-no… —Lo que Jyn intentaba decir se desvaneció mientras asimilaba la imagen del cuerpo inmóvil del científico.

—Es hora de irse. —La voz de Saw atravesó el aire y Jyn se dio cuenta de que por fin ya no habría más disparos de bláster, no más cadáveres, no más gritos.

Se había terminado.

Saw, Xosad y los demás entraron a toda velocidad por el pasillo de conexión, ignorando el cuerpo del científico. Jyn se quitó del camino a tropezones y enfundó de nuevo el bláster. Saw dio un portazo, giró los cerrojos y se unió a Xosad en la cabina.

Jyn corrió hacia la puerta, se asomó por la pequeña escotilla y vio cómo se desprendía el pasillo conector. La descompresión explosiva hizo que los cadáveres de los stormtroopers y el científico salieran volando y azotaran contra el costado de la nave

antes de rebotar junto con los demás escombros de la pinaza imperial, que seguía abierta. Jyn se quitó de la ventana y se cubrió la boca con horror y repulsión; sintió que la bilis recorría su garganta.

La nave de Xosad se dirigió al lugar desde donde podría hacer el salto hacia el hiperespacio. Jyn vio flotar la nave imperial y sus partes regadas hasta que desaparecieron en el vacío.

En cuanto salieron al hiperespacio, Saw y Xosad se unieron a los demás en la habitación común de la nave para hacer el recuento de la misión.

—Ese par eran los mismos científicos de la misión a Ilum que el Imperio emprendió hace tres meses —dijo Saw.

—No sé qué está haciendo el Imperio, pero estos eventos parecen estar relacionados —agregó Xosad asintiendo.

Bilder apiló varios datapads que se había llevado de la nave imperial.

—Me voy a tardar un buen rato en analizar esto —dijo.

—Jyn puede ayudarte. —Saw la volteó a ver. No se había dado cuenta de que no había hablado en todo el camino de regreso—. ¿Jyn? —preguntó en voz baja.

—Puedo ayudar —repitió en automático.

Los demás siguieron discutiendo sobre lo que habían hallado en el laboratorio y cuáles serían las implicaciones. Jyn se levantó de la banca con discreción. Sentía que el cuarto era diminuto, claustrofóbico. Lo que más deseaba era salir de la nave, pero no había adónde huir: sólo estaban la muerte y el hiperespacio, un fin similar al del científico que quedó flotando en la nada.

Jyn se encontró en un pasillo pequeño que suponía que desembocaba en las literas de Xosad y sus hombres. No quería invadir su espacio privado, así que se sentó en el piso abrazándose las rodillas, con la espalda recargada en la pared de metal.

No tuvo que voltear a cerciorarse cuando escuchó que unos pasos familiares se aproximaban; habría reconocido el andar de Saw en cualquier parte.

—Hola —dijo Saw, en cuclillas para hablar frente a frente con ella.

—Ya había visto la muerte antes y cosas peores, pero… —dijo Jyn. El vacío que sentía en su interior se reflejaba en su voz.

—El primero siempre es el más difícil. —Saw le ofrecía simpatía y Jyn no tuvo valor para confesarle que no fue ella sino Jari quien mató al científico—. Recuerdo una misión no hace mucho tiempo —continuó Saw mientras se sentaba a su lado—. Era una de esas tipo «somos uno contra diez y puede que no salgamos vivos de esta» en las que suelo encontrarme con frecuencia. El Imperio… —Saw sacudió la cabeza— te quita todo. Te quitan y quitan hasta que no te queda nada. Son como un niño sin límites, nosotros tenemos la obligación de decirles: *basta*.

Jyn asintió, pero en realidad no lo escuchaba.

«Mi madre no lo pensó dos veces cuando tuvo que disparar su bláster», pensó.

—Queríamos proteger unos planetas que el Imperio pensaba destruir. Bueno, no por completo, porque ni el Imperio es tan maligno; sin embargo, estaban explotando sus minas sin preocuparse por los habitantes ni por el ambiente. Iban a chupar esos planetas hasta secarlos, y nosotros no podíamos permitirlo.

«Me pregunto si alguna vez mató a alguien». Su madre era quien le decía que siempre pusiera el bláster en modalidad paralizar, pero Jyn no lo había hecho nunca desde que tenía uno propio. Mamá había tirado a matar en Lah'mu. No le atinó al corazón de Krennic, pero esa había sido su intención.

—¿Me escuchas, Jyn? No íbamos a permitir que ganara el Imperio. —Jyn volteó hacia Saw y se enfocó en sus labios como si pudiera ver las palabras que salían de su boca—. Y nuestro plan era que si no podíamos detener al Imperio, por lo menos nos aseguraríamos de que no obtuvieran lo que querían. ¿Cómo dijo ese hiitiano? Algo así como: «Dejamos en ruinas todo lo que no pudimos proteger». —Saw se estiró y tomó la mano fría de Jyn con la suya—. Creo que no entendía a qué se refería hasta hoy.

—Pero hoy no intentamos proteger ningún planeta —dijo Jyn.

—No me refería a ningún planeta.

Saw le acomodó a Jyn el pelo detrás de la oreja.

—No puedes protegerme —dijo Jyn.

—Por lo menos te enseñé a protegerte a ti misma —dijo con verdadero orgullo refiriéndose a lo que creía que había hecho Jyn.

Ella sólo agachó la cabeza sin poder verlo a los ojos.

CENTRO IMPERIAL DE DETENCIÓN Y CAMPO DE TRABAJO LEG-817
UBICACIÓN: Wobani
PRISIONERO: Liana Hallik, #6295A
CRIMEN: Falsificación de documentos imperiales, resistencia al arresto, posesión de un arma no declarada.

MES 02_

Jyn perdió la noción del tiempo en el campo de prisioneros de Wobani. Su celda no tenía ventanas y la única luz provenía del pasillo central. Durante el día se sentía tanta humedad que hasta las piedras sudaban, y de noche, tanto frío que se cubrían de escarcha. Le recordaba a la cueva donde se ocultó en Lah'mu. Pensaba en ese lugar cada vez más. A veces, cuando despertaba a medianoche, debía recordarse a sí misma que ya no tenía ocho años ni se ocultaba de aquellos stormtroopers.

Y que Saw no vendría a salvarla.

Su celda era diminuta y las cosas habían empeorado desde que llegó su nueva compañera de celda, una lunnix llamada Zorahda. Tenía más edad que la mayoría de los prisioneros. Su cuerpo estaba cubierto de pelaje blanco, sus ojos amarillos lucían desvanecidos. Jamás se acobardaba frente a los stormtroopers y hacía lo posible por no verse débil. No le era difícil: con sólo mostrar los dientes negros que escondía bajo los bigotes blancos que coronaban sus labios era suficiente para mantener a raya a los demás.

Las celdas eran estrechas. Las camas consistían en unos colchones apretujados extendidos sobre unas planchas que estaban empotradas en las paredes. El espacio para dormir era diminuto hasta para Jyn, de complexión más bien pequeña; para Zorahda, que medía dos metros, era imposible. En su primera noche en LEG-817 tuvo que acostarse en el suelo, entre las camas. Un stormtrooper en patrulla se detuvo frente a su celda:

—Todos los prisioneros deben permanecer en sus camas durante el turno nocturno —dijo el guardia.

Como respuesta, Zorahda hizo un gesto obsceno con sus largos dedos.

El stormtrooper pidió apoyo y picanas eléctricas. Zorahda intentó subirse de prisa a su cama y hacerse bolita en el hueco, pero ya era demasiado tarde. El alcaide la observó con una sonrisa mientras cuatro stormtroopers la electrocutaban con choques de alto voltaje y le propinaban una golpiza hasta que su pelaje nevado se manchó de parches de sangre café rojizo.

Jyn quería ofrecerle alguna especie de consuelo, pero sabía lo que pasaría si un stormtrooper la sorprendía mostrando compasión o simpatía. No le tomó mucho tiempo aprender esa lección.

Cada mañana, una alarma sonaba por toda la prisión para marcar el inicio de la nueva jornada laboral. Un solo cubo con su ración de alimento aparecía en un pequeño compartimiento que tenían al lado de la cama. Jyn se metió el suyo a la boca, hizo caso omiso del sabor salado y masticó mientras se alistaba de prisa para sus actividades cotidianas. Los stormtroopers elegían a los obreros de granja en primer lugar, era el

trabajo más fácil y codiciado. Después de la primera selección, obligaban a los demás prisioneros a regresar a los salones donde se les asignaba otra labor.

Zorahda terminó de lavarse antes que Jyn y se paró junto a ella en cuanto estuvo lista. Podían escuchar el tedioso proceso de reubicación de prisioneros en el otro extremo del pasillo. Los stormtroopers habían hecho la primera selección del día, y ni a Jyn ni a Zorahda les había tocado en el destacamento de la granja. Jyn miró con envidia a los afortunados, que se formaron en el pasillo.

—Odio este lugar —dijo Zorahda en voz baja, pero llena de amargura.

Jyn asintió con la cabeza sin decir nada. No había mucho más que añadir a eso.

Un stormtrooper abrió los cerrojos y las esposó. El pesado metal era enorme para las muñecas de Jyn y no le permitía levantar los brazos. A Zorahda le apretaba y le causaba un gran dolor. Ninguna se quejó.

Una vez que se establecía el plan de trabajo, se les obligaba a caminar casi al trote. Los prisioneros de piernas largas, como los gigorans, o el wookiee solitario del piso de Jyn debían acortar sus zancadas, mientras que los de piernas cortas, como la familia de ociocks, incluso debían correr para que no los pisotearan. Al final del pasillo se escaneaban los documentos y se les indicaba a qué unidades de transporte de turbotanque tenían que dirigirse para completar otra jornada de trabajo.

La prisión se elevaba por encima de las fábricas que la rodeaban como fieles suplicantes. Las más cercanas a la prisión estaban destinadas a la manufactura de partes pequeñas, como los tornillos y las tuercas que se usaban para construir naves. Los rumores decían que las armaduras de los stormtroopers se fabricaban originalmente en Wobani, pero Jyn nunca vio evidencias de eso, sólo incontables tornillos y tuercas, suficientes para hacer más Destructores Estelares de los que necesitaba la galaxia. Otras fábricas del planeta desarrollaban paneles para los pisos y las paredes de las naves, y los exportaban a otros planetas. La labor era brutal y pesada, e involucraba el manejo de metales calientes en estado líquido. Jyn odiaba que le asignaran tareas en esas fábricas. Se tomó un momento para añorar el trabajo en la granja, que por lo menos era al aire libre, en el fresco.

Pero no tenía elección. Cada día los prisioneros trabajaban en grupos y tareas distintos, era una manera de evitar que formaran alianzas. No importaba ni su físico ni sus habilidades; los débiles trabajaban lado a lado con los fuertes, y si tenían mucha suerte, sus compañeros los ayudaban a completar la labor. Jyn cometió el error de mencionar que tenía conocimientos tecnológicos y que podían asignarla al departamento de ingeniería. Por haber abierto la boca, la golpearon y jamás le permitían acercarse siquiera a ningún tipo de dispositivo electrónico.

Su placa de identificación de prisionera hizo bip bajo el escáner.

—Paneles —dijo el stormtrooper que estaba a cargo de la operación, señalando a un turbotanque con el pulgar.

Jyn recorrió el camino hasta el tanque, donde la volvieron a escanear y le dieron un asiento compartido de metal. Los stormtroopers patrullaban el pasillo central, pero nadie

hablaba ni se miraba. Sabían que tenían una jornada exhaustiva por delante. Trabajar con los droides cosechadores y las unidades de irrigación en los campos, o alinear tornillos e inspeccionar pernos en las líneas de producción, no era difícil, sólo tedioso. Fundir paneles significaba chamuscarse el pelo, quemarse la piel, músculos doloridos, ardor en los ojos, garganta seca y pulmones repletos de ceniza.

El turbotanque rugió al cobrar vida en cuanto se llenó. Iba traqueteando sobre el terreno irregular de Wobani mientras se abría camino hacia la fábrica de paneles. Después de un viaje corto, el destacamento de trabajo salió del transporte formando una fila y los droides les dieron instrucciones para sus actividades del día.

Los droides eran parte de lo indigno de su labor: ellos podrían hacer todo esto con más eficiencia y facilidad. De hecho, los droides eran los que hacían la mayoría del trabajo de noche en las fábricas mientras los prisioneros dormían. El Imperio estaba dispuesto a sacrificar un poco de esa eficacia para obligar a los prisioneros a cumplir con una cuota insignificante.

Ese día, el trabajo de Jyn era hacer muescas en la parte de abajo de unos paneles de pared, en secciones de dos metros por medio metro cada una. Estaba parada frente a una línea de producción con una cuchilla aceleradora de partículas, haciendo dos cortes hacia abajo y uno hacia un lado. Los pedazos de metal se desprendían de las muescas y hacían un ruido sordo y vacío al golpear el suelo que parecía como de huesos. Los vellos de sus brazos se habían quemado hacía mucho tiempo. Aunque su casco temperado no se ajustaba bien a su cabeza, por lo menos la protegía del embate directo del calor.

En la línea de producción, Jyn levantó, cortó y recorrió panel tras panel. Una parte de ella se preguntaba para qué quería el Imperio tantos paneles y tantas muescas, y no era la primera en hacerlo. Lo que más se decía era que el Imperio agrandaba su flota, pero la cantidad de piezas que habían producido los prisioneros a lo largo de los años, y desde mucho antes de que Jyn llegara, dio pie al rumor de que el Imperio derretía las piezas una vez terminadas y obligaba a los prisioneros a repetir el trabajo sobre el mismo material una y otra y otra vez.

Jyn ya no se molestaba en especular por qué el Imperio hacía lo que hacía. ¿Para qué habían asesinado a su madre? ¿Para qué se habían llevado a su padre? Si estaban haciendo algo con su investigación, todavía tenía que averiguarlo. Saw se había vuelto loco con eso; pasó la mitad de la infancia de Jyn persiguiendo a los fantasmas de su padre para intentar descifrar las intenciones del Imperio, pero nunca descubrió nada.

Las palabras de Saw se filtraron a la mente exhausta de la joven: «Un soldado con un palo y nada que perder puede apoderarse de la situación».

Se le crisparon los dedos al asir la cuchilla aceleradora de partículas. Aunque pudiera arrancarla de su moldura, no podría abatir a más de un stormtrooper antes de que le impidieran llegar más lejos. Los prisioneros manejaban herramientas que podían destrozar a sus captores, pero de todas formas no había manera de escapar.

La pieza de metal del panel principal sobre la que trabajaba se zafó de pronto y fue a dar al suelo. En lugar de azotar contra el piso, se hizo trizas cual vidrio; sus astillas salieron volando por doquier.

—¡Detengan la producción! —gritó un stormtrooper. Se prendieron luces rojas de alarma y el chirrido desafinado del metal contra el metal hizo eco por toda la fábrica. Los prisioneros se pusieron de rodillas con las manos arriba, justo como les habían instruido en el entrenamiento. Jyn quería quitarse los trozos de metal que tenía incrustados en la pierna, pero sabía que no le convenía desobedecer la instrucción de no moverse.

Algunos stormtroopers y varios ingenieros imperiales llegaron en manada a la sección donde estaba Jyn, que mantuvo la cabeza agachada todo el tiempo.

—Hay una falla en el acero reforzado con duralio —dijo uno de los ingenieros—. Este panel es demasiado frágil.

—Observa las estrías —dijo otro ingeniero agachándose. Un droide de inventario RA-7 recogió uno de los trozos más grandes del metal para que los demás pudiesen examinarlo más de cerca.

—El escaneo inicial indica una combinación errónea en la aleación —dijo el droide—. Esta pieza proviene del lote 3-2-4-3. Se manufacturaron cuatrocientas unidades con esa mezcla.

El oficial imperial que estaba a cargo maldijo e introdujo datos frenéticamente en su datapad. Jyn sentía los brazos doloridos de tenerlos levantados tanto tiempo, pero no se movió en absoluto mientras tuvo cerca a los oficiales, los stormtroopers y los droides hablando sobre la resistencia a la tracción de la aleación; la ignoraron por completo, como si fuera otro pedazo de basura metálica.

—Tendremos que detener la producción y retirar todos los paneles que hayan salido de ese lote —concluyó el oficial al mando. Giró sobre sus talones y se marchó rumbo a su oficina no sin antes decir—: Será tedioso hallarlos, están dispersos por todas las fábricas.

—Parece que es tu día de suerte —dijo un stormtrooper que estaba cerca de Jyn mientras se dispersaba el gentío que se había formado alrededor. En breve, un anuncio sonó por toda la fábrica. Ordenaba que la unidad de Jyn regresara a los transportes de la prisión; su turno había terminado temprano.

Por fin, Jyn pudo bajar los brazos; dejó que colgaran inertes a sus costados para que la sangre regresara a sus dedos. Se impulsó poniendo las manos en el piso para incorporarse, e hizo un gesto de dolor al sentir que una esquirla de metal se le enterraba en la palma. Volteó la mano para ver.

La esquirla medía alrededor de doce centímetros. Un extremo era cuadrado, el otro filoso como navaja. Era justo como un cuchillo, ni mandado a hacer. Jyn lo observó un momento.

«Un soldado con un palo…».

Era imposible. Era estúpido. Pero era lo que había.

Una oportunidad.

Sin permitirse pensarlo dos veces, Jyn sostuvo el afilado trozo de metal. El simple hecho de envolver con sus dedos la base de la cuchilla la hizo sentir más fuerte y poderosa que nunca desde que había llegado a Wobani, o incluso desde antes. La esperanza la poseyó como oleada, le enderezó la columna, le aclaró la vista.

—Oye, tú. —Una voz salió del casco de un stormtrooper.

Los dedos de Jyn se helaron y soltó la esquirla. Cuando golpeó el piso, hizo tanto ruido que parecía que absolutamente todas las personas y droides de la fábrica lo habían oído.

—Una prisionera con un arma no registrada —dijo el stormtrooper. El otro se abalanzó sobre Jyn, azotándola contra la pared.

—No estaba…, yo sólo quería… —intentó explicar Jyn, pero de inmediato le colocaron un collar de carga magnética que no le permitía respirar, mucho menos hablar. Acto seguido, la esposaron y dos stormtroopers con picanas eléctricas aparecieron frente a ella. El primero se agachó para recoger la navaja improvisada. La sostuvo en su mano, la balanceó, la pesó y luego volteó a ver a Jyn.

—Planeabas usarla como arma —acusó.

Jyn sacudió la cabeza, desesperada.

—Llamen al alcaide —dijo el stormtrooper.

Habían pasado tres horas desde el turno nocturno cuando los stormtroopers aventaron el cuerpo golpeado de Jyn al suelo de su celda. Zorahda se despertó de golpe y la observó mientras intentaba incorporarse y arrastrarse hasta su cama. No se movió ni un centímetro para ayudarla, no mostró compasión ni empatía. Había aprendido la lección.

CAPÍTULO ONCE_

Jyn nunca supo en qué momento Wrea dejó de ser su hogar y el de Saw para convertirse en el cuartel de operaciones de su cuadrilla de partisanos. Xosad se había ido, pero Jari y los demás se quedaron. Varios de los seguidores de Reece volvieron, alegando que preferían recibir órdenes de alguien con experiencia real. Idryssa envió nuevos reclutas, y Saw aceptaba a cualquiera que le demostrara que valía la pena. Era normal que por lo menos seis personas o más se quedaran en el puesto de avanzada. Algunos llegaban y se iban enseguida, y Jyn no los volvía a ver jamás. Otros se quedaban.

Jyn luchaba por mantener la disciplina de entrenar todos los días, incluso con Wrea lleno de gente. Cuando Saw estaba en casa, siempre había un puñado de personas dispuestas a unírsele en combates y prácticas de tiro. De inmediato notaba si querían lucirse ante Saw o llamar su atención.

—Cuando no estás ni se molestan —se quejó con el guerrero mientras le rasuraba la cabeza en un extraño momento de privacidad, tarea que asumió cuando resultó evidente que lo hacía mejor que él.

Saw rio.

—¿Estás diciendo que quieres que me vaya?

Jyn le pegó en el brazo.

—Sólo quieren impresionarte —dijo, exasperada.

Saw rio de nuevo. Jyn sabía que no se daba cuenta del efecto que tenía en los demás. Él pensaba que los nuevos reclutas se quedaban en Wrea porque creían en la causa, no entendía que sólo creían en él.

Por otro lado, había mucho que aprender de los nuevos. Jyn tenía la suficiente humildad para admitir que Codo era mejor combatiente, y cada vez que podía le solicitaba un enfrentamiento para aprender sus movimientos. Maia era tímida y delgada, pero su puntería era insuperable. Staven sabía todo sobre balística. Jyn los seguía a todas partes y aprendía cuanto podía.

Una parte de ella intentaba ocultar hasta de sí misma que quería impresionar a Saw. Entre más gente llegaba a Wrea reclamando su atención y obligándolo a ser líder y mentor, más añoraba el tiempo que pasaron solos.

Saw cambiaba ante sus ojos. Cada vez salía más y más a misiones, y Jyn no podía hacer nada, excepto quedarse frente a la unidad comm esperando noticias suyas, esperando que no hubiera sucedido lo peor. Le costaba hasta el último ápice de su voluntad no contactarlo cuando el silencio duraba demasiado, pero sabía bien que su rol era continuar con la vigilancia.

Hacía una semana que se había ido a una misión cuando regresó con heridas en la cara y una fractura severa en una pierna. Jyn intentó preguntarle qué había sucedido, pero él sólo gruñó que la misión había sido un éxito e ignoró su preocupación. Sin embargo, la pierna le dolía bastante y, mientras estuvo encerrado en el puesto de avanzada para

curarse, explotaba contra todo mundo, incluyendo a Jyn. Estaba tan de malas que a ella incluso le dio gusto que se fuera de nuevo, y sentir algo así la vació por dentro.

—¿Qué pasa, pequeña? —preguntó Maia, que llevaba más de cuatro meses en el puesto.

Jyn estaba sentada con las piernas colgando en la orilla de la isla, mirando la gruta donde nadaban algunos de los chicos. El sol comenzaba a ponerse.

—Todo está cambiando —dijo con un tono taciturno.

—Todo cambia siempre —contestó Maia.

—Pues no me gusta —repuso Jyn.

Maia estiró las manos. Jyn no pudo evitar notar los guantes de sintepiel que ahora usaba todos los días. Se los había ganado a Codo en una apuesta y disfrutaba presumirlos cada vez que lo tenía cerca. Era obvio que Codo iba a intentar mojarlos desde donde nadaba, en el mar. No lo logró, y Maia rio ante la retahíla de maldiciones que profirió después.

—Saw significa mucho para ti, ¿verdad? —preguntó Maia, luego de que Codo y los demás se alejaran. Jyn se encogió de hombros. No podía negarlo, pero tampoco quería decirlo en voz alta—. Saw significa mucho para mucha gente —continuó Maia cuando Jyn no le respondió—. Mi padrino, Lux, me contó que era un héroe de Onderon. Salvó a la familia de Staven de morir de hambre cuando organizó una incursión por provisiones que atravesó el bloqueo del Imperio. Luchó en las Guerras de los Clones y lleva peleando en batallas desde entonces. Es una leyenda viva. —Jyn resolló—. Pero… —añadió Maia—, aunque Saw signifique mucho para todos, sólo tú significas mucho para él.

Jyn volteó a verla de repente, pero no supo qué decir. Maia asintió, sabía lo que pensaba la chica:

—No lo dudes ni un segundo, pequeña —reiteró—. A veces pienso que eres lo único que le importa.

—¡Oye! —dijo alguien desde la escalera que conducía al mar. Los chicos venían subiendo desde la gruta. Staven se acercó a Jyn y a Maia con su pelo azul empapado—. Vamos a tomarnos un descanso, ¿vienes?

Jyn frunció el ceño y siguió mirando el mar. «Tomarse un descanso» era un eufemismo entre los huéspedes frecuentes de Wrea para «emborracharse mientras no está Saw», y Jyn nunca estaba invitada.

—Vamos. —Maia se levantó y se sacudió la arena del trasero. Ella y Staven se dirigieron de regreso al puesto.

Staven se detuvo un momento, volteó y repitió:

—¿Vienes?

—¿Yo? —La voz de Jyn sonó más aguda e infantil de lo que quería.

—Sí, tú —dijo Staven entre risas—. ¿Vienes o qué?

Jyn se levantó de un brinco y los siguió de regreso al puesto.

Alguien sacó una jarra de un líquido azul pálido que olía amargo y lo suficientemente fuerte como para quemarle los vellos de la nariz. Staven le sirvió un vaso de leche de bantha fermentada menos lleno que a los demás, pero ella no se quejó.

Intercambiaron anécdotas de guerra y chistes subidos de tono mientras Jyn tomaba a sorbos el fétido líquido. Se le calentaron las entrañas y su risa se hizo más estruendosa. Codo le dio una palmadita en la espalda y gritó:

—¡Eres una de los nuestros!

Jyn bebió con avidez las últimas gotas de alcohol.

—¡Salud por Jyn! —vitoreó al rellenarse el vaso, y luego parpadeó mientras decía—: Jyn…, ejem…, se me olvida tu apellido.

Una alerta sonó en su cabeza. Ella y Saw siempre habían tenido cuidado de no mencionarlo. Siempre fue sólo Jyn.

—¡Por Jyn Gerrera! —gritó Maia y se bebió el vaso entero. El resto de la mesa la siguió.

Esa noche, mientras se tambaleaba hasta su cama, Jyn pensó: «Esto no está tan mal como pensaba».

CAPÍTULO DOCE_

Cuando Saw regresó, todavía cojeaba un poco, pero su pierna se había curado casi por completo. Se llevó a Maia y a Codo a uno de los cuartos privados que se conectaban con el pasillo y antes de que Jyn se diera cuenta de lo que sucedía, ambos se habían ido para realizar una misión.

—Me dijiste que participaría en más misiones —le dijo Jyn a Saw. Era imposible no sentir que Wrea era distinta sin Codo y Maia, y con Saw de vuelta. No estaba segura de qué prefería.

Saw ladeó la cabeza.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó.

Jyn quería mentir, fingir que tenía más edad, pero contestó con la verdad:

—Catorce, casi quince.

Saw volteó a todas partes buscando entre los soldados que estaban dispersos por la isla.

—¡Staven! —ladró.

Staven llegó corriendo. Movió la mano como si quisiera hacer un saludo militar, pero apenas se contuvo.

—Sí, señor —dijo.

—Tráeme un kit de detonación.

Staven asintió y corrió a una de las habitaciones de la armería. Regresó un par de minutos después con una caja pequeña. Estiró el brazo para ofrecérsela a Saw, pero el guerrero señaló con la cabeza a Jyn. Staven volteó y se la entregó. Su peso la tomó por sorpresa. Miró a Saw, luego hacia la caja y la abrió con cuidado.

Contenía todas las piezas necesarias para armar un detonador estándar: dos mitades de un disco del tamaño de una mano, detonita, un compartimiento de cableado para el temporizador y el control remoto para anular la explosión.

Saw revisó la hora en su comlink.

—Tienes tres minutos —dijo.

A Jyn casi se le sale el corazón del pecho. «Es una prueba», pensó sin darse cuenta de que sus dedos habían comenzado a sacar cosas de la caja y las estaba ensamblando a una velocidad de la que no se sabía capaz. Construir el exterior del detonador era fácil, el cableado y el anulador remoto eran lo difícil. Podía sentir cómo pasaban los segundos, se permitió desperdiciar uno en voltear a ver a toda la gente que la observaba. La isla entera estaba en silencio. Staven se encontraba detrás de ella, supervisando su trabajo por encima de sus hombros. Entornaba los ojos mientras observaba cada uno de sus movimientos. Él era el experto en explosivos, y Jyn estaba consciente de que la estaba evaluando con tanto rigor como Saw.

Una vez que terminó el anulador remoto, se enfocó en el compartimiento del cableado. Era la parte más compleja de construir y la odiaba. Siempre se confundía con

los cables. Le temblaron los dedos. Sabía perfectamente que todos la juzgaban y que el tiempo corría.

—Un minuto —dijo Saw.

Quería estallar y decirle: «¡Eso no me ayuda!», pero mantuvo la boca cerrada y la mente enfocada. Deslizó los cables colocándolos en su lugar, cerró la tapa y al terminar levantó el rostro con aire triunfante.

Pero entonces vio la expresión de Staven, que sacudió la cabeza desilusionado.

—Muéstrale lo que hizo —dijo Saw. Su voz destilaba decepción.

Staven abrió el detonador, quitó el revestimiento y le mostró a Jyn los cables. Sus ojos buscaron el error por todas partes… y lo encontraron: un cable azul en el lugar de uno verde. El temporizador no mediría en minutos, sino en horas.

—Si por lo menos me hubieras avisado, habría estado preparada —dijo Jyn—. No es justo que me avientes esto al último momento.

Saw levantó una ceja.

Jyn se dio cuenta de su segundo error demasiado tarde. En una misión no tendría tiempo para prepararse. En una misión tendría que operar bajo condiciones de estrés mucho peores que el temporizador de Saw y la mirada atenta de Staven.

—Tu error pudo haberle costado la vida a todos los que participaban en tu misión —dijo Staven.

Saw no dijo nada, su opinión era evidente por la expresión de su rostro. Jyn parpadeó para no llorar mientras él daba media vuelta y se iba en silencio.

Alguien tocó a la puerta de Jyn.

No pensaba abrir; sabía que no era Saw porque podía escucharlo hablar y reír al final del pasillo. Pero tocaron la puerta una segunda vez y una tercera, cada vez con más insistencia, hasta que se levantó y abrió.

—¿Puedo pasar? —preguntó Staven.

Jyn se encogió de hombros y regresó a sentarse en su cama. Staven entró a su cuarto con timidez. Era un lugar excepcional en el puesto, que estaba repleto de puertas abiertas y literas rebosantes. La habitación común recibía gente en masa, pero la habitación de Jyn era sólo suya, y nadie más aparte de Saw podía entrar.

—Pensé que querrías algo de cenar.

Staven colocó un tazón sobre el baúl que Jyn usaba como mesita de noche, pero ella ni siquiera volteó a verlo.

—Me odia —murmuró mirando el piso.

—No te odia —dijo Staven llanamente y sin duda alguna. Pero él no había visto la expresión de desprecio en el rostro de Saw.

—Pude haberlo hecho bien —dijo Jyn con una mezcla de ira y derrota—. No fue justo.

Volteó a ver a Staven para saber por qué no contestaba. Él le sostuvo la mirada un momento, luego le dijo:

—No importa si fue justo o no, lo único que importa es que metiste la pata y un error como ese podría herir o matar a un compañero de equipo. Esta vida es muy oscura. —Staven continuó mientras miraba hacia la puerta abierta, desde donde se colaban las voces de los demás—. ¿Me entiendes? —Jyn se encogió de hombros—. No puedes permitir que la oscuridad te rebase.

Cuando Jyn cerró los ojos, vio la escotilla bajo la cual se ocultó en la cueva después de que asesinaran a su madre y se llevaran a su padre. Pensó en cómo el día se convirtió en noche, en cómo fue estar sola por primera vez en su vida y en cómo se dio cuenta de que las personas que la amaban se habían ido y que no conocía a nadie más.

Tenía una pequeña linterna tan tenue que casi no hacía diferencia. Esa linternita fue su única compañera en la oscuridad.

Y luego llegó Saw.

Fue el único en venir por ella, no la abandonó.

Staven se agachó para hablarle de frente.

—Cuando estaba aprendiendo sobre explosivos, también conecté mal un detonador. —Hizo una pausa como para elegir bien sus palabras—. Pero nadie se dio cuenta de mi error hasta que explotó. Alguien de mi propio equipo perdió una mano, y fue mi culpa.

Jyn estiró los dedos intentando imaginarse qué sería vivir sin ellos.

—Ahora no va a confiar en mí para ninguna misión —musitó Jyn volteando a otra parte.

—No creo que quiera mandarte a una misión.

—Ya he ido a misiones, lo hago suficientemente bien, ¡soy buena! —Jyn se levantó de golpe y apretó los puños—. ¿Qué importa si hoy cometí un error? Sé que lo hago tan bien como para ir a otra misión.

No lo decía sólo por ego; Jyn sabía que superaba a la mayoría de los invitados frecuentes de Saw y que, a pesar de la equivocación de aquel día, estaba más que calificada para tener su propia operación.

—Sí. —Staven asintió suavemente con la cabeza—. Pero no creo que Saw quiera admitirlo.

CAPÍTULO TRECE_

No mucho después, Saw le asignó a Jyn su primera misión en solitario. Sospechaba que había sido gracias a la influencia de Staven, pero quizás era la manera que tenía Saw de celebrar su decimoquinto cumpleaños, ocasión que, aparte de eso, pasó desapercibida.

—Te vamos a dejar en Horuz —dijo Saw—. Es uno de los planetas oscuros que hemos estado vigilando.

«Planetas oscuros». Jyn sabía lo que eso significaba. Había dieciséis planetas en la lista de Saw, todos con comunicaciones bloqueadas y protocolos de seguridad mucho más rigurosos de lo que era normal para los estándares del Imperio. Varias de las misiones del guerrero involucraban a los famosos planetas oscuros; Saw estaba convencido de que todo tenía que ver con el padre de Jyn y su investigación, pero en los últimos tiempos rara vez lo comentaba con ella y a los demás no les mencionaba sus motivos jamás.

Saw sacó un holoproyector de imágenes. Un joven con dos trenzas largas y oscuras, hecho de luz, flotó en el aire.

—Este es Dorin Bell —dijo Saw—. Creemos que el Imperio lo reclutó hace un año aproximadamente. —En el cuarto vacío, Jyn volteó a todas partes. «¿Quiénes *creemos*?», pensó—. Ha estado trabajando con kybers —continuó Saw en un tono más suave. Jyn sabía que se lo decía porque tenían una relación cercana, y que no hablaría de algo tan personal con los otros miembros de su cuadrilla. Cuando volvió a hablar, sin embargo, lo hizo en un tono autoritario y frío—: Me informan que estará explorando el hemisferio sur de Horuz con nada más que una pequeña escolta de protección.

—¿Cuál es mi misión? —preguntó Jyn analizando el holo del hombre.

Saw le lanzó una miradita y se descolgó de la espalda un rifle bláster modificado de largo alcance, con mira de francotirador y una celda de energía adicional para sobrecargar el plasma.

Jyn lo miró fijamente.

—Maia dijo que serías buena para esto —explicó Saw con evidentes dudas.

Jyn recordó el día en que practicó tiro con Maia, apuntando con cuidado en la isla. Observó la imagen de Dorin Bell y preguntó:

—¿Qué fue lo que hizo? —Lo que en realidad quería decir era «¿por qué merece morir?».

Saw no le contestó de inmediato, y lo que Jyn vio en sus ojos la aterró.

—¿Acaso importa? —preguntó cual soldado.

«Sí», pensó.

—No —contestó.

Saw asintió, de acuerdo con su respuesta.

—Staven te llevará al punto de desembarque.

Y así la despidió.

Jyn pasó a su cuarto para prepararse con diligencia. Revisó sus armas y empacó una bolsita de básicos. Cuando giró hacia la puerta, alcanzó a ver su reflejo en el metal pulido y le sorprendió ver a la mujer que tenía ante ella.

A Saw no le gustaban los espejos y el mar era demasiado rocoso como para reflejar nada. A Jyn tampoco le importaba mucho su apariencia que digamos, pero justo ahora hizo una pausa para contemplarse.

Primero observó sus ojos. Su padre solía decir que estaban hechos de polvo estelar y que eso les daba su color inusual. Aún podía oír su voz, su bigote le raspaba la cara cuando la abrazaba y le susurraba: «Te amo, estrellita».

Jyn se sacudió para disipar el recuerdo. Apretó la mandíbula, enderezó la columna y buscó fuerza en su dolor.

Y luego halló a su madre en su reflejo.

Jyn estiró la mano para tocar la superficie de su puerta, presionando el metal con sus dedos. Así se paraba su madre: alta, orgullosa, decidida.

Jyn había pasado tanto tiempo deseando ser distinta a su padre que a veces se le olvidaba la esperanza de ser valiente como su madre.

Irguió los hombros.

Era hora de probar que así era.

En la nave, camino a Horuz, Staven le dio información adicional. Habló del paisaje, la coordinación de eventos, el punto de llegada y el punto de encuentro.

—Pusimos algunas trampas para él y su equipo de trabajo —añadió—. Pero Saw prefiere estar seguro.

Jyn recorrió con los dedos el cañón del bláster de largo alcance.

En cuanto salieron del hiperespacio, a Jyn no se le escapó que Staven usaba códigos que ella había falsificado para Saw en su tiempo libre.

Staven la dejó cerca de un pequeño acantilado.

—Si avanzan de acuerdo con nuestra información, llegarán por ese camino. —Apuntó más allá de la orilla del acantilado, al suelo polvoso de abajo—. Pero si no, el otro punto de acceso está de aquel lado. —Señaló otro sendero que atravesaba un bosque más al sur. Desde su posición estratégica, Jyn estaba cubierta y tenía una vista clara de ambos senderos—. De cualquier forma lo más probable es que terminen ahí. —Indicó un punto como a un kilómetro de distancia. Jyn lo observó por su mira de francotirador. Ese era su objetivo.

Staven se fue y la dejó sola.

Saw hizo arreglos para que Jyn llegara a Horuz temprano, así que lo único que debía matar por el momento era el tiempo: serían muchísimas horas de espera con un bláster en la mano.

«Yo puedo», pensó. Sabía que era cierto. Lo que no se permitió pensar fue si quería o no.

Cuando por fin llegaron los guardias imperiales, después de mucho tiempo de espera, Jyn estaba quedándose dormida. Se despertó de golpe y prestó atención. Llegaron por el segundo sendero, a través de los árboles. Jyn agradeció su posición, estaba casi totalmente oculta en la orilla del acantilado.

El bláster permanecía fijo sobre un pequeño tripié. La chica calculó la distancia, el ángulo. Observó que una nube de humo se levantaba cuando la unidad de transporte se detuvo justo en el borde del área adonde Staven dijo que llegarían.

Respiró profundamente.

La primera vez que debió haber apretado el gatillo tenía justo enfrente a un científico que le recordó a su padre. Podía escucharlo y olerlo. Esta situación le venía mucho mejor, era lejana e impersonal.

Jyn fijó la mira en Dorin Bell, mucho más joven y sonriente de lo que esperaba. Luego la bajó hasta su pecho para no tener que ver la curva de sus labios, la luz de sus ojos. Se enfocó en el uniforme gris y en la emblemática placa negra del Imperio sobre su corazón.

A esta distancia ni siquiera parecían personas.

Jyn bajó la cabeza y colocó el ojo sobre la mira. Cargó el bláster modificado y la celda de energía adicional ronroneó.

Sintió la curva del gatillo con su dedo.

«Es sólo una práctica de tiro», se repitió a sí misma varias veces, pero su mente le contestaba: «No lo es, no lo es, no lo es».

Pensó en Saw y en la expresión de decepción en su rostro cuando falló la prueba del detonador.

Presionó el gatillo.

El bláster latigueó por la fuerza del disparo. La celda de energía se calentó tanto que le dejó ampollas ardientes en la mano. No lo notó; se distrajo demasiado por la oleada de humo y polvo que emergía del área en donde estaban los imperiales hacía un segundo. Un eco estremecedor rugió por todas partes.

—Las trampas —murmuró. Staven le había dicho que a ella la habían llevado para garantizar el trabajo, pero que ya había trampas esperando a los imperiales. Algo debió de accionarlas; supuso que eran minas terrestres a juzgar por el tipo de explosión. Se obligó a esperar a que se disipara la nube y se preparó por si había sobrevivientes.

Cuando la polvareda se asentó, se asomó para examinar la masacre. Vio el cuerpo de Dorin destrozado y ensangrentado, y se fijó en sus heridas con atención.

Sintió alivio y vergüenza en la misma proporción al pensar que había sido la mina, y no su disparo, la que lo mató.

CAPÍTULO CATORCE_

Después de esa misión, cada vez que Jyn despertaba no sabía si Saw la mandaría a entrenar afuera o le pediría que empacara y se encontraran en la nave. Le gustaba que su vida fuera tan inesperada y ser su compañera, no su alumna. Por lo general, la mayoría de las misiones se desarrollaban en los mundos del Borde Exterior que estaban en las rutas de intercambio comercial. A Saw le preocupaba que el Imperio se enfocara tanto en cargamentos y envíos, estaba seguro de que se preparaba para un desarrollo armamentista significativo. Los minerales de Siriamp, Jelucan y Centori, las minas invadidas en Ilum… Todas las noches, Saw revisaba los mapas estelares intentando conectar las piezas de los planes del Imperio. Mientras él se dedicaba a eso, Jyn peinaba todos los registros que podía para obtener más información sobre cómo falsificar códigos de autorización y desarrollar documentos para los escáneres que le permitieran a Saw continuar con sus misiones. El Imperio mostraba cada vez más interés en los planetas que estaban al borde de la civilización, y las antes ignoradas áreas del Borde Exterior empezaban a sentirse abarrotadas.

Se sorprendió cuando Saw le dijo que su siguiente misión juntos sería a Inusagi, un planeta adinerado del Borde Medio.

—¿Cuál es la misión? —preguntó Jyn, confundida.

Saw frunció el ceño.

—No es nuestra *tarifa* normal, pero pagan bien —confesó.

«Tarifa normal» significaba cualquier cosa que los acercara al paradero del padre de Jyn. Ella estaba igual de obsesionada con el tema que Saw, aunque por razones distintas. No le importaba qué hacía su padre con el Imperio, sólo quería tenerlo delante una vez más. No sabía si lo golpearía o le preguntaría por qué la abandonó, pero esperaba algún día tener la oportunidad de hacer por lo menos una de esas dos cosas.

—Si esto no tiene que ver con el Imperio, entonces ¿con qué? —preguntó Jyn.

—Tiene que ver con el Imperio, sólo no con la misión grande —contestó Saw. Le lanzó un holocubo para que lo atrapara, y cuando lo activó, surgió el rostro de una zabrak. Era difícil distinguir sus facciones en el barato dispositivo, pero Jyn supuso que tenía piel amarillenta y una corona de cuernos verde oscuro. Usaba una careta pesada que le cubría la frente, bajaba por entre sus ojos hasta su nariz y se enrollaba arriba de su cabeza, añadiendo unos picos de metal a su cornamenta natural.

—Arane Oreida —dijo Saw—. Odia a casi todos los humanos, por cierto. Qué bueno que soy tan guapo. —Arrugó las cicatrices de su cara con una sonrisa feroz.

Jyn frunció el ceño.

—Pero si odia a los humanos, entonces ¿por qué…?

—Arane es famosa por suspicaz —dijo Saw—. Nos da sólo pedazos de información, nada concreto. Quiere contratar mis servicios.

—¿Tus servicios de…? —preguntó Jyn.

—Combatiente. Necesita dos, creo que seremos Maia y yo, o tal vez Codo.

A Jyn se le encogió el corazón. Después de todo, sus habilidades no eran suficientes.

—Tú también eres parte de esta misión, chiquilla —dijo Saw despeinándola—. Se necesitan varios jugadores en este caso, cada quién tendrá un papel importante.

—¿Qué vamos a hacer?

Saw señaló el holocubo y Jyn lo activó.

—Los agentes del Grupo C bajo el mando de Stoneface… —dijo Arane en tono imperativo.

—Ese es mi nombre código —explicó Saw, e inclinó la cara hacia la luz, apretando la quijada. Jyn soltó una risita.

—… deberán obtener códigos de acceso para aterrizar en Inusagi. Arreglen que los agentes del Grupo Alfa obtengan acceso al piso principal del palacio durante la ceremonia de inauguración. Los asistentes recibieron como pase de entrada un holoproyector personal de imágenes tridimensionales marcado para la ocasión con un chip XLD de seguridad.

Jyn se encogió de hombros.

—Eso no suena muy seguro.

Saw habló por encima de la voz de Arane:

—Es una fiesta, no un evento militar ultrasecreto. Bueno, ¿crees que puedes manejar algo así?

—Claro —dijo Jyn—. Los códigos de acceso no serán ningún problema. Puede que las invitaciones sean un poquito más difíciles. ¿Tienes un original para copiar?

Arane le había enviado una invitación auténtica y doce plantillas en blanco.

—Sólo diez son imprescindibles, así que tienes margen de error —dijo Saw—. Pero si logras que funcionen las doce, será mucho mejor.

Jyn inspeccionó la proyección tridimensional oficial.

—No debería de haber mayor problema, pero necesito algunas cosas.

Saw tomó nota con minuciosidad de todo lo que solicitó Jyn para poder replicar las invitaciones y mandó a uno de sus subordinados al mundo más cercano con un centro de canje disponible. Tenían menos de un mes estándar para completar la tarea, pero Jyn estaba segura de que le tomaría sólo la mitad del plazo.

La parte exterior del holoproyector estaba decorada con diseños de espirales rojas y doradas. La base del reflector estaba hecha de lo que parecía ser un panal de oro genuino. Tenía un scandoc ingeniosamente instalado en la parte de abajo, y cuando Jyn giró las tres patas que se doblaban alrededor del perímetro, la holoproyección comenzó en automático.

Una joven que parecía tener sólo algunos años más que Jyn, poco más de veinte, apareció iluminada por la luz holográfica. En lugar de sólo mostrar su cara, la pequeña imagen la proyectaba de cuerpo entero. El holoproyector era un modelo costoso, y los detalles de la chica tenían una definición perfecta. Su ropa parecía estar hecha de luz tejida. Su piel café resplandecía aún más en contraste con la tela bordada en un rojo

brillante que usaba ceñida al cuerpo. Una cascada de cabello negro sedoso le llegaba casi hasta las rodillas y se rizaba discretamente en las puntas.

—Como jefa de Inusagi, le doy la bienvenida a nuestro festival anual de la flor del sakoola —dijo la mujer. Su voz tintineaba a través de las pequeñas bocinas del proyector—. Este artefacto que tiene en sus manos le permitirá acceder a nuestra ceremonia especial de inauguración en honor a nuestro primer gobernador imperial. Por favor, preséntelo al guardia al llegar. Antes de asistir, lo invito a conocer un poco mejor nuestro planeta y nuestra herencia real.

La chica alzó los brazos al final de su discurso como si celebrara una gran victoria, pero justo antes de que terminara la proyección, los bajó, hundió los hombros y mostró un destello involuntario de derrota en su rostro diminuto y luminoso.

Jyn revisó los contenidos del proyector. La información sobre Inusagi era somera, en el mejor de los casos. Destacaba sus contribuciones al Imperio y daba una explicación escueta sobre los años de «negociaciones», violentos en su mayoría, antes de que el planeta cayera en manos del Imperio. Inusagi era insignificante desde hacía siglos. Se beneficiaba de su ubicación cercana a planetas adinerados, pero no tenía exportaciones clave propias. Sólo había tenido éxito en sus intentos de permanecer neutral a lo largo de los años, pero resultaba claro que su neutralidad era cosa del pasado. En estos tiempos sólo había dos opciones para un planeta: pertenecer al Imperio o ser aplastado bajo su bota.

La última proyección contenía un mensaje del propio Imperio:

—Inusagi es un planeta rico en arte y cultura —decía el Teniente Coronel Senjax, corresponsal militar oficial de las transmisiones imperiales. A diferencia del discurso de la jefa, el hombre aparecía encuadrado del pecho para arriba, como si le hablara directamente a Jyn—. El Imperio se complace en admitir a este planeta tan diverso bajo su protección. Su fuerte alianza con el Imperio probará que un nuevo comienzo bajo el amparo de nuestro querido Emperador puede producir prosperidad y felicidad para todos los ciudadanos de la galaxia. Esperamos con gusto verlos en el festival de la flor del sakoola.

—Uy, apuesto a que les dará mucho gusto —le contestó Jyn a la imagen intermitente justo antes de apagar el aparato.

CAPÍTULO QUINCE_

—Bien hecho —dijo Saw cuando Jyn terminó de replicar la última invitación—. De verdad puedo decirte que no tengo idea de cuál es la original.

Jyn sonrió de oreja a oreja. Le había costado mucho trabajo replicar la apariencia externa de los proyectores así como la información interna. Copiar las holoproyecciones era sencillo, pero falsificar los scandocs requería mucho más tiempo y paciencia. En los últimos años, había pasado tanto tiempo dedicándose a la parte física de su entrenamiento que casi había olvidado lo maravilloso de enfocarse por completo en una actividad mental.

Saw volteó a ver a Jyn y le dijo:

—Me sorprendes todo el tiempo. Poca gente podría haberlo hecho, pero sabía que tú sí.

—Disfruté al encontrar la manera —contestó Jyn haciendo un gesto de modestia a pesar del orgullo que le hacían sentir sus palabras—. Fue como resolver un rompecabezas.

—Seguro lo traes en la sangre.

Jyn levantó la cabeza con un movimiento repentino.

—No, claro que no. —Sus ojos destellaron. Saw hacía referencia a su padre rara vez, y asintió para reconocer que no debió haberle recordado su pasado.

—¿Estás lista para irnos?

Jyn confirmó su anhelo de partir. No estaba segura de si Saw la había invitado a ir con él. Ella nunca había trabajado con el grupo partisano liderado por la zabrak, aunque sospechaba que Saw sí, durante una de las misiones para las que no fue requerida.

Saw guardó los holoproyectores en un morral grande de tela que ya estaba lleno de algo blando y se lo echó al hombro. Se dirigió a su nave. Maia estaba ahí, esperándolos. Le sonrió a Jyn.

Saw se acomodó en el asiento del piloto y despegaron.

—¿Estás emocionada? —preguntó Maia. Ambas se tambalearon mientras Saw maniobraba para llevar la nave a través del cinturón de asteroides.

Jyn asintió.

—Pero está raro, ¿no? No tengo idea de qué van a hacer Saw y tú en Inusagi además de verse con otras personas. ¿Por qué esa mujer…?

—Arane —dijo Maia.

—Ajá, ¿por qué no contrató a Saw para hacerlo todo? En lugar de darle los holoproyectores a un montón de extraños, pudimos haber formado un equipo.

Maia se mostró de acuerdo con discreción.

—Creo que a Saw tampoco le gusta —dijo en voz baja—. Pero los grupos antimperiales están demasiado dispersos. Tenemos que trabajar juntos cada vez que podamos. Esto podría ser bueno, quizás una señal de la alianza que viene.

Jyn lo dudó. Recordó lo que había dicho Saw sobre que a Arane no le gustaban los humanos. Aunque el guerrero trabajaba con Jari, Xosad y otros alienígenas, la mayoría de su cuadrilla estaba conformada por humanos. No creía que Arane quisiera tener nada que ver con Saw, además de pagarle por hacer el trabajo sucio con el que no quería que lidiaran los no humanos.

La nave brincó al hiperespacio. Jyn escuchó los familiares pisotones de las botas de Saw sobre el piso de metal.

—Así trabaja Arane —dijo, y las miró dándoles a entender que había escuchado su conversación—. Mantiene las cosas lo más seguras posible.

—Pero nosotros no solemos trabajar así —dijo Jyn.

—Tal vez deberíamos —contestó Saw.

—O tal vez deberíamos trabajar en colaboración mucho más. Idryssa…

Saw gruñó y Maia cerró la boca. Luego señaló con la cabeza el fondo de la nave, le aventó a Jyn el morral de tela que había traído a bordo y les ordenó a ambas que se fueran a cambiar.

Jyn lo abrió y descubrió un conjunto de vestidos inusagianos color verde pétalo. El bordado del dobladillo hacía juego con las brillantes flores de sakoola que había visto en la holoproyección.

—Tenemos que pasar desapercibidos —explicó Saw haciendo muecas.

—Te hará mucho bien asearte —dijo Maia sacando su propia bolsa de la unidad de almacenamiento.

—Vayan ya —gruñó Saw de nuevo.

Jyn se dirigió a un rincón más privado y se quitó la ropa. Mientras se quitaba los pantalones y la camiseta del día a día, y los reemplazaba con las prendas finamente adornadas, pensó en la joven, hermosa y evidentemente inocente jefa de Inusagi. Metió con cuidado su collar de kyber bajo su atuendo y alisó la tela sobre su cuerpo. Usualmente le enorgullecía no verse como chica; prefería mil veces mostrar sus bíceps que su busto, pero ese día disfrutó de cómo se veían sus curvas. Se ciñó la túnica alrededor del torso y admiró la manera en que la tela envolvía sus piernas y sus caderas cada vez que se movía. Se soltó el pelo del chongo despeinado que llevaba siempre y lo arregló lo mejor que pudo para que se rizara sobre su espalda. Saw no tenía cosméticos por obvias razones, pero Jyn se empolvó la cara con el talco que halló en la bolsa y se mordió los labios para darles más color.

—Qué linda —dijo Maia, quien traía puesta una túnica similar, pero más acolchada, que la hacía ver más rolliza de lo que era. También se había quitado los guantes de sintepiel. Movía los dedos como si ya no estuviera acostumbrada a sentir el mundo con su propia piel.

—Te ves bien cuando estás limpio —dijo Jyn mirando a Saw, que estaba detrás de Maia.

El traje le quedaba un poco apretado del pecho, pero los colores resaltaban el tono café oscuro de su piel. La elegante tela lo hacía ver majestuoso. Jyn sentía que traía puesto un disfraz, pero Saw parecía un rey.

—Esto es tuyo —le dijo pasándole una bolsa verde bordada igual que su ropa. Adentro estaban las doce invitaciones, guardadas en bolsillos pequeños dentro del forro—. Los demás miembros del grupo las reconocerán por su vestimenta. —Saw señaló los adornos distintivos de las orillas—. La palabra clave es «nube». Hagan entrar a los demás.

Jyn asintió en señal de que había comprendido. La nave salió del hiperespacio, pero ella sintió que había dejado el estómago ahí, flotando en la nada. La misión se sentía… extraña. No le gustaba trabajar con Arane, cuyo desdén por los humanos era obvio. No se sentía cómoda con su plan fracturado.

Saw repartió los códigos de acceso; Jyn sonrió con satisfacción cuando les concedieron el permiso para acoplarse en el puerto espacial sin hacer más preguntas. Él maniobró para que la nave descendiera y Jyn se asomó por la ventana, contemplando el hermoso paisaje. Un río azul atravesaba las colinas verdes y frondosas y los valles cercanos a la capital como un listón serpenteante del que partían ondulaciones y grandes pozas. Por su investigación previa sabía que el paisaje de Inusagi había sido cultivado durante siglos, y cada poza representaba a una comunidad distinta, liderada por una casa noble. La más grande se vertía sobre un acantilado, formando una cascada que desembocaba en el océano. El palacio de la jefa estaba construido sobre el risco; era un gran rectángulo de piedra de color café lechoso, con un lado que daba a las lagunas tranquilas de las casas menos nobles y el otro a la cascada y el mar turbulento abajo.

Saw hizo que el transbordador aterrizara en el puerto espacial, a poca distancia del río. En cuanto se acoplaron, el recelo se apoderó de las entrañas de Jyn.

—Cuando hayas repartido todas las invitaciones, regresa aquí y espérame —dijo Saw, de pie.

—Dijiste que sólo necesitabas diez —replicó Jyn. Traía dos de más en la bolsa. Sacó un par y se las entregó a Maia y a Saw.

—Que regreses aquí —repitió en un tono más severo, una advertencia clara de que no usara una de las invitaciones para entrar—. Todos tenemos un papel que jugar.

Saw salió de la cabina con rigidez. Aunque el traje le quedaba entallado, ella sabía que ocultaba armas debajo. Maia le dio a Jyn un pequeño empujón para que avanzara y ella observó el relleno debajo de la túnica de su amiga, preguntándose qué blásters traería escondidos bajo la seda.

CAPÍTULO DIECISÉIS_

Las personas que llegaban al área de acoplamiento eran conducidas al palacio en burbujas porteadoras. Las enormes esferas transparentes parecían huevos de costado, y se colocaban sobre una banda magnética que las llevaba por una ruta espectacular alrededor de una alberca decorativa y luego ascendía para atravesar el patio central del palacio. Saw puso a Jyn frente al vidrio para que pudiera ver el paisaje, pero a medida que la burbuja porteadora se acercaba más y más al hogar de la jefa, se movió sutilmente hasta el centro del transporte para distanciarse de ella. Maia tomó la siguiente burbuja, se había quedado un rato más cerca de la nave.

Alrededor de la alberca gigante se erigían carpas de colores. Era claro que el festival de la flor de sakoola estaba en pleno apogeo para los habitantes del planeta. El exquisito aroma de una especie de masa frita entró en la burbuja; Jyn oía cómo los vendedores ambulantes le ofrecían a la gente redes para atrapar los pétalos de sakoola como *souvenir*. Había una multitud de niños corriendo y blandiendo las mallas decoradas con listones de colores, y varios adultos las traían como accesorio para complementar sus vestimentas festivas.

Cuando la burbuja se detuvo entre el patio y el extremo este de la piscina, los pasajeros salieron en fila. Saw dejó que la muchedumbre lo separara de Jyn, que lo observó entrar al palacio con su holoproyector en mano. Sintió una oleada de aprehensión; sin embargo, los guardias de la entrada no le pusieron ningún problema a su invitación. Cruzó las puertas a zancadas y desapareció de su vista.

Mientras el extremo oeste de la piscina estaba desbordado de niños y vendedores, el extremo este lucía más reservado por su cercanía al palacio. Los colores eran menos vivos, y en lugar de carpas había unas bancas discretas que bordeaban el agua y se entremezclaban con los árboles.

Los árboles de sakoola tenían ramas largas y delgadas que bailaban al vaivén de la brisa. Los pétalos amarillos que flotaban por todas partes eran suaves como la seda, con un toque dorado en las orillas tan hermoso que parecía artificial. La gente se paseaba entre los árboles en grupos pequeños o en solitario, hablando con voz tranquila.

Jyn eligió la banca con mejor visibilidad y menos obstáculos. Cuando se sentó, alcanzó a escuchar el final de una conversación entre una pareja que observaba la escalinata que conducía al palacio y a los stormtroopers que estaban formados en ella.

—No se puede llamar democracia si obligan a nuestra jefa a firmar un acuerdo con el Imperio —siseó la mujer. Traía una túnica similar a la de Jyn, una tela larga y bordada que se ceñía a su torso y era más suelta sobre las piernas.

Jyn pensó que su compañero era un hombre por la ropa que usaba, pero en cuanto habló se dio cuenta de que era otra mujer.

—El Imperio está aquí, nos guste o no. Por lo menos vinieron en son de paz.

—Paz, ja —resopló la primera—. El silencio no es lo mismo que la paz.

Cuando se dieron cuenta de que Jyn las escuchaba, ambas callaron.

Otro hombre deambulaba por el mismo camino, y asintió al oírlas antes de sentarse al lado de Jyn.

—Hay mucha gente hablando del gran «tema» —dijo con un acento extraño. Jyn se mostró de acuerdo con él mientras buscaba con los ojos al primer contacto entre los árboles—. Pero, a fin de cuentas, las palabras son tan amenazadoras como una nube.

Jyn se congeló. La palabra clave. Volteó a ver al hombre, que entrecerró los ojos. Jyn metió la mano en su bolsa de manera casual y le pasó un holoproyector. El hombre asintió y, al hacerlo, su barba rozó su pecho. Se fue de la misma forma en que había llegado. Momentos después, se acercó a las escaleras y entró al palacio.

El festival de sakoola era un evento turístico a gran escala, pero Jyn notó que sólo un puñado de invitados no eran humanos, y que la mayoría se mantenía en grupos cerrados en la sección más abierta del otro lado de la piscina. Todos los que se acercaron a decirle la palabra clave eran humanos: varios jóvenes, algunas mujeres y una vieja que parecía tener una enorme joroba. Jyn se preguntó si no sería más bien un escondite para las armas.

Sólo le quedaban unas cuantas invitaciones, una para darle al último miembro de la misión y las de sobra que había hecho.

Una ola de melancolía inesperada y espontánea le recorrió el cuerpo. No podía evitar pensar en lo mucho que le habría gustado este evento a su madre. Lyra siempre buscaba lo único en cada planeta, daba su justo valor a las diferencias de la galaxia. Le habría fascinado Inusagi.

De pronto empezó a llegar más gente cerca de donde Jyn estaba sentada, como esperando que sucediera algo. Todos miraban hacia el agua y Jyn tuvo que voltear a ver qué pasaba. La superficie quieta y vidriosa del agua se rompió, y de ella emergieron unas criaturas en forma de diamante del tamaño de Jyn, deslizándose. Eran pálidas y lampiñas, muy delgadas, con facciones casi invisibles. Se movían como si volaran y nadaran al mismo tiempo, peinando la superficie de donde habían brotado. Una membrana delgada conectaba sus cabezas con la punta de sus dedos y pasaban de ahí a sus tobillos.

—¿Qué son? —le preguntó Jyn a una mujer que estaba cerca.

—Rayeths —contestó. Sonaba triste, lo cual no tenía sentido alguno: la danza de los rayeths era divina, como para perder el aliento. La forma en la que se elevaban sobre el agua era mágica.

Un grupo de seis criaturas se deslizó hasta la orilla de la piscina, cerca de Jyn. Eran tan delgadas que parecía que el viento se las llevaría flotando igual que a los pétalos de sakoola; en cuanto se levantaron, se envolvieron en sus membranas formando una especie de capullo a su alrededor, que ondeaba, más suelto, en sus talones.

Los seis rayeths desfilaron hasta la escalera del palacio. La tensión aumentó en el gentío de espectadores, y nadie dijo una sola palabra cuando las criaturas avanzaron a través de los pétalos flotantes y subieron los primeros escalones. Jyn vio a los

stormtroopers de la entrada y a un grupo de guardias locales que les bloqueaban el paso al interior.

El rayeth que encabezaba el grupo dijo algo, pero Jyn estaba demasiado lejos como para escucharlo. Al principio se preocupó de que fueran a abatir a aquellas criaturas níveas y delicadas, pero un instante después los rayeths dieron media vuelta y regresaron al lugar de donde habían salido. Nadie dijo una sola palabra mientras los cabizbajos rayeths eran rechazados en el palacio y humillados frente a todos. Se deslizaron en silencio de vuelta al agua, extendieron los brazos y desaparecieron bajo la superficie.

—Qué vergüenza —murmuró alguien frente a Jyn—. Otra tradición rota.

—Estúpidos animales —dijo alguien más—. Por lo menos el Imperio sabe que estas «cosas» no importan. No deberían permitirles subir a la superficie.

«Son gente —pensó Jyn, furiosa—. No son animales».

Pero no dijo nada.

CAPÍTULO DIECISIETE_

El último contacto caminó directamente hacia Jyn.

—Nube —gruñó en voz baja. Ella le entregó el dispositivo y lo vio entrar al palacio. Le sorprendió un poco que le hubiera funcionado la estrategia; él había sido el menos sutil de todos.

Saw le había dicho que regresara a la nave después de entregar las invitaciones, pero todavía le sobraban holoproyectores y podía usar uno para entrar. Después de ver cómo les habían negado el acceso a los rayeths, sentía más que curiosidad por saber qué había detrás de las puertas prohibidas.

Además, ninguna de las misiones que había hecho con Saw habían involucrado una fiesta en un palacio. Lo más glamuroso que había hecho últimamente había sido echar repelente de mynocks alrededor de los asteroides de Wrea.

«Me voy a asomar sólo un poquito», se dijo a sí misma y tomó uno de los proyectores. Subió los escalones pausada y cuidadosamente, observando a los stormtroopers, que lucían aburridos. Después de escanear su invitación con el verificador de identidad, le indicaron con un gesto que pasara.

En el pasillo había un rastro de pétalos de sakoola, pero aun sin seguirlos, Jyn habría llegado al salón de baile, que estaba en el corazón del palacio, gracias al ruido de la multitud. El techo de vidrio se apoyaba sobre pilares envueltos en hiedra. Una larga escalinata descendía al piso principal. Mientras bajaba, la tela de su vestido inusagiano siseaba al acariciar la piedra. Buscó por todas partes a Saw o algún otro de los contactos del grupo partisano, pero no vio a nadie.

«Seguro usaron las invitaciones para colarse al edificio», pensó. El palacio era enorme, con domos altos en el techo. Podrían estar en cualquier parte, descubriendo los secretos que el Imperio había ocultado en su interior.

«Sólo un par de minutos», se reiteró a sí misma. El salón de baile estaba a reventar de personas. La mayoría rodeaba la mesa del *buffet*, que ofrecía una amplia variedad de delicias locales, frutas, miel, pan y queso. Unos droides meseros servían vino; tenían una selección regional, pero también había botellas más finas importadas de los planetas del Núcleo, incluyendo un vino azul de Alderaan que servían a los invitados más importantes en una plataforma, cerca de la escultura que estaba en el centro del salón.

La escultura estaba hecha de flores. Jyn jamás había visto algo tan hermoso… y tan inútil. Las flores morirían dentro de algunos días estándar y todo el artefacto se marchitaría. Pero por ahora era impresionante, una muestra excesiva de extravagancia. La base de la escultura estaba hecha de hojas verdes, gruesas y brillantes atadas con hiedra que cedían ante unas flores rojo fuego con el centro naranja, coronadas con pétalos de sakoola de orillas doradas. El conjunto formaba la imagen de un ave hecha de llamas.

—Muy hermoso, ¿verdad? —dijo un hombre que estaba cerca de Jyn cuando la vio inclinarse hacia atrás para contemplar la escultura completa. Tuvo que admitir que sí.

—¿Qué clase de ave es? —preguntó, y se dio cuenta de que no había visto ningún pájaro en el jardín de la piscina. Lo más parecido a un animal volador eran los rayeths cuando se deslizaron por el agua.

—Es un ave estelar —contestó el hombre—. ¿Tu madre no te contó la leyenda?

«Cree que soy de este planeta», pensó Jyn recordando su ropa de pronto.

—Mi madre falleció —dijo mirando al piso con recato.

El hombre adoptó una expresión de compasión.

—No importa, es una vieja leyenda. La gente suele olvidarlas. El caso es que el ave vive dentro del corazón de todas las estrellas de la galaxia. Cuando una estrella muere, el ave se inmola y sus alas se extienden millones de kilómetros sobre el abismo del espacio, y se convierte en polvo estelar. —Jyn se congeló por un momento—. Todo lo que queda es el corazón. El polvo se dispersa por la galaxia y luego se vuelve a unir. —El hombre juntó las manos como si pudiera juntar el aire—. Y el ave renace. —Abrió las palmas y Jyn sintió que la criatura mítica saldría volando de ellas. Pero no pasó nada.

—Una falta de respeto, es lo que es —dijo una mujer mayor que los había estado escuchando con el ceño fruncido.

—¿Falta de respeto? —preguntó el hombre con frialdad.

La mujer resopló y avanzó hacia un grupo de oficiales imperiales que estaban reunidos junto a una plataforma.

—Gracias por contármelo —dijo Jyn alejándose de él. No quería que nadie notara su presencia, y si el hombre no le caía bien a la gente, no le ayudaba quedarse cerca.

—Amigos, miembros de la corte inusagiana… —Una voz hizo eco, amplificada por unos droides bocina que zumbaban por encima de la multitud. Todos los ojos voltearon al podio que estaba instalado frente a la escultura.

La jefa lucía mucho más pequeña que en la holoproyección. Tenía los ojos rasgados y la piel ceniza. Su cabello colgaba sin vida sobre su espalda. Lo único regio en ella era el vestido blanco y plateado que traía puesto. A Jyn, las franjas de tela que envolvían su torso le recordaron la forma en la que los rayeths se habían envuelto con sus propios brazos al salir del agua.

—Bienvenidos sean todos a la celebración de nuestro hermoso festival de la flor de sakoola. —Miró la estatua de flores que tenía a su espalda.

—Sí, gracias —dijo alguien antes de que la jefa pudiese continuar. Un oficial imperial dio un paso al frente y el micrófono se dirigió hacia él—. Nos complace compartir este día de festejo con un evento igual de alegre: ¡la instauración del primer gobernador imperial de Inusagi! —Esperó a que terminara un aplauso cortés y hubiera suficiente «júbilo» para satisfacerlo—. Gracias, gracias —continuó en cuanto se aplacó la bienvenida—. El Gobernador Cor Tophervin es un gran amigo del Emperador Palpatine; es un honor para él dedicar su servicio al Imperio y al planeta de Inusagi. Cor, por favor, adelante —dijo el oficial haciendo un gesto con el brazo.

Jyn retrocedió hasta ponerse detrás de la multitud. Era muy claro de qué se trataba esta fiesta: sólo era un despliegue de poder y prestigio para el Imperio. Le pareció una

burla vulgar hacer de un festival en honor de la belleza natural del planeta un escaparate para exhibir a un funcionario.

La mayoría de la gente se acercó aún más al escenario, pero Jyn se quedó al fondo sin estorbar. Era hora de irse. Un puñado de stormtroopers flanqueaba la base de las escaleras del salón hundido. Antes de que la detuvieran, Jyn dio muestras de que se sentía mal y uno de ellos se quitó del camino para permitirle subir a toda prisa las escaleras hasta el pasillo que conducía a la salida.

Antes de irse, hizo una pausa. Su vestimenta rozaba el sendero de pétalos. Los pilares que rodeaban el salón de baile proyectaban unas sombras largas y ominosas.

Sintió que había movimiento, y entornó los ojos para ver mejor en la oscuridad.

Diez personas emergieron silenciosamente de la penumbra. Entre ellos había un hombre calvo de barba tupida, la mujer de edad avanzada que ya no tenía joroba, un hombre brusco con ojos grandes e iracundos, Maia y Saw.

Cada quien traía un contenedor doble FC-1 con un lanzador de flechillas. Jyn había estudiado armas con Saw lo suficiente para saber qué hacía un arma de ese calibre. Abrió los ojos con sorpresa mientras repetía en su mente las estadísticas que se sabía de memoria. Cada lanzador guardaba seis contenedores antipersonas. Cada uno de ellos poseía cientos de flechillas de duracero, diminutas y filosas como navajas, que rebanarían a la multitud. Penetraban hasta diez centímetros, sin importar si le pegaban a la armadura de un stormtrooper o a la seda de un vestido inusagiano. Eran capaces de diezmar una muchedumbre en segundos. Diez personas, sesenta tiros. Miles y miles de agujas diminutas volando por doquier.

Jyn no podía ni moverse, sólo observaba cómo los partisanos tomaban posiciones detrás de los pilares.

Su mirada se posó en la jefa. El nuevo gobernador terminó su discurso y la mujer regresó al podio.

—Bienvenido a Inusagi, Gobernador Tophervin —dijo la jefa, en un tono de derrota. Tenía un control remoto en la mano, y al activarlo, una miríada de pétalos dorados de sakoola descendieron suavemente como copos de nieve sobre la gente, que estaba fascinada. Las expresiones de maravilla y deleite no tardaron en llenar el salón.

Jyn apenas escuchó el primer disparo.

Las flechillas plateadas atravesaron los pétalos antes de que a alguien pudiera ocurrírsele gritar. El cuerpo del nuevo gobernador cayó del escenario. La jefa se desplomó ante los pies floridos del ave, la sangre acentuaba la seda blanca de su vestido.

En menos de un minuto, el suelo estaba tapizado de cadáveres.

CAPÍTULO DIECIOCHO_

Jyn esperó a Saw en el transbordador. Se sentó en la cabina mirando al exterior hasta que llegó, aventó su FC-1 en la cubierta y lanzó la secuencia de despegue. Pero por la forma en la que la ignoraba y evitaba su mirada, sabía que se había percatado de su presencia en el palacio. Saw sabía que ella sabía.

Maia no regresó.

Jyn también vio cómo sucedía eso. En cuanto la alarma se activó, los partisanos aprovecharon el pánico. Jyn tenía ventaja, ya estaba en las burbujas porteadoras para cuando se desató el caos. Observó a la gente huir del palacio a través del cristal transparente. Buscó a Saw entre la multitud, pero sólo vio a Maia. Un stormtrooper intentaba detenerla y le arrancó la ropa, exponiendo el relleno y las armas que ocultaba bajo la seda.

La burbuja porteadora comenzó a alejarse del palacio y a acercar a Jyn a la nave, pero alcanzó a ver la escena: Maia luchó contra el stormtrooper hasta que este desenfundó el bláster y su cuerpo inerte se desplomó.

Jyn se mantuvo en silencio todo el tiempo que le tomó a Saw abordar y prepararse para huir. Fue difícil salir del planeta: había tanta gente intentando escapar para cuando llegaron al cielo que el Imperio no tuvo oportunidad de detenerlos a todos. De todas formas, Jyn revisó los códigos de escaneo que había falsificado para la nave de Saw y corroboró que cualquier registro de su presencia en Inusagi arrojara que no eran más que una pequeña embarcación de transporte con todos los permisos en orden.

No cruzaron palabra al salir al hiperespacio. Jyn siguió con la mirada en el sendero gris azulado de estrellas y desenfocó a propósito. Saw se levantó y se dirigió a la parte de atrás de la nave. Ella no sabía qué estaba haciendo, pero escuchó cómo recogía el lanzador de flechillas y lo guardaba bajo llave.

Cuando llegaron a la Huida del Contrabandista, Saw frenó la nave justo frente al cinturón de asteroides.

—Inusagi queda cerca de Naboo, el planeta nativo del Emperador —dijo Saw mirando a Jyn—. Un ataque de esta magnitud tan cerca de su hogar enviará el mensaje que necesitamos. El nuevo gobernador era un aliado cercano del Emperador, y la jefa, una colaboradora clave. Aunque, bueno, admito que no tuvo muchas opciones más que cooperar —concedió.

—Esto fue un asesinato, Saw —dijo Jyn mirando cómo flotaban las rocas espaciales—. Ni estábamos luchando por una buena causa ni éramos la resistencia contra el Imperio. No fue más que una masacre.

—Ay, Jyn… —A Saw se le quebró la voz—. ¿Qué crees que es la guerra?

El destello de un movimiento se deslizó entre los asteroides. No importaba cuánto repelente usara, los mynocks siempre regresaban.

—Vamos a casa —susurró la chica. Se incorporó de su asiento y se alejó lo más que pudo de Saw.

Encontró los guantes de Maia y se los acercó al rostro. Olían a residuos de carbón.

A veces, cuando la torre de comunicaciones rota crujía con el viento nocturno, Jyn podía oír las miles de flechillas cortando el aire, rebanando los tiernos pétalos de sakoola. Esas noches, las piedras húmedas de sus paredes apestaban a sangre. Jyn se cubría con sus cobijas y pasaba horas despierta debajo, buscando holos antiguos de su padre.

—Tenemos un infiltrado —anunció Saw al grupo unos días después de lo de Inusagi.

—¿Un infiltrado…? —preguntó Staven. Él era quien se sentía más desolado por la muerte de Maia.

Saw asintió sombríamente.

—Lo encontraré —aseveró. En la habitación, el ambiente se heló. Jyn los miró a todos: ya no eran sus amigos ni sus compatriotas. Uno de ellos había traicionado a Saw, y se preguntó quién habría sido.

—¿Fue por eso que murió Maia? —preguntó Codo.

—Tal vez —gruñó Saw.

Saw se involucraba cada vez más en el entrenamiento de la cuadrilla como unidad. Entrenamiento tras entrenamiento, les gritaba órdenes a sus soldados desde arriba de la torre rota.

—¡Así no! —rugió cuando Jyn se agachó junto con Jari y Codo en un simulacro de batalla—. ¡Si se apelmazan así, se mueren todos!

Los nuevos reclutas de la cuadrilla de partisanos fueron sometidos a un entrenamiento aún más rudo. Varios se rindieron a los pocos días, pero los que quedaron (incluyendo, por desgracia para Jyn, al humano Reece Tallent) se volvieron los más fervientes seguidores de los métodos de Saw.

—¿Para qué regresaste? —dijo Jyn cuando Reece se sentó a su lado después de un largo día de entrenamiento de tiro.

—Saw se quedó con la mayoría de mi tripulación —dijo Reece. Jyn se sorprendió un poco al recordar que eso era cierto, ya no pensaba en los desertores como parte de su antiguo equipo—. Supuse que lo mejor sería entrenar junto a ellos.

Jyn lo evaluó. En el año que había pasado, Reece le había bajado un poco a su arrogancia. Quizá Saw le haría mucho bien.

De todas formas, no esperaba que Saw lo eligiera para su próxima misión.

—Tú también vienes —dijo apuntándole a Jari. El togruta se mostró sorprendido—. Y Jyn.

—¿Cuál es la misión? —preguntó la chica mientras abordaban un transbordador pequeño. Era una de las naves nuevas que habían comprado con el dinero de la misión de Inusagi.

—Tú vas a ayudar con los códigos de acceso —dijo Saw, y Jyn se puso manos a la obra con el replicador. Se enfocó en su tarea, y no fue hasta que terminó que se dio cuenta de que la tripulación entera estaba sumida en un silencio incómodo.

Saw gruñó en señal de aprobación cuando vio los códigos que Jyn había fasificado. Poco después, la nave brincó del hiperespacio. Jyn no reconoció el planeta al que llegaron. No había ningún puesto de revisión imperial para sus códigos, pero sí uno de avanzada y barricadas no muy lejos. Tan pronto como aterrizó la nave, Saw condujo a su pequeña tripulación a una casa de seguridad.

—Les dije que había una fuga de información en nuestra unidad —afirmó Saw—. Probablemente un desertor.

Jari, Jyn y Reece compartieron miradas de preocupación.

—¿Ya descubriste quién fue? —preguntó Jari.

Saw miró fijamente al togruta.

—Sí —contestó. Extendió un mapa del planeta y todos se juntaron alrededor del holocubo para verlo—. Hay barricadas imperiales aquí. —Señaló una locación como a cuatro klicks de distancia, al este de donde estaban—. Han estado recibiendo transmisiones desde nuestra base.

—¿Desde *nuestra* base? —Jyn contuvo el aliento. Saw asintió.

—El traidor les reveló información acerca de algunas de nuestras misiones y nos las arruinaron. Perdimos una nave y varios hombres.

—Hombres como Bilder —dijo Jari en voz baja. Jyn bajó la mirada; ni siquiera se había dado cuenta de la ausencia del twi'lek, sólo pensó que estaba en una misión larga.

¿Cuántas personas de las que se habían ido para no regresar habrían muerto? ¿Por qué no los lloraba Saw, o le permitía a los demás que lo hicieran?

Si Jyn no hubiera sido testigo de la muerte de Maia, habría pensado durante el resto de su vida que se fue de misión o que había abandonado el grupo.

—Y los gamorreanos —añadió Saw.

Jyn frunció el ceño. Los hermanos gamorreanos gigantes no estuvieron en la cuadrilla mucho tiempo, pero parecían invencibles.

—¿Cómo localizaste al traidor? —preguntó Jari.

Saw se le quedó viendo mucho tiempo antes de contestar:

—Tengo mis medios.

—¿Está en la base imperial? —preguntó Reece.

—No —contestó Saw sin dejar de mirar a Jari.

Jyn observó a Saw, luego al togruta y viceversa. Notó la manera en la que Saw mantenía la mano oculta en su abrigo.

«No», pensó. No estaba segura de si lo había dicho en voz alta o no.

Al fin, Saw reveló su bláster.

—Amárrenlo —instruyó.

Reece fue el primero en ponerse en acción, Jyn seguía demasiado impresionada. Jari intentó zafarse, pero Saw le disparó en el hombro. Jari no podía protestar entre los gemidos de dolor que profería, y Saw le apuntó con el arma a la cabeza mientras Reece lo ataba con cinchos de plastoide.

—Véndenle los ojos. —Saw le aventó un trozo de tela a Jyn. Le temblaban las manos mientras le cubría los ojos y los montrales al togruta.

—Jyn —murmuró Jari—. No fui yo, no fui yo. Saw está paranoico, Bilder era mi amigo, jamás lo traicio…

—Amordácenlo también —ordenó Saw. Reece le metió un trapo a la boca.

—Saw… —dijo Jyn en tono suplicante y bajo.

Su mirada se suavizó un momento al verla. Le hizo un gesto para que se acercara y le susurró al oído:

—Él sabe.

Pero Jyn no entendió qué significaba eso.

Saw guardó el bláster en su funda y arrastró a Jari, jalándolo de sus ataduras, hasta el deslizador aéreo que estaba estacionado frente a la casa de seguridad. Jyn lo siguió de cerca, pero Saw no necesitaba ayuda. Golpeó la herida en el hombro de Jari cuando el togruta hizo un último intento desesperado por escapar.

Jyn y Reece corrieron al techo de la casa. Ambos observaron cómo Saw aceleraba cada vez más el deslizador por el campo abierto en dirección a las barricadas imperiales.

—Toma. —Reece tenía un par de cuatrinoculares. Jyn no se preguntó de dónde los había sacado, sólo los aceptó para ver más de cerca cómo Saw avanzaba hacia las barricadas. Veía a los stormtroopers en blanco y negro apuntando hacia el manchón veloz que se aproximaba.

Saw frenó en seco justo frente a ellos. Los stormtroopers gritaron algo, pero Saw no contestó. Sólo sacó a Jari a patadas del deslizador y emprendió el camino de vuelta a la casa de seguridad.

—Tenemos que irnos —dijo Jyn. Le aventó los cuatrinoculares a Reece y corrieron juntos hasta el puerto espacial.

Saw estaba tan enojado por la traición de Jari que no se había tomando un momento para considerar lo rápido que tendrían que salir de ahí después de su acto de venganza.

Jyn y Reece avanzaban a toda velocidad por la rampa de abordaje cuando Saw llegó a toda prisa. Se aventó a bordo, inició la secuencia de despegue y salieron como ráfaga del puerto espacial. Reece examinó el escáner.

—Tenemos por lo menos tres naves detrás de nosotros —dijo.

—Podemos lograrlo —gruñó Saw y hundió la palanca de aceleración hasta el fondo.

El corazón de Jyn latía con un ritmo en *staccato* que sentía imposiblemente rápido. Mientras Saw esquivaba las naves imperiales y atravesaba la atmósfera del planeta hacia

el hiperespacio, lo único que podía pensar era que Jari defendía en susurros su inocencia, que Saw estaba paranoico y que Bilder era su amigo.

CAPÍTULO DIECINUEVE_

Saw descendió por la rampa con grandes pasos en cuanto aterrizaron en su isla de Wrea. Reece se dirigió a Jyn:

—Eso fue… revelador —dijo.

—¿De veras? —contestó Jyn.

Reece asintió. Cuando se sentó junto a ella, le sorprendió no haberse alejado de él.

—Saw es un hombre difícil y traicionarlo sería un error. Creo que quería que aprendiéramos la lección tanto como Jari.

—Yo jamás lo traicionaría.

—Tal vez en tu caso era más para tu beneficio, en términos de seguridad —dijo Reece, y tuvo que seguir explicándolo cuando notó la mirada confundida de Jyn—. Estaba demostrando todo lo que haría para protegerte.

A Jyn se le desenfocó la mirada por el desconcierto. ¿Habría sido eso? Pero Jari jamás había sido una amenaza para ella o, por lo menos, no que supiera.

Odiaba estas dudas, este miedo.

¿Qué habría querido decir Saw cuando dijo que «él sabía»?

—¿Qué tan bien conoces a Saw? —preguntó Reece.

—Bastante bien —contestó, sorprendida por la pregunta—. Es como un padre para mí.

—¿Confías en él?

—Totalmente. —Reece le echó una mirada dudosa y Jyn le dijo con franqueza—: Me salvó la vida. —No estaba segura de por qué le estaba contando esto a Reece, que ni siquiera le caía bien, pero la oscuridad la ayudó a hablar—. Yo estaba dentro de un búnker, una cueva. Era una niña chiquita y pensé que iba a morir. Pero Saw me rescató. —Reece se mantuvo en silencio, Jyn continuó—: Todavía pienso en esa cueva: estaba demasiado oscura, esperé mucho tiempo ahí dentro. A veces, cuando tengo miedo, siento que estoy en ese lugar.

—Atrapada en una cueva en tu mente —dijo Reece en voz baja.

Jyn asintió.

—Pero Saw siempre llega.

Saw transformó el área común de comedor en centro de mando. Siempre tenía por lo menos tres misiones en el aire, y planeaba por lo menos seis más. El lugar estaba inundado de holocubos con planetas y puestos imperiales, y el comm nunca dejaba de zumbar con nueva información.

—Estamos muy cerca —le decía a Jyn con una sonrisa.

Pero ya no la mandaba en misiones.

A veces, cuando llegaban de noche de las misiones, Saw salía de su centro improvisado de mando. Jyn sabía que era él por la forma en la que caminaba a trancos por el pasillo. En esas noches, abordaba las naves que llegaban.

Nunca hablaba de lo que hacía, pero Jyn lo suponía.

Podía escuchar los gritos.

Lo confrontó un día. Se estaba limpiando la sangre de las manos con la mirada perdida.

—Saw…

Se detuvo en seco.

—¿Viste…?

Jyn negó con la cabeza. No había visto nada, pero lo había oído, al igual que todos en la isla, según sospechaba.

—¿Por qué? —preguntó. Por qué tantos secretos, mentiras, tortura.

Saw siguió a Jyn hasta su habitación.

—Porque lo saben.

Era un eco de lo que había dicho sobre Jari.

—¿Saben qué? —Jyn exigió una respuesta.

Saw se inclinó y le clavó el índice en el centro del pecho. En lugar de presionar su piel, le atinó justamente al collar que mantenía oculto bajo su camiseta.

—*Ya lo saben* —dijo lenta y pausadamente, viendo cómo se materializaba la certeza en su mirada.

Alguien sabía quién era su padre.

Habían descubierto su identidad.

Cuando su Z-95 aterrizó, Idryssa Barruck parecía sorprendida por lo lleno que estaba el puesto de Saw.

—Bonita nave —dijo Jyn cuando desembarcó.

—¿Quién es esta gente? —preguntó Idryssa.

—No eres la única que tiene «alianzas» —dijo Saw desde lejos, avanzando para saludarla.

—Saw —dijo Idryssa sonriéndole como nadie le sonreía desde hacía mucho tiempo. Saw arrugó la cara.

—Id. —Su voz era cálida y respetuosa, pero se transformó en amarga—. No necesito otro sermón.

Les indicó a ambas que lo siguieran adentro. Con un gesto de la mano hizo que todos salieran del centro de mando. Sólo Reece se detuvo para saludarla con la cabeza, ya que él e Idryssa habían sido parte del equipo original. Saw confiaba en ellos mucho más que en los nuevos.

«Pero Jari también era parte del equipo original de Xosad —pensó Jyn—. Y ni así se salvó».

—¿Por qué viniste? —preguntó Saw.

Idryssa parecía no recuperarse de la impresión que le había causado el puesto de Saw.

—Esto no era lo que esperaba —le dijo.

—He estado ocupado.

—Se nota. —El rostro de Idryssa se oscureció—. E Inusagi…

Jyn quería taparse los oídos. El ataque y particularmente la masacre de la jefa y el nuevo gobernador se habían hecho públicos por todas partes. Se hablaba de prohibir el uso civil de los lanzadores de flechillas y se tomaron nuevas medidas para proteger a la gente de los «terroristas» y «anarquistas» que habían asesinado a inocentes. Jyn no quería pensar en Inusagi nunca jamás. Al parecer, Saw tampoco.

—Déjalo por la paz —gruñó.

—Estuvo… *muy* mal. —Idryssa no despegó los ojos de los de él—. Esta no es la causa en la que creemos.

—Tal plural no existe.

—Podría existir, ¿sabes? —dijo Idryssa volteando a ver un holocubo. Saw la rodeó para apagarlo—. Te lo hemos ofrecido, podrías comandar tu propia unidad.

—No quiero recibir órdenes, mucho menos darlas. —Se hundió en una silla.

—¿No fue eso lo que hiciste cuando trabajaste para los partisanos de Arane? Ella dio la orden, tú jalaste el gatillo.

—Eso fue distinto.

Idryssa no respondió, volteó a ver a Jyn.

—¿Tienes una misión para nosotros? —preguntó Jyn.

—No exactamente —contestó, y con su mirada cuestionó a Saw sobre si podía hablar o no frente a ella. Saw asintió con cortesía.

—Mi gente no tiene ni los medios ni los… —Miró de nuevo a Saw—. Tampoco tiene los *incentivos* para proseguir con esto.

Saw se enderezó, Jyn se inclinó hacia adelante. Pensó de inmediato en su padre. Por mucho que quisiera olvidarse de él, no abandonaba la esperanza de que Idryssa lo hubiese encontrado, de que estuviera prisionero en alguna parte y de que Saw lo pudiera salvar.

—¿Tiene que ver con los cristales de kyber? —preguntó Saw.

Idryssa negó con la cabeza y a Jyn se le encogió el corazón.

—Una vez me enviaste las coordenadas de unas minas, ¿recuerdas?

—De doonium y dolovita —dijo Saw—. Componentes clave de los Destructores Estelares.

—Pero no se ha incrementado su producción —añadió Jyn—. Por lo menos no que hayamos visto.

—Nosotros tampoco —concedió Idryssa—. Pero lo que sí hicimos fue rastrear un porcentaje muy alto de esos minerales cuando lo enviaron a las fábricas del planeta

Tamsye Prime, cerca de la Hegemonía Tion. Una de ellas, en particular, está operando bajo condiciones extremadamente opresivas.

Saw echaba chispas por los ojos.

—¿El sistema usual de deudas?

Idryssa asintió con gravedad.

—¿Sistema de deudas? —preguntó Jyn.

—Tamsye Prime tiene las fábricas y la mano de obra, y el Imperio las necesita —explicó—. El Imperio les ofrece «prestarles» equipo, recursos y demás. Suena como un gran trato, pero los intereses se acumulan y acumulan hasta que todo mundo termina siendo un sirviente contratado bajo la deuda que les encajó el Imperio.

—Un esclavo, más bien —gruñó Saw. Jyn se dio cuenta de que el tema le afectaba a nivel personal. Se preguntó cuál de sus misiones habría hecho de este un tema sensible para él—. ¿Qué tenemos que hacer? ¿Volar la fábrica?

Idryssa negó con la cabeza.

—Eso sólo haría que el Imperio le cobrara al planeta materiales más nuevos y más caros y perpetuaría la deuda. Además…, ambos sabemos que borrar cosas del mapa no daña en nada al Imperio. O por lo menos espero que *ambos* lo sepamos a estas alturas.

—Id… —dijo Saw como advertencia—. Nunca he hecho nada que el Imperio no haya hecho primero.

—Eso no es un estándar difícil de mantener, Saw.

—Entonces, ¿cómo ayudamos a la gente de Tamsye Prime? —interrumpió Jyn para evitar una pelea potencial.

Idryssa bajó la mirada a la mesa.

—De ninguna forma —dijo Saw. Jyn lucía sorprendida, pero Saw la silenció con un gesto—. Dijiste que tu gente no tiene los medios para hacer esto, eso significa que quieres que *nosotros* lo hagamos, pero no piensas pagarnos.

—Saw… —Idryssa empezó a hablar, pero Saw la detuvo.

—Puede que no te caiga bien Arane, pero por lo menos paga bien. No puedo luchar sin comprar provisiones, ni puedo alimentar a mi hija.

«Y no puedes armar a los demás partisanos». Jyn pensó en los soldados que esperaban afuera para darles privacidad. Se imaginó a Codo, Staven, Reece y los demás parados afuera, sin hacer nada más que moverse con nerviosismo e impaciencia.

—Saw, ¿alguna vez has considerado que podríamos hacer mucho más si trabajáramos juntos? —dijo Idryssa. Jyn entornó los ojos ante la forma tan sutil en la que había desviado la conversación.

—¿Estás reclutando gente para tu escuadrón? —se burló Saw.

—No es nada distinto a tus puestos de avanzada —insistió Idryssa—. Si te nos unieras…

—Lo pensaré —dijo Saw en un tono que le indicó a Jyn que no quería seguir hablando de esto, pero que estaba por lo menos un poco intrigado.

—Sé que te gusta estar a cargo —presionó Idryssa—. Pero algo así sería en pos del bien común…

—¿Bien común? —preguntó Saw levantando la voz—. Ya he escuchado esa excusa antes, pero no estás aquí por eso, ¿cierto?

Idryssa desvió la mirada.

—No va por ahí.

—¿De qué hablas? —preguntó Jyn.

Saw no despegaba los ojos de Idryssa.

—Estabas hablando de los *superiores*, ¿verdad?

—¿Qué superiores? —preguntó Jyn de nuevo.

—El «escuadrón» de Idryssa, los que no quieren ni pueden hacerlo. —Saw sonrió—. Les preguntaste primero a ellos, ¿verdad? Pero no quisieron ensuciarse las manos con esto. —Idryssa abrió la boca para protestar, pero Saw siguió hablando—: Una vez me dijiste que querías *ayudar*. «Liberar a la galaxia», ¿no fue eso lo que dijiste? Tenías tantos ideales… ¿Qué tal te funciona ver a gente necesitada cuando lo único que puedes hacer es esperar que alguien como yo haga el trabajo sucio?

—¡No es así! —protestó Idryssa con más fuerza—. Lo intenté, Saw, ¿eso quieres oír? Les propuse este plan a los generales, pero hay otras batallas que librar primero.

—Díselo a la gente de Tamsye Prime, los que no valen la pena. —Saw sonrió, pero no era una sonrisa de triunfo, sino de decepción.

—No podemos luchar todas las batallas. —Idryssa le lanzó una mirada fulminante a Saw—. Pero si me proporcionas información sobre lo que sucede en Tamsye Prime, puedo lograr que consideren una redada. No te pido mucho, Saw, sólo una misión de reconocimiento, eso es todo.

Saw la miró unos segundos, luego se volteó.

—Fuera de aquí —dijo al fin con un tono más amable que sus palabras—. Tengo una misión que planear.

CAPÍTULO VEINTE_

Saw miraba el holocubo de Tamsye Prime que Idryssa le había dejado. El bloqueo imperial al planeta y su presencia en la fábrica hacían que la misión de reconocimiento no fuese tarea fácil.

—Ve por Reece —gruñó Saw. Jyn se levantó de un brinco y antes de que saliera de la habitación, Saw completó la instrucción—: Y por Codo.

Jyn salió del puesto a toda prisa. El caza estelar de Idryssa ya era menos que un punto en el cielo y todos los que esperaban afuera se agolpaban, cuchicheando. Se callaron en cuanto Jyn se acercó, se pararon derechos y la miraron con ojos expectantes.

La chica ralentizó sus pasos e irguió la columna. Era la portavoz de Saw, todos lo sabían y la respetaban.

—Reece y Codo —dijo.

Ambos se separaron del grupo. Reece caminó con cadencia triunfal; Codo lucía nervioso y Jyn se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no iba a misiones.

Saw les explicó de qué trataba la misión cuando Jyn los llevó al centro de mando.

—Llevo rastreando ese mineral durante años —dijo Saw musitando casi para sí mismo—. El Imperio mantiene bloqueados hasta sus registros de envío. Encontraré una mina y rastrearé a dónde transportan el doonium o la dolovita. La dividen entre las refinerías, la almacenan en otros planetas, la mueven de aquí para allá. Si Id está en lo correcto y aquí es donde trabajan los minerales para hacer lo que sea que estén haciendo, vale la pena revisar.

El grupo observó el holo de Tamsye Prime. Un Destructor Estelar orbitaba cerca del planeta, y Jyn notó que unos puestos imperiales rodeaban el perímetro de una masa continental en el hemisferio sur. Ahí, una familia grande que descubrió la forma de convertir la colonia en una fuente de ingresos viable había desarrollado una serie de fábricas. La familia le vendió sus empresas al Imperio y vivía cómoda y lujosamente en Bespin. Por otra parte, la gente que había pasado varias generaciones trabajando arduamente para hacer de Tamsye Prime un hogar para sus familias se afanaba bajo el yugo del Imperio. Sólo había un puerto espacial, y la única otra manera de salir de la extensión continental involucraba colarse entre los stormtroopers y nadar un océano entero.

—Sólo hay un punto de acceso —dijo Saw señalando al puerto. Tomó el holo y expandió esa área para que pudieran verla con mayor detalle. Escaneó las descripciones de los puntos de referencia—. Este planeta estuvo muy involucrado en las Guerras de los Clones —bramó Saw—. Fabricaron balas y municiones para la República.

—¿Municiones? —preguntó Jyn, sorprendida. Sabía de historia armamentista, pero jamás había disparado algo que usara balas y no plasma. Hasta el lanzador de flechillas usaba un mecanismo a base de plasma, no algo tan rudimentario como pólvora.

—No es común, pero es especialmente efectivo en extensiones grandes de tierra. He visto municiones de pólvora volar trozos enteros de montañas. —Su mirada se alejó y Jyn supo que había regresado a la guerra por un instante—. Eso es lo que no logro que Idryssa entienda…

—¿Qué? —preguntó Codo. Sonaba nervioso.

—Ella persigue una causa, cree en su escuadrón, en la idea de unir fuerzas contra el Imperio. Pero la gente no sigue una idea.

—Pero está luchando contra el Imperio —protestó Codo—. ¿No es eso suficiente para que más gente se levante?

Jyn sacudió la cabeza. Pensó en cómo los demás le prestaban atención cuando hablaba de parte de Saw. La gente no seguía una idea, ni siquiera una causa tan grande como derrocar al Imperio; seguían a otras personas. A una sola persona. A alguien como Saw.

—Entonces, ¿cuál es el objetivo? —preguntó Reece enfocándose en el trabajo.

—Es una misión estrictamente de reconocimiento —dijo Saw, como si la idea le pareciera de mal gusto.

—Si su grupo no quiere hacer esto y a nosotros no nos van a pagar, ¿para qué molestarse? —preguntó Codo.

—¿Molestarse? —contestó Reece, enojado—. ¿Qué demonios haces aquí en primer lugar?

Jyn interceptó la mirada de Saw y vio el brillo que encendían las expectativas que tenía en la misión. Tamsye Prime contaba con una fábrica de municiones; el bloqueo del planeta y sus comunicaciones eran demasiado similares al de los demás planetas que había estado vigilando porque sospechaba que tenían vínculos con el trabajo que realizaba su padre para el Imperio. Esta misión guardaba demasiadas afinidades con su obsesión como para dejarla pasar.

Reece y Codo seguían discutiendo, pero se callaron en cuanto Saw habló:

—Necesitamos tener una posición influyente. Si podemos poner nuestras botas sobre la superficie del planeta, podemos encontrar la forma de conseguirle a Idryssa la información que necesita para que su grupo lance un ataque a gran escala contra el Imperio.

Jyn sabía que no le gustaba trabajar con los filtros de la burocracia, pero tampoco tenía los medios para luchar contra un Destructor Estelar.

—Yo falsificaré nuestras credenciales, podríamos entrar disfrazados de inspectores de fábricas —ofreció Jyn.

Saw negó con la cabeza y apuntó al Destructor Estelar.

—En una operación así de grande se documenta todo. No podemos llegar así nada más. Aunque la falsificación fuera perfecta, y estoy seguro de que así sería, no habría registros de una inspección y eso levantaría demasiadas sospechas.

—¿Podríamos pasar por trabajadores? —sugirió Codo. Saw seguía con la mirada puesta sobre el holo, sacudiendo la cabeza.

—Los trabajadores de Tamsye Prime nacieron ahí. El Imperio suele hacer eso con frecuencia: se apoderan de la mano de obra de un planeta entero y reclutan sólo locales. Eso lo hace más seguro y evita que se rebelen. —Jyn lo miró con curiosidad, no estaba segura de lo que quería decir—. Cuando estás solo, nada te importa. —Los ojos de Saw se veían cansados y llorosos—. Si no te queda nadie, no te importa lo que te pueda pasar, la soledad te vuelve temerario. Pero cuando amas a alguien…, es bastante irónico.

—¿Qué es lo irónico? —preguntó Jyn en voz baja.

—Tienes mucho por qué pelear, pero se vuelve mucho más peligroso hacerlo. —Saw respiró tan profundamente que todo su cuerpo se estremeció—. En fin, el Imperio lo sabe. No sólo emplean a un hombre, sino a su esposa y a sus hijos para que todos paguen el precio si uno se rebela. Así nadie protesta.

Jyn miró el holo a través de unas lágrimas inesperadas. Sus palabras le recordaron a Galen Erso. Ya no se permitía usar la palabra «papá». Galen era su padre, a secas.

Solía despertarse empapada en sudor, reviviendo el día fatídico en que perdió a sus padres. La suerte de su padre le parecía más aterradora que la de su madre. El dolor de la muerte era finito, el del Imperio no. En sus peores pesadillas, también llegaban por ella y la secuestraban de su hogar de la infancia.

Pero nadie vino por ella jamás porque nadie la necesitaba, y ella lo sabía. Su padre nunca intentó encontrarla y tampoco el Imperio. No tenía caso usarla contra su padre si trabajaba para ellos por voluntad propia. Las familias de Tamsye Prime eran las palancas de sus trabajadores, pero Jyn no podría funcionar como palanca si no le importaba a nadie.

—Tengo una idea —dijo Reece, interrumpiendo con su voz los sombríos pensamientos de Jyn.

—¿Cuál es? —preguntó Saw.

Reece se levantó y empezó a caminar por la habitación.

—Puede que la sincronización no funcione, pero…

—¡Dilo ya! —exigió Saw.

—Tengo algunos contactos en Coruscant, de mi grupo anterior —dijo Reece. Saw asintió en señal de aprobación. Reece rara vez hablaba de su antiguo equipo y de cómo se había desmoronado cuando sus hombres eligieron a Saw como líder—. Uno de ellos trabaja en el departamento de propaganda. Recuerdo haber escuchado algo sobre Tamsye Prime… —Se dirigió a la unidad comm e ingresó algunos códigos. A Saw le incomodó que usara el sistema de comunicaciones sin su aprobación, pero Reece celebró su triunfo un momento después—: ¡Sí! Están filmando un documental de propaganda y Tamsye Prime está en la lista de locaciones. Jyn, si nos puedes conseguir los scandocs, nos podrían asignar a la tercera unidad de filmación.

—Sí que puedo —contestó de inmediato.

Saw asintió con aprobación.

—Sí… —dijo pensando—. Eso podría funcionar. Podríamos filmar para el Imperio, pero enviarle la información al grupo de Idryssa. Organízalo —le ordenó a Reece, que se sentó frente al comm y puso manos a la obra.

Saw envió a Codo a adquirir droides cámara y Reece le dio a Jyn la información necesaria para armar los documentos.

«Así es como debería ser todo», pensó Jyn al ponerse a trabajar. Idryssa era parte de un movimiento enorme junto con otros partisanos, pero eran demasiado grandes como para *hacer* algo. Este tipo de acción inmediata era la única forma de luchar contra el Imperio.

CAPÍTULO VEINTIUNO_

Reece organizó todo con su contacto de Coruscant. Su coartada sería que eran un equipo de reemplazo para la filmación de un holo de propaganda para el Imperio. Debían moverse rápido, pero su contacto confiaba en que la estrategia funcionaría.

Jyn le mostró a Reece su trabajo para que lo aprobara.

—Están *muy* bien —dijo—. Ya nos están esperando; mi contacto ingresó nuestros nombres en el reporte de trabajo, así que no se fijarán mucho. Pero, aunque lo hicieran, pasarían la inspección.

Jyn no pudo evitar que se le llenara el pecho de orgullo.

Al día siguiente, Codo regresó con una hueste de droides cámara programados para subir información directamente al campamento de Idryssa en lugar de al servidor imperial. Revisaron el plan una y otra vez, desde la coartada hasta las distintas posibilidades de escape de emergencia.

—Esta es la única área que debemos evitar en Tamsye Prime —dijo Saw usando el holo del planeta para mostrarles el paisaje. Señaló un campo de pruebas de municiones—. En esta área en particular experimentan con artillería pesada. No sabemos qué hay ahí, pero lo mejor es no enterarse.

Jyn memorizó los caminos. El puerto espacial no estaba lejos del campo de pruebas: si los acorralaban ahí sería más fácil correr hacia la nave que adentrarse en la zona.

—¿Estamos listos? —preguntó Saw dirigiéndose a los tres miembros de su equipo.

Todos asintieron, tan preparados como les era posible.

—Vámonos —dijo a secas.

Jyn tenía listos los códigos de acceso para cuando salieron del hiperespacio cerca de Tamsye Prime y el Destructor Estelar que orbitaba alrededor. Autorizaron el aterrizaje en segundos, y Reece condujo su pequeño crucero hacia el puerto de acoplamiento.

Jyn sentía un nudo en el estómago, aunque no sabía por qué. Esta era por mucho la misión más fácil en la que había participado, y le daba más esperanzas de las que quería admitir. Entendió por qué Idryssa quería ser parte de un grupo más grande contra el Imperio. A veces las misiones de Saw no se sentían como una lucha contra el Imperio, sino como una lucha y punto. Pero en esta tenían la oportunidad de hacer una diferencia tangible y real, no sólo para la gente de Tamsye Prime, sino para la galaxia entera.

Reece se levantó y se dirigió a la plancha en cuanto acopló la nave. Saw y Jyn se quedaron detrás, iniciando los droides cámara y dirigiéndolos al exterior. Reece actuaba como director, Jyn y Saw eran sus asistentes. Codo era el piloto, él se quedaría en la nave.

Un par de stormtroopers los esperaba al salir de la nave.

—Su identificación —dijo el primero en tono autoritario.

—Claro, por supuesto —dijo Reece. Presentó todos los documentos oficiales que había hecho Jyn, quien tuvo que calmarse para que el corazón no se le saliera del pecho. El stormtrooper le devolvió los scandocs en cuanto les echó una ojeada. Jyn sonrió al ver el nombre falso que se había dado, Kestrel Dawn.

—Los estábamos esperando. Pasen por aquí. —Ambos stormtroopers voltearon sobre sus talones y los condujeron hacia la salida a través del puerto espacial.

Jyn se tomó un momento para observar las naves acopladas mientras pasaban. Tres eran evidentemente imperiales; el crucero más grande seguro le pertenecía al Teniente Coronel Senjax, y los otros dos parecían ser transportes de tropas o algo así. Había una pequeña flotilla de naves marcadas con el logotipo de la fábrica y algunas naves de menor envergadura, privadas quizás, aunque Jyn lo dudó.

En cuanto vieron el exterior, Jyn supo por qué usaban el planeta para instalar fábricas. No parecía servir para nada más. La superficie era inclemente, el viento silbaba al colarse por entre las duras rocas pulidas. Le recordó a una versión más sombría de Alpinn, un planeta que visitó de niña. Alpinn estaba lleno de unos centelleantes cristales níveos que formaban cuevas y otras estructuras geológicas. La superficie rocosa de Tamsye Prime era una mezcla de unas piedras café claro que se desmoronaban en polvo fino y unas brillantes rocas negras ígneas que se elevaban en espiral como si brotara agua congelada, o se enroscaban como olas. Jyn no podía ni imaginarse qué tipo de taladros se habrían usado para romper aquella superficie negra y poder construir así el puerto y las fábricas.

El Teniente Coronel Senjax los esperaba afuera del edificio principal.

—¡Muy bien! Ya podemos comenzar —dijo con una sonrisa complacida en el rostro.

Jyn parpadeó sorprendida. Ya lo había visto antes en la HoloNet, presentándole al público las novedades de las iniciativas que tomaba el Imperio para beneficio de la gente de la galaxia y la paz interplanetaria. Pero verlo en persona era impresionante: era alto, rubio y de tez blanca, con ojos azules cual témpanos y un rostro cincelado e inmaculado. Sus dientes blancos se alineaban en filas pulcras como soldados cada vez que les ofrecía una sonrisa. Era tan perfecto que Jyn se sintió como lombriz a su lado.

También era mucho más humano de lo que esperaba. Él era el rostro del Imperio, pero ella se sintió inexplicablemente atraída hacia él, como si pudiera confiarle lo que fuera. Cuando Jyn pensaba en el Imperio, veía siempre a un monstruo de casco negro asesinando a su madre. El Teniente Coronel Senjax era todo menos eso.

Jyn se sintió aliviada de no tener nada que hacer en esta misión más que subordinarse a Reece; no se sentía con la confianza necesaria para hablar.

El teniente coronel se tomó el tiempo para presentarse con todo el grupo de prensa, desde los actores contratados, que seguramente ya lo conocían, hasta Jyn y Saw. Cuando por poco saluda a los droides cámara, volteó hacia Jyn riendo.

—Se siente grosero no hablarle a los droides de protocolo o a los que parecen humanos y pueden contestar. Pero ¡supongo que a los droides cámara no les importa!

—N-n-no, señor… —tartamudeó Jyn.

—Bueno, ¡manos a la obra! —dijo el teniente coronel alegremente, volteando hacia la fábrica—. Mostrémosle a la gente de la galaxia cuán maravilloso puede ser el Imperio.

Mientras seguía al grupo hacia el interior de la enorme fábrica, Jyn cayó en cuenta de que el Teniente Coronel Senjax no había dicho que el Imperio fuera maravilloso, sino que tenía el potencial de serlo.

CAPÍTULO VEINTIDÓS_

Reece se mantuvo al frente del grupo con el droide cámara principal, mientras el Teniente Coronel Senjax platicaba casualmente.

—Es mejor que este tipo de cosas salgan lo más natural posible —les dijo a los reporteros, sonriente—. Esto no es una entrevista ni un documental, es una conversación con la galaxia.

Saw puso los ojos en blanco y Jyn le pegó en el brazo.

Reece regresó a la parte de atrás y les preguntó en voz baja:

—¿Todo bien?

—Todo bien por aquí. ¿Tú cómo vas? —contestó Saw.

—Estamos filmándolo todo. —Reece se dio un toquecito en la nariz con el índice, luego trotó para llegar al frente otra vez.

Saw frunció el ceño al ver cómo los droides cámara flotaban sobre ellos. Jyn sabía lo que estaba pensando: no le gustaban las misiones de reconocimiento, eran demasiado pasivas. Estaría feliz de hacer que la fábrica estallara por los aires y llevar a todos los habitantes del planeta a un hogar más seguro, excepto a los stormtroopers. Saw se sentía más cómodo tronándoles la cabeza que siguiéndolos y fingiendo que trabajaba para el Imperio.

La fábrica estaba sumida en un silencio peculiar. Jyn miró a todas partes, observando cómo los obreros, fila tras fila, armaban blásters para los stormtroopers. Todo mundo prestaba atención y cuidado a su labor; ni siquiera voltearon a ver al equipo de filmación cuando pasó a su lado. Los habían preparado y advertido para que no hicieran disturbios.

Jyn y los demás abandonaron la línea principal de montaje y se dirigieron hacia otro sector de la fábrica. El área entera giraba alrededor de un torno de plasma. Unas plataformas gigantes cubrían el techo y, si entornaba los ojos, Jyn alcanzaba a ver que el propio techo tenía un mecanismo para retirarlo. Con un torno de ese tamaño y el sistema de apertura en la bóveda, podían trabajar en satélites más altos que el edificio.

—Sí, ya vi… —dijo Saw en voz baja mientras seguían al grupo de relaciones públicas.

—Estas herramientas… —Jyn frunció el ceño.

—Sí —contestó Saw—, Idryssa estaba en lo correcto. Definitivamente, en este lugar están construyendo… algo. —Su voz delataba su frustración. Se sentían a punto de descubrir algo grande sólo con estar en la fábrica, pero la información seguía tentándolos, fuera de su alcance.

—Mira eso. —Jyn señaló con la cabeza un espectrómetro de cristales que estaba empotrado en la pared—. Pa… Mi padre solía trabajar con uno de esos; aunque el suyo era más pequeño, se trata de una herramienta para analizar cristales de kyber.

Saw volteó a ver el inmenso equipo y la amplia variedad de lásers que emanaban de él. Reece se dio cuenta de que estaban quedándose atrás y les hizo un gesto para que se

acercaran a los demás. Entonces su vista se posó en lo que Saw estaba observando y entornó los ojos mirando a Jyn.

Un escalofrío recorrió la espalda de Jyn; había algo… hambriento en la forma en que él la miraba. Estaba segura de que Reece sabría para qué servía esa máquina y que se acordaba del kyber que ocultaba bajo su camiseta. Se acomodó la bufanda de carbón-algodón que traía al cuello.

Cuando llegaron al corazón de la fábrica, el Teniente Coronel Senjax hizo una pausa.

—¿Qué les parece si montan el equipo aquí? —les dijo a los reporteros. Los miembros de su equipo empezaron a colocar sillas, ajustar la iluminación y preparar el encuadre con los droides cámara. Se dirigió a Jyn y a Saw, que fingían trabajar con los droides.

—Ustedes dos vengan conmigo —ordenó haciendo un gesto con la mano.

Saw arrugó la frente: no había ninguna manera razonable de negarse. Ambos lo siguieron por el pasillo hasta una habitación pequeña.

—¿Sucede algo? —preguntó Saw. Jyn sintió la tensión que emanaba.

—Dado mi estatus de figura pública, la gente suele olvidar que soy un oficial del Imperio —dijo Senjax—. Ah, sí, pasen, pasen. —Se dirigió a un par de stormtroopers que entraron al lugar seguidos por Reece.

—¿Qué es esto? —gruñó Saw. Jyn apretó los puños.

—¿Son estos los anarquistas de los que nos alertó? —le preguntó el teniente coronel a Reece, que asintió.

—Así es. Saw Gerrera.

A Senjax se le iluminaron los ojos.

—Excelente —dijo—. Ese nombre lleva bastante tiempo en nuestra lista.

—¿Esto fue una trampa? —preguntó Saw sin poder creer lo que sucedía. No podía creer que no se hubiera dado cuenta, no que Reece lo hubiera traicionado—. ¿Idryssa fue parte de esto?

—Idryssa fue una estúpida al aceptar mis sugerencias tan fácilmente, pero nada más. —Rio Reece—. Por cierto, teniente coronel, siga la señal que transmiten los droides cámara, lo conducirá hasta una facción aún más grande.

—¡Traidor! —le bufó Saw a Reece.

—Tú me traicionaste primero —dijo Reece, tan aburrido como si no estuviera sucediendo nada—. Tú te llevaste a mis hombres, ahora me llevo a los tuyos.

Los mensajes que Reece le había enviado a su contacto inexistente desde el comm de la base de Saw habían sido en realidad señales directas para el Imperio. Jyn rezó por que quienes se habían quedado en el puesto de avanzada de Saw tuvieran el suficiente sentido común para largarse, que recordaran el procedimiento y los planes con los que Saw les había taladrado la cabeza.

Después pensó en Jari. ¿En verdad los había traicionado, o habría sido otra maquinación de Reece? Un pensamiento lúgubre le cruzó por la cabeza: ¿y si la paranoia de Saw lo había hecho ver un traidor donde no lo había?

—Ja, ¿esta es tu venganza por lo que pasó hace tantos años? —Saw soltó una risotada—. No eras más que un mocoso tonto, y lo sigues siendo.

El insulto le pegó en lo más profundo y su rostro se enrojeció con intensidad. Jyn recordó la cara de ira que había puesto cuando lo venció en el combate.

—Y esa —dijo Reece señalándola— puede que también le interese. Obviamente espero más remuneración si decide quedársela. Saw intentó mantener en secreto su identidad, pero sospecho que es…

No terminó la frase; Saw se movió como un rayo y le arrancó el bláster al stormtrooper que estaba detrás de él. Le disparó a Reece, que cayó como piedra, aunque seguía respirando: el bláster estaba en modo paralizar.

Saw apuntó al teniente coronel, pero el otro stormtrooper le golpeó el brazo y el tiro se desvió. Senjax pidió apoyo en el comm mientras Jyn se abalanzaba hacia el stormtrooper. No estaba armada para la ocasión, porque Reece les había dicho específicamente que los escanearían antes de llegar al teniente coronel y que les confiscarían los blásters, pero aún tenía una navaja en la bota. La sacó en cuanto pudo y se la encajó en el codo.

—¡Vámonos de aquí! —gritó Saw. La habitación de afuera era grande, pero sólo tenía una entrada y ya había una hueste de stormtroopers cruzando la puerta furiosamente. Saw rodeó el cuello del Teniente Coronel Senjax con el brazo y presionó el bláster contra su cráneo—. ¡Jyn, agarra a Reece!

Jyn no cuestionó la instrucción; agarró a Reece de los brazos inertes y lo arrastró tras ella. Se cubrieron con Senjax para salir.

El resto del equipo los miraba en *shock* y los stormtroopers escuchaban con atención las órdenes que salían de sus cascos. Jyn envió un comm de emergencia a Codo. Por un breve instante, todos voltearon a ver.

Y, de pronto, el edificio entero se sacudió.

—¿Un ataque aéreo? —Jyn soltó un grito ahogado al ver una bandada de cazas TIE a través de las ventanas altas.

El Teniente Coronel Senjax rio sin alegría.

—Esta fábrica iba a ser destruida de todas formas —dijo—. Al Imperio ya no le sirve, no vale nada. Ni se atrevan a creer que no destruiríamos algo inútil si así tenemos la posibilidad de deshacernos de ustedes.

«Pero la gente…», pensó Jyn mientras una alarma estruendosa resonaba por las instalaciones y los obreros intentaban escapar.

El Teniente Coronel Senjax aprovechó el caos para librarse del agarre de Saw y golpearlo de manera que su arma saliera volando. Jyn dejó que Reece azotara contra el piso con la intención de recoger el arma y dispararle al oficial, que ya escapaba, pero no le atinó. Saw la jaló hasta llevarla a la parte trasera del torno de plasma, donde pensaba cubrirla.

Senjax huyó corriendo y salió de su campo visual. La pared tras la cual desapareció estalló en llamas. Les llovieron escombros de roca y metal, fuego y vigas. El

espectrómetro se zafó de donde estaba empotrado y los lásers que proyectaba se salieron de control.

Saw jaló a Jyn con todas sus fuerzas para ponerla tras su espalda.

—¡Tenemos que irnos ahora mismo! —gritó.

El pánico obnubiló los sentidos de Jyn. El caos y el fuego reinaban por doquier. A través de los hoyos del techo, Jyn veía más y más cazas TIE que bramaban por el aire. La gente se dispersó, avanzando a toda velocidad por el pasillo para intentar salir del edificio. Un estruendo sacudió lo que quedaba del lugar.

Alguien gritaba su nombre y la jalaba. Era Saw.

—¡Muévete! —gritó en su cara.

El *shock* abrumó todo su cuerpo y ella parpadeó para intentar absorber la realidad. Paralizada, vio que un rayo verde de plasma de un caza TIE cortaba el aire y golpeaba unas celdas de energía gigantes que cubrían la pared.

Su mundo entero explotó.

Saw se aventó sobre ella para protegerla. Los dos aterrizaron en el piso con la fuerza suficiente como para partirse el cráneo, y Jyn despertó de su estupor. Una cascada de fuego y metal los azotó.

Jyn se arrastró para salir de debajo del cuerpo deshecho y floreado de sangre de Saw, que se retorcía y gritaba de dolor, un sonido que Jyn no lograría olvidar jamás.

CAPÍTULO VEINTITRÉS_

Jyn analizó las heridas lo más rápido que pudo. Las había provocado una mezcla de escombros metálicos filosos y algo más, una especie de químico que les llovió encima. Las quemaduras químicas eran severas, pero en su mayoría estaban cauterizadas. No se podía decir lo mismo de las demás: decenas de cortadas largas y profundas plagaban el cuerpo de Saw, pero la peor era la de su hombro: una enorme esquirla triangular de metal se le había clavado hasta el pecho con un corte limpio. Jyn sabía que no debía arrancársela, sólo esperaba que no le hubiera rebanado ninguna arteria. Saw aún sangraba, pero quizá podría sobrevivir; lo único que deseaba Jyn en ese momento era que no se muriera.

Reece gimió. A pesar de haber estado inconsciente y desprotegido, había salido casi ileso de la explosión. Tenía la cara cubierta de sangre y hollín, pero la herida de su cabeza era superficial.

Jyn lo pateó.

—¡Levántate y ayúdame! —gritó. Reece volvió a gemir, rodó sobre su costado y sus ojos se agrandaron al darse cuenta del horror que lo rodeaba—. ¡Ayúdame ya mismo!

Jyn se esforzaba por levantar el cuerpo de Saw, que se había desmayado de dolor, o por lo menos esperaba que fuera esa la razón. Su ropa estaba tan empapada de sangre que goteaba, pero seguía respirando y con pulso. Todavía no se había acabado.

Reece seguía aturdido y posiblemente en *shock*, pero logró ponerse uno de los brazos de Saw sobre sus hombros y Jyn sujetó el otro con cuidado de no mover el metal que tenía enterrado. Sostuvo el bláster que le había quitado al stormtrooper con la mano que tenía libre por si se topaban con más obstáculos. Corrieron lo más rápido posible, renqueando a través de los escombros que caían sin cesar.

—Están jugando con nosotros —dijo Reece asfixiándose con el humo—. Nunca lograremos escapar de aquí.

Jyn pensó en el espectrómetro de cristales y el techo abatible que todavía se derrumbaba, aplanando todo a su paso. Trastabillaron hasta la puerta.

—Jyn… —gimió Saw.

Lograron salir del edificio. El puerto espacial estaba a un kilómetro de distancia, milagrosamente intacto. Reece se apresuró, pero en cuanto Saw tomó consciencia de lo que sucedía y de sus heridas, se zafó de él. Emitió un ruido profundo, gutural, animalesco, un bramido cargado de ira y arrepentimiento. Reece intentó jalarlo hacia adelante, pero Saw luchó contra él. Lo empujó como pudo, dando tropezones hacia atrás.

—Maldito traidor… —gruñó Saw. Se zafó también de las manos endebles de Jyn y cayó al suelo, siseando con sufrimiento cuando la esquirla de su hombro se movió.

En su intento desesperado por escapar, Jyn por poco olvidó que Reece había sido el causante de todo esto. Le apuntó con su bláster y el hombre se congeló.

A Saw no se le había olvidado en absoluto; estaba roto, ensangrentado, quizás hasta moribundo, pero aun así se veía más peligroso que nunca.

—¡Saw! —Codo, con toda su simpleza y estupidez, estaba parado en el camino que llevaba al puerto espacial. Empezó a correr hacia ellos cuando un caza TIE pasó volando encima.

Jyn mantuvo la mirada y el bláster sobre Reece. Saw musitó algo mientras escupía sangre.

—¿Qué? —preguntó Jyn.

—Vete… —Intentó sentarse. Cuando tosía, la sangre se derramaba sobre sus labios partidos. Con la cabeza señaló a la izquierda, hacia el campo de pruebas de municiones—. Escóndete… —Tosió de nuevo.

—No. Voy contigo. —A Jyn le sorprendió la determinación de su propia voz.

—Dame un día… —dijo Saw—. Él… Él sabe.

—Pues nos vamos a encargar de él —dijo Jyn, viendo a Reece directamente los ojos. Le satisfizo el terror que reflejaban.

—¡No! —Saw rugió—. *Yo* me voy a encargar de él.

Cuando Codo los alcanzó por fin, Jyn le aventó el bláster. Estaba confundido, pero supuso que debía apuntar a Reece con él.

Jyn se puso de rodillas al lado de Saw para escucharlo.

—Espera dentro de una torreta —le dijo y puso un pequeño bláster en sus manos. Ella no tenía idea de cómo lo había conseguido—. Hasta que sea de día. —Sacó también un par de cuchillos de un compartimiento oculto de sus pantalones. Le dio uno a ella y se quedó con el otro.

—No me vas a dejar aquí, ¿verdad? —preguntó Jyn con urgencia.

Saw la miró con unos ojos enormes que le transmitieron todo su amor.

—Ya sabe quién eres. Un secreto tan grande no se puede volver a ocultar.

—Vas a regresar por mí, ¿verdad? —Sólo podía pensar en la creciente paranoia de Saw y en cómo había tratado a Jari, entre otros—. ¿Me lo prometes? —dijo Jyn con una vocecita débil.

Otra explosión sacudió el suelo.

Saw logró incorporarse, respiró profundamente y concentró toda su fuerza en gritarle:

—¡Vete! —El rostro de Jyn se cubrió de la sangre que salió de su boca.

El estruendo sorprendió tanto a Codo que bajó el bláster con el que apuntaba a Reece. El traidor se movió lo más rápido posible, le arrancó el arma de las manos y volteó de inmediato, apuntando sin control. Jyn no estaba segura de si quería dispararle a ella o a Saw, pero de todos modos no tuvo tiempo de hacer nada antes de que Saw se abalanzara sobre él, enterrándole el cuchillo en la pierna. Con toda su fuerza, jaló el filo hacia abajo para hacerle un tajo largo y profundo en la carne. Reece gritó de dolor, pero no soltó el bláster; le dio un culatazo en la cabeza, y lo repitió varias veces al ver que Saw no cedía.

—¡Corre! —gritó Saw de nuevo.

Esta vez Jyn obedeció.

Pasó junto a Codo, que no dejaba de hacer preguntas. Avanzó a toda prisa por el campo de pruebas de municiones. Después de las Guerras de los Clones, toda el área había sido cercada, pero tiró la reja carcomida e ignoró las señales de advertencia.

Había visto los reportes sobre las minas antipersonas ocultas y los torpedos sin explotar que quedaron incrustados en la roca negra, pero ni siquiera los recordó en ese momento. El suelo seguía agujereado y marcado por múltiples impactos, pero cerca de la reja había una zona despejada frente a una serie de pequeños edificios rectangulares que daban al campo de pruebas.

Jyn corrió hacia la torreta más cercana, un búnker con capacidad como para una o dos personas agachadas, hecho de roca negra ígnea y mortero arenoso, que se mezclaba con el paisaje. Se zambulló en el refugio. Había una sola entrada que parecía un túnel y dos rendijas a modo de ventanas.

El búnker era oscuro por dentro, sólo dos líneas de luz rasgaban las sombras. Jyn presionó el rostro contra las ranuras para mirar al exterior.

Vio a Saw en el camino, en plena lucha contra Reece. Los dos hombres se batían sin prestar atención a los cazas TIE, a los sobrevivientes que gritaban, a Codo y la posibilidad de escapar. A pesar de sus heridas y la esquirla de metal que tenía clavada en el hombro, Saw usó su peso para mantener a Reece anclado al suelo. Ambos estaban empapados de la sangre de Saw.

—¡Ayúdame, muchacho! —le rugió Saw a Codo, que se tiró de inmediato para sujetar las muñecas de Reece contra el piso.

La sonrisa amplia y sanguinaria de Saw lucía tan maliciosa que Jyn podía verla desde donde estaba. Dijo algo que no pudo oír. A pesar de que Tamsye Prime seguía bajo ataque, Saw no iba a posponer su venganza ni un segundo más. Deslizó el filo de su cuchillo por un lado de la cara de Reece como si quisiera desollarle el rostro. Jyn apretó el mango de su propio cuchillo con tanta fuerza que empezó a temblar.

Reece lanzó un grito agudo y desesperado; se retorció para intentar librarse de Saw. Codo estaba casi transparente, el terror hizo que su cara palideciera mientras presenciaba cómo Saw le enterraba el cuchillo a Reece en el hombro y lo giraba para infligirle una herida tan severa como la suya.

De pronto, se oyó un choque estrepitoso. El ruido de la roca y los escombros que caían como avalancha se difundió sobre el techo de la torreta y por el camino. Codo se agachó para cubrirse y gritó:

—¡Tenemos que salir de aquí!

Se levantó y ayudó a Saw a incorporarse. Reece seguía tirado en el piso gimoteando, con el brazo extendido y deshecho. Saw volteó hacia el campo de pruebas buscando a Jyn. Era imposible verla, pero por un momento Jyn fingió que cruzaba su mirada con la suya. Lo observó a través de las rendijas de la torreta e intentó memorizar su rostro salvaje cubierto de sangre.

Saw se dirigió a Codo, le dijo algo y acto seguido el chico arrastró a Reece del tobillo mientras ayudaba a Saw a caminar. El trío se abrió camino con lentitud hasta el puerto espacial.

Entre el ruido del mundo entero que se desplomaba a su alrededor, Jyn escuchó el rugido de un motor que cobraba vida. Se asomó por el túnel justo a tiempo para ver que un pequeño transbordador imperial surcaba los cielos. Fue inteligente por parte de Saw robarse una nave del Imperio. Ninguno de ellos sabía usar el replicador de Jyn, pero con un poco de suerte, esa nave podría pasar desapercibida durante el ataque. Esquivó varios cazas TIE y abatió uno con un cañón de plasma antes de penetrar la atmósfera y desaparecer.

Jyn se quedó sola.

CENTRO IMPERIAL DE DETENCIÓN Y CAMPO DE TRABAJO LEG-817
UBICACIÓN: Wobani
PRISIONERO: Liana Hallik, #6295A
CRIMEN: Falsificación de documentos imperiales, resistencia al arresto, posesión de un arma no declarada, asalto con agravantes.

MES 03_

Comer un cubo de ración.
Colapsar en la cama.
Despertar con la alarma.
Comer un cubo de ración.
Apurarse para vestirse y pararse en la puerta.
Aceptar las pesadas esposas de metal.
Dirigirse a la asignación de trabajo.
Abordar un turbotanque.
Ir traqueteando en el tanque por el paisaje rocoso del planeta hasta el trabajo.
Trabajar.
Trabajar.
Trabajar.
Trabajar.
Comer un cubo de ración.
Trabajar.
Ir traqueteando en el tanque de vuelta a la celda.
Comer un cubo de ración.
Colapsar en la cama.

Cada nuevo día era igual que el anterior. La única diferencia era la asignación de trabajo y, ocasionalmente, algún nuevo rostro entre la multitud. Reconocía a varios; trabajar con Saw significaba estar constantemente expuesta a los distintos grupos partisanos de la galaxia, y no era sorprendente encontrarse ahí con cualquiera que tuviera intención de rebelarse.

Jyn nunca intentó comunicarse con ninguna de las personas a las que reconocía. No tenía sentido. Los veía de pasada, a lo mucho compartía una jornada con ellos, pero el sistema del Imperio consistía en alternar aleatoriamente a la gente para asegurarse de que nadie formara vínculos ni asociaciones. Jyn pasaba días enteros sin decir una sola palabra. Zorahda había comenzado a retraerse y ya no contestaba cuando Jyn quería hacerle conversación.

—Un día más —dijo mientras ella y su compañera esperaban las esposas al lado de la puerta. Zorahda gruñó.

La asignación del día envió a Zorahda a las granjas y a Jyn a carga y descarga de transportes. Era una actividad monótona, pero en definitiva no la peor posible. Los droides supervisaban la colocación de los envíos mientras Jyn y sus compañeros operaban los montacargas de repulsión que trasladaban las cajas llenas de minerales hasta su posición. El Imperio podría poner a los droides a cargo de toda la operación, lo cual hacía todavía más insultante el hecho de obligar a los prisioneros a hacerlo.

Mientras Jyn movía la última caja de las minas a su lugar en la línea de carga, una puerta se abrió cerca del hangar. Vio al alcaide entrando a la habitación y apartó la vista de inmediato. Intercambió una mirada de preocupación con un prisionero rodiano, sabían que la presencia del alcaide no podía significar nada bueno.

—Como podrá ver, tenemos un excelente ciclo de producción —dijo el alcaide. Su voz se oyó por todo el piso.

Jyn se atrevió a voltear mientras levantaba una caja. Un hombre de nariz larga y uniforme de almirante revisaba la línea de carga con desdén. Tenía piel oscura, el pelo rasurado y ojos más negros que cafés. Era un soldado imperial hasta la médula, pero no era el hombre que asesinó a su madre, así que Jyn lo ignoró.

El alcaide y su invitado imperial recorrieron el perímetro de la pasarela, luego bajaron las escaleras que conducían al piso. El almirante no parecía muy feliz de estar entre el polvo y los prisioneros, pero el alcaide rebosaba de orgullo. No dejaba de parlotear sobre las tasas de producción y el bajo costo de la mano de obra.

«Está nervioso —pensó Jyn—. Este oficial imperial lo intimida».

—No es tan eficiente como debería —dijo el almirante interrumpiendo la perorata incesante del alcaide.

—Bueno, de hecho, hemos experimentado con jornadas de trabajo más largas —contestó el alcaide sintiendo que su río de elocuencia se secaba—. Hemos descubierto que quince horas estándar de labores al día nos dan la combinación perfecta de trabajo eficiente, sin errores, y cero lugar para la sedición.

El almirante levantó la mano para callarlo.

—Los droides pueden trabajar más de quince horas al día y necesitan mucho menos… mantenimiento. —Los ojos del almirante se dirigieron a un hombre manco que se esforzaba por operar los controles repulsores y direccionales al mismo tiempo.

—Cualquier trabajador cuya producción caiga más de tres puntos del estándar se envía al nivel superior —contestó el alcaide de inmediato.

El almirante hizo un sonido de aprobación a medias, pero fue suficiente para que los hombros del alcaide se relajaran un poco. Jyn mantuvo la cabeza abajo. Había rumores sobre el «nivel superior» por todas las celdas. Semanas antes, Jyn había visto cómo se llevaban al miembro más joven de la familia de ociocks, sus vecinos de prisión. En ese entonces no sabía lo que era el nivel superior, pero cuando los stormtroopers agarraron a la niña para separarla de su familia, lloraba tanto que las lágrimas y los mocos empaparon

el plumaje suave de su rostro. Los demás ociocks de su nivel gritaban con una alarma y un pesar desgarradores, alzando sus picos abiertos hacia el techo. Algunos volaron hacia los stormtroopers, arañando sus armaduras sin conseguir nada más. Jyn se vio inmersa en la refriega entre empujones, e intentó unirse a la protesta para ayudar a que la niña recibiera un último abrazo de su madre.

Ya la habían penalizado con un punto menos por asalto con agravantes y la habían marcado para el nivel superior por problemática. Le habían restado una marca más por su cuchillo improvisado, pero los stormtroopers no se molestaron en informárselo cuando le propinaron una golpiza.

Jyn no volvió a ver a la niña ociock. A su familia le cortaron el orgullo junto con las garras y los mandaron a trabajar en las minas.

—De todas formas siento que se puede hacer mucho más con esas quince horas de labor —dijo el almirante al pasar por la línea de Jyn.

No se atrevió a voltear.

Presionar el botón rojo, levantar la manija, mover la caja. Presionar el botón rojo, levantar la manija, mover la caja. Presionar el botón rojo, levantar la manija, mover la caja. Mantener la cabeza abajo. Conocía bien el tono que usaba el oficial, sabía lo que significaba. Mantener la cabeza abajo. Presionar el botón rojo. Levantar la manija. Mover la…

—Tú, el de ahí. —La voz del almirante sonó por encima del ruido de los montacargas de repulsión.

—¿…Yo?

Ahora Jyn sí levantó la vista. Conocía a ese hombre, de fuera de la prisión. Lo había visto por primera vez en Inusagi, aunque no supo su nombre. Después en Skuhl, cuando ella le golpeó la cara.

Era Berk.

Jyn no sabía que lo habían arrestado y sentenciado a Wobani. Se comportaba como los prisioneros que ya llevaban mucho tiempo ahí. Tenía cicatrices que Jyn no recordaba y un gesto adusto que lo hacía parecer viejo.

—Sí, tú. —El almirante sonrió y Jyn sintió un escalofrío en la espalda. Berk tenía hombros anchos y bíceps como los nudos de una soga, pero aun así se veía como un niño aterrado frente al oficial, que era mucho más bajo que él—. ¿Crees que hay alguna forma de incitar a los demás criminales como tú a trabajar mejor? —preguntó en tono dulce y amable.

—Ejem… —Berk miró a los oficiales. Si decía que no, le daría la razón al alcaide. Si decía que sí, se la concedería al almirante—. Sí —contestó.

—¿Y cómo podríamos incitar a que esta escoria contribuyera al Imperio con más trabajo, ese que tanto apreciamos?

No había respuesta que Berk pudiera ofrecer. Si pedía más comida o más descansos, se arriesgaba a que en lugar de concedérselos se los quitaran como burla cruel de la justicia.

—No… No lo sé.

—No lo sabes… —se mofó el almirante. Berk sacudió la cabeza con los ojos bien abiertos—. Por suerte yo sí.

El almirante quitó la mirada de Berk y volteó hacia los demás reos del cuarto de transportes. Sin ningún esfuerzo, tenía la atención de todos y cada uno de los trabajadores de ese piso. Las cajas se detuvieron. Todo mundo observaba expectante.

—Si les ofrezco algún tipo de *recompensa* a cambio de su trabajo, sería injusto, ¿no les parece? —continuó el almirante dirigiéndose a la habitación entera—. Este es un castigo por haber cometido crímenes contra el Imperio, no merecen ningún premio. Además, la gente no trabaja a cambio de recompensas, no sé qué clase de ideología pueril sea esa. Lo que hace que la gente trabaje es el miedo.

Con un solo movimiento, el almirante sacó su bláster y le disparó a Berk en la cabeza. Antes de que su cuerpo cayera al suelo, todos habían regresado a sus labores.

Ese día, Jyn trabajó más que nunca.

CAPÍTULO VEINTICUATRO_

Jyn examinó la situación de manera fría y analítica. Por lo menos eso le había heredado su padre: la capacidad de distanciarse y ver el mundo a través de la ciencia y no de su humanidad.

Primero que nada, estaba sola. Saw y Codo se habían ido. Afuera del búnker sólo estaban los imperiales y la gente de Tamsye Prime. No podía confiar en ninguno de ellos. Con el mundo entero en llamas, desmoronándose, a nadie le interesaría ser amable con una desconocida.

Segundo, tenía dos armas: el cuchillo de Saw y el bláster. No tenía otras debido a la coartada. No eran las peores armas que podría tener, pero no eran nada comparadas con el Destructor Estelar, los cazas TIE y los innumerables stormtroopers.

Tercero, por ahora estaba segura, pero no podía quedarse en donde estaba. El búnker era demasiado pequeño; no podía levantarse, lo más que le permitía el espacio era estar en cuclillas con la espalda contra el techo. Se preguntaba para quién habrían diseñado esa torreta, ¿para droides que se acoplaban con facilidad al hueco? ¿Para clones cuyas condiciones no importaban?

De todas maneras, cuando sumaba los factores de su situación, sólo tenía una certeza: no podía quedarse ahí, pero no había forma de salir.

Saw le había dicho que esperara hasta el día siguiente.

Se hizo bolita en el piso del búnker y cerró los ojos esperando que terminara la pesadilla. Ya se había escondido antes a esperar que Saw viniera por ella. Sólo tenía que hacerlo otra vez.

El ataque terminó justo antes de romper el alba. El terreno seguía ardiendo. Los stormtroopers les ordenaron a todos que regresaran a sus casas, y si estas se habían incendiado, que al menos despejaran las calles. Jyn observó la escena a través de las rendijas de la torreta.

Intentó ver las estrellas, pero el humo envolvía el área en tinieblas.

La luz del día se coló por las diminutas aberturas de la torreta. Jyn observó cómo avanzaba por el suelo terroso, acercándose cada vez más a la mano con la que sujetaba el cuchillo.

Tenía ocho años otra vez; oculta en la cueva, miraba la trampilla fijamente. Ese día no sabía si vendría alguien, pero Saw fue por ella.

Saw siempre llegaba.

Afuera reinaba el silencio.

Jyn supo que Saw no vendría. Esta vez no.

Un anuncio resonó por todas partes, seguido de una alarma grave y pulsante. Jyn se asomó y vio con sorpresa un grupo de transportadores imperiales que aterrizaban para recoger a los stormtroopers que quedaban. La gente de Tamsye Prime se quedó parada entre los escombros de su pueblo mientras los soldados se largaban. Algunos vitorearon la partida de sus opresores.

A Jyn le dio un vuelco el corazón. Salió de la torreta y miró hacia el cielo. El Destructor Estelar seguía ahí arriba, preparándose.

Recordó las palabras del Teniente Coronel Senjax: «Ni se atrevan a creer que no destruiríamos algo inútil si así tenemos la posibilidad de deshacernos de ustedes».

Los cazas TIE habían destruido las fábricas y eliminado toda evidencia de lo que hacía el Imperio en ellas, pero la gente sabía. Habían trabajado en el proyecto imperial durante demasiado tiempo como para no saber.

Jyn ni siquiera se sorprendió cuando el primer rayo de plasma salió del Destructor Estelar. Observó casi impávida cómo surcaba el aire y repartía llamas y devastación.

Al escapar de la fábrica no había tenido mucho tiempo para considerar su entorno, ya que huir de Reece había reducido su campo de visión considerablemente, pero ahora, con el Destructor Estelar volando bajo, mezclándose con las torres de humo que se levantaban del piso, Jyn se dio cuenta de la magnitud y el horror de la destrucción. Y de que iba a ponerse peor.

Tenía que irse *ya*.

Mientras corría hacia el puerto espacial, otra explosión del Destructor Estelar sacudió el piso, esta vez más cerca de ella, seguida de inmediato por una segunda explosión no lejos de la primera. No volteó hacia atrás, pero estaba consciente de que estaban disparando al campo de pruebas en el que estaba. Los torpedos, minas y demás monstruosidades que quedaban de la época de la munición de las Guerras de los Clones explotarían como consecuencia de los disparos de plasma imperiales.

Las piedras de la torreta se sacudieron cuando la ola expansiva de la explosión hizo temblar el piso. Jyn avanzó como pudo sobre el terreno filoso de rocas negras, ignorando las cortadas en sus manos y los agujeros de sus pantalones.

Detrás de ella no había nada más que humo y ceniza.

A la distancia, una alarma interrumpió el bullicio de gritos constantes, agudos y extrañamente rítmicos, y las entrecortadas ráfagas de fuego y explosiones aleatorias. La gente se agrupaba en las calles cubiertas de sangre y tierra, mirando el Destructor Estelar con terror.

«Tengo que irme de aquí». Las palabras hacían eco en la mente de Jyn, esa era la única verdad posible. Tenía que huir de ese planeta.

Jyn le dio la espalda a los escombros y miró al puerto espacial. «Naves». La de Reece seguía ahí, aunque no tenía ni idea de cómo pilotarla.

Al menos era un comienzo. Lo único que le quedaba era la suerte y la esperanza de que no se le acabara del todo.

Jyn salió corriendo del campo de pruebas hacia el puerto espacial. En cuanto a los habitantes se les pasara el impacto del ataque, ese sería el lugar más popular del planeta entero, pero a los locales de Tamsye Prime todavía no se les había ocurrido escapar. Cuando algo terrible sucede, el impulso natural de la gente es irse a casa. Ellos seguían sin pensar en la posibilidad de irse a otra parte.

La nave de Reece seguía abierta, por fortuna. Entró sin detenerse y corrió a su casillero, de donde sacó una pequeña bolsa de pertenencias que había llevado a esa misión. Incluía un cambio de ropa, sus palos cortos y el replicador de códigos.

Luego fue a la cabina.

Había visto a Saw operar su transbordador cientos de veces durante muchos años. Había visto a Reece pilotar esa nave. Pero la variedad de botones e instrumentos de medición, palancas y botones le era completamente ajena. No tenía idea de cómo iniciar una secuencia de despegue, mucho menos de cómo esquivar un Destructor Estelar.

Otro estruendo, cada vez más cercano. El Imperio había estado jugando con ellos, pero ahora dudaba que quedaran sobrevivientes tras el ataque. Salió y corrió hacia la parte posterior de la nave buscando con desesperación alguna forma milagrosa de escapar, como si fuera a aparecer de la nada. Tal vez podría tomar otra nave, un saltador planetario más pequeño que había en la esquina. Recorrió el puerto espacial con la mirada y de pronto vio que un joven golpeaba el exterior de uno de los pocos transbordadores imperiales que quedaban.

—¡Oye! —gritó, y el chico volteó—. ¿Sabes hacer que esta cosa vuele? —Señaló con el pulgar la nave de Reece.

—Trabajo en transportes, sé hacer que vuele lo que sea —contestó—. Pero ¡no servirá de nada, el Imperio va a destruir todo lo que no sea suyo!

Jyn pensó rápido.

—Tengo códigos de autorización del Imperio, y son a prueba de todo —gritó.

Él dudó un momento, sopesando sus opciones. Finalmente asintió y corrió hacia ella. En cuanto el chico abordó, Jyn ya estaba cerrando la rampa de metal tras ellos.

Sabía conducir y conducirse en una nave. Fue derecho a la cabina y se aventó en el asiento del piloto. Jyn tomó la silla del copiloto con su replicador en mano y se conectó al procesador central de la nave.

—Deberíamos rescatar a los demás —titubeó él—. Hay sobrevivientes, podríamos ayudarlos.

Jyn hizo una pausa. Claro que quería ayudarlos, pero hizo a un lado sus emociones y escuchó a su razonamiento, que le decía que no había manera de organizar una

evacuación a estas alturas. Así que se enfocó en el replicador. Como Saw y Reece ya habían escapado en una nave imperial, el Destructor Estelar estaría mucho más reacio a dejar que pasara otra nave. Su código debía ser infalible.

—No tomaría mucho tiempo… —insistió volteando hacia la entrada como si ya hubiera un grupo de sobrevivientes esperando el permiso de abordar.

—¡No tenemos tiempo! —le gritó Jyn al chico, que aún no iniciaba la secuencia de despegue—. ¡Vámonos!

Él azotó la mano en la consola y por fin empezó la secuencia. El motor cobró vida y salieron disparados hacia el cielo.

Jyn presionaba el replicador furiosamente. Usó un código que había estado creando en su tiempo libre, uno muy complejo con varios niveles de seguridad. No sabía si funcionaría, y si lo usaba ahora sabía que no podría volverlo a hacer. Si el Imperio descubría su truquito, descubrirían todos sus demás códigos, pero si había un momento para atreverse a probarlo, era este. Lo subió al sistema de la nave, encubrió su identificación real y enmascaró la autorización como emergencia médica con nivel alto de permiso para evacuar. Usó al máximo todas sus habilidades en aquella única oportunidad.

La nave salió de la atmósfera del planeta, quemando oxígeno al entrar al vacío del espacio.

—Nos están escaneando —dijo el piloto con la tensión al máximo y la mirada en las pantallas que tenía delante. El Destructor Estelar flotaba ominoso en la oscuridad del espacio.

—No muestres señales de duda, sigue avanzando, sigue avanzando…

Otra nave surcó la atmósfera detrás de ellos, el pequeño saltador de planetas que Jyn había visto en la esquina del puerto espacial. Al parecer, más sobrevivientes intentaban escapar. El Imperio escaneó esa nave mucho más rápido, y en cuestión de segundos la redujeron a escombros.

El replicador de códigos emitió un pitido que se mezcló con la alerta en la consola principal del piloto.

—¡Nos autorizaron…! —dijo el piloto, maravillado.

—¡Vámonos!

Se habían salvado gracias a que la otra nave había salido detrás de ellos, impidiendo que los Imperiales los escanearan con más cuidado.

Jyn se dio cuenta de que tenían un grupo de cazas TIE detrás. Si lograban centrar la nave en su campo visual, podría ser el final de su misión de escape.

El piloto programó las coordenadas moviendo los dedos como torbellino. Iba derecho hacia la salida al hiperespacio. Jyn se agarró del asiento con toda su fuerza, mirando alternativamente al piloto y los cazas TIE.

De pronto, las estrellas se volvieron rayas de luz. Entraron a un remolino de luz y neblina, y cruzaron el hiperespacio alejándose cada vez más de la matanza de Tamsye Prime.

CAPÍTULO VEINTICINCO_

Jyn se relajó en su asiento, aliviada. Habían logrado escapar.

Quería preguntarle su nombre al piloto y agradecerle, pero el hombre tenía la vista perdida hacia el frente, con la espalda tensa y rastros de lágrimas en la mugre de su rostro.

Habían logrado escapar, pero él había perdido su hogar, su familia y todo lo que alguna vez había amado.

No había nada que decir ante eso.

Jyn se abrazó las piernas y recargó la barbilla en las rodillas. Hizo lo mismo que el piloto y perdió su mirada en el azul grisáceo del hiperespacio que cruzaban juntos sin nada más que silencio entre ellos.

Salieron del hiperespacio mucho antes de lo que Jyn esperaba. Tenían frente a ellos un planeta pequeño con una luna solitaria y árida.

—¿Dónde estamos? —preguntó Jyn.

—No quiero tener que volver a hacer eso nunca jamás —dijo el piloto en voz baja.

—¿Hacer qué?

—Abandonar a todos los demás para salvar mi vida. Pudimos haber salvado a muchas personas —dijo el piloto sin despegar la mirada del espacio—. Pero sólo salvamos nuestro pellejo.

El piloto estaba atrapado por la culpa. Se le hundía en la piel, le jalaba los huesos.

Jyn sentía el mismo pesar. Sentía la sangre lenta y pesada y los pulmones vacíos. Cerró los ojos e intentó alejar de sus recuerdos el olor a fuego y los gritos desesperados de la gente masacrada, porque lo único que había aprendido en sus dieciséis años de vida era que no podía permitirse desperdiciarla en arrepentimientos.

—Seguro el Imperio ya sabe que mis códigos eran falsos. —Jyn expuso los hechos en tono calmado—. Es probable que intenten localizar esta nave. Tenemos que aterrizar y botarla en algún lugar.

—Conozco a varios chatarreros —dijo el piloto. Jyn levantó la ceja, sorprendida—. He estado planeando mi escape. Ya tenía una red entera de contactos que me ayudarían a desaparecer. Pero nunca pensé… —Se detuvo para respirar—. Nunca pensé que sería así.

Jyn estaba de acuerdo con el plan. Era una gran idea desmantelar la nave en partes imposibles de rastrear. El piloto usó el comm de la nave para coordinar la operación, luego salió de órbita para aterrizar.

Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos. El piloto aterrizó la nave, los chatarreros le ofrecieron créditos. No hubo negociación alguna. El piloto le dio a Jyn la mitad de los créditos y los chatarreros les ofrecieron aventón al pueblo más cercano en su transporte

de carga. Punto. Cuando el transporte los dejó en el centro del pueblito polvoso, el piloto se despidió y se fue. Jyn se quedó sola con su bolsa de pertenencias mientras el transporte desaparecía a la distancia.

Ni siquiera sabía en qué planeta estaba.

El pueblo era pequeño y no parecía tener viviendas. Había una cantina, algunos edificios y un diminuto puerto espacial. El paisaje era plano, no había mucho más aparte de algunos arbustos. Aunque el sol enorme le daba de lleno, el aire se sentía helado. En la cantina podría pagar por usar el comm. Quizá podría contactar a Saw, tal vez la estaría buscando…

Sacudió la cabeza. No. Con Saw nunca había punto medio. O estaba muerto, o no pensaba regresar por ella.

Jyn se frotó los brazos para darse calor y se dirigió al puerto espacial.

—¿Qué quieres? —le dijo un lannik cuando la vio llegar.

Detrás de él había tres naves acopladas: dos tipos distintos de transportes de carga y un crucero particular que había conocido tiempos mejores.

—¿Alguien busca un pasajero? —preguntó Jyn.

—Nadie necesita un parásito —gruñó el lannik. Se rascó una de las orejas imposiblemente enormes y los aros de metal que perforaban su cartílago cascabelearon.

—¡Tengo créditos para pagar! —protestó Jyn.

—¿Créditos? —se burló.

Detrás de él, una mujer usaba un montacargas de pulso magnético para subir cajas al carguero.

—¡Oiga! —dijo Jyn ignorando las protestas del lannik—. ¿Necesita ayuda?

La mujer arqueó la espalda y se presionó la zona lumbar con la mano. Miró a Jyn de arriba abajo, pero mantuvo el rostro impasible. Era una humana de piel café oscura, cabello negro y ojos en los que Jyn esperaba encontrar amabilidad.

—¿Estás buscando trabajo? —contestó la mujer.

El lannik expresó su disgusto hacia Jyn y se alejó, murmurando sobre ladrones y vagabundos.

—Sí —dijo Jyn trotando hacia la mujer—. ¿Puedo hacer algo para usted?

—Pero me voy a ir de este planeta…

—Me parece perfecto.

—¿No eres demasiado joven para estar paseándote por el espacio? —dijo la mujer con el ceño fruncido.

—Tengo la edad suficiente.

—¿No te importa irte del planeta?

—¿Para qué me quedaría aquí? —se burló Jyn.

—¿No te importa a dónde ir?

—Nop. —Jyn metió las manos en sus bolsillos.

La mujer se inclinó hacia atrás para analizarla.

—¿Puedes reparar un droide?

—Claro que sí —mintió.

La mujer le tendió la mano y se presentó:

—Me llamo Akshaya Ponta.

—Jyn —contestó sin pensar. El cansancio había provocado que tuviera un desliz, pero aún podía evitar darle su nombre completo—. Jyn Dawn.

Akshaya señaló el carguero SC3000 que tenía a sus espaldas. Tenía un nombre pintado a mano en el casco: *Ponta One*.

—Bienvenida a bordo —dijo.

Jyn ayudó a Akshaya a terminar de cargar su nave. Le sorprendió que las cajas contuvieran minerales en un planeta que no parecía minero.

—Hago envíos para empresas pequeñas —explicó Akshaya—. Operaciones a pequeña escala, negocios familiares, nada corporativo ni del gobierno.

Akshaya condujo a Jyn al área común en el corazón del carguero. Había una mesa pequeña atornillada al piso y un tazón de fruta de meiloorun en el centro. Al verlo, su cuerpo recordó toda su hambre y agotamiento. Dejó caer su mochila al suelo.

—¿Qué es eso? —preguntó Akshaya señalando su mochila. Jyn siguió la dirección del dedo con la mirada: el cierre estaba entreabierto, y el bláster que Saw le había dado en Tamsye Prime se asomaba por la ranura—. Eso no puede estar en mi nave —dijo Akshaya con firmeza.

—No lo volverá a ver —prometió Jyn. Recogió la bolsa y la cerró.

—No, dámelo. Yo me desharé de él.

—Mire, le agradezco que me saque de esta roca, pero un bláster es sólo una herramienta y necesito usarla en el futuro. No puede deshacerse de él… —contestó Jyn.

Los ojos de Akshaya se encendieron con ira, pero después de un momento el fuego se derritió.

—No te conozco y no sé de dónde vienes, chica. Pero no simpatizo con tu necesidad de estar armada para sentirte segura.

—El asunto no es que…

—Cero armas y punto —interrumpió Akshaya—. Manejo una operación pacífica, no me meto en cosas violentas. Mi base está en Skuhl, un planeta neutral. Si quieres trabajar para mí, vas a tener que seguir mis reglas. —Cruzó los brazos y esperó la respuesta de Jyn—. ¿Y bien? —Akshaya subió el volumen—. ¿Qué va a ser? ¿Una vida pacífica con mi unidad o regresar a donde necesitas un bláster?

Jyn sopesó sus opciones lo más rápido posible y terminó por entregar su bláster con un suspiro. Tenía suficientes créditos para comprar uno mejor. Era más importante salir de ese planeta.

—Gracias —dijo Akshaya al recibirlo—. Hay una cama libre por allá. —Señaló—. Puedes servirte algo de comer y descansar. El droide puede esperar. Cuando estés lista,

puedes tomar las piezas que necesites de allá. —Señaló de nuevo, esta vez a una puerta pequeña al principio del pasillo—. Mientras, me encargaré de esto. —Tomó el bláster y salió de la nave.

Jyn se dejó caer en un asiento frente a la mesa en cuanto Akshaya se fue.

«No hay necesidad de informarle sobre el cuchillo que traigo en mi bota», pensó y se dispuso a arrancar la pulpa de la fruta con los dientes. Se comió tres antes de que regresara Akshaya.

Después de que salieron al hiperespacio, Jyn se hundió en el colchón sin cobijas que Akshaya le había ofrecido, sintiendo tanto alivio que se quedó dormida de inmediato.

PUM.

Jyn despertó de golpe y se sentó. Se le revolvió el estómago por el pánico y la desorientación antes de que lograra acordarse de quién era y qué hacía ahí.

Saw la había abandonado.

El planeta había ardido.

Estaba en una nave.

Otro golpe sacudió el metal del SC3000 y Jyn obligó a su cuerpo adolorido a incorporarse. Caminó adormecida por el pasillo y vio a Akshaya en plena transacción de aceptar una segunda tanda de cargamento. Jyn había estado dormida todo el tiempo que estuvieron en el hiperespacio, todo el tiempo que pasaron aterrizando y todo el tiempo que llevaban subiendo cosas a la bodega principal.

—Lo siento… —dijo con timidez.

—No te disculpes —contestó Akshaya con una sonrisa amistosa—. Seguro necesitabas descansar. —Se dirigió a un droide que traía una caja—: ¿Ya es la última? —El droide hizo bip para indicar que así era y salió de la nave.

Akshaya se dirigió de regreso a la cabina seguida por Jyn.

—Normalmente hago viajes cortos de sistema en sistema. Me gusta ver planetas distintos y conocer a su gente. Tengo al menos un amigo en cada planeta.

—Suena bien —contestó Jyn sin prestar mucha atención.

—Me mantiene al tanto de las noticias. —Akshaya se sentó en el asiento del piloto y esperó a que Jyn se amarrara el cinturón del lado del copiloto.

Mientras salían del planeta, antes de romper la atmósfera, Jyn se asomó para contemplar el paisaje verde y frondoso. Observó una mina expuesta entre el follaje.

—Por ejemplo —continuó Akshaya—, hoy fui a una fonda antes de recoger mi cargamento y escuché hablar de un planeta que acaba de tener muchos problemas. —Jyn sintió como si le hubieran echado hielo en la espalda y no dijo nada—. Es un planeta pequeño y rocoso, no hay mucho más que fábricas. Se llama Tamsye Prime. Al parecer sucedió una tragedia y las fábricas fueron destruidas. De hecho, ya no queda casi nada en pie —dijo Akshaya. Sus ojos reflejaban su preocupación, Jyn tenía razón sobre la

amabilidad de su mirada—. Me parece que alguien que viniera de ese planeta no sabría adónde ir ni qué hacer.

Akshaya ingresó las coordenadas de su siguiente destino y la nave brincó a la velocidad de la luz.

Jyn se quitó el arnés de seguridad y se levantó de su silla.

—Tengo que ir a trabajar en ese droide roto —dijo evitando cruzar la mirada con ella. No sabía qué hacer ni con su lástima ni con su preocupación. Akshaya la dejó irse por el pasillo.

Jyn abrió la puerta del pequeño clóset donde dijo Akshaya que estaba el droide. Era un droide astromecánico chico y antiguo, todavía más obsoleto que la basura que usaban ella y Saw para entrenar en el puesto de avanzada. Puso el motivador sobre la mesa, encontró una bolsa con pernos y piezas que se le habían zafado y las regó junto al motivador.

«No tengo idea de qué estoy haciendo», pensó viendo las partes. Podía trabajar con su replicador todo el día, encontrando patrones y creando algoritmos, pero estaba perdida para las cosas mecánicas.

De todas formas lo intentó. Sabía lo suficiente sobre destruir un droide como para inferir cómo se vería entero, pero los mecanismos internos eran mucho más complejos de lo que había pensado.

Llevaba alrededor de una hora trabajando cuando salieron del hiperespacio. Jyn regresó a la cabina.

—Es un punto de control imperial —dijo Akshaya y respiró profundamente—. Cada vez hay más.

—¿Tienes tus documentos en orden? —preguntó Jyn con urgencia. Akshaya dudó un momento al contestar.

—Puede que esté atrasada con mi licencia, lo cual significa inspección *y* multa. —Sonaba derrotada.

Jyn regresó corriendo a su cama, sacó el replicador de su mochila y volvió a la consola principal. Se sentó en el piso a trabajar cuando de pronto resonó una alarma por toda la nave. Una advertencia apareció en pantalla:

VIOLACIÓN DE CÓDIGOS IMPERIALES DE TRANSPORTE

Jyn había hecho esto tantas veces que sabía que no tenía tiempo que perder. El Imperio hacía un escaneo inicial en los puntos de control y esos eran los que desencadenaban las alarmas. Harían un escaneo más profundo dentro de un par de minutos. Si Jyn lograba falsificar los códigos en tan poco tiempo, los oficiales imperiales no se molestarían en revisar la nave en persona.

En cuanto terminó, subió el generador de códigos autenticados al procesador de la nave. Clasificó el cargamento como «artesanías genuinas» provenientes de mundos pequeños del Borde Exterior. En los mundos del Núcleo había un mercado para cosas de

ese estilo, y también explicaría que la nave hubiera visitado media docena de planetas, convirtiéndola en un asunto de nulo interés para los inspectores imperiales.

La alarma se interrumpió abruptamente y un nuevo código apareció en los receptores de la nave:

CÓDIGO IMPERIAL DE TRANSPORTE APROBADO

Akshaya no podía ocultar su sorpresa cuando se sentó en el asiento del piloto y dirigió su nave hacia el planeta. Le echaba miradas curiosas a Jyn todo el tiempo. Cuando aterrizaron, Akshaya puso la mano sobre la de Jyn, impidiéndole que se levantara de su silla.

—¿Cómo aprendiste a hacer eso?

Jyn se encogió de hombros.

—No —dijo Akshaya con voz firme—. Estás en mi nave, espero honestidad. ¿Saliste de Tamsye Prime?

Jyn tragó saliva con dificultad.

—Sí —contestó.

—¿Naciste ahí?

—No…, ejem…, me crié en otro planeta.

—¿Con tus padres?

—No —dijo en voz baja.

—Eres una trotamundos, ¿verdad? —Akshaya entornó los ojos con afecto y le acarició el pelo. Fue un gesto tan maternal que Jyn no pudo evitar ceder al contacto—. No es seguro para ti —la reprendió Akshaya—. No puedes ir brincando de planeta en planeta. Cuando regresemos a Skuhl te puedes quedar conmigo un tiempo, ¿te parece? Para que te repongas como es debido.

Akshaya se levantó y juntó las palmas en señal de empezar a trabajar.

—Eh… —musitó Jyn.

—¿Qué pasa?

—Si vamos a ser honestas, me gustaría confesar que no tengo idea de cómo reparar su droide.

Akshaya rio.

—No te preocupes, chica. Con ese truquito del código, acabas de pagar tu pasaje.

Jyn se permitió una pequeña sonrisa de alivio y siguió a Akshaya al exterior.

CAPÍTULO VEINTISÉIS_

Skuhl no era lo que Jyn esperaba. Akshaya acopló su nave en un hangar privado a las afueras de la ciudad. Jyn agarró su única bolsa de pertenencias, incierta sobre qué esperar. Cuando salió al exterior, sintió una ráfaga de aire fresco tan vigorizante que tuvo que detenerse un rato a disfrutarla igual que le pasó con la fruta de meiloorun. El planeta lucía divinamente sereno, era una planicie de campos azulados donde la brisa dibujaba olas. El cielo era de un cobalto profundo con un solo sol brillante tras nubes esponjosas.

Le recordaba a Lah'mu, pero con colores más intensos y pasturas más espesas.

Detrás del hangar había un poblado conformado por la bodega que recibía el cargamento de Akshaya, una fábrica, algunas tiendas, un restaurante y un puñado de viviendas. La calle principal del pueblo estaba decorada con canastas de flores que pendían de perchas junto con unas campanitas que tintineaban una agradable melodía. La gente que iba por la calle se saludaba como si se conociera desde siempre. Incluso a esa distancia, Jyn podía escuchar la música alegre y oler la carne suculenta que se asaba en el restaurante. A la orilla del pueblo, Jyn alcanzó a distinguir un pequeño puerto espacial donde sólo cabían transbordadores y saltadores planetarios.

La casa de Akshaya estaba sobre la misma pendiente que el hangar, pero a varios metros cuesta abajo. Estaba hecha de tablas pintadas de un tono que se mezclaba con el del cielo y combinaba con el pastizal turquesa que se extendía a la distancia. La puerta era roja, con diseños amarillos pintados al borde, igual que en todas las ventanas. Era la casa más extraña que Jyn había visto, pero lucía adecuada para este planeta.

En cuanto Akshaya abrió la puerta de enfrente, se oyó una voz que decía:

—¿Mamá?

—Hadder —dijo Akshaya—, sal a saludar a nuestra invitada.

Un chico como de la edad de Jyn se asomó por la esquina. Tenía la misma piel café oscuro con matices rojizos que Akshaya y el mismo pelo negro, pero a la altura de la barbilla, y ojos que se agrandaron en cuanto vio a Jyn detrás de su madre.

—Hola —le dijo.

—Hola. —Jyn le extendió la mano.

—¿De dónde te sacó mi madre? —dijo en tono amigable pero curioso.

—Cerca de donde vive Hamma —contestó Akshaya empujando a su hijo suavemente hacia el interior de la habitación e indicándole a Jyn que entrara para poder cerrar la puerta.

—Me llamo Jyn.

—¿Dónde se va a quedar? —preguntó Hadder a su madre.

Jyn había estado observando los bellísimos mandalas pintados en toda superficie posible de la habitación: paredes, pisos, el techo…, pero la pregunta la hizo enfocarse en Akshaya.

—¿Tú dónde preferirías quedarte, Jyn? —preguntó la mujer amablemente.

Jyn se encogió de hombros.

—No importa dónde, supongo que podría… ¿quedarme en la nave?

Hadder empezó a hablar, pero su madre lo interrumpió:

—Podrías, pero ¿eso quieres? Puedes quedarte aquí si lo deseas.

Jyn recorrió la cálida habitación con los ojos.

—¿Aquí?

Akshaya le pidió permiso a su hijo con una mirada.

—Sabes que a mí no me importa —dijo Hadder. Akshaya asintió para confirmar su decisión.

—Te quedarás en la habitación de Tanith —dijo Akshaya.

Su hogar era pequeño, y la habitación adonde condujo a Jyn parecía dormitorio de nave. Supuso que la habitación era más grande antes de que la dividieran con un muro de yeso. Ahora apenas había espacio para un camastro, una pequeña repisa que soportaba una caja de madera y un florero con un ramo seco. Nada más. Se veía severo y vacío comparado con los mandalas vibrantes que decoraban el resto de la casa.

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras —dijo Akshaya con cortesía.

Jyn asintió, aunque no estaba segura de creerle. En todo caso, esto era mucho mejor que ocultarse y estar sola.

—Estaré aquí, del otro lado de la pared —añadió Hadder.

Jyn aventó su mochila al piso.

—Bueno, habiendo resuelto este asunto, ¿está lista la cena? —preguntó Akshaya a su hijo—. Me muero de hambre.

—Hice bunn y todo —dijo Hadder. Jyn no estaba segura de qué era eso—, pero tenemos una invitada, deberíamos salir a celebrar.

Hadder encaminó a Jyn y Akshaya en dirección a la puerta. Su madre rio.

—Cualquier excusa es buena para no comer en casa, ¿verdad?

Jyn miró hacia atrás camino al pueblo. Notó que Akshaya no había cerrado su casa con llave y, ahora que lo pensaba, tampoco su nave. Jyn y Saw eran los únicos habitantes de Wrea, y aun así siempre mantuvieron todo bajo llave.

En cuanto el crepúsculo se convirtió en noche, había menos gente en la calle, pero seguía bien iluminada. Los habitantes del centro conversaban con sus vecinos en los escalones de sus casas. Algunos saludaron a Akshaya o a Hadder e hicieron que se detuvieran a conversar, duplicando el tiempo que les tomaba llegar a casa bajando la cuesta. La mayoría veía a Jyn con curiosidad, pero Akshaya ignoraba las preguntas discretas y las miradas indiscretas.

—Tu llegada es lo más interesante que ha pasado en este lugar en décadas —dijo Hadder en voz baja al abrir la puerta del restaurante.

A Jyn le sorprendió que el lugar fuera tan grande y estuviera tan lleno.

—Hay una refinería del otro lado —explicó Akshaya adivinando el significado de la expresión de Jyn.

Jyn recordó el edificio que parecía fábrica y todo tuvo sentido. Akshaya transportaba minerales de pequeñas minas a la refinería y luego llevaba el producto refinado a los planetas fabricantes para venderlo. Esta sección del Borde Exterior estaba cerca de algunos mundos en crecimiento del Borde Medio y el comercio aumentaba cada vez más.

—Me sorprende que aquí haya tanta gente distinta —comentó Jyn al sentarse al lado de Hadder en una mesa frente a la barra.

Jyn observó la habitación. Un drabatan se reía con gran estruendo de las bromas de un cyran. En la esquina, un grupo de winrocs conversaba. El dueño del restaurante era un chagriano de piel azul moteada del tono del cielo. Pilló a Jyn viendo fijamente sus alcuernos y le sacó la lengua bifurcada. Jyn le sonrió y él contestó con un guiño.

Akshaya ordenó varios platillos tamaño familiar al centro de la mesa. Todo lo que pidieron venía sobre una cama de pegajoso cereal al vapor. Como guarnición les trajeron *dumplings* calientitos dentro de un caldo de carne, y fideos gruesos y viscosos salteados en aceite con vegetales. Jyn sorbió la sopa y Hadder la imitó entre risas.

La experiencia se sentía tan cálida y reconfortante que Jyn se permitió creer que el momento perduraría.

Sobre la barra, una pantalla obsoleta mostraba las noticias. Jyn fingía pelearse con Hadder por el último *dumpling* dulce cuando alguien entre los comensales gritó:

—¡Miren eso!

Casi todos voltearon a ver las noticias. El dueño le subió al volumen.

—Regresamos a nuestra cobertura especial en Tamsye Prime, un planeta de fábricas del Borde Exterior. —La reportera era una humana pequeña que hablaba con genuina sinceridad. Akshaya se tensó junto a Jyn. Los ojos de Hadder pasaron de su madre a la chica y de regreso a la pantalla—. Nos acompaña el Teniente Coronel Senjax en su primera aparición pública desde el ataque —continuó la reportera. Los droides cámara encuadraron al oficial del Imperio.

Jyn contuvo el aliento. El Teniente Coronel Senjax ya de por sí era el prototipo ideal del Imperio, ahora sería el héroe perfecto con más razón, con todo y cicatrices para probarlo. El ojo que había perdido había sido reemplazado con un implante mecánico decorado con destellos de oro. Una cicatriz cincelada en el lado izquierdo de su cara se extendía hasta desaparecer por debajo de su impecable uniforme. Su corte de cabello daba la impresión de que se había hecho viejo en cuestión de días.

El Teniente Coronel Senjax agradeció a la reportera. Su voz no sonaba alegre y ligera como cuando Jyn lo vio en persona.

—Los terroristas que atacaron Tamsye Prime tenían una sola meta —dijo con la mirada tan fija en las cámaras que Jyn sintió que la observaba justo a ella—. Las fábricas de ese planeta eran cruciales para la elaboración de las herramientas que el Imperio necesita para defender a sus ciudadanos. Fue un ataque preciso, calculado con dolo y ventaja, enfocado no sólo a destruir la planta, un bien reemplazable, sino la vida de más de mil ciudadanos inocentes.

Jyn sintió que el corazón se le retorcía de rabia. ¿Cómo podía ser capaz ese hombre de mentir tan a la ligera? Él sabía perfectamente que el Imperio que tanto veneraba había sido quien lo hirió y traicionó. Se preguntó si lo habrían comprado o amenazado para hacerlo hablar en su favor tan pronto después del ataque.

—Estaba en la superficie cuando sucedió —continuó Senjax—. Con gran pesar le informo a la galaxia que los ataques perpetrados por este grupo terrorista fueron los más mortales que hemos visto últimamente. Sin embargo, el Imperio se encargó de aplastar a esta facción. Todos y cada uno de los miembros que implementaron el ataque fueron aprehendidos y castigados.

—Saw… —susurró Jyn con los ojos llenos de lágrimas. Siempre pensó que Saw había escapado. ¿Los habían atrapado a él y a Codo? El resto del reporte era mentira…, ¿quizás esto también era mentira?

—El Imperio envió ayuda a Tamsye Prime de inmediato. Estuve reconfortando a varios ciudadanos malheridos… —El Teniente Coronel Senjax bajó la mirada—. Por desgracia fueron pocos los sobrevivientes.

Entre los comensales se desató una nube de murmullos frenéticos seguidos por un «shhh». Algunos nombraron a sus conocidos, que seguro habían muerto en el ataque.

—Recuerden que las acciones de unos pocos anarquistas pueden provocar mucho daño y destruir innumerables vidas por toda la galaxia —continuó Senjax—. Pero el Imperio trabaja para protegerlos. Con el nuevo presupuesto de defensa que el Senado aprobó esta mañana, no tengo duda alguna de que el Imperio será más fuerte que nunca. Estas facciones aisladas no representan amenaza alguna para el poder del Imperio. Les aseguro que no corren ningún riesgo.

—¡Nada de eso pasó! —protestó Jyn ante Akshaya y Hadder—. No fue así para nada, *yo* estaba ahí, no fueron los terroristas, fue…

—¡Baja la voz! —siseó Akshaya. Hadder se veía muy preocupado—. Vámonos de aquí —dijo Akshaya aventando créditos a la mesa y apresurando a los chicos hacia afuera. No se detuvieron para hablar con nadie en la calle, Akshaya iba prácticamente corriendo para cuando llegaron a la orilla del pueblo, y no les permitió decir una sola palabra hasta que estuvieron en la privacidad de su casa azul.

—Fue el Imperio, yo estaba ahí —dijo Jyn.

—¿Estuviste en Tamsye Prime? —preguntó Hadder.

Jyn asintió, feroz.

—Vi con mis propios ojos el Destructor Estelar. Vi cómo disparaba el turboláser. Vi a la gente… —No pudo continuar con el recuento. Aún podía oler la carne quemada.

—Ni una palabra más —dijo Akshaya con firmeza—. Olvida lo que viste y nunca vuelvas a mencionarlo.

—Pero el Imperio… —comenzó a reclamar Hadder, pero su madre levantó la mano para señalarle que se callara.

—Tamsye Prime está a varios sistemas de distancia —dijo Akshaya—. Estamos lejos del alcance del Imperio.

—*Nada* está fuera del alcance del Imperio —siseó Jyn—. Y ni siquiera estamos *tan* lejos.

Akshaya abrazó a Jyn sin recibir el abrazo de vuelta.

—Estás segura aquí, te lo prometo.

Jyn cerró los ojos y deseó que así fuera.

CAPÍTULO VEINTISIETE_

A la mañana siguiente, Jyn se levantó temprano. Atravesó el pasillo hasta llegar a la cocina, esperando encontrar caf y un recipiente donde hervir agua. Le sorprendió ver a Hadder despierto a esa hora.

—El bunn no se cocina solo —dijo y levantó la tapa de una gran vaporera a presión. Jyn reconoció los mismos cereales pegajosos que habían sido la base de su cena. Seguro eran de cultivo local, y muy populares. Hadder había llenado la vaporera la noche anterior y había dejado que los granos se cocinaran durante toda la noche. A juzgar por la cantidad de bunn que contenía la olla, Jyn supuso que iba a ser el ingrediente principal de todos los platillos que probara en Skuhl.

—¿Quieres algo de desayunar? —preguntó Hadder con disposición alegre.

Jyn asintió.

Hadder se movió con eficacia por la cocina. Frío dos huevos, hizo el caf y sirvió dos tazas.

—A mamá le gusta dormir hasta tarde —dijo pasándole una. Sacó un puñado de bunn de la vaporera con sus propias manos, formó un montoncito en un plato y le puso un huevo encima. Jyn observó a Hadder romper la yema verde claro y mezclarla con el bunn pegajoso. Luego hizo lo mismo.

—¿Y para mí no hiciste nada? —preguntó Akshaya, bostezando y estirándose en la entrada de la cocina. Hadder señaló hacia la plancha con la cabeza—. Hasta hace poco mi hijo cocinaba para mí —dijo Akshaya quejándose, aunque de broma—. Pero ahora que hay una chica linda, anda todo distraído.

—Sip —contestó Hadder.

Jyn puso su cuchara sobre la mesa.

—Estaba pensando que necesito un trabajo. Tal vez podría aprender a reparar su droide.

Hadder rio.

—¿Crees que Beethree tenga arreglo? —preguntó—. Esa chatarra lleva años rota.

—O podría servir de copiloto —ofreció Jyn. No estaba segura de qué tanta ayuda podría ofrecer si tuviera que pilotar una nave, pero podía aprender con rapidez.

—No —contestó Akshaya—. Eres demasiado joven.

—Tengo dieciséis… —Hizo una pausa para pensar—. Podría…

—Que no —dijo Akshaya en el tono más áspero que Jyn le había escuchado.

Un silencio incómodo se difundió por la habitación. Sofocó hasta la alegría de Hadder, que bajó los ojos a la mesa. Jyn no sabía si había dicho algo incorrecto, pero era claro que había rebasado alguno de sus límites.

—Documentos imperiales —concluyó Akshaya—. Dame scandocs y códigos de autorización que me ayuden a evitar los cercos y así estaremos a mano.

—¿Sabes falsificar códigos de autorización del Imperio? —preguntó Hadder, boquiabierto.

—Me ayudó a evitar una multa —dijo Akshaya—. Eso no saldó nuestra deuda, pero sí la redujo bastante.

—Tal vez podríamos ahorrar para reemplazar a Beethree —sugirió Hadder.

—Buena idea, ese droide no sirve para nada más que para prácticas de tiro —dijo Jyn.

Akshaya y Hadder intercambiaron miradas de extrañeza.

—¿Prácticas de tiro? —preguntó Akshaya.

Jyn sintió que sus mejillas enrojecían. Había dicho lo que no debía otra vez.

—Je. Más vale que me vaya a trabajar. Armaré una variedad de códigos y scandocs que puedan ser útiles en situ…

Akshaya la interrumpió.

—Jyn, no tenemos prisa. Me voy dentro de varios días, puedes relajarte.

—Pero… —Jyn no supo qué más decir.

—Yo tengo que ir a trabajar. Debo supervisar la organización del cargamento. —Akshaya se levantó de la mesa—. Nos vemos luego.

Jyn la observó irse y volteó hacia Hadder. Se sentía a la deriva sin nada que hacer, ni siquiera podía entrenar como con Saw.

—¿Por qué no quiere que sea su copiloto? —preguntó Jyn—. No estoy tan chica.

Hadder sacudió la cabeza con tristeza.

—No se trata de eso. Es por Tanith. —Parecía que iba a decir algo más, pero en lugar de hablar, se pasó los dedos por el cabello oscuro. Sus mechones sedosos acariciaban sus orejas. Necesitaba un corte de pelo, pero tal vez le gustaba tenerlo así, a la altura de la barbilla y estorboso, sólo para tener una excusa para quitárselo del rostro todo el tiempo. Verlo así distraía.

—¿Quién es Tanith? —Jyn quería más información. Hadder tenía la mirada ausente.

—Era mi hermana. —Por el tono en que lo dijo, Jyn sospechó que la chica ya no estaba viva—. Murió cuando yo tenía siete años —confirmó Hadder—. No tienes que decir que lo sientes ni nada de eso —añadió de inmediato—. Pasó hace como diez años.

Jyn no le dijo que no había tenido intención de decirle que lo sentía. Jamás le ofrecería su compasión a alguien que le caía bien. Más bien, decidió compartir algo también ella:

—Yo perdí a mis padres a los ocho.

Hadder la miró. Ambos tenían muchas preguntas que hacerse, pero ninguno sabía cómo plantearlas. Él fue el primero en romper el silencio:

—¿Llevas huyendo desde entonces?

—¿Desde los ocho? —Jyn rio—. No, alguien me adoptó. —Su sonrisa se desvaneció y quedó inmóvil un momento. «El Imperio se encargó de aplastar a esta facción», había dicho el Teniente Coronel Senjax. «*Todos y cada uno* de los miembros que implementaron el ataque fueron aprehendidos y castigados». ¿Seguiría vivo Saw? La

muerte de su madre era un evento distante y podía hablar de él sin conmoverse, pero la posible muerte de Saw era demasiado reciente.

Hadder se levantó tan abruptamente que su silla raspó el piso.

—Ven conmigo —dijo.

Jyn lo siguió a la habitación que le había asignado Akshaya. Hadder se dirigió a la repisa y tomó una caja de madera. Jyn ya la había visto antes, pero había intentado ignorarla porque no era suya. Al fondo de la caja rodaban tres hipoinyectores. Jyn lo miró con curiosidad y él asintió, dándole permiso para inspeccionar los viales vacíos.

—«Hadeira serum» —Jyn leyó la primera palabra de la etiqueta con dificultad. ¿Dónde había oído ese nombre antes?—. ¡Ah…! Ya entiendo. —Hadder asintió con gravedad. Ella contempló el espacio bajo una nueva perspectiva—. Esta era la habitación de tu hermana…, y tu hermana tenía ardor de sangre.

El ardor de sangre era una enfermedad poco común que afectaba a jóvenes que pasaban mucho tiempo en el espacio. Era incurable y mortal en la mayoría de los casos, pero las inyecciones de hadeira serum lo aliviaban.

—Pero no murió por la enfermedad —dijo Hadder. Jyn regresó el vial vacío a la caja. No sabía mucho de la enfermedad, pero sabía que el hadeira serum era altamente adictivo y las sobredosis eran frecuentes.

—A mamá se le metió a la cabeza que fue por su culpa. Cuando papá murió, Tanith empezó a trabajar con ella en la nave. Luego mi hermana se enfermó y… —Su mirada regresó a la caja—. Ahora está convencida de que es una cuestión genética. Nada de lo que pueda decirle la convence de que puedo volar.

Su voz estaba cargada de melancolía y un anhelo tan profundo que Jyn supo que lo que más deseaba ese chico era volar como su madre. Y era lo único que no podía hacer.

CAPÍTULO VEINTIOCHO_

—Tengo una moto —dijo Hadder—. ¿Quieres verla?

Llevó a Jyn al hangar que usaba su madre. Una combinación de droides y humanos descargaban la nave con unos montacargas magnéticos. Hadder los saludó alegremente y condujo a Jyn al fondo del edificio. Una moto speeder estaba recargada contra la pared. Era un pastiche de partes distintas.

—¿Tú la construiste? —preguntó Jyn.

Hadder asintió con orgullo.

—Con este tipo de habilidades, deberías ser tú quien arregle el droide.

—Uy, no sabes cuántas veces lo he arreglado. Ese pedazo de porquería ya no se puede reparar, es inútil intentarlo. Creo que mamá te lo ofreció para que no sintieras que te estaba dando limosna. No pareces el tipo de persona a la que le gusta recibir «caridad».

No, no le gustaba recibir caridad, y mucho menos el hecho de que ambos parecían sentirse cómodos con engañarla para que la aceptara.

Hadder ni siquiera notó el enojo de Jyn.

—Ven —dijo Hadder. Se trepó con una pierna al speeder y dejó espacio para que Jyn se subiera detrás. Prendió el motor de repulsión musitando «vamos, vamos» mientras se calentaban los propulsores y el speeder se tambaleaba. Hadder ajustó los niveles del condensador de capacidad—. ¿Estás lista? Agárrate. —Jyn envolvió su cintura con los brazos. El speeder se sacudió al impulsarse hacia delante.

Cruzaron a toda velocidad el pastizal turquesa. Las altas hebras de pasto les golpeaban las piernas. Hadder gritó de emoción; se inclinó contra el viento fresco y Jyn tuvo que inclinarse junto con él. Ella miró por encima de su hombro el rastro de hierba cortada que habían dejado en el pasto; Hadder enfocó la mirada al frente, en el horizonte. Cada vez empujaba el manubrio con más ímpetu, pensando en qué habría tras los confines del planeta.

Jyn dejó que la alegría del momento la invadiera: el aire en su rostro, el sol rojizo del poniente y los vulpor que brincaban furiosos en el pasto gritándole al speeder y agitando sus colas largas y sedosas. Según aumentaba la velocidad, aumentaba su sensación de que no había nada más en el universo que el viento y la velocidad.

Su miedo y ansiedad se derritieron. Se soltó un momento de la cintura de Hadder con la confianza de que él mantendría el speeder estable. Subió los brazos, inclinó la cabeza hacia atrás.

Cerró los ojos.

Estaba volando.

Hadder manipuló botones y palancas y la moto speeder empezó a hacer donas en el aire. Jyn contuvo el aliento e intentó que no se le saliera el corazón. Agarró a Hadder con toda su fuerza mientras el speeder derrapaba fuera de control. El chico soltó el manubrio entre carcajadas y la abrazó para que cayeran de la moto juntos. El speeder avanzó varios

metros antes de detenerse; Jyn y Hadder golpearon el pasto a la vez y rodaron por él. El impulso los obligó a entrelazar brazos y piernas, y cuando al fin dejaron de dar vueltas, Hadder acabó encima de Jyn.

Ella lo empujó.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó Jyn y se levantó mareada por su descenso inesperado.

Hadder sonrió.

—Por diversión.

—¡Pudimos habernos roto el cuello!

—Tal vez, pero no nos pasó nada. —Hadder se estiró en el pastizal—. ¡Ni siquiera íbamos *tan* rápido! —Jyn no pudo evitar reírse—. Oye, mamá va a regresar hasta tarde de la refinería. No tenemos que volver a la casa tan pronto. —Como Jyn no se movió, añadió—: Siempre parece que estás a punto de echarte a correr. Nunca puedes…, no sé, ¿*estar* un rato?

Jyn sacudió las manos en un intento de calmar los nervios que sentía. Se recordó a sí misma que sí le gustaba estar en constante movimiento. Le encantaba la espontaneidad de las misiones de Saw, le gustaba no saber si tocaría a su puerta con un bláster y órdenes de cruzar la galaxia o si pasaría todo el día entrenando. No sabía qué hacer consigo misma sin una misión, o sin prepararse para una.

Hadder se sentó y dio tres golpecitos sobre el pasto con la palma de la mano. Jyn se sentó con timidez. Hadder rompió una brizna de pasto y se la dio a Jyn. Después se metió otra a la boca.

Jyn se sintió incómoda bajo la mirada penetrante de Hadder.

—¿Qué? —preguntó, más agresiva de lo que quería.

—Tienes ojos raros —dijo Hadder en tono ameno.

—Uy, gracias por el cumplido.

—Sí es un cumplido —sonrió Hadder—. Son únicos, me gustan. —Jyn intentó mirar hacia otra parte, pero él no desviaba los ojos—. Cambian de color con la luz del sol —continuó, sin notar su incomodidad ante su atención—. Es como si tuvieran holos adentro o algo así.

—Mi papá me decía que tenían polvo estelar —dijo Jyn—. Por eso me decía «estrellita», ja.

Hadder repitió el apodo en voz baja.

—Me gusta «estrellita».

Por fin le quitó los ojos de encima y volteó hacia el cielo del anochecer.

—¿Qué le pasó a tu papá? —preguntó.

Jyn se encogió de hombros y no contestó. Lo más fácil habría sido decir que estaba muerto, pero en ese momento no quería mentir. Sin darse cuenta de lo que hacía, empezó a juguetear con el cristal de su collar.

—Bonita piedra —dijo Hadder con un tono indiferente. Ella soltó el cristal como si la hubiera quemado y de inmediato lo metió de vuelta a su lugar, debajo de su camiseta. Hadder se le quedó viendo—. No me lo tomes a mal, pero eres bastante rara.

Jyn puso los ojos en blanco, pero sonrió.

—¿Cómo no me lo voy a tomar «a mal»? ¿Qué otra forma hay de tomarse eso?

Hadder sonrió chueco.

—Si quieres que no piense que eres rara, contesta mis preguntas.

Jyn masticó la punta del pasto.

—Bueno, ya, está bien —dijo a regañadientes. Mentir siempre era una opción.

—¿Qué les pasó a tus papás?

—Mi mamá está muerta.

—¿Y tu papá?

—Igual que muerto. —Sin querer, sonó tan filosa como el cuchillo que ocultaba en su bota.

—¿Te dejó en Tamsye Prime?

—No —dijo con la mirada perdida al horizonte—. Saw fue quien me dejó en Tamsye Prime.

—¿Saw? ¿Quién es ese? —Ahora era Hadder quien sonaba suspicaz. Jyn intentó descifrar sus intenciones. Parecía como si quisiera protegerla, lo cual era ridículo. Ni siquiera la conocía, y ella no necesitaba protección.

—Es con quien vivía. Era como de la familia. Trabajábamos juntos.

—No, elige uno. O era de tu familia o de tu trabajo.

—¿No se pueden ambas?

—No —contestó Hadder como si quisiera hacerla sentir tonta—. Si alguien es de tu familia no puede ser tu jefe o tu compañero de casa, es mucho más… importante. —Parecía no encontrar las palabras adecuadas para hacerla entender.

Jyn pensó en Saw. ¿Qué era Saw para ella? Lo había sido todo. El único en quien podía confiar. Pero ¿qué era para él? La había abandonado en Tamsye Prime. «Tenía que hacerlo», se dijo a sí misma pensando en Reece. Pero no había regresado a buscarla. Recordó lo seguro que sonaba Senjax al hablar de la derrota de los rebeldes. Recordó las heridas, la forma en la que tosía sangre.

—No importa —contestó Jyn tragándose la tristeza—. Seguro está muerto.

—Oh… —Hadder estuvo un momento en silencio, luego dijo—: Así que tomaste la nave más cercana y huiste.

—Así fue.

—Yo quiero hacer eso todo el tiempo —suspiró Hadder—. Pero en Skuhl la única nave que no es un saltador de planetas es la de mi mamá, y el punto es irse lejos, igual que tú. Subirme a cualquier nave, a donde me lleve.

Jyn lo miró boquiabierta. ¿Acaso no lo entendía? No se había subido a la nave de Akshaya porque quería, sino porque la habían traicionado, estaba sola, hambrienta y

desesperada. No tenía nada ni a nadie. *Nadie* se subiría a una nave así nada más si tenía a otra persona en su vida. *Nadie* se volvería nómada a propósito.

—¿Qué dije? —preguntó Hadder en cuanto notó su expresión. Ella sacudió la cabeza, no era su culpa no entender qué significaba perderlo todo.

—Nada, sólo estoy pensando en lo tonto que eres —contestó con indiferencia, echándose en el pasto.

—Tú eres rara, yo soy tonto. —Hadder se echó a su lado—. Somos tal para cual.

CAPÍTULO VEINTINUEVE_

Al final de la semana, antes de que Akshaya se fuera, Jyn subió todos los códigos al sistema de la nave.

—Un día debes contarme cómo aprendiste a falsificar documentos imperiales —dijo Akshaya.

Hadder estaba cerca de ellas.

—A mí me da gusto que esta pequeña estafadora esté de nuestro lado —comentó—. No me gusta en absoluto que el Imperio se acerque tanto a nuestras rutas.

—El Imperio va detrás de los minerales —añadió Jyn—. Estarías más segura si transportaras cualquier otra cosa que no les interesara tanto.

Jyn y Hadder intercambiaron una mirada de acuerdo, pero Akshaya solo rio.

—Algún día entenderán que aquí, en Skuhl, somos como hormigas. El Imperio es un gigante y a los gigantes no les importan las hormigas, podemos hacer lo que queramos.

Jyn quiso protestar, pero Akshaya la abrazó antes.

—Gracias —le dijo.

Cuando deshicieron el abrazo, Jyn movió los pies con nervios.

—Este… —dijo sin saber cómo continuar.

—¿Este qué? —preguntó Akshaya.

Jyn volteó hacia los controles de la nave.

—Estos códigos van a durarte un buen rato. También inserté varios cambios y… —Se detuvo ahí. Hadder no sabía de qué hablaba, pero los ojos de Akshaya le dieron a entender que ella sí.

Jyn tenía un trabajo que hacer y ya lo había hecho. No podía sostenerle la mirada a ninguno de los dos.

—Bueno, ¿tienen más trabajo que pueda hacer? —Jyn aprovechó el silencio para seguir hablando con ansiedad—. Si no, no pasa nada, entiendo. Tal vez podría pedir aventón a alguna nave que vaya a un planeta donde pueda trabajar… —Se detuvo otra vez.

—Oh, estoy segura de que voy a necesitar códigos periódicamente —contestó Akshaya—. A menos que quieras irte.

Jyn sacudió la cabeza, con desconfianza de lo que pudiera transmitir su voz.

Los tres establecieron una rutina cómoda y constante. Akshaya pasaba afuera dos semanas del mes estándar; primero recogía cargamentos pequeños de planetas mineros demasiado pequeños como para llamar la atención del Imperio, después distribuía el mineral refinado entre los fabricantes de naves y otros productores. Cuando estaba en Skuhl, Hadder cocinaba y la ayudaba a planear sus viajes y pagar sus cuentas. Jyn hacía,

subía y revisaba los códigos. Cuando Akshaya se iba, los chicos tenían libertad para hacer lo que les viniera en gana.

Últimamente, eso era volar.

Jyn tenía que admitir que ella había sido una mala influencia. El hangar que guardaba el carguero principal de Akshaya también tenía un pequeño saltador de planetas que usaban para hacer diligencias cortas en el sistema local. Jyn conseguía evitar el sentimiento de culpa absteniéndose de romper la atmósfera, pues así podía decir que nunca habían salido del planeta sin mentir. Pero estaba segura de que jugar entre las nubes no le bastaría a Hadder durante mucho más tiempo. Cada vez que se sentaba en la silla del piloto, él enderezaba la espalda, enfocaba los ojos a la distancia y ponía las manos sobre los controles como si ahí y sólo ahí encajaran correctamente. Cuando iniciaba el saltador de planetas, suspiraba con alivio, como si hubiera estado esperando ese momento desde que nació.

Le contó a Jyn que su hermana le enseñó a volar. Cuando su padre murió, Tanith se refugió en el vuelo y se llevaba a Hadder con ella. Y cuando la adicción le costó la vida, su madre salió de su duelo con un temor aún mayor de perder a su hijo. Así que se encargó del negocio del transporte sola y a él lo confinó a la superficie de Skuhl para siempre.

El repulsor ronroneó y flotaron sobre el hangar. Hadder sacó el saltador de planetas de la bahía con destreza y salió disparado hacia arriba con tanta velocidad que Jyn se quedó sin aire.

—Lo que no entiendo —dijo Hadder mientras sobrevolaban el pueblo—, es por qué mi mamá está convencida de que me va a dar ardor de sangre. No es común; las posibilidad son casi nulas, a decir verdad.

Jyn no dijo nada porque entendía los motivos de Akshaya. Si pudieran regresarle a su madre, ella también querría tenerla a su lado el mayor tiempo posible.

—En cuanto tenga dieciocho —musitó Hadder. Acercaba su mano cada vez más a los controles del impulsor hiperespacial. La mayoría de los transbordadores de ese tamaño no tenían tales funciones, pero su padre lo había reacondicionado antes de morir. Hadder nunca había intentado salir de la órbita de Skuhl, pero Jyn notaba que sus dedos siempre estaban ansiosos por iniciar una secuencia de salto.

Hadder suspiró y se acomodó en su asiento. Accionó una palanca que hizo que el transbordador diera unos giros mareadores. Jyn rio y empujó sus anchos hombros hasta que él lo enderezó a regañadientes.

Jyn subió los pies al tablero. Hadder ya no necesitaba un copiloto. Por un momento lo miró de reojo y se permitió imaginarse que aquel podría ser su futuro. Podrían formar un buen equipo. Tal vez serían capaces de expandir las operaciones de Akshaya, ir hasta el Borde Exterior por cargamentos y explorar planetas desconocidos.

De pronto, Hadder empezó a descender a la superficie.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Jyn. Era el viaje más corto que habían hecho.

Hadder se veía más deprimido que nunca.

—Es que… siento que tengo una correa puesta. ¿Te has sentido así? ¿Como si no pudieras hacer lo que quieres? ¿Como si tuvieras que ser de cierta manera para alguien más, y no tú mismo? ¿O que nunca podrás tener lo que deseas de verdad?

Jyn quería contestar: «He visto más sangre de la que puedes imaginar y recuerdo los rostros de todas las personas que murieron por mi culpa». Pero, en lugar de eso, se levantó y se paró detrás de él. Deslizó los brazos sobre sus hombros y puso las manos sobre las suyas, en los controles. Miró al frente, más allá de la cabina, más allá del cielo. Después de un momento de estupefacción, Hadder también miró hacia afuera. Jyn se recargó contra su espalda y jaló los controles hacia ellos. La nariz de la nave se elevó cada vez más. Jyn sentía la alegría de Hadder mientras atravesaban la delgada atmósfera. El azul del cielo se hizo blanco, las llamas lamieron los escudos de ablación. Apretó las manos sobre las de él y abrió los ojos con emoción.

El pequeño transbordador salió disparado de la atmósfera y frente a ellos se abrió la inmensidad del universo.

El espacio era tan negro que le parecía indescriptible. Cuando volaba con Saw, lo único que notaba era el vacío oscuro e inconmensurable. Pero ahora, con los brazos alrededor de Hadder, sólo podía ver una hueste innumerable de estrellas, puntos de luz que bailaban fuera de su alcance, cada uno con la promesa de un nuevo mundo, una nueva aventura, una nueva esperanza.

—Si quieres algo, sólo tómalo —le susurró al oído—. Si hay algo que he aprendido es a vivir todos los días como si fuera el último.

Sonaba trillado, pero era cierto. Cualquier elección podía ser la última.

«Y esta es la mía —pensó—. Los elijo a ti y a las estrellas, a esta paz».

Ella sintió que Hadder se ponía muy muy tenso. Algo en el interior de Jyn palpitó con fuerza y la hizo separarse de él como si la hubiese electrocutado. Colapsó en el asiento del copiloto e intentó mantener la mirada fija en las estrellas, y no corresponder a la de Hadder con la misma intensidad.

CAPÍTULO TREINTA_

Ninguno de los dos quería regresar a la superficie. En el camino de regreso al hangar, no cruzaron palabra. No fue hasta que Hadder paró los motores y se levantó de su asiento que le dijo a Jyn con un brillo en los ojos:

—Estuvo *increíble*. —Jyn no pudo evitar sonreírle de vuelta. Hadder estaba entusiasmado cuando por fin expresó sus emociones—. Es decir, ya había estado antes en el espacio, no era la primera vez. Antes de que Tanith muriera, mamá me dejaba acompañarla en sus viajes, pero nunca había estado a cargo de los controles, nunca había… —Se acomodó el pelo con los dedos y luego abrazó a Jyn tan fuerte que la levantó del suelo—. Gracias —le dijo mirándola a los ojos. Cuando la soltó, Jyn se tambaleó un poco al perder la sujeción de sus brazos—. Tenemos que celebrarlo. Vamos a cenar.

—Uy, qué rico, más bunn —dijo Jyn sin entusiasmo.

—Oye, no cocino tan mal, ¿o sí? —Hadder rio—. Pero quise decir que *salgamos* a comer, te invito al restaurante. Vamos.

Tomó su mano y atravesaron el hangar y el pueblo hasta el lugar.

Había una banda local tocando y más de la mitad de los comensales coreaban unas canciones que Jyn no había escuchado nunca. Se sentó en la mesa que eligió Hadder, junto a la pared y lejos de la banda. Miró a la multitud estruendosa y medio bebida. Jyn no conocía a mucha gente, siempre había vivido a las afueras, pero en Skuhl había una refinería grande y se comerciaba con bunn y otros productos. Para los locales, el restaurante era un lugar donde comer y beber, para los viajeros un hostal y para todo el planeta un punto de encuentro.

—Siempre me sorprende que en este planeta haya tanta gente distinta —comentó Jyn. En Coruscant había todo tipo de especies imaginables, pero la mayoría de los mundos en los que había estado desde entonces eran bastante homogéneos.

—Como dijo mi mamá, el gigante no nota a las hormigas. Skuhl es justo un hormiguero —dijo Hadder sin necesidad de añadir que había muchísimas hormigas en la galaxia.

Insistió en ordenar algo especial.

—Te prometo que no tendrá bunn —le dijo a Jyn, y le pidió un par de sopas de soof al chagriano que atendía. Cuando llegó la comida, Jyn observó su plato con reservas.

—Esto… ¿se come? —preguntó y deslizó su tenedor por la superficie espumosa de lo que había traído a la mesa el chagriano.

—Confía en mí.

Lo hizo.

No debió haberlo hecho.

La sopa de soof no era *lo peor* que había comido, pero casi. Prefería mil veces la misteriosa carne enlatada de la cocina de Saw que esa textura pastosa y saladita que dejaba en su lengua un regusto extraño y grasiento.

—Ay, no está tan mal. —Hadder rio. Jyn apartó su plato.

—Mejor hazme bunn cuando lleguemos a casa —dijo ella. Hadder sonrió con picardía—. ¿Qué te pasa?

—Es la primera vez que dices «a casa».

Jyn intentó bromear para que Hadder no se sintiera demasiado satisfecho consigo mismo, pero de pronto se heló. Había reconocido a alguien entre la multitud, alguien a quien no había visto en siglos, desde la masacre de Inusagi. Era el grandote de hombros anchos que le había gruñido la palabra clave para recibir la invitación. Recordó su expresión mientras disparaba las flechillas y la forma en la que apretó la mandíbula ante aquel espectáculo de destrucción y muerte.

—¿Qué pasa? —preguntó Hadder de inmediato. Jyn se estremeció.

—Nada, no es nada.

Hadder volteó a ver qué la había puesto así. La banda estaba tomándose un descanso y el público se había dispersado, por lo que al otro lado de la habitación pudo ver a un puñado de personas que jugaba sabacc en una mesa en penumbra.

—¿Los conoces? —preguntó en voz baja.

—A uno de ellos sí. —Intentó no mirar—. Mejor vámonos.

Hadder dejó los créditos sobre la mesa y salieron a la calle. Jyn estaba muy nerviosa, abría y cerraba los puños. Hadder también se sentía ansioso, no podía dejar de voltear. Cuando terminó el segundo turno de la refinería, un río de gente se vertió en la calle y se congregó frente a la entrada del restaurante.

—Era un tipo con el que Saw trabajó una vez —dijo Jyn mientras caminaban a contracorriente entre la multitud—. Lo conocí durante un… trabajo que hicimos en Inusagi.

En la calle empezaron a sonar las campanitas que colgaban de unos postes y ella dio un brinco del susto. El tintineo metálico no se parecía al de las flechillas en absoluto y el olor de las flores era muy distinto al de las sakoola manchadas de sangre.

Jyn miró sobre su hombro. El hombre los estaba siguiendo.

«Seguro que es una coincidencia», se dijo, pero tenía los nervios de punta.

Tomó la mano de Hadder. Él la observó sorprendido, pero Jyn mantuvo la mirada al frente. En la primera intersección de calles, Jyn lo jaló hacia un callejón. Hadder quería decir algo, pero ella le puso un dedo sobre los labios para callarlo. Esperaron.

La gente se había dispersado tras el cambio de turno; sin embargo, Jyn seguía alerta. Un sonido de pasos se hizo más y más fuerte. Hadder intentó detener a Jyn, pero no logró evitar que confrontara al hombre en cuanto este dio la vuelta a la esquina.

—¿Por qué me sigues?

—No es por tu belleza, si eso es lo que te preocupa, cariño —se burló.

Jyn le dio un golpe tan duro que la cabeza se le hizo para atrás. Aún estupefacto, no ofreció resistencia cuando la chica lo agarró del cuello para aventarlo contra el muro de piedra.

—¡Que por qué me sigues! —repitió enfatizando cada palabra.

El hombre se quitó sus manos de encima de un golpe y la empujó. Jyn cayó de espaldas y Hadder la defendió.

—¡Déjala en paz! —gritó. El hombre soltó una carcajada ante la muestra de bravuconería del chico, y cuando Hadder se abalanzó sobre él, lo esquivó fácilmente. Le torció el brazo hacia atrás y lo jaló para encajarle la rodilla en el estómago con más fuerza. En cuanto el chico cayó al suelo gimiendo de dolor, le caminó encima para llegar a donde estaba Jyn.

Ella lo esperó sin moverse.

—Eres una fiera, ¿verdad? ¿Qué no te acuerdas de tu amigo Berk? ¿De Inusagi?

—Sí, me acuerdo —dijo Jyn, aunque era la primera vez que oía su nombre.

—Bueno, lo pasado, pasado —dijo Berk y se dio la vuelta hacia la calle principal.

Jyn le bloqueó el paso.

—No contestaste mi pregunta.

—Mira, si me pagan, hago mi trabajo. Es todo. Ahora quítate.

—¿Alguien te pagó para que me espiaras? —preguntó Jyn, confundida. ¿Pudo haber sido su padre? Tal vez quería dejar de trabajar para el Imperio y buscarla. Tal vez sólo quería saber que estaba bien. Tal vez sí se preocupaba por ella.

Berk empujó a Jyn en un intento por rebasarla. Ella lo agarró del brazo y se lo retorció a la espalda. Contrariado, soltó un gruñido y trató de obligarla a rodearlo para poder zafarse, pero Jyn era más rápida y pequeña. Usó la fuerza de su agarre en su contra, se tiró al piso y metió una pierna entre las de él para desequilibrarlo. El hombre cayó como piedra y su cabeza rebotó en el pavimento. Jyn no soltó el brazo que le había torcido y lo jaló hacia atrás.

—Niña estú… —gruñó Berk, pero Jyn no lo dejó terminar de hablar. Giró y aterrizó con la rodilla en su pecho para dificultarle la respiración. Con un solo movimiento, sacó el cuchillo de su bota y lo presionó contra su garganta.

—¿Quién te contrató? —preguntó en voz baja a unos centímetros de su cara. Su navaja era la delgada línea que los separaba.

—Fue Saw, ¿ya? —espetó Berk—. Saw quería ver si saliste bien parada después de lo de Tamsye Prime.

A Jyn se le nubló la vista con círculos negros.

Berk aprovechó el *shock* de Jyn para quitársela de encima.

«Saw está vivo —pensó Jyn, aliviada—. Mandó a Berk a buscarme».

—¿Dónde está? —preguntó Jyn intentando agarrar de nuevo al tipo, pero se le zafó de las manos—. Llévame con él.

—No está *aquí* —se burló Berk.

—¿Cuándo va a venir por mí?

—No va a venir. Me dijo que no dejara que me vieras. Sólo quería ver si estabas viva, yo creo. Además, tiene una nueva base. Más grande, con un mejor equipo.

«No va a venir por ti», canturreó una voz en la cabeza de Jyn. Una parte de ella lo había sabido desde el momento en que él le pidió que se escondiera. La paranoia de Saw había ido aumentando poco a poco con los años, y nunca estaba más paranoico que cuando se trataba de algo relacionado con Galen. En cuanto Reece se enteró de la verdadera identidad de Jyn, fue imposible que él la aceptara de vuelta.

—Le diré que le mandas saludos —rugió Berk mientras se alejaba.

—Iba a dejar que muriera —gritó Jyn a sus espaldas—. Así que dile que me dé por muerta.

—¿Qué? —preguntó Hadder—. ¿Cómo lo hiciste, Jyn? ¡Estuvo increíble!

Ella miró el cuchillo que Saw le había dado. Lo tiró como si estuviera cubierto de ácido.

—¿Jyn? —insistió Hadder.

Saw estaba vivo y no quería que ella volviera.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO_

Jyn le vendó las heridas a Hadder en cuanto regresaron a la casa. Era raro desplegar el medikit en la mesa de la cocina, pero era la habitación con más luz.

—Te dolerá un buen rato —dijo examinando el moretón intenso que florecía en su abdomen.

—Ya sé —gimió Hadder. Por lo menos no le había atinado más abajo.

—Pudo haber sido peor —resopló Jyn.

—¡Mucho peor!

Jyn le lanzó una sonrisa que desapareció en cuanto se volteó para acomodar las cosas.

—No tienes un solo rasguño —dijo Hadder. Jyn no respondió—. Tumbaste de espaldas al tipo, sabías exactamente qué hacer.

—Era parte de lo que hacía antes. —Jyn guardó todo el material de curación en el gabinete que estaba junto a la puerta—. Mi antigua vida.

—¿Qué era lo que hacías antes? —preguntó Hadder y de inmediato se corrigió—: No, no quiero saberlo. No, sí. Depende. —Respiró profundamente—. ¿Era algo muy malo?

—No —contestó intercambiando una mirada con Hadder y pensando en la lucha por el bien y la justicia—. Sí —dijo cuando recordó lo de Inusagi y Tamsye Prime.

—¿Qué quería ese tipo? Dijo que te seguía por…

—Saw. Por Saw. —Jyn cerró la puerta del gabinete de golpe.

—Ah, el tipo con el que vivías —dijo Hadder lentamente.

—Ajá.

—No tienes por qué enojarte conmigo.

—No estoy enojada —gruñó Jyn.

Hadder levantó las manos.

—Bueno, bueno. No me patees el trasero, por favor. —Como Jyn no reaccionaba, añadió—: Es broma. Pero, por favor, no lo hagas.

Jyn sonrió al fin.

—No lo haré. —Se lanzó hacia Hadder como para darle un puñetazo y él retrocedió—. O tal vez sí.

—Así que… —dijo Hadder mientras Jyn se sentaba a su lado—. Saw.

—Saw.

—¿Quién es en realidad?

«Me decía “hija” y luego me abandonó», pensó Jyn. Hadder llenó el silencio:

—No tienes que decirme nada, pero tengo que saber si esto es un problema. ¿Van a venir más matones a molestar a mi mamá? Porque me queda claro que tengo que hacer más ejercicio y aprender a dar golpes si es el caso.

—Yo te cuido. —Jyn esbozó una sonrisa torcida.

—Uf, qué alivio. Prefiero hacer el amor y no la guerra, ¿sabes? Me siento más cómodo escondiéndome detrás de ti. Qué bueno que lo aclaramos. —Hadder fingió que se limpiaba el sudor de la frente.

Jyn se hundió más en su silla.

—Saw me adoptó cuando perdí a mis padres —dijo mirando al frente con seriedad. Si hubiera percibido conmiseración en su mirada, no habría podido contarle—. Trabajaba para derrotar al Imperio.

—¿En una especie de *grupo rebelde*?

En Skuhl se hablaba de los rebeldes como si fueran criaturas míticas, una banda de guerreros que se atrevía a enfrentarse al Imperio. La gente de Skuhl no tenía idea de lo que era luchar contra el Imperio, pero tampoco sabía *cómo* era el Imperio. Imaginaban a los rebeldes como si vivieran en un estado casi infantil donde todo era blanco o negro. Eran una anécdota para contar con unos tragos o alrededor de una fogata, nada más. No eran personas reales, sino personajes de cuentos.

—A veces Saw luchaba en grupo, otras solo. No le importaba junto a quién peleaba, sino contra quién.

Se arriesgó a mirar a Hadder, que se comía cada una de sus palabras como cuando veía *La octava escalera* de niño.

—Nuestra última misión… —Apartó la mirada de nuevo—. Salió mal.

—¿Mal?

Jyn cerró los ojos. Veía con claridad la línea de luz verde que salió del Destructor Estelar y destrozó la fábrica. Sentía el sabor de la sangre y polvo en la boca. Podía oler el metal ardiendo.

Oía los gritos.

—Mal —confirmó.

—Tamsye Prime —susurró Hadder—. ¿Fuiste parte de los anarquistas que atacaron las fábricas?

—Fue el Imperio. —Notó la sospecha en la mirada del chico y sintió como si le hubieran dado un golpe—. Nosotros íbamos en misión de reconocimiento. El Imperio ya no necesitaba la fábrica y la usó para mandar un mensaje.

Observó a Hadder mientras este comprendía la verdad, como si una manta le cayera sobre los hombros. Jyn sabía que el chico no lo entendía, en realidad no. Gracias a las mentiras del Imperio, en la galaxia muy pocas personas conocían la realidad de Tamsye Prime. Los imperiales del Destructor Estelar, el piloto cuyo nombre nunca supo, Codo, Saw, ella. Pero ahora que podía apoyarse en Hadder para mantenerse de pie, se sintió con fuerza para cargar el duelo de todo aquel planeta.

Tras esa noche, algo cambió. Hadder bromeaba con que Jyn podía noquearlo, pero las pocas veces que se aventuraban a ir al pueblo estaba nervioso, siempre alerta. Cuidándola.

Seguro que le había contado a Akshaya lo sucedido en cuanto regresó de su viaje. Ahora se detenía frente a la puerta de su habitación, como si quisiera hablar con ella pero no encontrara las palabras. Pintó más mandalas en las paredes y pisos de su pequeña casa. Hadder dijo que no lo hacía desde que murió su hermana.

—Son hermosos —le dijo Jyn con un matiz de culpa en la voz. Sabía que Akshaya estaba preocupada por ella y no quería ensombrecer la luz de su hogar.

—Me relajan —dijo Akshaya trazando con cuidado una serie de rayos que emanaban de un círculo en el piso. No parecía relajada. Estaba tan concentrada en el dibujo que fruncía el ceño, su mirada era como un rayo láser que seguía cada línea.

Jyn lo entendía. Recordaba cómo era su madre justo antes de que se mudaran de Coruscant a Lah'mu: estaba llena de una energía frenética igual que Akshaya en ese momento. Limpiaba la casa, la llevaba al parque y hacía planes meticulosos en voz baja, tan baja que no sabía que Jyn la escuchaba. Esos planes eran sus mandalas. El amor de Akshaya hervía en su interior y tenía que fluir de las puntas de sus dedos o la sobrepasaría.

Jyn la observó durante mucho tiempo. Hadder entró a la habitación, interrumpiendo el silencio y la concentración de su madre.

—La cena estará lista en unos minutos —anunció.

—Yo limpio —contestó Akshaya. Hadder salió de la habitación. Su madre lo observó irse con ojos amables. Era la primera vez que lucía relajada desde que empezó a decorar el piso.

—¿Te gustaría aprender a hacer mandalas? —preguntó Akshaya—. Podrías si quisieras, ¿eh? Hay una pared vacía en tu habitación.

—Eh… —Jyn no supo qué contestar. Le habría gustado dibujar los complejos diseños, pero temía arruinar la pared.

—Toma, por si cambias de opinión —dijo Akshaya y le puso tres barras de pintura en la mano.

Jyn se retiró a su habitación, incómoda por no haber sabido qué decir. Se sentó en la cama y contempló la pared, su lienzo en blanco. Le había dado pintura negra, naranja y roja. Hizo girar el negro en sus manos y pensó con qué diseño podría cubrir la pared. Se preguntó si la hija de Akshaya había dibujado mandalas en su pared, y si ella los había cubierto después de su muerte. Tal vez su hija no se había molestado en decorar. Tal vez Akshaya deseaba que lo hubiera hecho, y la pared blanca le recordaba todo lo que podría haber sido y no fue.

Jyn se levantó con la barra negra en la mano y la sostuvo frente a la pared.

«Un trazo largo, rayos rojos, puntitos naranjas en medio…», pensó dibujándolo con la mirada.

Pero aunque podía visualizar la pintura, no tocó la pared con la barra. Guardó todo en la caja del estante, junto con los hipoinyectores vacíos.

Esa noche, Akshaya se quejó de nuevo de haber perdido otro planeta de su lista de entregas habitual.

—Están comprándolo todo a diestra y siniestra —dijo mientras Hadder sacaba el bunn de la olla para cenar.

—¿El Imperio? —preguntó Jyn en voz baja. Akshaya no contestó, confirmando sus sospechas—. No estamos tan lejos de Tamsye Prime y demás sistemas bajo control imperial —señaló—. Que Skuhl esté en el Borde Exterior no significa que el Imperio lo va a ignorar.

—Somos hormigas —insistió Akshaya respirando profundamente—. El Imperio es un gigante.

—Pero…

Akshaya se levantó de repente.

—Vengan conmigo. —Se dirigió hacia la puerta trasera. Jyn y Hadder intercambiaron miradas de confusión y preocupación, pero la siguieron.

Akshaya contemplaba las estrellas.

—¿Qué ven? —preguntó con tranquilidad cuando se acercaron los chicos. Con demasiada tranquilidad.

—Estrellas —dijo Jyn, confundida.

—Estrellas —repitió Akshaya—. ¿Y dónde está Tamsye Prime?

Jyn recorrió el cielo con la mirada. A la distancia, todos los puntitos blancos parecían iguales.

—¿Y dónde está el Imperio? ¿Tú lo ves? Yo no.

«Ay, no funciona así… Que no lo veas no quiere decir que no exista».

Akshaya no quitó la vista de las estrellas. Jyn volvió a mirar también. No vio al Imperio, pero creyó atisbar algo de lo que veía Akshaya.

Encima de ellos, las estrellas parecían extenderse al infinito. Las nubes y las lunas aún no eran visibles. Sólo había un millón de luces diminutas. Si echaba hacia atrás la cabeza, podía fingir que sólo existía el espacio, sin horizonte.

Fingir que no había nada en el universo más que estrellas y silencio era reconfortante.

—Bueno, las estrellas están muy lejos, pero la cena está aquí y se enfría —dijo Hadder.

Pasaron las semanas y luego los meses sin que hubiera señales de Berk ni de ningún contacto de Saw. Jyn casi se permitió olvidar el pasado. Siguió trabajando en códigos y permisos para que Akshaya burlara la seguridad imperial, pero fuera de eso, dejó atrás todo lo que había aprendido con Saw.

Excepto por el cuchillo. Cada mañana sin excepción se obligaba a sentir el peso del cuchillo en su mano, a sujetar el mango y calcular la fuerza que sería necesaria para atravesarle la piel a alguien. Luego lo guardaba en su bota, asegurándose de que estuviera a la mano.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS_

—¿A dónde me llevas? —preguntó Jyn.

—¿Qué no confías en mí? —Hadder volteó dejando que la nave virara al sur.

Jyn había perdido la cuenta de las semanas que llevaban ella y Hadder sin estar en el aire. Akshaya tenía problemas con sus viajes de transporte a medida que los puestos de revisión imperiales escaneaban en esa área cada vez más naves y productos. Esto la tenía de malas y la obligaba a estar en casa, lo que impedía que se escaparan en el saltador de planetas.

—No te preocupes —le decía Akshaya a Jyn cada vez que salía el tema del Imperio—. Hormigas, recuerda.

Eso no la reconfortaba en absoluto.

A pesar de todo, Akshaya había recibido un nuevo pedido esa semana y se había ido a entregarlo. Jyn sabía que en cuanto el carguero atravesara la atmósfera, Hadder buscaría un motivo para salir al espacio.

—Sí, confío —contestó Jyn subiendo los pies a la consola—. Confío en que vas a aferrarte a cualquier excusa que encuentres en la galaxia para irte de Skuhl. De hecho, no tengo idea de qué haces orbitando alrededor de este planeta.

Hadder tarareó con arrogancia. Jyn buscó algo que aventarle, pero antes de que pudiera encontrarlo, la nariz de la nave se inclinó hacia la superficie. Jyn se dobló para ver el paisaje.

—Aquí hay más pasto —dijo sin entusiasmo.

—Nadie dijo que no lo hubiera —contestó Hadder iniciando la secuencia de aterrizaje.

—Tanto misterio sobre a dónde íbamos, pero no es más que otro campo con *todavía más pasto*.

—Pero si Skuhl es precioso —dijo Hadder activando el *switch* que bajaba la plataforma.

Jyn todavía estaba expectante cuando salió de la nave, pero ese sentimiento fue reemplazado de inmediato por la decepción. Como había podido observar desde la ventana, en ese lugar no había nada más que un campo como los que veía todos los días al salir de casa.

—Por acá —dijo Hadder. Tenía una manta enrollada bajo el brazo.

Jyn lo siguió en silencio, a través de los campos ondulantes. Un estanque turquesa brillaba entre el pasto del mismo color. Hadder extendió la manta en el suelo.

—¿Vinimos hasta acá para hacer un pícnic? —preguntó Jyn echándose en la manta.

—Qué pesimista eres. —Hadder sacudió la cabeza y sonrió al tender el festín: bolitas de bunn cubiertas de semillas y una canasta vaporizadora de *dumplings*.

Jyn tomó dos *dumplings* y se los metió a la boca, masticando mientras servía jugo para ambos.

—Cuánta clase y elegancia —dijo Hadder. Sonrió mientras picaba la bola de comida que Jyn tenía debajo de la mejilla.

—Bueno, ¿ya puedes decirme qué hacemos aquí? —preguntó Jyn después de tragar su comida.

—He estado pensando unirme a un grupo de rebeldes contra el Imperio. —Si había algo inesperado, era eso—. Ellos me dejarían volar. Mamá tiene la ridícula idea de que me voy a morir si salgo, pero ya estoy en edad. He oído hablar de que hay un reclutador en este sistema. Podría buscarlo y unirme a él.

A Jyn se le encogió el estómago. Era difícil imaginarse a Hadder luchando como Saw, pero sí lo veía disparándole a cazas TIE desde el interior de un Z-95.

—¿Qué opinas? —preguntó Hadder.

—¿Por qué me preguntas a mí?

Hadder la miró, sorprendido por su confusión.

—No creas que se me olvida lo que hiciste en el callejón. Nunca hablas de tu pasado, pero sé que luchaste por la libertad. ¿Qué opinas, debería unirme a ellos?

Jyn fingió que no le importaba.

—Opino que hagas lo que quieras.

Hadder se acercó a Jyn hasta que estuvieron frente a frente. Sus dedos estaban a escasos centímetros de su rodilla.

—Estoy pidiendo tu opinión de verdad. ¿Crees que puedo ser útil para la lucha?

Jyn asintió sin decir nada.

El chico apartó la mirada de ella y la enfocó en un punto en la nada, en el horizonte, en el cielo.

—Mamá lo odiaría, pero con ellos podría volar —dijo casi sólo para sí mismo—. Está muy enamorada de la idea de que el Imperio no va a fijarse en nosotros, pero ambos sabemos que no va a durar. —Cuando volteó a ver a Jyn de nuevo, ella notó algo en sus ojos, algo feroz y determinado. Supo que si se unía al grupo partisano, sería algo más que un piloto. Sería un héroe—. No podemos quedarnos sentados aquí tan tranquilos, esperando que no nos pisoteen. Tenemos que hacer todo lo que esté en nuestras manos.

A Jyn le ardían los ojos, pero no se permitió apartar la mirada. Durante más de un año había creído que podían vivir seguros, ocultos, igual que Akshaya. Solos, juntos.

Hadder se acercaba cada vez más. Tenía la mano en la pierna de Jyn, su cara estaba tan cerca que ella podía sentir su aliento en la mejilla.

—Si me uniera a la rebelión, ¿vendrías conmigo? —preguntó.

Jyn tragó saliva con dificultad. Todas sus emociones la inundaban.

—No puedo —susurró.

Hadder la miró extrañado.

—Pensé que con tu pasado…

—No quiero volver a eso. Esto es diferente y está bien.

—¿Segura? ¿Ni siquiera querrías hablar con mi contacto?

Algo crepitó en el corazón de Jyn: miedo.

—¿Tu contacto? —preguntó en un tono más distante.

—Alguien a quien conocí en el restaurante. Estaba tanteando el terreno a ver si encontraba gente que quisiera volar.

—Luchar contra el Imperio implica mucho más que volar —contestó Jyn alejándose.

Hadder acortó la distancia entre ellos y al fin presionó sus labios contra los de ella. El beso la sorprendió, pero se sintió normal, como si llevaran años haciéndolo.

—Si tú no vas, yo tampoco. Prefiero tenerte antes que volar.

—No lo dejes por mí.

—No puedo dejarte a ti.

La besó de nuevo, esta vez con más fuerza. Jyn notó el sabor de su anhelo en su boca, de los sentimientos que había intentado mantener bajo control. Entendió por qué la había llevado ahí, lejos de casa, para decir y hacer esas cosas. Ahí, bajo el cielo abierto, sin un techo que los limitara, podían ser honestos. Ahí podían fingir que pertenecían al infinito tanto como se pertenecían el uno a la otra.

Mucho tiempo después, seguían echados en el pasto, mirando las nubes. Él jugaba con las sedosas puntas del pelo de Jyn.

Un crujido que sonó cerca de ellos llamó la atención de Jyn, que se puso de costado sobre la manta para ver cómo una criaturita café salía de entre la hierba. Era una especie de roedor peludo con una nariz rosita y ojos negros, como del tamaño de la palma de su mano. Tenía una expresión que lo hacía ver cómicamente preocupado.

—Hola, chiquito —susurró Jyn apaciblemente.

Hadder se incorporó para verlo, y su movimiento hizo que el animalito se alejara varios centímetros y se parara sobre sus patas traseras, nervioso.

—Es un bulba —dijo Hadder.

Vieron que el bulba reunía el valor para acercarse más. Caminó con rapidez, luego se detuvo en seco y tocó la orilla de la manta con sus garritas diminutas. Su cola estaba cubierta de un pelaje suave y se enroscaba en la punta. Hadder tomó la canasta, sacó un puñado de bunn que había sobrado y se lo ofreció al bulba, que lo olisqueó con recelo antes de probar un poco. Después de un rato, el animalito permitió que Hadder lo levantara con ambas manos para que Jyn lo viera de cerca.

—Qué tierno es —dijo Jyn al ver cómo el bulba se llenaba la boca de granos de bunn.

—Mira esto. —Hadder despeinó el pelaje de su espalda. El bulba se estremeció un poco, pero no dejó de comer. Jyn alcanzó a ver una especie de vid diminuta de bordes rosas que recorría su columna—. Las mamás hacen su nido en una vid seca de las que crecen por aquí. Las semillas de la planta crecen en la piel delgada de los bebés y crean

una relación simbiótica con ellos. La vid echa raíces en su interior. Tuvimos que abrir uno en clase. Tienen unos huesos increíblemente ligeros. Mira, siéntelo.

Hadder puso a la criatura en las manos de Jyn. Hasta su bufanda pesaba más.

—Las raíces envuelven sus huesos para fortalecerlos. Sin la planta, no podrían sobrevivir.

—Guau —contestó Jyn.

—Es una simbiosis de verdad. La planta crece y los ayuda a sobrevivir. Cuando mueren, sus cuerpos ayudan a que crezcan más vides. Cuando las vides se secan, las madres hacen sus nidos. Una nueva generación nace y crecen más semillas.

Jyn acarició su suave pelaje, sintiendo la planta bajo su piel. El bulba agradeció los cariños con un gorjeo pequeñito.

—Llevo casi un año en este planeta y no tenía idea de que existían —dijo Jyn. Lo puso sobre el suelo y el animalito salió corriendo; sabía que no iba a recibir más comida.

—Sólo son roedores. —Hadder se encogió de hombros.

—Son increíbles —insistió Jyn—. Pasamos tanto tiempo ampliando los confines de la galaxia, explorando nuevos planetas, y no sabemos casi nada sobre ellos. Hay muchas cosas únicas y especiales en cada planeta, y las ignoramos porque estamos demasiado ocupados en el vacío del espacio.

—Para ser honestos, me interesa mucho más ocuparme de ti —dijo Hadder apartando el pelo de Jyn de sus hombros para poder besarle el cuello. Jyn lo empujó, jugando.

—Si estabas tan interesado en mí, ¿por qué no me lo dijiste antes?

—Porque si me rechazabas me habrías roto el corazón y posiblemente el cuerpo.

Jyn puso sus labios a un centímetro de los suyos.

—¿Quién dice que no voy a hacerlo de todas formas?

Hadder se acostó en la manta.

—Puedes hacer lo que quieras con mi cuerpo.

Jyn le tomó la palabra.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES_

Ya era de noche cuando regresaron, y Akshaya los esperaba en el hangar.

—No salí al espacio exterior —dijo Hadder en cuanto vio a su madre.

Akshaya levantó una ceja y Jyn se dio cuenta de que esa era la menor de sus preocupaciones. Cuando notó que la miraba a ella y la evaluaba, Jyn esperó estar a la altura.

—¿Por qué regresaste tan pronto? —preguntó.

Akshaya dejó caer los hombros y se dirigió de regreso a su casa. Hadder se preocupó e intentó alcanzarla corriendo.

—¿Mamá?

Ella esperó a que todos estuvieran adentro de la casa antes de hablar.

—El Imperio está mostrando los dientes. Ahora más de la mitad de las minas con las que trabajo están bajo control imperial.

Jyn contuvo el aliento. Ya lo sospechaba por lo poco que trabajaba Akshaya últimamente y lo cerca que estaban del sistema de Tamsye Prime, pero había permitido que la confianza de la mujer la tranquilizara.

—No pude traer suficientes minerales —continuó Akshaya. Tenía unas bolsas enormes bajo los ojos por el cansancio—. Y los oficiales imperiales me interceptaron en la refinería cuando llegué con lo poco que tenía para entregar.

Todos y cada uno de los nervios de Jyn vibraron. En ese momento, lo que más quería en el mundo era huir a una nave e irse al espacio, pero ahora tenía a Hadder y Akshaya. Sin ellos no podía ir a ninguna parte.

—Conozco varios lugares… —dijo Jyn, tímida—. Con tu nave y mis códigos, podríamos…

Akshaya negó con la cabeza antes de que terminara de plantear la idea.

—Mamá, no somos niños —dijo Hadder—. Podemos volar. No vamos a morirnos como Tanith.

—No es eso —contestó Akshaya—. No podemos permitir que el Imperio nos empuje a la bancarrota. Hablé con Dasa en la refinería. No va a traspasar sus operaciones. Sólo tengo que encontrar nuevas rutas de intercambio y otras minas.

Hadder estaba hecho un manojo de nervios y no dejaba de caminar de un lado para otro. Jyn estaba casi inmóvil.

—El Imperio no funciona así —dijo Jyn. Hadder no se detuvo, pero Akshaya le prestó atención—. Si quiere la refinería, la va a tomar. Negarse a venderla no es siquiera una opción.

—El Imperio no es lo mejor —admitió Akshaya—. Pero aun así tienen que seguir sus propias reglas.

—No *tienen* que hacer nada —contestó Jyn, pero Akshaya la ignoró.

—Voy al restaurante —anunció Hadder dando media vuelta sobre sus talones. Akshaya se sorprendió, pero no lo detuvo.

—No siguen ninguna regla —insistió Jyn obligándola a prestar atención—. El Imperio… Sí, es como tú dices. Es un gigante. Y ese gigante está a punto de pisotear tu hormiguero. Lo mejor que podemos hacer es irnos de aquí.

Akshaya se acercó a ella con grandes zancadas y le tocó la cara con ambas manos. Acarició su cabello con sus dedos largos y fríos.

—Este es nuestro hogar —dijo como si eso fuera razón suficiente. Besó a Jyn en la frente y ella también salió de la habitación.

Jyn se tocó el rostro en el mismo lugar donde la había tocado Akshaya. Notó el sutil énfasis que había hecho en la palabra «nuestro». Y se le partió el corazón.

Después de varias horas, Hadder no había regresado. Jyn salió a buscarlo en la noche. Skuhl estaba en silencio. Las estrellas se expandían hasta el infinito y la eternidad sobre el pasto turquesa, que bailaba con el viento. Las campanas de la calle sonaron. En la oscuridad, los únicos otros ruidos salían del restaurante. Cuando Jyn abrió sus puertas, la luz cálida y el sonido de la gente se vertió en la calle vacía.

Le tomó un rato localizar a Hadder. Estaba sentado en una mesa de la esquina, platicando con un twi'lek que le daba la espalda.

Jyn se sentó en el asiento de la mesa que seguía vacío.

—Xosad —dijo saludando al twi'lek sin que se notara lo sorprendida que estaba de verlo.

—Ah, la infame Jyn.

Hadder los miró a ambos estupefacto, pero lo escondió como pudo.

—¿Infame? No me parece. —Jyn rio.

—Nunca pensé que te vería lejos de Saw. —La voz de Xosad era amable, pero Jyn sabía que estaba pescando información. Saw seguía organizando misiones, ella no. Seguro que querría saber por qué.

Pero Jyn no pensaba decírselo.

—Así que tú eres quien está convenciendo a la gente de pelear contra el Imperio. —No era pregunta.

—Es obvio que se conocen —dijo Hadder, nervioso.

—¿Para qué grupo trabajas? —Jyn mantuvo un tono de frío desapego. Una parte de ella quería que le dijera que seguía trabajando con Saw. La otra parte temía su respuesta.

—Para el mismo grupo que Idryssa. Cada vez es más grande, una verdadera alianza de guerreros.

—¿Quieren que los deje solos? —preguntó Hadder. Intentó levantarse, pero Jyn lo detuvo poniendo la mano sobre su rodilla. Se quedó sentado.

—¿Por qué? —Jyn intentó mantener su tono de desinterés. Lo que en verdad quería saber era si Saw se había unido a esa misma alianza, y quién más lo había hecho. ¿Saw había hallado una nueva familia bajo el mismo estandarte?

Xosad se inclinó hacia atrás y eligió sus palabras con cuidado.

—Me uní a la rebelión porque he visto el punto de apoyo sobre el cual gira el destino de la galaxia. El Imperio tiene demasiado peso de un lado y lo único que lo contrarresta son los rebeldes. Supuse que podría ayudar a nivelar la balanza. —Buscó la mirada de Jyn—. He visto el punto de apoyo, Jyn —repitió pronunciando las palabras *punto de apoyo* como si tuvieran un significado especial. Esperó con los labios entreabiertos y una mueca de expectación.

Jyn sabía que Xosad esperaba una respuesta específica por su parte, pero no tenía idea de lo que quería escuchar.

—¿Saw también se unió? —dijo sin molestarse en ocultar lo que quería saber en realidad.

Xosad relajó los hombros, decepcionado por la pregunta.

—Trabajó un poco con nosotros, pero sigue librando sus batallas a su manera. —Entornó los ojos—. Pero tú no. La rebelión crece y tiene un buen liderazgo, es sólido. Hay mucha gente que quiere unirse. —Echó un vistazo a Hadder.

—Yo no puedo —dijo Hadder lentamente.

Jyn volteó a todas partes. El restaurante era ruidoso, pero algo… no encajaba.

—No sabes ser sutil —dijo Jyn. Había demasiada gente observándolos, fingiendo no hacerlo. Se levantó y le dijo a Hadder—: Vámonos.

—Oye, no es tu perrito faldero. No puedes chiflarle a la gente para que te siga —dijo Xosad, muy serio. Seguro pensaba que había progresado con Hadder y ahora también quería reclutar a Jyn. Ver cómo ambos se iban debió de ser un golpe en su orgullo.

—De hecho, no me molesta ser su perrito —dijo Hadder.

Jyn miró a Xosad y esbozó una sonrisita.

—Qué pena —les dijo el twi'lek en un tono demasiado alto cuando estaban a punto de atravesar la puerta. Jyn se heló—. Tanto entrenamiento desperdiciado. Podrías matar a cualquier hombre con tus propias manos y aquí estás, perdiendo el tiempo en esta provincia de…

Jyn no lo dejó terminar. Se abalanzó sobre él y jaló su lekku con tanta fuerza que el hombre tuvo que tensar el cuello lo más que pudo. La chica le clavó una uña y él hizo un gesto discreto de dolor para que nadie supiera que lo estaba lastimando de verdad.

—Hablas de más, como siempre —gruñó Jyn—. El Imperio observa esta provincia, estúpido ordeñador de moofs. Si crees que no saben quién eres y a quién le rindes cuentas, eres todavía más imbécil de lo que pensaba.

Jyn se levantó y le aventó el lekku a Xosad, que le echó una mirada asesina pero no respondió a su falta de respeto.

Los dos chicos salieron a toda prisa del restaurante.

—Qué amigos tan interesantes tienes siempre —comentó Hadder mientras recorrían la acera—. Debe de ser tu personalidad de oro, o la forma en la que socializas con una sonrisa.

Jyn no pudo evitar reírse. Bajo la luz de tres lunas llenas, lo agarró de la solapa, lo jaló contra ella y lo besó.

—Ay, soy tan susceptible —musitó Hadder rozando sus labios, frente con frente—. Eres la más corruptora.

—Cállate y bésame —susurró Jyn besándolo tan suavemente que parecía no tener miedo de nada.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO_

Todo empezó con los stormtroopers. Sus inmaculados uniformes en blanco o negro brillaban intensamente, contrastando con el pequeño pueblo, que dormía. Arrasaron el restaurante. El dueño chagriano (de nombre Gowayne, según supo Jyn después) intentó protestar por la pérdida del establecimiento, y un día desapareció sin más.

Dasa, la dueña de la refinería, era una humana de edad avanzada. Akshaya y ella empezaron a reunirse para discutir la situación, luego se unieron más personas: los capataces y varios trabajadores.

—No se reúnan aquí, te lo ruego —suplicó Jyn—. Véanse en otra parte, o mejor aún, que ellos se vean en otra parte, nosotros vámonos, tenemos tu nave.

Akshaya la besó en la frente.

—Cuando el gigante se agacha, hasta las hormigas pueden ganar —dijo.

—¡Eso no tiene sentido! —dijo Jyn. Pero de todas formas, Akshaya se dirigió a la sala de su hogar, donde se reunía el pequeño grupo de disidentes—. Y lo sabes, ¿verdad? ¡Sabes que no tiene sentido!

Hadder se la llevó en el saltador de planetas para que no tuvieran que estar presentes en la reunión. Jyn se daba cuenta de que a él no le gustaba irse, fue la única vez que no disfrutó volar al máximo. Él quería sentarse al lado de su madre, quería sentir que todo lo que iban a decirse ahí, en secreto, era importante.

—El Imperio cree que puede llegar como si nada y comprar la refinería de Dasa por una bicoca —gruñó Hadder pateando la pastura turquesa mientras la atravesaban—. Skuhl no está a la venta.

—Eso es justo lo que me temo —masculló Jyn.

—Xosad no se ha ido, ¿sabes? —dijo Hadder, lanzándole una mirada a Jyn.

—¿Y eso qué significa?

—Dijo que tenía amigos que podrían ser de ayuda.

Jyn se preguntó cómo sería realmente el pequeño grupo rebelde de Xosad. Idryssa les había dicho que tenían el apoyo de algunos senadores y otros peces gordos que podrían marcar la diferencia de verdad.

—Supongo que ya lo veremos.

Esa tarde, mientras volaban de regreso, había un par de tanques de asalto a cada lado de la calle principal y un caminante hacía guardia en el puerto espacial; tenía las dos patas dobladas hacia atrás y sus ventanas de visualización sobresalían de la armadura como un par de ojos. Otro caminante se dirigía al hangar de Akshaya con fuertes pisadas. Hadder hizo aterrizar el saltador de planetas y salió de un brinco. Jyn se quedó a bordo para conectar su datapad al sistema central de la nave. Escuchaba que Hadder gritaba cada vez más y para cuando salió de la nave, él ya estaba bramando.

—¡No pueden hacer algo así! —vociferó. Volteó hacia Jyn—. ¡Dicen que nuestras naves tienen prohibido volar!

—Ven… —dijo Jyn tocando su brazo con suavidad.

—Si tienes algún problema con nuestras órdenes te llevaré con mi comandante para que te quejes —dijo el stormtrooper en un tono de burla.

Hadder abrió la boca para protestar, pero Jyn le apretó el brazo con fuerza.

—Vámonos. Ya —insistió Jyn, más severa esta vez, hasta que él por fin la siguió.

—No sé cómo puedes aguantarte —siseó con enojo—. Podrías haberlo desarmado, lo sé. Podrías luchar contra ellos.

No lo dijo, pero Jyn sólo entendió: «Deberías luchar contra ellos».

Se detuvieron afuera de la casa. Jyn lo miró con intensidad, como si buscara en sus ojos todas las cosas que había perdido en la vida.

—No entiendes nada.

—Tienes razón. —Hadder suspiró dejando que toda su ira y frustración salieran con su respiración—. No lo entiendo.

Esa noche no hubo reunión.

Dasa ya no estaba. Tampoco los capataces. Los técnicos del Imperio eran quienes manejaban la refinería ahora.

—Tengo todos los documentos importantes de la nave —dijo Jyn sosteniendo su datapad. Había bajado toda la información a dos chips. Le pasó uno a Akshaya—. Falsifiqué permisos para el carguero y el saltador de planetas. Tal vez no sean perfectos, pero sí lo suficientemente buenos para confundir al bloqueo imperial que rodea este planeta. Te dará la oportunidad de escapar. Iremos por separado; tú llévate el carguero, yo iré en el saltador.

El saltador sólo tenía un hiperimpulsor sin potencia para nada más que un salto pequeño al hiperespacio y, al carecer de una computadora de navegación, tendría que introducir las coordenadas con el chip. Jyn no era una gran piloto, pero conocía la nave lo suficiente para llegar a donde tuviera que ir, y sabía que Akshaya no se separaría de su hijo.

Akshaya miró el chip que tenía en las manos.

—No están muertos. Dasa y los demás —dijo. Jyn miró a Hadder y la cocina vacía. Sin sonar convencida, Akshaya añadió—: No están aquí, pero no están muertos. Seguro que el Imperio los tiene en una nave para negociar con ellos, o algo así.

—¿Por qué nos vamos a dividir? —le preguntó Hadder a Jyn.

—Porque tendremos que empezar de cero y será más fácil si contamos con dos naves en lugar de una. —Jyn le mostró en su datapad el sistema que le había preprogramado al chip, junto con sus códigos de autorización. El sistema de las Cinco Puntas estaba lo suficientemente cerca de Skuhl para llegar con el saltador, y no tenía recursos mineros ni

refinerías que fueran de interés para el Imperio. Además, estaba lleno de escombros espaciales que obligaban a las naves a ir de planeta en planeta en rutas cortas e incómodas a velocidad subluz. Era el lugar perfecto para esconderse. Tenía cinco planetas inhabitables, pero Jyn había ingresado las coordenadas de la estación espacial que estaba en el centro. Cuando llegaran ahí, decidirían a dónde ir.

Hadder tomó el chip que su madre había rechazado y asintió con seriedad.

—Mañana —dijo Jyn.

—Estaremos listos —contestó Hadder antes de que su madre dijera que no era necesario.

Jyn traía encima la mayoría de las cosas que necesitaba: el cuchillo de Saw en su bota, el cristal de kyber de su madre al cuello y la bufanda para ocultarlo. En su bolsa llevaba un par de cambios de ropa, un medikit y raciones de alimento en cubos. Sólo llevaría lo que podía cargar.

Todo era demasiado similar a lo que había vivido en Lah'mu: los stormtroopers, el pánico. Era la repetición de una pesadilla, cuando perdió a su familia y su hogar.

Había planeado irse al amanecer.

No esperaba que los stormtroopers atacaran a medianoche.

Patearon la puerta para entrar. Jyn ya estaba vestida, se levantó de golpe y abrió la puerta de su habitación.

—¿Qué significa esto? —gritó Akshaya avanzando hacia los soldados con Hadder detrás de ella.

—Nos han informado que le da asilo a una persona de interés para el Imperio —resonó la voz del stormtrooper.

—¿Quiere decir que el Imperio está interesado en mi hijo? —preguntó Akshaya estrechando a Hadder contra ella.

—Alguien llamada Jyn, apellido desconocido. Posibles vínculos con un grupo terrorista.

Jyn cerró la puerta de su habitación sin hacer ruido. La única ventana que había en la pared estaba demasiado alta y era muy estrecha, pero podría pasar por ella. Akshaya estaba ganando tiempo. Oyó que Akshaya y Hadder discutían con los stormtroopers y, justo antes de lograr salir, el ruido de muebles azotados y puertas rotas.

Jyn se aventó hacia afuera y aterrizó de golpe en el piso. Se le salió el aire, pero fuera de eso no hizo ruido. Algunos stormtroopers patrullaban el perímetro de la casa y el hangar.

Jyn oyó a un stormtrooper que se reportaba desde la habitación de donde acababa de salir.

—Estuvo aquí.

Se agachó debajo de la ventana. ¿Cuánto sabrían? Debió de haber sido Xosad. Era obvio que venía a buscar reclutas para una facción antimperial. Y cuando estalló y empezó a gritarle antes de que Jyn se fuera…, seguro que estaban escuchando. Tal vez habían pensado que ella trabajaba para él y su grupo rebelde.

O tal vez *sabían*…

Agarró con fuerza el cristal que ocultaba debajo de su camiseta. No había forma de que lo supieran.

Oyó que unos pasos fuertes, como de armadura, se acercaban.

No había tiempo para pensar ni lamentarse. No podía quedarse ahí a esperar que la encontraran. Esta vez Saw no iba a salvarla.

Jyn se levantó de golpe y corrió a toda velocidad por los altos pastizales en dirección al hangar. El caminante seguía cerca de la entrada, pero apagado y con suerte vacío. Jyn se escurrió por entre sus piernas, directamente hacia la puerta.

—¡Oye, detente! —gritó un stormtrooper.

Unos disparos de bláster golpearon la puerta un segundo después de que Jyn la cruzara aventándose por una rendija. Ya no había forma de pasar desapercibida hasta llegar a la nave.

Esperó que Akshaya y Hadder tomaran la oportunidad que estaba a punto de darles. Y esperó que quien controlara al caminante siguiera dormido.

De repente, la puerta del hangar se abrió y Jyn avanzó a toda velocidad por la rampa del saltador de planetas. Sacó el chip de su bolsillo e inició la secuencia de despegue. Cerró la rampa; la alcanzaron impactos de bláster hasta que se selló. Jyn prendió los cohetes aceleradores y le escupió fuego a lo que fuera que estaba debajo. No pudo oír los gritos de los stormtroopers, pero se imaginó que las ráfagas los habrían diezmado.

Jyn no se molestó en girar el saltador espacial. Estaba armado con pequeñas cargas capaces de romper asteroides pequeños y las usó para disparar hacia la pared y abrir un agujero en el edificio. Salió disparada a través de él, directamente hacia el cielo, con furia y velocidad.

Se permitió asomarse a la superficie por última vez. La casa de Akshaya se había incendiado.

«Pero han logrado escapar, estoy segura», se dijo.

El caminante cobró vida.

Jyn maldijo en voz baja al ver que el caminante dirigía sus cañones justo hacia ella. Hizo un bucle con su nave para esquivar el disparo y casi perdió el control. Las lecciones de vuelo de Hadder no la habían preparado para una persecución de verdad.

—Estuvo cerca —musitó.

Jyn giró de regreso, buscando con desesperación señales de Akshaya y Hadder en la superficie. De pronto los vio, rodeados de stormtroopers. Apiñados, sus armaduras

formaban un parche blanco deslumbrante sobre el pasto. Jyn dirigió la nave al suelo y le metió velocidad. Los stormtroopers intentaron dispararle con sus blásters, pero al ver que no se detenía con nada, se dispersaron como hojas al viento. Akshaya y Hadder se quedaron inmóviles, confiando en que Jyn se desviaría antes de chocar con ellos. Tras unos instantes, Jyn elevó la nave y sonrió al ver que corrían hacia el hangar para subirse al carguero.

El caminante pisó el pastizal rumbo a Jyn. Los refuerzos aéreos llegarían de inmediato y lo sabía. Sólo le quedaba intentar alejarse de sus disparos.

Se movió en zigzag por el cielo. Maniobró para que los cañones lentos del caminante no pudieran seguirla. El escáner de la consola comenzó a hacer bip para alertarla. Se aproximaban más naves. Jyn maldijo de nuevo, esta vez en voz alta. Su corazón le golpeaba el pecho, pero una parte de ella lo disfrutaba. La persecución, el peligro… El miedo la hacía sentirse viva.

Una explosión en la superficie llenó de luz su cabina. El carguero de Akshaya se levantó como ave a través del humo y las llamas del caminante, que estaba patas arriba. Su nave no tenía armas ni cañones; Akshaya simplemente había embestido a la máquina.

—Saltador a carguero, saltador a carguero —dijo Jyn prendiendo el *switch* del comm.

—Esta nave tiene nombre, ¿sí? —La voz de Hadder salió del intercom, tan relajada como siempre—. Aquí la *Ponta One*.

Jyn gritó de alegría al oír el sonido de su voz.

—Salgamos de aquí, *Ponta One*.

—Te copio, cariño —respondió Hadder. Jyn sentía su emoción.

Pero luego llegaron los cazas TIE, como un quinteto de aves negras que destacaban contra el cielo nocturno. El escáner cobró vida activando todas las alertas.

—Derecho a la ubicación del chip —le gritó Jyn al comlink—. Rompan la atmósfera y brinquen a velocidad de la luz en cuanto puedan, ¿me copian?

—Copiado. —La voz de Akshaya sonaba tensa y distraída. El saltador de Jyn tenía mucho menos poder que el carguero, pero el carguero no era veloz ni ágil para girar. Jyn intentó desviar los disparos de los cazas TIE, haciendo que la siguieran hasta más y más arriba.

Algo amarillo y plateado destelló en el cielo, moviéndose mucho más rápido de lo que podría volar el saltador. Ella sonrió de oreja a oreja en cuanto reconoció los Y-wings de los holos que Idryssa le había mostrado. Quizá Xosad iba en alguna de esas naves, con su séquito de supuestos rebeldes en las demás. Eran por lo menos cinco, y distraían al Imperio impidiendo que disparara a naves civiles y al planeta. Se desató una pelea entre ellos y los cazas TIE.

El Imperio intentó comunicarse con ella y el carguero, pero Jyn no contestó y, como el comlink estaba abierto, supuso que Akshaya tampoco lo había hecho.

Cuando Jyn se disponía a salir de la atmósfera de Skuhl, varios disparos láser pasaron como un rayo junto a la cabina del saltador. Eran una luz brillante contra la oscuridad del

espacio. El comlink hizo varios bips. Momentos después, los TIE y los Y-wings salieron al espacio como avispas, un enjambre de luz y metal negro y amarillo.

—*Ponta One,* ¿están bien? —gritó Jyn al micrófono.

—¡Sigue, sigue, sigue! —La voz de Hadder la empujó hacia adelante.

—¡Se está poniendo caliente la cosa! —dijo Akshaya. Un disparo de plasma pasó justo al lado de Jyn, demasiado cerca. No sabía si era un tiro perdido de uno de los Y-wings o un tiro fallido de los TIE, pero no quería quedarse a averiguar.

Algo explotó detrás de ella. La fuerza del estallido impulsó y le dio velocidad a su pequeño transbordador, que ya estaba deslizándose hacia el hiperespacio. La luz gris azulada rodeó su cabina.

Había escapado.

CENTRO IMPERIAL DE DETENCIÓN Y CAMPO DE TRABAJO LEG-817
UBICACIÓN: Wobani
PRISIONERO: Liana Hallik, #6295A
CRIMEN: Falsificación de documentos imperiales, resistencia al arresto, posesión de un arma no declarada, asalto con agravantes.

MES 04_

Zorahda se apretó lo más que pudo para hacerse bolita. Su pelaje blanco y suave estaba manchado y sucio. Tenía sus ojos amarillos y enormes fijos en Jyn.

Jyn se volteó, pero todavía podía sentir la mirada penetrante de su compañera de celda.

—¿Por qué me miras? —siseó Jyn. Zorahda parpadeó.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Saber qué? —contestó en voz baja.

Esperaron a que se fuera el stormtrooper que patrullaba el pasillo. Oyeron cómo sus botas azotaban contra el suelo hasta que desaparecieron.

—¿Saber qué? —repitió.

La mirada de Zorahda estaba llena de pesar.

—Cuándo rendirte. —Zoraha terminó la frase con un tono agudo, conteniendo las lágrimas. Miró su cuerpo. Tenía las rodillas presionadas contra el techo del hueco donde dormían, las piernas dobladas con incomodidad. Arqueaba la espalda cuanto podía para que su cuerpo enorme cupiera en aquel espacio diminuto—. Ya soy vieja. —Un sollozo ahogó su voz—. Y mi condena es larga.

Jyn quería decir algo. Todo tipo de palabras le vinieron a la mente: las palabras de su madre cuando hablaba de la Fuerza, las de su padre cuando le dijo que todo lo que hacía era por ella, las de Saw y sus batallas imposibles, y las de Akshaya y su absurda esperanza.

Pero todas esas palabras pertenecían a otras personas. En ese momento de oscuridad, mientras veía cómo se apagaba la luz en los ojos de aquella mujer, no logró encontrar unas propias.

La tarde siguiente, a ambas les tocó el mismo trabajo: insertar estabilizadores en las escarpadas pendientes de un cañón que estaba al oeste de la prisión. El Imperio tenía planeado construir otra fábrica, pero el planeta había sufrido una serie de sismos. Aunque a Jyn no le gustaba el trabajo, disfrutaba estar al aire libre.

El transporte las llevó veinte klicks al sur de las instalaciones de la prisión, hasta unos cañones que parecían las grietas que se abrían en la corteza del pan que hacía su mamá.

Las unidades estabilizadoras debían ser insertadas en horizontal en la pared rocosa, tan profundamente como Jyn y sus compañeros pudieran.

Los stormtroopers hacían guardia mientras ella y los demás prisioneros bajaban a los cañones angostos, entre las grietas escarpadas e inclementes. No les proporcionaban ningún tipo de arnés de seguridad.

A Jyn le daba gusto que Zorahda estuviera al aire libre como era costumbre para los lunnix. Estar metida en su celda diminuta o tras los muros de una fábrica no ayudaba a aliviar la depresión de su compañera. Lástima que no hubiera luz de sol, Wobani siempre estaba cubierto por una nube densa de polvo espacial que rara vez permitía que algo atravesara la atmósfera.

Jyn agradeció el entrenamiento que le había dado Saw mientras bajaba por la pendiente escarpada, adentrándose en la grieta. Mantuvo la espalda presionada contra la pared y los pies por delante. Bajó como pudo y cuanto pudo, veinte metros. Subir sería mucho peor, sabía por experiencia que se le acalambrarían las piernas y que se le torcería la espalda mientras presionaba sus herramientas contra la sólida pared de piedra.

Escuchó gruñidos cerca y vio que Zorahda bajaba a pocos metros de ella por la pared del cañón. Asintió con la cabeza para saludarla; era raro que las hubieran puesto a trabajar tan cerca. Zorahda no respondió el gesto. Se recargó en la pared todo lo que pudo para mirar el cielo.

—¡Tú, la lunnix de allá! ¡A trabajar! —gritó un stormtrooper desde arriba del cañón, señalando con su bláster hacia abajo.

—No se acaba nunca, Jyn —dijo Zorahda sin voltearla a ver.

Jyn no podía negar la verdad.

—¡Tú también! ¡Muévanse! ¡Sin hablar! —El stormtrooper les apuntaba a ambas.

Jyn sacó el pico láser y empezó a escanear la pared rocosa. El láser cortó profundamente la superficie de la piedra, después hizo un bip en su mano. Jyn leyó la información y colocó el taladro percutor para empezar a trabajar en la roca. La herramienta hizo que le vibraran hasta los huesos, varios trozos de pared salieron volando y le cortaron la piel expuesta. En cuanto el hoyo alcanzó el tamaño deseado, Jyn deslizó el estabilizador en la roca.

Emprendió el tedioso regreso. Se tuvo que concentrar en dónde ponía los pies, tenía la espalda empapada en sudor. Estaba cubierta de polvo que se cuarteaba en cuanto se secaba con el aire frío. Para cuando llegó a la cima arrastrando el taladro detrás de ella, estaba exhausta hasta lo más profundo de su ser. Cada vez había menos luz y las sombras se hacían más largas. Las palabras como «día» y «noche» no significaban nada en Wobani: los prisioneros trabajaban quince horas sin parar, y comían y dormían ocho. Generalmente sus turnos coincidían con la luz del sol, pero a veces trabajaban de noche junto a los droides.

—¡Apúrate, la de allá! —gritó un stormtrooper asomándose por el cañón en donde estaba Zorahda. Jyn se acercó un poco.

Zorahda seguía dentro de la grieta, con el pico láser colgando de su muñeca. Ni siquiera se había llevado el taladro percutor de impacto. Si no se apresuraba con su trabajo, recibiría un reporte para el nivel superior.

Miraba fijamente hacia arriba con sus ojos amarillos. Jyn pensó que veía al stormtrooper, luego creyó que la miraba a ella, pero se dio cuenta de que la lunnix sólo miraba las nubes del cielo, como en trance.

—¡Prisionera! ¡A trabajar de inmediato! —rugió el stormtrooper. Otro avanzó con el bláster en la mano y la cabeza ladeada atendiendo las instrucciones del alcaide.

—¡Zorahda! —gritó Jyn.

—¿Qué caso tiene? —preguntó Zorahda regresando la vista a la roca.

—Ninguno —susurró Jyn. La respuesta se le escapó de inmediato antes de que pudiera contener las palabras, pero era verdad; quizá la cosa más cierta que había dicho en la vida. No tenía caso para el Imperio, que no necesitaba razones para ser cruel y despiadado. No tenía caso para la gente que luchaba contra el Imperio y que causaba tanta muerte y destrucción como el gobierno al que se oponía. No tenía caso amar a una familia que se había ido o a un hombre que había muerto.

«Miente —le susurró una voz constante—. Miéntele».

Zorahda miró a Jyn con algo en sus ojos que no había visto antes: determinación. Horrorizada, Jyn se dio cuenta de lo que Zorahda estaba decidida a hacer.

«Dile que hay esperanza —dijo la voz de su cabeza—. Miente».

Jyn abrió la boca, pero no emitió sonido alguno. Quien sí dijo algo fue el stormtrooper:

—¡A trabajar!

Una sonrisa triste se dibujó en el rostro de Zorahda.

—No —contestó sin más, se puso el pico láser en el ojo y presionó el gatillo. Durante un momento muy breve, el cráneo de la lunnix se inundó de luz, haciendo que su otro ojo se viera naranja. Después ya no hubo más luz, sólo mucho rojo.

La sangre de Zorahda salpicó la pared que tenía detrás de ella, pintando su pelaje blanco mientras caía a lo más profundo del cañón. Su cuerpo inerte se encajó entre dos piedras estrechas.

—Bueno. Tú, ve por sus cosas. —El stormtrooper señaló a Jyn.

A Jyn se le nubló la vista. Fue justo esta falta de humanidad y de respeto por la vida la que había matado a Zorahda.

—Dije que fueras. —El stormtrooper señaló a la parte del cañón que estaba ensangrentada.

Jyn apretó los puños, pero después los relajó. Ni siquiera le había podido mentir a Zorahda para salvar su vida. No podía mentirse a sí misma.

No había caso, no había esperanza. No había más que órdenes, y era obligatorio seguirlas.

Jyn tiró sus herramientas al piso y descendió por el cañón. Mientras los demás prisioneros comían sus cubos de ración y bebían de las cantimploras de filtración, Jyn

sudaba y gruñía intentando bajar y esquivar la sangre. Cuando llegó a donde estaba Zorahda, las manos le temblaban de cansancio y horror mientras le quitaba el percutor de los hombros y alcanzaba el pico láser que tenía en sus manos. Jyn exhaló estremeciéndose, sin ver a través de las lágrimas.

Volteó al cielo.

Y por primera vez desde que había aterrizado en Wobani, las espesas nubes de polvo se abrieron. Por tan sólo un instante, pudo ver el cielo nocturno a través de la atmósfera, lleno de estrellas. Se veían más cerca entre sí de lo que estaban, pero sabía que era una ilusión óptica. No estaban en absoluto cerca la una de la otra. Años luz las separaban. Cada estrella era un sistema, cada planeta un mundo, cada persona una prisión individual.

No había nada que conectara a nadie.

Jyn tenía el collar sobre la clavícula y recordó a su madre. Cerró los ojos y se permitió pensar en Lyra Erso durante un momento. Su mandíbula fuerte, sus ojos brillantes. Le había prometido a Jyn que la vida significaba algo.

«La Fuerza —le dijo una vez—, nos conecta a todos. A todas las cosas vivas. No siempre lo sentimos, pero estamos conectados».

Jyn sabía que su madre quería reconfortarla con esas palabras. Darle esperanzas.

Pero eran palabras vacías, tan muertas como Zorahda. Jyn sacudió la cabeza y volvió al trabajo. Subió el cañón, dejando ahí a su compañera de celda.

Nada conectaba a nadie. En la distancia entre las estrellas sólo había silencio.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO_

El saltador de planetas emergió del hiperespacio sacudiéndose tan fuerte que a Jyn se le revolvió el estómago. No necesitaba todas las alarmas que se activaron en su nave para saber que algo estaba mal. Las apagó y prendió el comlink para buscar el carguero de Akshaya.

Nada más que estática.

Tal vez se tardaron más en brincar a la velocidad de la luz, o la explosión que empujó la nave de Jyn los había sacado de su ruta. Pero Hadder y Akshaya tenían el chip y sabían dónde habían quedado de verse. Mientras tanto, Jyn tenía que acoplar lo más rápido posible, de preferencia antes de que los daños que había sufrido su transbordador la dejaran varada.

Jyn revisó los niveles de la nave. Tenía una fuga de combustible, era una situación seria.

El sistema de las Cinco Puntas era un grupo de cinco planetas pequeños que estaban más cerca entre sí de lo normal. En el centro había una estación espacial a la cual no se podía llegar vía ruta directa hiperespacial porque la fuerza gravitacional del sistema alteraba su ubicación constantemente y hacía que fuera peligroso acercársele a mucha velocidad sin la capacidad para maniobrar. Todos los planetas del sistema estaban deshabitados, pero Jyn sabía que podría encontrar ayuda en la estación central.

Entre las estrellas, el espacio se sentía infinito. La perspectiva de llegar casi a rastras a la estación sin haber recibido comms de Hadder y con las señales de alerta parpadeando en la cabina la puso paranoica. Caminó con nerviosismo por la pequeña nave, rezando para que no se deshiciera antes de llegar a un lugar seguro. El sistema de las Cinco Puntas estaba en el Borde Exterior, tan lejos que el Imperio no llegaba ahí todavía, pero Jyn sabía que era cuestión de tiempo. El Imperio se extendía como fango dothniano sobre todos los sistemas, infectando planeta por planeta.

Si en Skuhl no había encontrado seguridad, en ningún lugar lo haría.

Para cuando llegó a la estación, la consola de la cabina del saltador de planetas no era más que luces y alertas.

—*Ponta Two* a la estación de las Cinco Puntas —dijo Jyn a la unidad de comm esperando que funcionara.

—Aquí Cinco Puntas, *Ponta Two*. Nuestros escáneres indican daño en su nave —dijo una voz metálica que sonaba aburrida.

—Sí, hay algo de eso —dijo Jyn. Otra alerta se prendió en la pantalla principal—. ¿Permiso de acoplar?

—Permitido.

Antes de que el comlink se interrumpiera, Jyn preguntó:

—¿De casualidad ya acopló un carguero SC3000? Su denominación es *Ponta One*. Tuve que separarme de mi… familia.

Esperó en la orilla de su asiento. Después de un momento, la voz crujió en el intercom.

—No tenemos registros de ningún SC3000 y yo no he visto una de esas carcachas en mucho tiempo.

La estación le envió a Jyn un código para aterrizar y Jyn dirigió su nave al puerto de espera.

—Están bien —se dijo.

Se oyó un siseo y un crujido extraño cuando Jyn acopló. Algunos trabajadores del puerto corrieron hacia ella disparando una manguera extintora al casco de la nave. Jyn tomó sus pocas pertenencias y salió de la nave.

—Se ve que ha cruzado el infierno —dijo un trabajador mientras un droide se conectaba con la computadora principal de su nave.

—Sí, algo así —dijo Jyn. Miró el saltador desanimada. Esperaba que cuando ella, Hadder y Akshaya rehicieran su vida fuera de Skuhl pudieran usar la nave para hacer diligencias, diversificar sus ingresos o venderla. Ahora no era más que chatarra.

—Las tarifas de acoplamiento son…

—Tome la nave. —Jyn odiaba decirlo, pero sabía que no podía pagar ninguna tarifa y la nave no valía la pena. Le había dado a Akshaya los créditos que tenía de cuando vendió la nave que se llevó de Tamsye Prime. Qué estúpido de su parte, debió habérselos pedido cuando iban a escapar, pero no se le ocurrió que se separarían.

El trabajador marcó algo en sus archivos.

—Su comm indica que venía otra nave en camino.

—Sí. —Jyn entornó los ojos mirando el casco del saltador.

—¿Esa nave también será tratada como chatarra?

Jyn sacudió la cabeza.

—Hubo una explosión cuando entramos al hiperespacio y nos separamos, pero estoy segura de que todo está bien.

Se acercó a la nave. La espuma del extintor se disipó, y se alcanzó a ver un trozo de metal que tenía incrustado en un lado.

—¿Sus nombres? —preguntó el trabajador.

—Ponta. Hadder y Akshaya Ponta —dijo Jyn. Su propia voz le sonó vacía.

El trabajador anotó los nombres.

—Le confirmo: aquí no se ha acoplado nadie con esos nombres.

Jyn pasó entre los droides que se apiñaban alrededor del casco dañado. El metal que se había encajado en el saltador de planetas era claramente parte de otra nave. Algo que debió de haber salido volando. Pero no era negro como los cazas TIE que los perseguían, ni plateado con amarillo como los Y-wings.

La franja de metal abrasado medía como el doble de la altura de Jyn, y estaba doblada como garra e incrustada en la nave. Tenía un pedazo de mandala pintado a mano y las letras o-n-e. Era todo lo que quedaba del *Ponta One*.

—Debe registrarse en la recepción —le dijo el trabajador a Jyn—. Pondré una alerta para los nombres que me dijo y así la avisarán cuando llegue su familia. ¿Cómo dijo que se llama?

Jyn volteó con la mirada perdida.

—Su nombre, por favor —insistió el trabajador.

—Tanith —dijo Jyn, ida. Saw la había entrenado para no dar su verdadero nombre nunca.

—Tanith Ponta —repitió el hombre mientras la registraba—. Pase por aquí, por favor.

Seguramente, la explosión del *Ponta One* fue la que la había empujado al hiperespacio.

—¿Señorita? —dijo el trabajador. Como Jyn no se movía, se acercó a ella—. ¿Se encuentra bien, señorita Ponta?

Jyn asintió sin decir nada.

El hombre recorrió la fila de naves hacia la estación. Jyn lo siguió de cerca, pero no escuchó nada de lo que le decía, ni a los droides que caminaban por el piso de metal del puerto, ni la conversación de los trabajadores, ni el silbido de las herramientas ni el gorgoteo de las mangueras de combustible. Nada de eso la alcanzó. Dentro de ella no había más que un hueco enorme de donde le habían arrancado el corazón.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS_

El diseño de la estación de Cinco Puntas era como la sofisticada parte de arriba que Jyn tenía en Coruscant. El centro ancho giraba alrededor del eje como un giroscopio. Las naves se acoplaban a lo largo del pilar central. Después de registrarse con el droide en la recepción, Jyn recibió cien créditos, lo que valía la chatarra de su nave menos la tarifa de acoplamiento.

Un estandarte con el logo del Imperio colgaba sobre la entrada principal. Por todas partes había afiches con información sobre el reclutamiento en la estación para convencer a los voluntarios de que se unieran a las huestes del Imperio. Jyn se quedó mirando la imagen de un stormtrooper orgulloso de llevar paz a la galaxia. Intentó sentir… lo que fuera. Pero cuando pensaba en el Imperio y la rebelión, no lograba sentir nada. La batalla de Skuhl no tenía nada que ver con Hadder y Akshaya, pero aun así estaban muertos.

Quería odiar el Imperio. Podía repetir todo lo que Saw le había enseñado y perpetuar el odio, pero era falso. No odiaba el Imperio, no sentía *nada* por él. El Imperio no había matado a Hadder y Akshaya, fue la confrontación contra los rebeldes. Los malditos rebeldes… Si Xosad y su grupo no hubieran aparecido, el Imperio jamás habría llegado a las puertas de Akshaya. ¿Acaso importaba si había sido el Imperio o los rebeldes quien destrozó con un disparo el *Ponta One*? A fin de cuentas, Hadder y Akshaya no revivirían aunque lo averiguara.

Y pensando en tiempo atrás, en Tamsye Prime… Si Saw no hubiera ido, ¿el Imperio habría destrozado las fábricas y el pueblo? Sí. El Teniente Coronel Senjax había dicho que el Imperio ya no pensaba producir nada ahí, pero el ataque se desató porque ella y Saw habían ido a espiar. Era como decía siempre Akshaya: la gente de Tamsye Prime también eran hormigas que el gigante había ignorado hasta que Saw hizo que los pisoteara.

Jyn recordó uno de los experimentos científicos que su madre y ella hicieron cuando le daba clases en Lah'mu. Lyra hizo que Jyn vertiera un ácido sobre una base y ambas lo observaron burbujear. El Imperio era el ácido, los rebeldes la base. Por separado estaban bien, pero en cuanto se tocaban, burbujeaban creando caos, destrucción y muerte.

Los extremistas eran el verdadero problema. Los rebeldes y el Imperio no podían existir sin dibujar líneas y retar a los demás a cruzarlas. Jyn no quería seguir mirando el estandarte, estaba harta de gigantes. Prefería ser hormiga.

Pensó en todas sus opciones mientras subía a la cima de la estación espacial en el elevador de la recepción. Cien créditos, la ropa que tenía puesta y una bolsa de provisiones. Por lo menos en la estación no tendría que preocuparse por riegos ambientales o animales peligrosos, pero fuera de eso no consideraba seguro a nadie ni nada.

Había escuchado a Saw hablar de este lugar. Era un último recurso, una madriguera de infamia donde el gobierno no controlaba a los caudillos de las apuestas. Los cazarrecompensas se daban cita ahí para recibir trabajos. El mercado negro prosperaba.

Jyn se metió los cien créditos a un bolsillo oculto en sus pantalones. No le durarían mucho. Debía encontrar comida y una nave, sin importar dónde.

Las puertas de elevador se abrieron y Jyn salió a la plataforma principal de la estación. Cinco Puntas no era nada comparado con la ciudad planeta de Coruscant, pero era cien veces más grande que el pueblo de Skuhl. Con un espacio limitado, los habitantes de la estación ocupaban cada esquina. Había cubos vivienda montados en las paredes, tantos que si Jyn se paraba en el de arriba podía rozar el techo. A pesar de eso, varias de las luces solares empotradas en el techo de metal estaban fundidas, o tal vez sólo rotas. La ciudad entera vivía en una penumbra perpetua.

Alguien chocó contra su hombro tan fuerte que tuvo que salirse del carril principal de tráfico peatonal. Se recargó contra la pared de una tienda cercana, alerta, observando los distintos tipos de personas que pasaban frente a ella.

—Ya sabía que tenía a Crawfin encima —dijo alguien con voz profunda. Un hombre ancho y de manos grandes conversaba animadamente con una twi'lek. La chica mantenía la mirada baja sin mirar al hombre, que claramente intentaba impresionarla—. ¿Y qué crees que hice? ¿Qué crees que hice? Llevé mi nave derecho a la Huida del Contrabandista. Sabía que podía esquivarlo ahí. Así que me oculté, tomé una ruta hiperespacial y aquí estoy. —El joven desinfló el pecho.

—Ajá —dijo la twi'lek, mirando el comlink que tenía atado a la muñeca.

El par continuó avanzando por la calle, pero Jyn se mordió el labio, pensando. La Huida del Contrabandista le recordó que podría usar sus créditos para contactar a Saw. Estaba en deuda con ella.

Resopló pensando en su estupidez. Era igual de difícil contactar a Saw que a su padre. Ambos le habían probado en dónde estaba su lealtad. A su padre le importaba más la ciencia y el Imperio que ella. Y a Saw le importaba más él mismo.

Jyn buscó entre la multitud con la repentina idea de que quizá Berk estaría espiándola. Metió la mano en el bolsillo y sintió los cien créditos. Si Saw supiera…

«Me dio por muerta», pensó.

Aún podía oler las llamas de Tamsye Prime.

No debía contactar a Saw, sólo había tenido un momento de debilidad. El Imperio había destruido su nuevo hogar igual que hicieron con Lah'mu: habían invadido como parásitos el único lugar en donde se sentía segura. Saw la había salvado una vez, pero no le pediría jamás que la volviera a salvar.

Se incorporó de donde estaba recargada y siguió por la calle sin rumbo, observando el lugar. En su cabeza canturreaba a cada paso las cosas que necesitaba: «comida, hospedaje, una nave que me saque de aquí». Comida. Hospedaje. Nave.

Saw no era la respuesta a sus problemas, pero su entrenamiento le sería útil. Al fondo de cada golpe y cada noche fría había una enseñanza sobre cómo sobrevivir en la galaxia. Comida. Hospedaje. Nave. Sobrevivir.

Necesitaba un trabajo, cualquiera. Bueno, no cualquiera. Todavía no. Pero sí *alguno*. Podía falsificar pases de ruta para los cargueros imperiales. Seguro que había demanda, considerando los nuevos bloqueos y puestos de revisión.

Sintió un toque en la cadera, cerca del bolsillo donde tenía todo su dinero. Su instinto se apoderó de ella y volteó de inmediato para agarrar la muñeca babosa de un caldaniano y hacerle una llave. El caldaniano gritó de dolor y emitió un balbuceo grave. Jyn lo apretó aún más.

—¡Suelta a mi hombre! —dijo un gigorano. Su traductor estaba roto y sus palabras apenas se entendían con el crujir de las bocinas. El ruido de su respirador tampoco ayudaba.

«Qué pareja tan rara», pensó Jyn, evaluándolos. El pelaje largo y blanco del gigorano estaba manchado y sucio, y se pegaba a la piel café y babosa del caldaniano. Los rizos del gigorano se apelmazaban alrededor de los codos del caldaniano y en los espacios vacíos alrededor de su cuello largo.

La muchedumbre se apartó y dejó a los tres en el espacio entre la pared y un callejón sin salida. Jyn podría escapárseles y perderse entre la multitud, pero estaba segura de que en ese lugar no le serviría de nada. No los veía, pero seguramente había más gente acechando como aves carroñeras, viendo de quién podrían aprovecharse después.

Jyn se tronó los dedos; la extraña pareja se acercaba cada vez más. Ni modo, tendría que confiar en sus lecciones de supervivencia.

El caldaniano golpeó primero. Eso era lo que Jyn se temía. Su especie no tenía huesos, sólo un cartílago flexible cuya rigidez podía controlar. Tenía la superficie de su piel cubierta de un moco pegajoso que podría ralentizar los movimientos de Jyn. Debía golpear rápido y con fuerza; no podía perder tiempo acercándose demasiado.

Jyn juntó las yemas de sus dedos, convirtiendo su mano en una punta. Tomó impulso y le encajó la mano al caldaniano directamente en el ojo izquierdo. El hombre gritó de dolor y cayó hacia atrás. Los dedos de Jyn estaban cubiertos de un moco espeso; el caldaniano estaba demasiado adolorido como para pelear con ella. El gigorano gritó y corrió hacia ella, pero Jyn se tiró al piso y estiró la pierna para que la criatura peluda se tropezara. Alcanzó el cuchillo que traía en su bota. Cuando se incorporó de un brinco, los dos tipos estaban parados de nuevo frente a ella. Al caldaniano se le había puesto el ojo azul.

Jyn sacó el cuchillo y lo movía de una mano a otra para intimidar a sus atacantes.

No lo logró.

Los dos se abalanzaron sobre ella, era claro que sabían pelear juntos. Jyn blandió el filo; cortó la camiseta y el pelaje del gigorano, pero no vio que le saliera sangre. La criatura entornó los ojos, pero Jyn no tuvo tiempo de encargarse de él; el caldaniano ya tenía un brazo viscoso alrededor de su garganta y comenzaba a apretar.

El gigorano rio y sacó un pequeño bláster.

—Sólo íbamos a tomar tus créditos —le gruñó el tipo al oído—. Pero me pegaste en el ojo. Qué grosera. ¿Verdad que fue grosera, Bunt?

—Mucho —asintió el gigorano.

Jyn no se molestó en contestar. Intentó girarse y el tipo apretó aún más pensando que se le iba a escapar.

Jyn le enterró el cuchillo en el brazo.

El caldaniano la soltó aullando. El gigorano, distraído por la herida de su compañero, no quitó el bláster a tiempo del alcance de Jyn. Un disparo perdido alcanzó el cubo de residencias que estaba detrás de ella mientras atacaba con todo al gigorano. Con su mano izquierda, jaló tan fuerte de su pelaje que pudo voltearle la cabeza. Al otro tipo le dio un puñetazo en el ojo. Sus nudillos chocaron contra el cráneo duro del gigorano, pero le pegó varias veces esperando por lo menos confundirlo. Lo agarró de la muñeca y la azotó contra el pavimento hasta que abrió la mano y dejó caer el bláster.

Jyn soltó al hombre y recogió el bláster del piso. En cuanto lo soltó, el gigorano se zafó y huyó del callejón hacia la multitud con el otro tipo pisándole los talones.

Jyn maldijo en voz baja. Le encantaba su cuchillo, y ahora un estúpido lo tenía pegado al brazo.

«Por lo menos lo cambié por un bláster», pensó.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE_

Jyn se ocultó en un baño cercano y sacó sus créditos para contarlos. Seguía teniendo cien.

Notó la rueda dentada del Imperio en la cara de los créditos. Antes de llegar, pensaba que la estación no estaba bajo control imperial y tenía algo de razón a juzgar por las numerosas casas de apuestas. Pero de todas formas había visto algún destello de una armadura en blanco y negro en ciertas esquinas, en particular en el centro, donde vivía la élite. Nadie quería vivir pegado a la pared.

A fin de cuentas nada importaba. Obviamente no podía recurrir al Imperio para pedir ayuda, pero también dudaba de ser «persona de interés». Seguía siendo una hormiga. En Skuhl, durante el ataque habían ido a buscarla sin conocer su apellido, sólo sabían que tenía «vínculos con un grupo terrorista». Tal vez fue Xosad, o Berk o alguien más que quisiera deshacerse de ella. Lo único que importaba es que andaban tras «Jyn, sin apellido», no Jyn Erso. Además, ahora era Tanith Ponta.

¿Qué sucedería si regresara con su padre? El Imperio había asesinado a su madre, pero sólo se había llevado a su padre. Era su niño mimado, y parecía disfrutar de su estatus. ¿Tal vez le otorgarían los mismos lujos que a él? Otro departamento en Coruscant, otro Mac-Vee, otra oportunidad.

Jyn metió los cien créditos de regreso a su bolsillo. Aun si no los tuviera, no había manera de que regresara con él o a esa vida. No mientras tuviera puesto el collar de su madre.

Cien créditos. Tenía que hacerlos rendir, pero antes que nada, tenía que encontrar comida. Jyn salió discretamente del apestoso baño público y se adentró en la estación. Se mantuvo en el perímetro del piso principal, donde las tiendas eran más pequeñas y más baratas. Una bodega entre dos torres de cubos residenciales se veía lo suficientemente local como para no cobrarle de más. Compró una lata polvosa de leche nutritiva y un tubo de tiritas deshidratadas de proteína vegetal. No era la opción más rica, pero sí la más saludable y llenadora. Si tenía cuidado, le duraría todo el día. Comer era lo más importante para sobrevivir; si tenía hambre haría las cosas sin pensar, se volvería un blanco fácil. Dormir y alimentarse eran la clave.

Noventa y cuatro créditos. Después de meterse a la boca una de las tiras nutritivas insípidas y bajársela con la leche, que ya tenía algunos grumos, se dirigió al perímetro medio de la estación. En cuestión de cuadras, las casas de apuestas pasaban de ser flagrantemente turísticas a lugares de decadencia para la élite. A nivel de calle, todas tenían los mismos juegos: sabacc, dados, ruedas de la fortuna. Jyn se aventuró a recorrer un par con la idea de recibir comida y licor gratis, pero de inmediato se dio cuenta de que nada era gratis en esos lugares, y no estaba dispuesta a arriesgar sus créditos en un juego de azar, sobre todo porque las casas de apuestas usaban sus propios chips especiales y supuso que el tipo de cambio no le sería favorable.

Aun así, mantuvo la opción en mente. Había una forma de ganar dinero en esos lugares, sólo debía descifrarla.

Primero lo primero: una mejor arma. El bláster del gigoran no estaba en las mejores condiciones. De hecho, ni siquiera estaba cargado, cosa que la hizo maldecir. Tenía un corto circuito quién sabe dónde. Era peligrosa: podría sobrecalentarse o disparar por accidente. Jyn entró a una tienda de armas usadas.

—¿Cuánto por arreglar esto? —preguntó echándola en el mostrador.

Un kath la levantó con una expresión de desdén en su rostro escamado.

—Más de lo que vale —dijo aventándola de regreso al mostrador.

Jyn lo suponía. Le echó un vistazo a las armas que ofrecía el tendero. Un bláster salía de su presupuesto, pero también había un juego de palos extensibles.

—¿Y esos?

El kath sacó la mercancía para mostrársela a Jyn, que no tardó en extenderlos en sus manos, colocando el núcleo kralliano sólido en su lugar. Probó su peso.

—Sí, ¿cuánto cuesta?

El tendero indicó el precio en un tono desanimado pero firme, indicándole que no había posibilidad de regatear.

Los sopesó de nuevo. Eran discretos y silenciosos. Nadie creería que una chica como ella podría usar armas de este tipo, pero Jyn sí sabía qué tanto daño podía hacer. Los palos no parecían gran cosa, «y yo tampoco», pensó.

Le pagó al hombre y se colgó los palos en la espalda. Se quedó con el bláster a la cadera, a pesar de sus fallos. Sería el arma que la gente intentaría quitarle si se metieran con ella, los distraería de los palos y eso sería su salvación.

«Ochenta y seis créditos». Cuando era niña, nunca se había preocupado por los créditos, sus padres siempre tuvieron lo suficiente. Tampoco fue un problema con Saw, rara vez tenían algo de qué preocuparse. Pero ahora que un puñado de créditos era lo único que se interponía entre ella y una muerte por inanición, se sentían inmensamente importantes.

Jyn siguió caminando. El problema era que no estaba segura de qué hacer. Sin Hadder ni Akshaya no tenía metas en la vida. Sin nave no tenía escapatoria.

Había un pequeño parque cerca del centro de la estación. Tenía plantas falsas, rocas falsas y sonidos de naturaleza que emanaban de bocinas ocultas. Un variado grupo de indigentes se reunía cerca de las rocas grandes con las palmas sobre las rodillas y la cabeza agachada. Jyn se preguntó cuánto durarían sus ochenta y seis créditos y si alguna vez tendría que pedir caridad en las rocas para vivir un día más.

Un oficial del Imperio pasó a su lado mientras observaba la escena. Miró a los pordioseros e hizo una pausa para poner un crédito en las manos de una joven con una niña recargada en ella. La niña le dio las gracias con un susurro.

Después de que el oficial se fue del parque, otro hombre llegó por el camino y pateó los pies de la mujer, que se hizo bolita como los pétalos de una flor diurna cuando el sol se pone y protegió a su hija cobijándola bajo su brazo. Seguía sin levantar la cabeza.

—Debería darte vergüenza tomar dinero de un imperial —dijo el hombre, y le escupió—. Qué asco.

El tipo le lanzó una mirada horrible a la mujer, pero como no reaccionaba, gruñó y se fue. Jyn lo observó irse boquiabierta. En la próxima semana, si tenía que sentarse al lado de la mujer a limosnear, no rechazaría créditos imperiales. Y no le daría un ápice de vergüenza.

Al salir del parque, consideró darles un par de créditos a los limosneros. No lo hizo. Y eso tampoco le dio vergüenza.

Un carterista se robó su bolsa de tiras de proteína. Jyn no se dio cuenta hasta el final del día cuando las luces de la estación parpadearon, indicando el fin de las doce horas estándar del día y el cambio de los turnos de trabajo. Entre el bullicio de la gente que salía del trabajo e iba camino de sus cubos residenciales, Jyn se perdió entre la multitud. Cuando logró liberarse, ya no encontró su bolsita de alimentos. Tanteó por todas partes con manos temblorosas: sus armas, el bolsillo oculto de créditos…, todo estaba ahí menos la comida. De sus males, el menor.

De todos modos tuvo que gastar otros seis créditos en más comida.

El turno nocturno no lucía distinto del diurno. Las lámparas seguían prendidas y los negocios abiertos. Pero la gente era diferente, lucía más brusca. Jyn empezó a reconocer los mismos rostros una y otra vez y cayó en cuenta de que la estaban siguiendo. Tres humanos. Tenía los nervios de punta y el cuerpo adolorido de tanto caminar en círculos por la estación. No estaba en condiciones de pelear. Tampoco estaba en condiciones de dormir sola, no con esos tres hombres acechándola.

«Tal vez sólo quieren robarme», pensó. Pero no podía estar segura.

Un hostal tenía habitaciones libres y Jyn tuvo que desembolsar un poco más de su capital, de por sí limitado.

Sesenta y siete créditos. Los hombres no la siguieron al interior del hostal, y aunque el baño era compartido, la puerta del dormitorio tenía seguro. Jyn colapsó sobre la cama del piso con una mano sobre el bláster y abrazándose a sí misma. No se quitó la ropa.

Jyn se despertó temprano. Tenía la mirada fija en el techo oscuro de la estrecha habitación. Por primera vez desde que había llegado a ese sistema, escuchó el silencio. En el cuarto contiguo no había voces, en la calle no había ajetreo. Silencio total.

Su diálogo interno constante, «comida, alojamiento, una nave», también se había callado. Sin ruidos que la distrajeran ni afuera ni adentro, su dolor se coló en todos los vacíos que quería ignorar.

Akshaya estaba muerta.

Hadder estaba muerto.

No era la soledad lo que más le dolía. Comprendía la vieja herida de estar sola. Era la profunda injusticia de lo sucedido lo que la enfurecía. La imposibilidad de cambiar las cosas. Saber que todo lo que había sentido por Hadder se reducía a… nada.

Se hizo bolita en la cama con la barbilla sobre las rodillas, como si comprimir su cuerpo disminuyera el hueco que sentía en su interior. Un sollozo estalló en su boca y sintió que le faltaba el aire. Era como si sus costillas hubieran colapsado. No podía pensar, sólo sentía una presión en el pecho. No podía hacer nada más que llorar y acallar sus penas con la almohada, que olía a humedad. Se meció hacia atrás y hacia adelante hasta que se quedó dormida, exhausta de tanto luto.

La encargada del hostal recorrió todo el pasillo golpeando las puertas con un palo. Hora de irse.

En el comedor, Jyn comió un pan seco y harinoso que les ofrecían como desayuno a todos los huéspedes que pernoctaban ahí. Algo era algo.

—¿Otra noche? —preguntaba la encargada caminando entre los huéspedes que terminaban sus viandas. La piel aguada que colgaba de sus brazos chocaba contra su torso cada vez que se movía—. Doy descuentos. —Se detuvo frente a Jyn—: ¿Necesitas un lugar donde quedarte, cariño? —dijo en voz baja y grave. Jyn se preguntó de qué especie era. Era bajita y delgada, pero su piel flácida colgaba por todas partes. Tenía unos pies caricaturescamente inmensos.

Jyn sacudió la cabeza. Tenía que encontrar un lugar donde dormir, pero ese no lo podía pagar y no quería ni imaginarse cómo le pagaría a la encargada cuando se le acabara el dinero. Sabía que en el peor de los casos podría vender algo. Lo único que tenía de valor era el collar que le había dado su madre y sus armas. Las armas las necesitaba. Jugueteó con la cuerda de cuero de su collar.

La encargada comenzó a retirar los platos que habían quedado sobre las mesas. Su ceño indicaba con claridad que era hora de irse. Jyn mantuvo los ojos en una pantalla de HoloNet fingiendo no darse cuenta para poder pensar tranquila un par de minutos más. Leía las noticias que iban pasando en una franja por debajo de las imágenes. No parecían decir mucho: había un anuncio de una promoción de créditos en la casa de apuestas local, otro de una exhibición de formación de stormtroopers dentro de tres días estándar, otros tantos de trabajos para los cuales no calificaba, etcétera. Ya iba a retirarse cuando de pronto leyó algo: «Ponta, favor de reportarse a la unidad principal de procesamiento en el nivel TJ56».

—Hora de irse, cariño —dijo la anciana que estaba a cargo del lugar, con los brazos llenos de platos sucios.

—Ajá… —dijo Jyn como ida, sin quitar la mirada de la pantalla.

—A menos que pagues otra noche, lárgate.

—Sólo quiero leer…

—Nada es gratis, andando. —La mujer sonaba determinada a correrla.

Las noticias volvieron a repetirse desde el inicio y pasarían varios minutos antes de que saliera de nuevo su nombre.

La mujer le quito la silla para que se levantara.

—¡Está bien! —rugió Jyn—. Ya voy.

Jyn salió de prisa, con la mente hecha una maraña de confusión. Alguien de nombre Ponta debía reportarse a la unidad de procesamiento principal, el lugar de control para todos los que acoplaban en la estación.

Su corazón latió con fuerza ante la esperanza de que Akshaya, Hadder o quizás ambos estuvieran vivos.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO_

Jyn tomó el elevador que llevaba al nivel TJ56. Había fila en la unidad de procesamiento a pesar de que había cuatro droides activos. Jyn se hizo a un lado y buscó en la fila la bufanda colorida de Akshaya o el pelo largo de Hadder. Sus ojos pasaron de persona a persona, uno por uno. Cada vez que parpadeaba se renovaba su esperanza. Alguien de nombre Ponta iba a reportarse ahí.

Después de casi una hora de espera, se puso ansiosa. Tal vez las noticias habían dado una hora específica y Jyn no se había dado cuenta. Tal vez estaba en el lugar equivocado.

—¿Señorita? —Jyn sintió que se le helaba la sangre frente a la oficial imperial que le estaba hablando. La chica era alta y delgada, de mirada fría. Tenía una trenza negra y gruesa enroscada en la base del cuello. Su piel oscura combinaba con su uniforme.

—¿Sí? —preguntó Jyn obligándose a lucir inocente y a no tocar sus armas.

—No pude evitar notar que lleva un rato aquí. ¿Espera a alguien?

—Ejem… —La honestidad era la mejor opción, no era ningún secreto que una persona de nombre Ponta debía presentarse en el mostrador, así que no sería raro que Jyn lo dijera—. Vi en la HoloNet que «Ponta» debía presentarse aquí…

—¿Tanith Ponta? ¿Es usted? —A la imperial se le iluminó el rostro.

Y con eso, toda esperanza de ver a Hadder o Akshaya se hizo trizas. Se le había olvidado que *ella* era Ponta, según el nombre que había dado al llegar.

—Sí —dijo Jyn con recelo, pero demasiado agotada como para pensar en mentir.

—Qué casualidad —dijo la oficial. Jyn le echó una mirada de curiosidad—. Era yo quien solicitaba su presencia.

La oficial le hizo un gesto para que la siguiera a su oficina y Jyn no tuvo de otra más que hacerlo.

«Qué estúpida soy», se repitió varias veces. El Imperio había puesto un anuncio con su pseudónimo y a ella se le había ocurrido contestarles. A Saw le daría una apoplejía si viera lo fácilmente que sucumbía a la voluntad del Imperio.

La oficina a donde la condujo la oficial era grande y tenía una ventana frente a la que se extendía el espacio. Una estrella muy brillante estaba enmarcada a la perfección. Jyn supuso que sería uno de los cinco planetas del sistema.

—Sí, qué buena suerte haber tenido esta visita —dijo la oficial siguiendo la mirada de Jyn—. Entiendo por qué el nivel principal de la estación no tiene ventanas, claro, pero baja los ánimos, ¿no es así?

Jyn se encogió de hombros, sin negar ni conceder nada.

—Tanith Ponta… —La oficial leyó en su datapad—. Soy la Comandante Lucka Solange.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó Jyn. Se sentía estúpida y eso la ponía de malas. Además, hablar con oficiales del Imperio siempre le daba ganas de romper cosas.

—Llegaste en un saltador de planetas. El *Ponta Two,* ¿es correcto?

Jyn asintió. No tenía caso negarlo, estaba en los registros públicos.

—La nave ha sido clasificada como chatarra irreparable. Antes de procesar tales naves, mi trabajo es inspeccionarlas.

—No sabía que el Imperio manejaba esta base —dijo Jyn. Era cierto, de haber sabido nunca habría venido.

—El Imperio está en todas partes —contestó la comandante. Jyn no dijo nada—. Al inspeccionar los restos de tu nave, descubrí algunas cosas de autenticidad… cuestionable. Una persona más estricta podría incluso llamarlas falsificaciones de permisos e identificaciones. —Jyn se quedó inmóvil esperando a que terminara. El temor rebasaba su ira—. ¿Puedes decirme quién hizo tales alteraciones? —La comandante se sentó en una silla frente a Jyn.

—No —concluyó Jyn. Entre menos dijera, mejor.

La Comandante Solange entornó los ojos.

—Qué pena. Una persona con tales habilidades me sería de gran utilidad. Pero si no puede ayudarme, me veré obligada a arrestarla por posesión de documentos falsos.

La cabeza le daba vueltas sin control. La comandante tenía un comm en la mano, pero aún no lo prendía. Estaba esperando. Sabía la verdad.

—¿Y qué si fui yo? —preguntó Jyn.

—Entonces con gusto mandaré la nave a los chatarreros y me olvidaré de lo que vi.

—¿A qué precio?

Siempre había un precio.

La comandante se inclinó hacia adelante sobre su escritorio, analizando a Jyn.

—Vi la grabación de su llegada. Debo confesar algo: dudé que usted fuera tan hábil como para falsificar documentos. Están muy bien hechos. Algunas cosas son obsoletas, el Imperio sabe lo que hacen los criminales como usted, pero fuera de eso está impecable. Se ve muy… joven para ser tan buena.

Le tomó a Jyn un momento recordar su edad. Se sorprendió al darse cuenta de que se le había olvidado su último cumpleaños. Dieciocho. Mantener la cuenta de su edad parecía cosa fácil, pero de verdad se le había pasado.

—La he estado siguiendo. No en persona, obviamente. —La comandante hizo un gesto displicente cuando Jyn se mostró sorprendida—. He observado grabaciones de los droides de seguridad. Sabe cómo manejarse. Parece ser lo suficientemente… rudimentaria como para manejar el trabajo que tengo para usted.

—¿Qué es? —preguntó Jyn con impaciencia. Odiaba esa forma de hablar, como si cada palabra tuviera que paladearse con deleite y todas sus oraciones tuvieran que terminar en un sutil énfasis.

La Comandante Solange se levantó y se plantó frente a la ventana, mirando el espacio.

—Odio este lugar —dijo al fin con más sentimiento en esas tres palabras que en todas las demás—. Los habitantes son un montón de salvajes, ninguna figura de importancia se

digna a poner un pie aquí y es lo más aburrido de la galaxia. Es tan aburrido que te obliga a visitar las casas de apuestas. —Jyn se recargó en su silla. Ahora todo cobraba sentido—. Tengo un pequeño problema, y estoy metida hasta el cuello.

—¿Qué tanto? —preguntó Jyn.

La comandante dijo una cifra que hizo que Jyn abriera los ojos de sorpresa.

—Exacto —continuó—. Es demasiado como para salir sola. Si no pago mi deuda, los caciques del juego me extorsionarán o le reportarán la situación a mis supervisores. No quiero que un par de meses desperdiciados en esta estación infernal arruinen toda mi carrera. —Su voz sonaba cada vez más enojada. Para cuando terminó de explicar, gruñía.

«He aquí lo que la hace una imperial», pensó Jyn.

La Comandante Solange se dirigió a su escritorio, abrió un cajón y sacó un montón de créditos. Jyn tomó uno. Era del largo de uno de sus dedos y tres veces más ancho. Estaba decorado con las palabras PALACIO PSO y la silueta de una twi'lek bailando.

—Las casas de apuestas usan su propia moneda. No sé por qué —dijo la comandante Solange en un tono displicente.

Jyn supuso que lo hacían porque era más fácil gastar este dinero que parecía de juguete que créditos de verdad. Y seguramente cobrarlo era un procedimiento tedioso que haría que fuera más sencillo quedarse en el mismo lugar toda la noche que moverse de una casa a otra.

De pronto se dio cuenta de lo que quería que hiciera.

—¿Quiere que falsifique créditos?

La comandante asintió.

—Falsificar estos sería tan difícil como falsificar los de verdad —dijo Jyn analizando la ficha.

—No. Estos tienen menos medidas de seguridad. El Imperio protege sus fondos un *poquito* mejor. —Su voz chorreaba sarcasmo, pero Jyn tenía que admitir que era cierto.

—Si me atrapan, los caciques me van a…

—Yo la protegeré —dijo la comandante. Ambas sabían que no era cierto. Si la atrapaban, no tendría la ayuda de nadie.

—Sería demasiado evidente que llegue con un montón de fichas y pague su deuda —pensó Jyn en voz alta.

—Entonces haga algunos y yo ganaré el dinero. —La comandante se ponía impaciente. Se volvió a inclinar sobre su escritorio, esta vez más cerca de Jyn—. ¿Lo hará?

Jyn apretó la ficha en la mano.

—Necesito provisiones. Y pago.

—Ah, ¿no le parece suficiente que no la entregue por posesión de documentos falsos? —La Comandante Solange entornó los ojos.

—No. Quiero mil créditos.

—¿Mil? —La comandante rio.

—Es sólo una fracción de lo que debe, y casi nada de lo que le falsificaré. Mil.

—Ya qué. Pero hágalo rápido.

—También necesito un lugar donde trabajar —dijo Jyn de prisa. Estaba tanteando su suerte y lo sabía.

—Puede hacerlo aquí. Tengo que salir de negocios a Uchinao, me voy una semana. Puede usar mi oficina. Allá hay una habitación con provisiones y todo lo que pueda necesitar. ¿Trato hecho?

Jyn sonrió.

—Trato hecho.

Y lo sellaron con un apretón de manos.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE_

No era de extrañarse que el Imperio asignara a la Comandante Solange a la estación de Cinco Puntas. El Imperio no estaba interesado en nada de ahí, así que importaba poco que ella fuera la más incompetente en su trabajo.

Una vez que la comandante le dio a Jyn todas las provisiones necesarias, se fue advirtiendo que regresaría pronto y que nadie podía entrar a su oficina. Si guardaba silencio, estaría bien. Jyn esperó varias horas para entrar en las bases de datos de la comandante. No era cortacódigos, pero era fácil soslayar la precaria seguridad de su sistema y escanear documentos no asegurados. Envió todo a un datapad portátil que se había robado de la oficina. La comandante creía que sus habilidades eran un tanto anticuadas, pero le acababa de robar códigos de autorización para cualquier nave que quisiera tomar en el futuro.

Era más fácil conseguir dinero que robar una nave, así que Jyn se enfocó en su tarea. Falsificar las fichas del Palacio Pso no era tan difícil como temía.

Un hológrafo replicante le hizo la imagen exterior. El sistema interno de seguridad de las fichas era complicado, pero no era nada que no pudiera resolver con un poquito de paciencia.

Jyn hizo un montón de fichas de varias denominaciones y las raspó un poco para hacer que lucieran usadas.

Como cualquier falsificación, si las examinaban de cerca sabrían que eran falsas. Pero Jyn le había pedido a la comandante que comprara varias fichas reales, y al mezclarlas eran indistinguibles a la vista y al escáner.

Cuando regresó la Comandante Solange, Jyn había terminado su labor.

—¡Oh! Lucen de maravilla —comentó.

—Recuerde el plan —dijo Jyn. La comandante fue quien había propuesto la estrategia, pero no parecía querer llevarla a cabo—. Úselas para ganar: apueste en juegos de habilidad, no de azar, como el sabacc. La rueda de la fortuna siempre gira a favor de la casa.

La comandante asintió sin prestar atención. Tenía los ojos adheridos a las fichas.

—Y gástelas poco a poco, no todas al mismo tiempo.

—Si me las gasto todas, puede hacer más.

—Mala idea —contestó de inmediato, pero no supo si la comandante la había escuchado. Si inundaban la casa de apuestas con créditos falsos, seguro que las atraparían. Todo el plan dependía de que la Comandante Solange ganara constante y paulatinamente.

—Bueno —dijo Jyn contando sus mil créditos imperiales—, yo me voy.

—No se irá de esta estación.

—¿Qué? —Jyn se dio la vuelta. Su intención era usar los créditos en comprar un pasaje en cualquier nave.

—Por lo menos por algunas semanas estándar —continuó la comandante—. Le puse un bloqueo a sus scandocs para que no le permitan salir, junto con una fotografía suya por si intenta escapar. Tengo que asegurarme de que esto funciona y de que no tendré que volver a requerir sus servicios. —Le aventó un comm—. Por si acaso.

Jyn rechinó los dientes. No había discusión, eso era lo que pasaba cuando hacías tratos con el Imperio.

Jyn le rentó una habitación a un viejo cerca de la pared del piso principal de la estación. El señor no se entrometía y la renta semanal era barata. Comer tiras de proteína vegetal y leche nutritiva era una dieta sosa, pero era la única forma de no sangrar créditos. Sólo tenía que sobrevivir un poco más para lograr escapar.

El comunicador tenía un rastreador incluido, evidentemente.

Jyn lo abrió, sacó el dispositivo y lo dejó en el departamento. Se guardó el comlink en la bolsa. Por si acaso, sí.

Todos los días, Jyn caminaba alrededor de la estación cuando parpadeaban las luces que indicaban el cambio de turno. Mantenía ojos y oídos atentos. Quería saber quién tenía naves, quién buscaba trabajo fuera de la estación, quién iba a dónde. En cuanto la Comandante Solange le concediera autorización, Jyn planeaba largarse de una vez por todas. Es más, no quería volver a pisar otra estación en toda su vida.

Siempre regresaba al centro de la estación por el parque. Miraba a los pordioseros mendigar. Ahora tenía más créditos en el bolsillo oculto, pero no tantos como para compartir. Esperó.

—¿Está ocupado este asiento? —preguntó un hombre señalando la banca donde estaba Jyn. Ella sacudió la cabeza—. Te he visto por aquí antes.

—¿Ah, sí? —Jyn se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

Él asintió. Si tuviera que adivinar, este tipo le llevaba diez años. Sus puños ásperos indicaban que los usaba con frecuencia.

—Eres un bombón… —Bajó la voz y se le acercó. Jyn no se quitó—. ¿Por qué no te vienes conmigo? Vivo cerca. Está a punto de cambiar el turno.

—No, gracias —contestó Jyn en un tono tan neutro como le fue posible.

El hombre entornó los ojos.

—¿Esperas a alguien?

Jyn miró a su alrededor. No había nadie más que los mendigos.

—No.

—Entonces diviértete un poquito.

Jyn apretó los labios y volvió a sacudir la cabeza.

—¿Qué? ¿Crees que soy poca cosa para ti? —preguntó el hombre.

Jyn no contestó, sólo mantuvo las manos en su regazo y la vista al frente.

—Bien, haz lo que quieras, kath frígida —musitó el tipo antes de irse.

Jyn contó hasta cien por si el hombre regresaba. Como no volvía, se levantó y cruzó el camino hacia un niño huloon que pedía limosna. Le echó los créditos que había sacado del bolsillo del hombre y se fue del parque.

Pasaba las tardes en la cantina de Moeseffa. Era de mejor categoría que el hostal en donde había pasado la primera noche y muy popular entre la gente que usaba Cinco Puntas como base de operaciones. Los cinco planetas del sistema orbitaban alrededor de una sola estrella. La estación espacial flotaba en la brecha entre Rumitaka y Satotai, haciendo de ella el lugar ideal desde donde llegar con facilidad a cualquiera de los cinco. Todos albergaban vida, varios minerales y un sistema de gobierno más o menos organizado, aunque su poder estaba muy limitado por el Imperio. El comercio era frecuente entre los planetas y con otros sistemas. Las cosas se tardaban en llegar, pero llegaban.

Al parecer todo llegaba a la cantina de Moeseffa, además.

Jyn llegaba temprano todos los días, un par de horas antes de que empezara el turno nocturno, y se iba un par de horas después de su inicio. De beber pedía un vaso grande de mappa azul, una bebida suave incluso antes de que los empleados de Moeseffa la rebajaran con agua. Le daba tragos pequeños durante el mayor tiempo posible. Mantenía un perfil bajo y se cubría la cabeza con la bufanda. Por lo general, la gente la ignoraba. Los pocos hombres o mujeres que se acercaban deducían de inmediato que no tenía nada de interesante. A Moeseffa le caía bien su nueva cliente habitual: daba buenas propinas y ningún problema.

La mesa que estaba entre la puerta y el mini centro de holoentretenimiento era el lugar perfecto. Era lo suficientemente tranquilo como para escuchar a la gente, pero no tanto como para que la gente se diera cuenta. Miraban a Jyn en las sombras, pero después se distraían con las proyecciones de una banda que al parecer era popular, con una atractiva cantante fryiaana. Bailaba mejor de lo que cantaba, sabía usar sus cuatro brazos. Jyn agradecía que el holo se robara la atención de los demás clientes.

—Cada vez hay más actividad minera en Watassay —dijo un hombre antes de empinarse un vaso de algo fétido y de color café—. El Imperio hizo una oferta de compra al sistema minero central.

—Joynder no le venderá nunca al Imperio —comentó su compañero.

Jyn resopló con discreción en su vaso.

—¿Para qué quiere tantas minas el Imperio, eh? —dijo el primer hombre mirando con desdén su vaso vacío. Golpeó la mesa hasta que llegó Moeseffa a rellenárselo—. Tienen minerales como para hacer una flota entera, pero no una guerra donde usarla.

—Tal vez están haciendo más estaciones como esta —musitó su compañero, el más callado.

Jyn miró a su alrededor. El turno diurno terminaba y los ebrios que llevaban ahí todo el día se retiraban para que llegaran otros más frescos. Cerca de la ventana, una pareja, un varón espirión y una mujer humana, hablaba en voz baja.

—Mi cliente busca un artículo difícil de encontrar que usaron en las Guerras de los Clones —dijo la mujer.

El espirión respondió con un murmullo tan bajo que Jyn no oyó qué decía.

La mujer bufó:

—Los créditos no son objeción.

Jyn ponía especial atención cuando oía que la gente hablaba de misiones. Si estaba bien pagado o si la nave era lo suficientemente grande para ocultarla, Jyn podría irse con o sin permiso de la comandante. Supuso que eso era lo que tenía que hacer. La Comandante Solange no iba a soltar tan fácilmente a su nueva falsificadora.

Durante la primera hora del turno nocturno, era cuesión de esperar. La gente salía de su trabajo buscando calmar sus nervios y estirarse un poco lo antes posible. Empezaban a suceder cosas como a la segunda hora, con el tercer o cuarto vaso.

Esa noche se sentía ansiedad entre los clientes. Jyn esperó que le llegaran las noticias.

Y al fin las escuchó.

Un solo susurro se coló entre la gente como se expande el musgo freyano en las sombras y retrocede ante la luz.

—Los rebeldes.

¿Había reclutas? ¿En la estación? Quizá. Se especulaba que una base se establecía en Hirara.

—Sólo quieren vender contratos —dijo un hombre.

—Sólo quieren carne de cañón para sus filas —contestó otro.

Jyn azotó su vaso sobre la mesa, sin importarle derramar el líquido azul. Esos malditos rebeldes la seguían a todas partes. Siempre lo arruinaban todo, hacían que el Imperio destrozara a la gente que no quería involucrarse. ¿Por qué la gente no podía ser simplemente personas y ya? ¿Por qué tenían que estar de un lado o de otro? Si todos dejaran de involucrarse *tanto,* quizá la galaxia podría encontrar la paz que todos decían añorar.

Jyn recordó con amargura a Hadder y Akshaya y la explosión que los había matado. El tiro había salido o de los imperiales o de los rebeldes. Ni siquiera importaba quién había sido, de todas formas seguían muertos. Maldijo al Imperio y a la rebelión por eso.

Jyn salió de la cantina y se despidió de Moeseffa con un gesto de la cabeza. Él la miró preocupado por lo temprano que se iba, pero agitó la mano con alegría para apaciguar sus temores y dio su noche por terminada.

Su cuarto no estaba lejos, pero Jyn se quedó un momento en las calles bien iluminadas del centro de la estación hasta que llegó la hora de regresar a la pared. Su mente no soltaba la palabra «rebelión». ¿Cuál era el punto? Saw había pasado toda su

vida luchando contra el Imperio y le había costado su salud y la muerte de su hermana. También había perdido a Jyn. Su padre había intentado luchar contra el Imperio y eso le costó la madre de su hija. Jyn ni siquiera quería pelear y ya había perdido a Hadder.

Oyó un movimiento detrás de ella. Se volteó justo a tiempo para ver una sombra oscura, un brazo borroso y un puño que golpeaba su cabeza.

El mundo se oscureció.

CAPÍTULO CUARENTA_

Jyn despertó con brazos y piernas atados a una silla con cinchos de plastoide. Sentía la lengua seca y demasiado gruesa para su boca.

—Y aquí está —dijo alguien con voz profunda y amable.

Jyn se obligó a abrir los ojos. Le dolía la cabeza, las luces brillantes del techo le lastimaban los ojos.

—No le pegué tan fuerte —dijo un dowutin con voz gutural. Medía más de tres metros, sus brazos eran tan gruesos como ramas de árboles.

—No, no. Está bien —dijo otro hombre. Agitó las manos y el dowutin salió de la habitación.

El hombre se dirigió a Jyn.

—Mi nombre es Allehander Pso. —Peinó con los dedos el poco cabello delgado que le quedaba. Pero no tenía pelo que le cubriera el cráneo, sino plumas del largo de un dedo. De espaldas, los mechones de su plumaje café y verde le llegaban hasta la espalda. Los ocultaba debajo de su camiseta.

—Del Palacio Pso —musitó Jyn.

El rostro de Allehander mostró una sonrisa inmensa. Sus filosos dientes verde jade parecían una sierra.

—¡Qué bien! Has oído de mí —dijo el hombre, encantado con Jyn.

Jyn asintió haciendo un gesto de dolor.

Allehander respondió con un tsk.

—Por favor disculpa a mi empleado, no mide su fuerza. Por lo general es amable como un bebé gigante.

—Claro, lo supuse —dijo Jyn. Intentó levantar las manos, pero los cinchos de plastoide estaban demasiado apretados.

—Me temo que esos se quedan —señaló Allehander.

—¿Qué quieres? —dijo Jyn con voz fuerte y clara.

—Quiero hablar con la persona que hizo *esto*. —Allehander tronó los dedos y un hombre se acercó. Echó una bolsa llena de créditos de Palacio Pso en la mesa, frente a Jyn. El corazón le dio un vuelco, pero estaba segura de que su rostro no había mostrado más que confusión.

—Tú comisionaste los créditos, tú deberías saber.

—Ay, ¡chiquita inocente! —Allehander rio alegremente—. Creo saber quién los hizo, sí, y creo que tú sabes bien que no fueron un encargo mío. —Levantó uno y le dio golpecitos—. Están muy, *muy* bien hechos. Pero de todas formas debemos castigar a quienes nos roban.

Jyn no permitió que su rostro revelara nada, lo miró sin emoción. Fue en ese preciso instante, atada en el cuartel de un cacique de las apuestas, observándolo sacar un surtido

de dispositivos de tortura y ponerlos en fila, cuando se percató de algo de tremenda importancia.

Ya no le importaba lo que pasara.

Su madre estaba muerta. Saw la había traicionado. Hadder y Akshaya habían terminado incinerados en el espacio. «No tengo nada que perder», pensó. Obviamente tampoco quería que la torturaran o asesinaran, sobre todo no por culpa de una imperial adicta a las apuestas, pero Jyn sintió un vacío que presionaba los límites de su alma y se expandía hasta no dejarle espacio a los demás sentimientos.

Incluso el miedo.

Allehander tomó una prensa de mano. Cuando empezó a accionar la manivela, sus picos diminutos giraron atravesando la placa de metal. Volteó a ver a Jyn para medir su reacción, pero abrió los ojos con sorpresa ante el completo desinterés que mostraba por las armas que tenía ante ella.

Las esquinas de su boca formaron una sonrisa de admiración.

—Debo confesar que noté un par de cosas —dijo mientras colocaba la prensa en la mesa—. Primero, hiciste un muy, *muy* buen trabajo. —Jyn se preguntó si repetía el adverbio para dar seguridad a la afirmación—. Aprecio las cosas bien hechas —confesó Allehander—. Segundo, no saturaste el mercado con ellos. Ya les pregunté a los demás caciques. Sólo mi palacio tenía créditos falsos, y sé quién te los encargó. Hiciste tu trabajo y nada más. Pudiste haber hecho más para ti, pero mis hombres revisaron tu departamento y a ti y no encontraron nada. *Nada.* No eres codiciosa. Me gusta. Haces lo que debes y se acabó.

Caminó frente a ella, de modo lento y pausado. Jyn intentó zafarse de los cinchos no porque quisiera escapar, sino por mera curiosidad de comprobar qué tan fuertes eran. La respuesta era *mucho*.

—Qué útil… —musitó Allehander, contemplándola—. Tú hiciste los créditos para la Comandante Solange, ¿no es así? —Jyn asintió. No tenía por qué seguir fingiendo—. Cuando la confronté, se nos ocurrió una solución para que el Imperio pagara su deuda sin saberlo.

Jyn parpadeó. Había aprendido algo en Cinco Puntas, observando a los limosneros en el parque. A los hombres les fascinaba hablar. Sólo tenía que escuchar, esperar y le revelarían todo sin necesidad de interactuar con ellos.

—Tengo varios productos que me urge sacar de la estación. La Comandante Solange hizo un arreglo para que el Imperio me los compre a muy buen precio, tanto que cubrirá su deuda. Situación ganar-ganar, ¿no? —Jyn asintió porque el hombre esperaba una respuesta—. Pero necesitamos alterar algunos documentos. Me parece que tú podrías hacerlo, ¿me equivoco?

—¿Así podré salir de este lugar?

—A Rumitaka —dijo Allehander—. Después de eso, eres libre de hacer lo que quieras.

—¿Cuánto me vas a pagar?

Allehander soltó una risotada.

—¡Tu libertad!

Jyn levantó una ceja y esperó. Allehander frunció el ceño, pero después torció la boca a manera de sonrisa.

—Ay, me caes muy bien. Está bien, sí, ¿te parece bien mil créditos?

—Imperiales, no de estos. —Jyn señaló con la cabeza los créditos falsos que estaban sobre la mesa—. Son demasiado fáciles de falsificar.

Los ojos de Allehander destellaron. Por un momento, Jyn pensó que ahora sí se había pasado. Pero volvió a reír e indicó con las manos que le quitaran los cinchos de plastoide de tobillos y muñecas.

—Debemos darnos prisa. ¿Puedes estar lista para salir en una hora? —preguntó Allehander.

—Estoy lista para irme ahora mismo —dijo Jyn.

Allehander le dio instrucciones de que se dirigiera a la bahía de acoplamiento NC13 y abordara el carguero clase *Amarills* que la esperaba.

—Mis hombres tendrán listo todo lo que necesites para alterar los documentos a bordo de la nave. Puedes trabajar durante el viaje.

A Jyn le resultaba irónico que se pudiera mover a través de la galaxia más rápido que entre los planetas de un mismo sistema solar. Pero las rutas del hiperespacio que permitían viajar a la velocidad de la luz no llegaban hasta los planetas diminutos de aquel sistema rodeado de asteroides. El carguero se vería limitado en esa situación.

—La Comandante Solange dio autorización para que nuestra nave aterrice en Rumitaka —continuó Allehander—. Pero hay probabilidades de que haya puestos de revisión de cuya existencia no sepamos. La comandante se da más importancia de la que tiene. Si por algún motivo nos topáramos con tal situación… —Dejó que la hipótesis flotara entre ellos.

—No será problema —dijo Jyn. Las autorizaciones de puestos de revisión eran su especialidad.

—Bien, *bien* —dijo Allehander, asintiendo—. Si algún día necesitas trabajo en el futuro, regresa al Palacio Pso. Eres justo el tipo de chica que me sirve.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO_

La nave era más grande de lo que Jyn esperaba. Allehander le dijo que debían mover sólo veinte unidades, pero no dijo de qué y ella no preguntó. Era más fácil transportar contrabando en la estación espacial, donde sólo la mirada corrupta de la Comandante Solange podía verlos, que entre planetas o en rutas de comercio tradicionales.

—¿Eres la chica de Allehander? —preguntó el capitán de la nave, un hombre de aspecto rudo y aproximadamente cincuenta años de edad. Jyn asintió—. Súbete, Mathey te dará lo que necesitas.

Jyn abordó la nave y oyó que los motores rugían antes de encontrar a Mathey. La nave salió disparada hacia la oscuridad del espacio.

«Vaya que tienen prisa», pensó Jyn.

Abrió una puerta al final del pasillo principal y descubrió un grupo de tres hombres sentados alrededor de una mesa. No eran del tipo de los que iban a la cantina de Moeseffa, eran de los que lamerían las sobras de los vasos sucios en la cocina.

—¿Tú eres la niña? —preguntó uno de ellos. Tenía una barba roja en parches irregulares que apenas hacían sombra en su rostro.

—¿Tú eres Mathey?

El tipo gruñó y Jyn lo tomó por un sí. Tomó una silla y se sentó frente a él. Los otros dos se pararon y se fueron.

—Voy a revisar el cargamento —dijo el mayor, pronunciando la última palabra como si fueran tres.

—Bueno, Allehander dice que hay que explicarte todo lo del trabajo —dijo Mathey. Su voz crujía como una capa de hielo. Sacó un montón de pads de contrato con identificaciones. Jyn los contó en cuanto le pasaron uno. Veinte. Leyó el de arriba.

Greyjin Marscopo
Ocho años estándar
Al servicio de: Allehander Pso
Años de servicio: Tres
Estatus: Completados
Compensación: Pasaje a Rumitaka, sistema de las Cinco Puntas.

—¿Qué es esto? —preguntó Jyn.

—Contratos de servicio. —Mathey la observó, paciente. Jyn sintió que se le clavaba su mirada, hambrienta de su reacción.

—¿Qué tengo que hacer con ellos? —preguntó en tono neutro.

—Allehander tiene veinte sirvientes cuyos contratos han expirado —explicó Mathey—. Les dijeron que empezarían una nueva vida en Rumitaka en cuanto cumplieran el plazo.

—Y resulta que no es cierto, ¿verdad?

Los ojos de Mathey se encendieron.

—Es una nueva vida, sí. No van a trabajar en el mismo lugar de siempre. —Tomó el primer contrato de la pila—. Tienes que modificarlos, añadirles cinco años más a todos y asignárselos al Imperio, no a Allehander. Se los vendió a ellos.

—Los vendió. Como esclavos. —Jyn mantuvo su tono desapegado con cuidado.

—Exacto, porque eso es lo que son. —Mathey sonrió mostrando todos los dientes; el de adelante estaba roto y empezaba a ennegrecerse.

—Ah. —Jyn fijó la mirada en los pads.

—¿Algún problema? —añadió el hombre en tono de burla.

—No.

Mathey no estaba convencido.

—El trabajo es el trabajo, y este está bien pagado —dijo Jyn.

—¿Cuánto?

Jyn observó el pelo sucio de Mathey, las manchas de aceite para motor en sus mejillas, su ropa sucia.

—Seguro más que a ti. —Se levantó, tomó los pads y añadió—: ¿Dónde está mi dormitorio?

Mathey gruñó y señaló el final del pasillo con el pulgar. Jyn lo dejó refunfuñando en la mesa y en cuanto entró a su habitación, lo primero que hizo fue cerrar la puerta.

Luego se sentó a memorizar los nombres de todos los contratos.

Unas horas después, la puerta se sacudió.

—Hora de comer —gruñó Mathey.

Jyn dejó los identipads sobre su cama, un camastro enmohecido en el que todavía no había decidido si dormir o no, y se levantó para cenar con el resto de la tripulación.

Los demás llevaban mucho tiempo trabajando juntos, Jyn era la única que no pertenecía al grupo. Los dos trabajadores tenían más edad de la que Jyn creía, estaban en sus veintes. Mathey contaba con orgullo a cuántas personas habían asesinado en las calles de Satotai antes de que los reclutara. Ese parecía ser su único atractivo comercial: no tener reparo alguno en dispararle a quien fuera, donde fuera.

Al capitán le decían «Capitán» a secas, y su palabra era la ley.

—¿Cuánto tiempo lleva siendo esclavista? —le preguntó Jyn.

Capitán abrió más los ojos.

—No soy esclavista, soy transportista de carga.

—Pero la carga son personas, no carga. —Jyn se mantuvo fresca y calmada—. Por ende y por definición…

—«Por definición»… —dijo Mathey burlándose de su tono de falsa amabilidad—. Mira, niña, no tengo tiempo para tu «elegancia». Aquí no puedes creerte más que los demás, estás metida en la mierda junto con todos nosotros.

—Eso es indiscutible. —Jyn se miró las manos.

Al final de la comida, que consistió en una especie de guisado espeso, Jyn se ofreció para retirar los platos y lavarlos. Los demás se burlaron diciendo que ya era hora de que los atendiera una mujer, pero a Jyn lo único que le preocupaba era comer en un plato limpio.

—¿Y los esclavos? —preguntó Jyn en cuanto terminó y los hombres empezaban un juego de sabacc.

—La carga —corrigió Capitán. Jyn ladeó la cabeza, pero no le dijo que un eufemismo no los haría menos humanos.

—¿Qué con ellos? —rebatió Mathey como gamorreano rabioso, siempre buscando pelear.

—¿Ya comieron? —El guisado era horrible, pero había mucho. Jyn recitó sus nombres en su cabeza. «Greyjin, Kathlin, Dorset, Harvey».

—Están bien.

—No me molestaría llevarles un poco de comida. —Jyn empezó a juntar algunos platos hondos.

—Ellos están bien. —Capitán terminó la discusión.

«Laurose, Owlen, Blane, Efford».

—¿Estás sorda, niña? —gritó Mathey cuando Jyn no se fue—. ¡Que los dejes en paz! Tienen agua, sólo es una semana.

Jyn sintió en el alma el impacto de lo que acababa de escuchar.

Dejó la olla en la estufa y volvió a encerrarse en su habitación.

Horas después, alguien tocó suavemente a su puerta.

Al abrirla, Jyn se sorprendió de ver a Capitán, que esperaba entrar.

—¿Me permites pasar? —preguntó como todo un caballero. Jyn dio un paso atrás—. Así que ya empezaste a trabajar. —Capitán señaló con la cabeza los pads que tenía sobre la cama.

—No es fácil —contestó Jyn—. Me va a tomar casi todo el viaje.

—Pero ¿sí puedes hacerlo?

Jyn asintió. No supo si Capitán se sintió aliviado o decepcionado.

—No siempre fui esclavista —dijo el hombre finalmente, sin despegar la mirada de los identipads—. De hecho, yo mismo fui esclavo. —Jyn no dijo nada. Había aprendido bien la lección, dejarlos hablar—. Allehander Pso fue mi último dueño. Me compró de

Kiretim, que a su vez me compró de mi padrastro, que era un maldito desgraciado. —Jyn sabía un par de cosas sobre papás malditos y desgraciados—. Ser esclavo… —Capitán la miró por fin—. Es algo que te desgasta. Lo detestaba. Kiretim me hacía usar un collar como animal. Era su objeto, no una persona. No podía hacer nada, ni siquiera soñar, con esa cosa estrangulándome. —Se tocó el cuello—. Allehander me lo quitó. A él le importa la utilidad de la gente, no su estatus. Y vio que yo era útil.

—Como esclavista —no pudo evitar contestar Jyn.

—Como piloto. —Una sombra cubrió su rostro.

—¿Y esto qué es? —Jyn hizo un gesto para indicar la nave.

—La carga siempre cambia. No siempre es así.

Compartieron un breve momento de silencio.

—¿Vale la pena? —preguntó Jyn—. Digo, ¿vale la pena contribuir a la esclavitud de alguien más para que tú puedas gozar tu libertad? —Buscó la verdadera respuesta en sus ojos con curiosidad genuina.

—Sí —contestó enfáticamente—. Ahora debo preguntar algo. ¿Vas a darme problemas? Está bien si no te gusta lo que estás haciendo, pero tienes que hacerlo.

—Me están pagando por esto. Es lo único que me importa —mintió.

Capitán asintió una sola vez aceptando su respuesta.

—No dejes que los chicos te intimiden —dijo—. No están acostumbrados a que les recuerden lo que son. Si te molestan, avísame.

Jyn le agradeció, pero en cuanto salió puso el seguro de su puerta con energía para que lo oyera. Luego, por fin se permitió desempacar. Sacó los créditos de la Comandante Solange y de Allehander Pso, y los puso al lado de los veinte identipads. Intentó no pensar en los veinte nombres.

Sabía qué era lo que tenía que hacer, y qué era lo que *debía* hacer.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS_

Viajar a través del sistema de las Cinco Puntas era tedioso, pues tenían que dar una serie de brincos cortos en zigzag para evitar la enorme cantidad de escombros que flotaban a su alrededor. Lo que debía haber sido un viaje corto transcurrió con lentitud insoportable.

Pasaron tres días antes de que Mathey y los demás la dejaran entrar a la bodega de carga. Los chicos se quedaron cerca de las escaleras observando cómo Mathey la guiaba hacia el interior.

Había siete celdas, cada una con dos o tres personas a pesar de que eran de la mitad del tamaño de la habitación de Jyn. Todas tenían un cubo de agua con un cucharón adentro.

Jyn se cubrió la boca.

—Sí, lo peor de todo es la peste —concedió Mathey. En los últimos días había empezado a suavizar su forma de tratar a Jyn—. Vamos a tener que lavar el piso con ácido de halliol.

Los esclavos habían intentado mantener limpias sus áreas, pero lo único que tenían era el cubo con el agua para beber, y no había manera de que defecaran ahí.

—¿Por qué no los dejan usar el baño? —preguntó Jyn.

Mathey resopló.

—Porque ninguno tenemos tiempo de estarlos llevando —se burló—. ¿Tú te ofreces o qué?

La peste le ponía los ojos llorosos, pero sacudió la cabeza. «No muestres sentimientos», se ordenó a sí misma.

Por la información de los pads, Jyn sabía que la mayoría de los esclavos eran niños de entre siete y once años. Pero había una gran diferencia entre leer datos y ver rostros.

Había cinco esclavas adultas. La manera en la que intentaban alcanzar a los niños entre los barrotes hizo que Jyn sospechara que eran sus madres. Nadie compartía apellido, pero Jyn sabía bien que un nombre no significaba nada.

Mathey descolgó un palo corto de la pared. Jyn notó que todos los prisioneros que estaban cerca se hicieron para atrás en cuanto lo tocó. Miró el palo más de cerca.

—Es un palo aturdidor —dijo dándose golpecitos en la palma de la mano con él—. No los mata, sólo les da un pequeño toquecito. —Al decir la última palabra, abrió los ojos como loco. Se abalanzó hacia una celda con tres niños; la niña gritó y se pegó a la parte de atrás del angosto espacio, resbalándose con las heces que cubrían el piso.

Mathey rio; sólo quería asustarla, y había funcionado.

—¡Déjala en paz! —rugió una de las mujeres estirando los brazos cuanto podía entre las barras—. ¡Te mataré! —Parecía que se ahogaba de ira, se puso morada.

Mathey giró con odio en la mirada, pero Jyn se interpuso entre los dos. Se paró justo enfrente de la mujer, pero a tal distancia que no pudiera tocarla.

—Me crio un hombre que me enseñó a pelear —dijo Jyn—. Era la persona más fuerte que he conocido. Nunca permitió que nadie me hiciera daño. Y ¿sabes cuál fue su lección más importante?

La bodega entera la escuchaba en silencio, hasta los niños.

La mujer negó con la cabeza.

—No… —susurró.

—No empieces una pelea que no puedes ganar.

Jyn giró sobre sus talones y salió de la bodega. Los chicos le aullaron a la mujer, sacudiendo los barrotes de la jaula que la aprisionaba, burlándose de sus gritos.

Esa noche, Jyn empezó a cocinar.

—Este engrudo es una porquería —dijo—. No sé mucho de cocina, pero sé que esto no está bien. Por ejemplo, permíteme presentarte a tu nueva mejor amiga, la sal.

Capitán rio complacido con el pequeño número cómico. Los demás chicos se relajaron en presencia de Jyn.

—No pareces el tipo de chica que cocina —dijo el Capitán.

Jyn miró la olla de agua hirviendo. Su madre le había enseñado un par de cosas, pero en aquel entonces era demasiado pequeña como para acordarse de ninguna receta. A Saw sólo le importaba comer para sobrevivir. Todo lo que sabía de cocinar lo había aprendido viendo cómo Hadder espolvoreaaba especias en sartenes burbujeantes; ella no podía despegar la vista de las manos ágiles del chico mientras cortaba glick en trocitos para ponerlo a sofreír.

—¿Cuánto tiempo falta para llegar? —preguntó en voz baja.

—¿Mueres por salir de mi nave?

—Sí. —Jyn dejó que la simpleza de la palabra fuera portavoz de su honestidad.

Capitán apretó los labios y asintió.

—Tres días —contestó—. ¿Cómo va el trabajo?

Jyn lo miró directamente a los ojos.

—Ya casi acabo.

Dos días después, los chicos empezaron a ponerse ansiosos. Bajaban todo el tiempo a la bodega a divertirse comiendo frente a los esclavos y gritándoles cosas.

Jyn preparó un festín para todos.

—Es nuestro último día juntos —dijo. Rumitaka se veía desde la nave. Acoplarían a la mañana siguiente.

—Me da la impresión de que te vas a echar a correr en cuanto aterricemos —dijo Capitán.

—Es correcto —contestó Jyn. Moría por fingir que ese trabajo nunca había existido. Puso la comida en el centro de la mesa y los chicos se pelearon por quién agarraba el pan primero.

—¿Qué traes ahí? —preguntó Mathey cuando Jyn le dio la espalda.

Ella tenía entre manos el palo aturdidor que el Capitán se había llevado de la bodega de carga.

—No había visto nunca uno de estos —musitó Jyn. Presionó el gatillo con el pulgar y la punta se electrizó.

—Casi no hace daño —dijo Capitán, y se encogió de hombros.

—Casi —convino Jyn, y lo presionó contra el cráneo de Capitán. Se le abrieron los ojos al máximo, sus dientes rechinaron involuntariamente y cayó sobre la mesa, desmayado.

—¡Oye! —gritó Mathey, aventando su silla y abalanzándose sobre Jyn, que se cambió el palo a la mano izquierda para encajárselo al hombre en el estómago y poder sacar los palos cortos de su espalda con la derecha. Mathey se retorcía de dolor, Jyn le pegó con un palo en la nuca para que cayera como piedra.

Los demás eran aún más estúpidos. Pudieron haber corrido, pero en lugar de eso intentaron pelear con ella, todos al mismo tiempo. En cuestión de segundos, los había noqueado a todos.

—¡Qué sucios, muchachos! —se quejó Jyn, sacando la cabeza de Capitán del tazón de *gravy*. Lo sujetó de los brazos y lo arrastró por la nave. Abrió la escotilla de la esclusa de aire y lo tiró en el piso. Luego fue por los demás. En cuanto estuvieron todos adentro, cerró con seguro la escotilla presurizada, pero no abrió la compuerta exterior. Despertarían pronto, pero se aseguró de dejarlos encerrados en la cámara.

Jyn entró a la bodega. Los esclavos estaban demasiado débiles como para levantarse; llevaban una semana viviendo de agua y cubos de ración ocasionales. Se sentó frente a la jaula de la madre con la que había hablado hacía unos días.

—¿Por qué vendió a sus hijos para ser esclavos?

—¿Cómo iba a hacer eso…? —La madre frunció el ceño, pero estaba demasiado cansada como para censurarse—. Cuando nacieron Laurose y Efford ya servía a Pso. Owlen se quedó conmigo cuando murió su madre.

—¿Y ustedes? —les preguntó Jyn a las demás. Todas confirmaron lo mismo, y todas habían aceptado que sus contratos con Allehander Pso fueran renovados con la esperanza de comprar su libertad y la de sus hijos. El trato que les había ofrecido Pso era liberarlos en Rumitaka al final de sus servicios, pero en cuanto abordaron el carguero clase *Amarills*, Capitán y Mathey los habían metido en jaulas, burlándose de lo estúpidos que habían sido al confiar en un cacique de las apuestas.

Después de hablar con la última mujer, Jyn se levantó. Se dirigió al final del pasillo y presionó un botón. Las jaulas se abrieron simultáneamente.

—Vengan conmigo —dijo Jyn. A la otra mujer le dijo—: Vayan al comedor, coman todo lo que quieran.

Llevaron a sus hijos arriba.

—Sé que tienen hambre —le dijo a la mujer—. No les tomará mucho comer antes.

—Todo sea para que los niños coman algo.

—¿Cómo te llamas?

—Annjin —contestó la mujer. Jyn recordó su pad y sabía de antemano que era una de los cinco adultos.

—Me pagaron por alterar sus contratos —dijo Jyn llevando a Annjin a su habitación.

—Lo sé —gruñó—. El hombre que venía a reírse de nosotros también se burlaba de eso, de lo estúpidos que habíamos sido al confiar en un contrato de Pso.

Jyn abrió la puerta y Annjin entró a la habitación con ella. Los veinte identipads estaban apilados sobre la cama. Jyn los tomó y se los entregó.

—No los alteré, todos estipulan su libertad. No los pierdas.

Antes de que la mujer pudiera decir algo, Jyn salió al pasillo e hizo que la siguiera. Detrás de ellas oían a las demás mujeres y niños comiendo con un hambre voraz. Annjin quería unírseles en cuanto Jyn terminara de explicarle cosas.

—¿A dónde nos llevas? —preguntó Annjin con sospechas.

—A ninguna parte, yo me voy. Les sugiero que se vayan a otro lugar. El Imperio los espera en Rumitaka. —Annjin se veía confundida—. Hay un transbordador, yo me lo llevaré y ustedes tomen la nave.

—Pero ¿qué hay de los…? —empezó a decir Annjin, pero Jyn se detuvo frente a la esclusa de aire. Se asomó a la ventana de la escotilla y se sorprendió de lo que vio.

Mathey y Capitán estaban casi lúcidos, los chicos estaban despiertos.

—¡Sácanos de aquí! —gritó Mathey.

—Si aterrizamos en Rumitaka con estos hombres como prisioneros nos van a echar la culpa —dijo Annjin—. Nuestros contratos expiran mañana, técnicamente seguimos siendo esclavos. Nos van a enjuiciar por rebelarnos contra nuestros amos.

Jyn puso la mano junto a la palanca de descarga, una manija roja y grande. Ya lo había preparado para que las medidas de seguridad no se activaran al abrir la esclusa.

Sólo tenía que jalar la palanca y saldrían volando hacia la nada los cuatro hombres que habían encerrado a Annjin y a sus hijos durante una semana entera para que se pudrieran en sus propias heces y con la comida justa para mantenerse con vida.

—Entonces —dijo Jyn en cuanto se aseguró de que Annjin había visto la manija—. Yo me llevo el transbordador. También me voy a llevar lo que me pagaron. Puedes ir a revisar la habitación de Capitán, tal vez encuentres algo para ti. Podrías vender la nave. No me importa, yo me largo.

Annjin miró a través de la escotilla. Los hombres se percataron de lo que habían visto las mujeres. Todos estaban perfectamente conscientes de la palanca roja.

—Por favor, no te vayas —dijo Annjin con amabilidad—. He sido esclava desde que era una adolescente, no sé qué hacer. Podríamos ser tu tripulación, ¿sí? Podríamos tomar esta nave e ir a donde nos digas.

—No.

Jyn se dio media vuelta y se dirigió hacia el transbordador. Era del mismo tamaño que el saltador de planetas y por suerte tenía controles similares. Jyn no era piloto, no podría robarse el carguero ni aunque quisiera, pero sabía que podía aterrizar el transbordador en Rumitaka viajando en línea recta con el piloto automático.

La nave de Jyn se desconectó del carguero en cuestión de minutos. A la distancia, observó la enorme nave que se dirigía hacia Rumitaka. Y también vio a cuatro hombres que flotaban en el espacio.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES_

Rumitaka era un planeta sin mucho más que polvo. Al sur había un pequeño negocio minero con una refinería, y al norte granjas de irrigación. El puerto espacial estaba cerca de un pueblo. En cuanto Jyn aterrizó, preguntó por los chatarreros locales.

—Se ve muy bien este transbordador —dijo el chatarrero labbo—. ¿Por qué quieres deshacerte de él? —Sus largas orejas temblaron cuando sus lóbulos colgantes rozaron sus hombros.

—Estaría mejor como partes de refacción —contestó Jyn—. Además, el código de identificación es falso.

El chatarrero le lanzó una mirada de duda y escaneó los códigos de la nave. El trabajo de Jyn era bueno y en general la nave habría pasado cualquier puesto de control, pero ya habían emitido una alerta de búsqueda.

—Supongo que podría almacenarla un tiempo hasta que se calmen las aguas —dijo el chatarrero.

—Buen plan —contestó Jyn. Acordaron un precio y Jyn recibió el dinero. Pudo haberle sacado más ganancia, pero por razones obvias debía venderla lo más rápido posible.

Regresó directamente al puerto espacial. Compró un pasaje en un transporte interplanetario y se embarcó semanas después hacia Uchinao. A partir de ahí comenzó a trabajar aquí y allá, y se cambiaba de planeta en el sistema cada vez que se ponía nerviosa.

En cuanto le fue posible, Jyn aceptó un trabajo en un carguero que iba a salir del sistema de las Cinco Puntas. La Comandante Solange y Allehander Pso le habían dado todos los motivos para irse.

El tiempo y la distancia se hicieron uno mientras atravesaba la galaxia. A veces pensaba en lo mucho que Hadder habría amado esa vida, viendo planetas a través de las ventanas de innumerables naves, pero por lo general intentaba no pensar en él en absoluto. En lugar de eso, fingía ser el ave estelar de la que había oído hablar en Inusagi, la que se convertía en polvo espacial y se esparcía por el universo.

No le importaba ser cualquiera con tal de no ser Jyn Erso. Asumió la identidad de Liana Hallik y creó scandocs tan buenos que pasaron más de una inspección imperial. Cuando regresó varios años después, sólo esperaba que fueran lo suficientemente buenos como para permitirle entrar al sistema de las Cinco Puntas sin hacerse notar.

Jyn acopló en Rumitaka con la intención de contactar a un cortacódigos que había conocido antes de irse del sistema. Necesitaba créditos después de una racha de mala suerte. Pero en lugar de toparse con él, se topó con el chatarrero.

—Hola, chica —dijo cruzando el pequeño puerto espacial hasta donde estaba ella—. Hace mucho que no te veo.

Jyn frunció el ceño intentando recordar exactamente cuánto tiempo había sido. Según ella misma suponía, para esas fechas ya habría cumplido veintitantos años. Le sorprendió que el labbo la recordara.

—Vendí tu nave a muy buen precio —continuó el chatarrero jalando una silla—. Tengo trabajo para ti, si te interesa.

Jyn se encogió de hombros. En sus viajes había aprendido que lo mejor era no mostrarse emocionada ante una oferta. El labbo le propuso discutir los detalles en una pequeña cantina al final del camino, y Jyn lo dejó invitarle un trago.

Sentados en la mesa, el chatarrero le dijo:

—Me interesan los códigos que haces.

Jyn cerró los ojos y se permitió un momento de melancolía al recordar quién era ella antes de ir a cantinas de mala muerte a ofrecer sus habilidades deshonestas. Todavía podía recordar cómo era una vida normal. «No —pensó arrancando las imágenes de su mente—. Nunca tendré nada normal. No merezco una vida buena».

Todo lo bueno muere.

Sólo necesitaba los créditos.

—¿Qué tanto te interesan?

El hombre le contó su plan, uno muy inteligente. Si el labbo vendía los códigos y documentos que ella falsificara, ella no parecería implicada en el asunto. Le ofrecía un buen intermediario, aunque menos créditos.

—Tengo un grupo. Necesitan pasar algunos puestos de control. Necesitan manifiestos y registros que se vean más… mediocres —continuó el chatarrero.

—Puedo hacerlos. —Jyn se bebió el resto del vaso—. ¿Cuánto?

Al chatarrero le vino bien su actitud directa, no le gustaba la conversación innecesaria al hablar de negocios. Sin más demora, hicieron un plan de pagos y de trabajo.

—Ni siquiera sé tu nombre —comentó Jyn. Era la segunda vez que hacía negocios con él, y apenas ahora le parecía extraño.

—Risi Amps. ¿Y tú?

—Liana Hallik —mintió con facilidad. No se sentía Erso y Ponta le dolía demasiado.

El trabajo que le había ofrecido Risi era fácil pero tedioso y tardado. Jyn mantenía un estricto control sobre sus créditos. Podía vivir bien trabajando ilegalmente y ya tenía planeado adentrarse en el Borde Exterior, más allá de las Cinco Puntas. La Comandante Solange, aunque corrupta e ineficiente, seguía siendo la representante del Imperio en la estación espacial, y estaba demasiado cerca como para mantenerse tranquila. Jyn empezó a acercarse a todas las naves que llegaban al puerto espacial esperando encontrar a alguien que quisiera salir del sistema.

No encontró a nadie. Los holodramas que veía de niña presentaban el Borde Exterior como una fuente constante de aventuras, paisajes inusuales, nuevas especies que descubrir y misiones emocionantes en naves que cruzaban sistemas enteros como rayo. Pero Jyn pasaba sus días en un cuartito que rentaba en Rumitaka, encorvada sobre un replicador de códigos.

La sensación de que se estaba perdiendo de su vida por una mala decisión laboral se sentía más fuerte de noche, cuando Jyn falsificaba registros de naves para Risi. Borraba los reportes de daños en batallas espaciales y añadía un historial falso de puestos de revisión Imperial completados, o registros de aburridas diligencias. Al examinar un registro tras otro para modificarlos, Jyn estaba cada vez más segura de que Risi trabajaba para un grupo partisano subversivo. Tal vez no era el grupo de rebeldes de Xosad e Idryssa; este parecía más pequeño, suponía que de no más de seis naves. Ninguna de ellas era un transbordador como el de Saw ni un Y-wing como el que había visto en Skuhl.

Jyn dibujó la silueta de un Y-wing sobre el polvo de su mesa de trabajo. ¿Cómo habría sido su vida si Saw no los hubiera aislado en Wrea? ¿Si se hubiera unido a Idryssa y a su grupo de rebeldes? No habría aceptado la misión de Inusagi, que seguía dándole pesadillas de vez en cuando. Tal vez habría conocido a Hadder en alguna base rebelde de algún planeta lejos de Skuhl, porque de no haber sido por ella se habría ido con Xosad.

Y seguiría vivo.

No le gustaba saber el nombre de la sensación que llevaba tantos meses acosándola.

Arrepentimiento.

Borró su dibujo con la mano. De lo que se arrepentía era de haberse mezclado con grupos como el de Saw, como el de Xosad, como este. No sabía qué hacían en esos viajes que borraba de los manifiestos, ni con los códigos que falsificaba para pasar los bloqueos, pero Jyn no era tan ingenua como para creer que lo hacían por una causa que no fuera autoproclamarse defensores supremos de la justicia.

A fin de cuentas, nada de eso le importaba mientras tuviera créditos, un lugar donde dormir y algo que comer. *Eso* era lo único importante.

Esa noche, alguien tocó la puerta de la antigua casa en donde Jyn se hospedaba. Era tan persistente que se despertó aunque estaba en el segundo piso. Su casera profirió una retahíla de maldiciones mientras bajaba las escaleras para abrir. Jyn se sentó sobre su cama intentando oír lo que decían. La casera repetía en voz alta que la persona en cuestión no podía entrar.

Luego oyó el sonido de las botas. Jyn estaba segura de poder identificar a un stormtrooper por el ruido de sus pisadas.

Salió disparada de su cama y corrió por su replicador. Borró los datos lo más rápido que pudo. No fue minuciosa, pero algo era algo. Desapareció todos los registros y scandocs en los que había estado trabajando toda la semana. Podía volverlos a hacer, pero…

Su puerta se abrió de repente. Agarró la bufanda que se había quitado para dormir y se la echó como pudo sobre el pelo y el cuello para ocultar el cristal. Esperó verse recatada con su atuendo y no sospechosa.

—¿Tanith Ponta? —dijo el stormtrooper.

Jyn volteó con lentitud.

—¡Ya les dije que se llama Liana Hallik, no Tanith lo que sea! —gritó la casera—. ¡Esto es una violación de privacidad!

—Tiene que presentarse a un interrogatorio —dijo el stormtrooper.

—¿Estoy bajo arresto? —preguntó Jyn.

La casera la miró con extrañeza, como si apenas se le ocurriera que Jyn pudo haberle dado un nombre falso.

—No —contestó el stormtrooper.

—¿Puedo elegir si voy con usted o no?

—No.

—¿Puedo por lo menos vestirme primero?

El stormtrooper dudó un momento.

—Hace mucho frío afuera —dijo Jyn mirando sus brazos y piernas descubiertas.

—Puede vestirse. —El stormtrooper la miró con incomodidad desde la puerta mientras ella se ponía unos pantalones encima de los *shorts*, otra camiseta y un abrigo grueso. Se metió las botas a pisotones y se presentó frente al stormtrooper con fastidio.

—No vaya a rentar mi habitación, ¿eh? —le dijo Jyn a la casera—. Ahorita vengo.

La anciana asintió con vehemencia. Jyn esperó que fuera igual de honesta y no se robara los créditos que había escondido en el colchón.

El stormtrooper condujo a Jyn de regreso al puerto espacial. Risi Amps estaba sentado en el piso con la espalda contra la pared y las manos esposadas en duracero. Miró a Jyn con los ojos llorosos mientras el stormtrooper la empujaba para que avanzara. Los guardias que escoltaban a Risi lo obligaron a levantarse.

Para ella no era una buena noticia que hubieran arrestado a Risi. Evidentemente él había sido su intermediario con un grupo rebelde. Jyn podía alegar que no sabía que había estado trabajando para los partisanos, pero no podía negar que falsificar documentos fuera ilegal. No sabía por qué lo habían arrestado a él y no a ella, pero de todas formas moría de nervios. El stormtrooper la escoltó al interior de una nave imperial de transporte y se dirigieron hacia la estación.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO_

En la nave, durante el corto recorrido hasta Cinco Puntas, pusieron a Risi Amps en una celda separada. Jyn no lo volvió a ver hasta que acoplaron en la estación y dos stormtroopers lo escoltaron al exterior en silencio. El stormtrooper que estaba a cargo de Jyn dejó pasar unos largos minutos antes de hacer lo mismo. Afuera no había señales de los otros stormtroopers ni de Risi, ni de ninguna otra nave en ese nivel. Los puertos estaban vacíos y en silencio, salvo por ella, el stormtrooper y la elegante nave de transporte.

El stormtrooper caminó un poco detrás de ella, alerta a pesar de que no había nadie a su alrededor. Jyn se sorprendió: nunca habría pensado que la comandante sería capaz de dirigir tropas tan eficientes.

Al final de la bahía, el stormtrooper empujó a Jyn a un turbolift privado. Subieron tres pisos y salieron a un pasillo que Jyn reconoció como el cuartel general del Imperio en la estación.

—Por allá —dijo el stormtrooper empujándola por el pasillo hacia la oficina de la Comandante Solange.

Aunque traía un abrigo pesado que la hacía sudar, Jyn se sentía desnuda al no tener algún tipo de arma a su disposición. Se sentía como un nerf en la guarida de un rancor.

El stormtrooper se detuvo afuera de la puerta de la oficina. Presionó un botón y la elegante puerta esmaltada se deslizó hacia un lado. El stormtrooper no tenía intención de entrar, pero le indicó a Jyn que lo hiciera. Así que pasó con la frente en alto y la espalda derecha.

—Sí… —dijo una voz al otro lado de la habitación—. Ya veo por qué pensaste que sería buena elección, Solange.

Jyn sintió que un escalofrío recorría su columna con tanta fuerza que su pose de bravuconería se debilitó.

—¿Quién es usted?

La mujer inclinó la cabeza hacia atrás entornando un poco los ojos, tan azules como témpanos de hielo.

—No hables a menos que te lo pidamos —dijo en un tono autoritario que expresaba que no iba a tolerar discusiones. Jyn tampoco tenía la más mínima intención de confrontarla.

La insignia de la mujer indicaba que era almirante. Su uniforme gris lucía impecable y en contraste su piel se veía aún más pálida. Tenía el cabello rubio platino atado en una trenza tan apretada que a Jyn le dolía la cabeza sólo de verla. El único toque de color en su persona eran sus largas pestañas teñidas de rojo.

La almirante revisó un documento.

—Según nuestros archivos, llegaste bajo el nombre de Tanith Ponta —dijo en tono aburrido—. Pero te encontramos bajo el alias de Liana Hallik. —La analizó con la mirada—. ¿Cuál de los dos nombres es el real? —Como Jyn no respondía, añadió—: Ya puedes hablar.

—Hallik.

La almirante asintió. Colocó el archivo sobre la mesa de tal forma que Jyn pudiera ver su propia imagen con el nombre de Liana Hallik escrito arriba, seguido por el código de identidad que había falsificado cuando empezó a usarlo. Tal y como sospechó, los stormtroopers habían revisado su habitación después de llevársela, y asumieron que el scandoc que había dejado ahí era el verdadero.

La almirante le cedió la palabra a la Comandante Solange con un gesto de la mano.

—Te estábamos buscando, Liana —dijo la comandante—. ¿Dónde te habías metido?

Jyn le echó una mirada fría y no contestó. ¿Dónde se había metido? En el sistema Anoat, trabajando en un tanque tibanna de gas. Había pasado una época de un lugar a otro del Borde Medio, en Cerea y Coyerti, antes de pasar casi un año en Takodano, en un carguero que necesitaba códigos y no hacía preguntas, tanto tiempo que había olvidado la sensación de aire fresco para cuando regresó a la superficie.

—Por ahí —contestó Jyn.

—Bueno, no importa —dijo la almirante—. Tenemos un trabajo para ti. En el área hay una agrupación rebelde y queremos derrotarla. —La almirante carraspeó.

—Y *vamos* a derrotarla —corrigió la Comandante Solange—. Es un grupo partisano particularmente violento. Han estado usando al criminal Risi Amps para obtener unos códigos de autorización que les permitieran evitar las medidas de seguridad que el Imperio ha implementado en este sistema.

La mujer levantó una ceja. Jyn estaba consciente de que en esa habitación todas sabían que era ella quien había hecho los códigos.

—Por desgracia, Risi Amps tiene información equivocada sobre la ubicación de este grupo partisano —comentó la almirante en tono impaciente.

—La Almirante Rocwyn ha trazado un plan para ayudarnos a localizar su base —continuó la comandante—. Ahora que Risi Amps ha sido arrestado, van a necesitar otra forma de evitar nuestros bloqueos. Queremos que seas tú quien los provea. Tenemos códigos adicionales que deberás agregar para que podamos rastrearlos. Esta nave será la abeja que nos lleve a la colmena.

Jyn pensó en alegar que no sabía falsificarlos, pero supuso que eso no serviría más que para molestar a la almirante. En lugar de eso dijo:

—No tengo un replicador de códigos.

La Comandante Solange abrió un cajón de su escritorio y sacó uno nuevo. Jyn lo abrió para ver qué contenía y notó que había un programa de rastreo preinstalado.

—¿Cuánto ofrecen como pago? —preguntó Jyn.

La almirante le sostuvo la mirada tanto tiempo que la incomodó, pero no tanto como para que Jyn se acobardara y rompiera el contacto visual.

—Síganme —dijo la almirante al fin, avanzando a zancadas hacia la puerta. No se dio la vuelta para revisar que ambas la siguieran, sabía que lo harían.

Recorrieron un pasillo de azulejos blancos y cruzaron una puerta con cerrojos de alta seguridad resguardada por un par de soldados imperiales. La habitación que estaba detrás de la puerta tenía poca luz y olía mal, como a quemado y metálico.

—Hola, Bardbee —dijo la almirante con amabilidad.

En la penumbra, Jyn divisó a una criatura blanca que estaba colgada en el centro de la habitación. Tenía forma de diamante y su torso era del tamaño de Jyn, pero con membranas casi traslúcidas; una conectaba su cabeza con las puntas de sus dedos y otra iba de los dedos a los tobillos.

—Los rayeth son gente extraña —observó la almirante con indiferencia—. Son anfibios, ¿sabes?

—Sí. —Era cierto. Recordó la primera vez que los había visto, en Inusagi, suplicándoles a los stormtroopers que les permitieran entrar al palacio. Lucían hermosos y elegantes mientras danzaban sobre las aguas azules de las pozas. Cuando se envolvían en sus membranas, parecían altos y nobles.

Considerando la dignidad de sus recuerdos, era particularmente raro y cruel ver a ese rayeth expuesto de esa manera. Tenía los brazos estirados al máximo, dolorosamente inmovilizados por un par de esposas magnéticas empotradas a la pared. Intentaba zafarse de ellas; el instinto de cubrir su cuerpo para protegerse era más fuerte que el dolor que las ataduras le causaban a sus muñecas ensangrentadas. Su rostro era plano excepto por una pequeña protuberancia con dos ranuras para respirar y una hendidura horizontal para comer. Tenía los ojos de un blanco lechoso y de ellos goteaba una especie de moco pegajoso que resbalaba por sus mejillas.

Era llanto.

—Este rayeth en particular se hace el difícil —continuó la almirante en tono ligero—. Ha trabajado por años con el grupo partisano que estamos buscando y sabemos con certeza que conoce la ubicación de su cuartel principal y sus rutas de operación. Pero no se le da la *maldita* gana hablar. —Mientras pronunciaba esas palabras, le dio unas palmaditas en la cara. Luego quitó la mano con asco y se limpió el moco con un pañuelo.

—Por eso te necesitamos —continuó la almirante.

El rayeth jaló sus ataduras emitiendo un gruñido grave. Miró a Jyn con rabia, sus ojos blancos destellaron. Lo torturaban para obtener la misma información que ella les iba a regalar.

—Ya, ya —reprendió la almirante. Llegó un droide interrogatorio. El rayeth gimoteó, pero no disminuyó la ira de su mirada.

La Almirante Rocwyn se dirigió a Jyn:

—Me pediste un pago. Me parece que ya llegamos a un acuerdo —dijo con voz tranquila.

—Sí —susurró Jyn. Su pago sería su libertad. Su pago sería no sufrir la misma suerte que ese rayeth.

Honestamente, la presencia del Imperio en las Cinco Puntas siempre había sido una broma. La Comandante Solange había dañado su rango, su reputación y su autoridad al meterse a las casas de apuestas. Con su sola presencia, esa nueva almirante había restaurado el terror y el servilismo que el Imperio requería.

«¿Cómo le hace el Imperio para reclutar a tanta gente horrible?», se preguntó Jyn contemplando el cuerpo demacrado del rayeth.

—Este grupo de partisanos en particular se empeña en ser antihumano —continuó la almirante y volteó a ver a Jyn—. Pagamos a un contacto para que te recomendara y hablara bien de ti. Contigo han hecho una excepción y te recibirán.

—Sí, conozco ese tipo de grupos —dijo Jyn. Intentó con todas sus fuerzas enfocarse en la mirada imparcial de la almirante, no en el rayeth que la escrutaba.

La almirante levantó una ceja.

—Sin duda —dijo a manera de insulto, y Jyn no pudo evitar sonrojarse. La almirante hizo un gesto displicente—. Encárgate de los detalles —le dijo a la Comandante Solange y las despidió a ambas.

La Comandante Solange salió de la habitación de inmediato. Jyn pausó un momento y luego la siguió.

—Bien, ¿en dónde nos quedamos? —le preguntó la almirante al rayeth justo antes de que la puerta se cerrara. Mientras caminaba por el pasillo, Jyn oyó que el rayeth no dejaba de gritar. Cuando ya había llegado a la oficina de la comandante para recibir las instrucciones finales de su tarea, aún podía oír sus alaridos.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO_

Unirse al grupo partisano fue demasiado fácil.

Jyn tenía el nombre de un contacto y el número de la nave. Se dirigió al crucero XOI mediano y se presentó como Liana Hallik. Cuando la capitana de la nave la interrogó más a fondo, tuvo que dar el nombre de su contacto y decir que había trabajado con Risi Amps antes de que lo arrestaran. Hizo referencia a varias cosas concretas que ya había hecho para el grupo, como alterar sus registros.

—Eso me gusta —dijo la lideresa del grupo, una devaroniana de nombre Blue—. Ya has trabajado para nosotros, pero tan en secreto que ni siquiera nosotros sabíamos.

—Más bien Risi nunca dijo nada porque no quería perder dinero si los contactaba directamente.

—Risi habla el lenguaje universal del dinero —dijo—. Tú y yo hablamos el mismo idioma. —Echó un brazo sobre los hombros de Jyn. Su pelaje suave le hacía cosquillas en la nuca.

Jyn sacudió la cabeza.

—Sólo quiero que me paguen. —Se le revolvió el estómago; estaba atrapada entre el Imperio y los rebeldes, y lo odiaba con todo su ser.

El grupo de Blue operaba por todo el sistema de las Cinco Puntas. Pocas veces hacía diligencias en los sistemas vecinos. A pesar del tamaño de su nave, la tripulación era pequeña: Blue, Jyn, un par de hermanos ma'cella, un piloto krish de edad avanzada y un mecánico cuya especie Jyn no pudo identificar y le dio pena preguntar. Al principio era raro ser la única humana, pero pronto estableció una cómoda camaradería con los demás.

—Trabajas rápido —comentó Blue mientras Jyn subía un nuevo manifiesto y una serie de códigos al sistema central de la nave después de la primera semana de vuelo. La nave no había hecho más que un par de viajes ilegales de carga; Blue quería mantener un perfil bajo después de lo de Risi Amps, por si acaso.

—Gracias —dijo Jyn.

—Estoy pensando que vayamos a Watassay pronto —continuó y le dio un trago al caf de su cantimplora térmica.

—Está bien.

—Pero no quiero que nadie sepa que hemos ido. ¿Puedes poner Hirara en el manifiesto?

—Claro. —Jyn tomó su replicador, pero se detuvo. No tenía nada que hacer con él; el sistema de la nave tenía un código de seguimiento imperial. La Almirante Rocwyn sabía a dónde iban y dónde habían estado con exactitud. Pero si iban al cuartel principal, la participación de Jyn en ese grupo se terminaría antes de lo esperado.

—¿Qué hay en Watassay?

—Trabajo —contestó Blue.

Watassay estaba rodeado por un bloqueo imperial.

—Es hora de ver si funcionan tus códigos de autorización, chica —dijo Shawburn, el piloto de la nave de Blue.

—Funcionarán —dijo Jyn con confianza. «Sobre todo porque son de verdad».

Hubo un silencio tenso mientras escaneaban la nave, pero la autorización de acoplamiento apareció en breve en la pantalla del comm.

—Bien hecho —dijo Blue con voz amable, dándole a Jyn un apretón reconfortante en el hombro.

Resultó que el trabajo consistía en descargar las cajas almacenadas en el carguero. Todas estaban llenas de alimentos nada apetitosos, una serie de nutrientes de fácil distribución entre los locales.

—Gracias, gracias —repetía el hombre que aceptó la entrega. Tenía las mejillas hundidas y un aspecto demacrado.

Blue hizo que la tripulación trabajara lo más rápido posible bajando las cosas y ayudando a distribuirlas en aquel pueblucho diminuto. Regresaron al aire lo antes posible.

—¿Qué tenían esas personas? —le preguntó Jyn a Blue.

—¿Cómo que qué tenían?

—Se veían muertas de hambre.

—Porque lo están. —La piloto krish miró a Jyn con ojos abiertos ante su ingenuidad—. ¿Por qué crees que les trajimos comida?

Jyn miró a la mesa.

—El Imperio quiere apropiarse de esa parte de Watassay para explotarla, así que los están matando de hambre —explicó Blue—. Tienen prohibido importar comida. Este es el primer cargamento que les llega en todo el mes estándar. Dwindun dijo que están reblandeciendo cortezas de árbol para llenarse con algo. Lo que les dimos los ayudará un rato.

Jyn sintió algo en el alma, como si un cuchillo le apuñalara el corazón. Miró el replicador de códigos que tenía en la mano. Ya había infectado la nave con el rastreador del Imperio, estaba hecho y no había forma de deshacerlo.

«¿Por qué no se ayudan solos? —pensó Jyn con crueldad. ¿Cuántas veces había hecho esto el Imperio? Siempre empujaban a las compañías a la bancarrota y se adueñaban de sus planetas—. Pudieron haberse ido». No necesitaban a Blue, necesitaban salir de ahí. Jyn había aprendido a fuerza de golpes que cuando el Imperio tocaba a tu puerta, lo mejor era correr.

Esa misma tarde, Jyn se acurrucó sobre la banca, detrás de la mesa, con una pantallita cargada de holodramas viejos. La misión del día los había afectado a todos y a bordo reinaba el silencio.

Sintió que Shawburn la miraba.

—¿Qué pasa? —preguntó Jyn levantando la mirada de la pantalla.

Shawburn sonrió con nostalgia.

—Me recuerdas a Bardbee.

El nombre le sonó conocido a Jyn.

—¿Quién es Bardbee?

—Era un miembro de nuestra tripulación. Lo capturaron en Uchinao después de que salió mal una misión. Solía echarse en esa banca después de las misiones, justo como estás tú ahora. Bueno, no *justo* como tú. Era un rayeth largo y alto, con membranas…

Shawburn siguió recordándolo, pero Jyn sentía ganas de vomitar. Claro que lo conocía.

—En fin, no hemos sabido de él desde su arresto —dijo Shawburn.

Jyn sí había sabido de él y de sus gritos. Burta, la mecánico de la nave, las observaba conversar mientras trabajaba en un catalizador de repuesto.

—No creas que puedes reemplazarlo —gruñó.

—No es esa mi intención —dijo Jyn en voz baja.

—Claro que no es eso lo que quiere. —Shawburn salió en su defensa con una voz estridente—. Además, Bardbee no falsificaba códigos. Liana se ha ganado su lugar aquí.

Jyn se retorció por dentro. Esa chica la defendía sin siquiera saber su nombre real.

Burta puso los ojos en blanco. La piel color lavanda de su frente estaba manchada de aceite negro de motor, que intentó limpiarse.

—Eso creen todos los humanos —musitó.

Shawburn se dirigió a Jyn:

—No le hagas caso, esa odia a todos los humanos por igual.

—Pues yo no veo a ningún krish en el Imperio —rebatió Burta—. Ni devaronianos, ni nada por el estilo.

—Yo no trabajo para… No soy una imperial —balbuceó Jyn de manera poco convincente.

—Nadie dice que lo seas —dijo Shawburn lanzándole una mirada fulminante a Burta.

—Siempre me he preguntado cómo sería esta galaxia sin humanos —dijo Burta ignorando por completo a Jyn—. Tal vez los krish nunca se habrían ido de su planeta. —Señaló a la piloto con la cabeza—. No sé si habría terminado en una nave espacial.

—Muchas especies tienen la capacidad de viajar por el espacio —protestó Jyn—. Eso no es exclusivamente humano. Los humanos no sabrían hacerlo de no ser por…

Burta la interrumpió.

—No es eso lo que estoy diciendo. Sólo digo que los humanos se propagan por todas partes. —Respiró profundamente.

—¿Se propagan?

—Nunca están a gusto. Siempre tienen que moverse y ocupar nuevos planetas. Todo «asentamiento», colonia o puesto en el Borde Exterior siempre es de humanos, ¿no? Siempre son ellos la plaga que invade a la galaxia, la gente, las plantas y los animales de los demás mundos. Y ahora los rebeldes se pelean contra el Imperio, arrastrando a un montón de especies cuando no son más que otro montón de humanos.

—Hay gente que lo consideraría una habilidad. Los humanos nos adaptamos. Si hay montañas, construimos trepadores de riscos. ¿Demasiada agua? Submarinos. ¿Un planeta de hielo? Igurts irradiados. La gente se adapta.

—Sí, pero ¿se adaptan u obligan a su entorno a adaptarse a ellos? Nada de lo que hacen es normal.

Jyn no había considerado ese punto jamás. Pensó en su familia: su padre trabajaba en la extracción de cristales con el Imperio hasta que los planetas no tenían nada más que darles, su madre intentaba proteger planetas del Legado y estudiaba el refugio B'ankor en Coruscant.

Aunque también había cosas muy hermosas en la galaxia. De no haber sido por sus padres, no habría conocido las cuevas de cristal de Alpinn. No habría ido a Wrea, ni habría visto cómo ahí llovían meteoritos desde el cinturón de asteroides hacia la superficie del planeta. No habría ido a Skuhl, ni probado el bunn, ni visto un bulba ni besado a Hadder.

—Hay miles de especies en la galaxia —protestó de nuevo—. No podría ni siquiera contar todas las que viven en Coruscant…

Burta le hizo un gesto con la mano.

—Es la excepción a la regla. Todas las especies tienen un bicho raro que quiere explorar, irse lejos de su planeta natal.

—¿Incluyéndote a ti?

Burta se entristeció de repente.

—Incluyéndome a mí.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS_

Blue aceptó dos trabajos legítimos más antes de abastecerse de alimentos en Satotai y llevarlos a Watassay de nuevo. Jyn comenzaba a dudar de que fueran a su cuartel secreto, el que al parecer conectaba a su grupo con una red más grande a la que estaba dando caza el Imperio.

Empezaba a gustarle trabajar con Blue y el resto de la tripulación…, y lo odiaba. Entre más se hacía su amiga, más consciente estaba de la futilidad de todo. Ya había infectado el sistema con un código rastreador. Cada vez que pasaban un puesto de revisión imperial o un bloqueo, Blue le sonreía alegremente mientras Jyn pensaba que la Almirante Rocwyn estaría siguiéndolos de cerca.

No es que creyera que Blue estaba en lo correcto al rebelarse ante el Imperio, sólo le caía bien como persona, al igual que toda su tripulación. Si pudiera convencerlos de hacer otra cosa que no fuera intentar mermar al gigante, de irse del sistema y dejarse de insurgencias, se uniría a ellos con gusto.

El día antes de llegar a Watassay, Blue tocó a la puerta de Jyn.

—Llevas poco tiempo con nosotros y a la tripulación le gusta trabajar contigo.

—A Burta no.

Blue rio.

—Pero le caes bien para ser humana. No te preocupes, cada vez confía más en ti. —«No debería», pensó Jyn—. En fin, después de esta misión, vamos a salir del sistema. Trabajamos con otras personas, otros partisanos. Quiero que los conozcas. Creo que te va a gustar lo que estamos haciendo.

A Jyn le dio un vuelco el corazón. Al fin la iban a llevar a la base de operaciones y todo se acabaría. El cariño que sentía por Blue la hizo ser honesta.

—Blue… No entiendo. Tienes una nave y una tripulación. ¿Para qué te metes con el Imperio tú sola?

Blue se inclinó hacia adelante, misteriosa.

—¿Quién dice que estoy sola?

«Maldita sea», pensó Jyn.

—Mira, Blue, me caes muy bien. Pero no estoy aquí por ideales ni nada por el estilo. Sólo me importan los créditos. No quiero involucrarme en algo más grande. He visto lo mal que se ponen las cosas y no quiero ser parte de eso.

—Liana, tú viste lo que hicimos en Watassay, el cambio enorme en las vidas de esa gente.

—No. Sólo vi a un montón de personas que no debieron haber reclamado una mina sino haber huido hace mucho tiempo —contestó bruscamente—. Lo mejor que puedes hacer es dejarte de grupos y no buscarte enemigos en el Imperio. —«O aliados en la rebelión», pensó.

Blue le sostuvo la mirada mucho tiempo.

—No lo creo. Y no creo que tú lo creas.

—Pues te equivocas —prometió Jyn.

—Ya veremos. —Sonrió. Cerró la puerta al salir y Jyn se quedó en silencio.

«Lo intenté, por lo menos».

Blue era demasiado buena para ser rebelde.

—Siempre me pone de nervios ver Destructores Estelares —dijo Shawburn al ver el bloqueo que rodeaba Watassay—. Una nave de ese tamaño no es normal.

—No hay por qué ponerse nervioso —dijo Blue desde el asiento del copiloto—. Liana nos cubre la espalda, ¿verdad? —Miró a Jyn con una sonrisa.

Jyn tragó saliva con dificultad. Moría por dejar de estar entre dos grupos que odiaba. Ya casi terminaba. Y después, aunque se gastara hasta el último de sus créditos, se iría del sistema de las Cinco Puntas.

—Estamos subiendo los códigos de autorización y el manifiesto —dijo Shawburn.

—Nos agarraron con un rayo tractor —dijo Blue, tensa.

—¡Los códigos no están funcionando! —Burta miró a Jyn con desprecio.

—Deberían… —dijo Jyn, sorprendida.

—Sólo están haciendo un escaneo más profundo —dijo Blue para cortar la tensión—. Claro que van a aceptar los códigos de Liana.

Después de varios minutos de incertidumbre, Shawburn anunció:

—Códigos válidos.

Jyn exhaló con alivio; Burta la miró con sospecha.

—Todavía no nos quitan el rayo tractor —dijo Blue.

—El Destructor Estelar nos está jalando directamente —añadió Shawburn. Una alarma constante llenó el cuarto de control—. Deberíamos contestar.

Bip, bip, bip…

—Sí, deberíamos —convino Blue. Pero dudó un rato más antes de contestar el holo entrante.

—Soy la Almirante Rocwyn, del Destructor Estelar *Authority* —dijo la almirante con voz nítida—. Esta nave ha sido identificada como parte de un grupo partisano que trabaja para debilitar al Imperio.

—¿Cómo lo supieron? —preguntó Shawburn con un tono que a Jyn le rompió el corazón.

—Prepárense para ser abordados. No intenten oponer resistencia. —La voz de la almirante se interrumpió de golpe.

—Sí, ¿*cómo* supieron? —rugió Burta acusando a Jyn con la mirada.

—Calma —ordenó Blue—. Aún no sabemos nada. No tienen pruebas y nuestros documentos están en orden. —Miró a Jyn con confianza y le sonrió discretamente—.

Ustedes dos, vengan conmigo —ordenó a Burta y Jyn después de darle a Shawburn la orden de desbloquear el portal.

Las tres avanzaron en silencio por el pasillo de metal que llevaba al tubo transportador. Blue se paró con la espalda recta y los ojos fijos en el portal. En cuanto se abrió, dos stormtroopers subieron a su nave. Le costaba hasta el último ápice de voluntad mostrar coraje y Jyn se dio cuenta.

Un par de oficiales imperiales seguían a los stormtroopers. La Almirante Rocwyn llegó escoltada por dos soldados más. Todos rodearon a Blue, Burta y Jyn.

—Aseguren la nave —dijo la almirante con indiferencia. Tres de los stormtroopers obedecieron su orden.

—Almirante —dijo Blue con voz firme—, nuestros documentos están en orden. Estamos realizando una operación legítima de transporte de carga de sistema a sistema. Pagamos nuestras tarifas y…

La almirante la interrumpió con un gesto de la mano, aburrida.

—Todos están bajo arresto por conspirar contra el Imperio.

Ni siquiera se dignó a mirar a Blue a la cara cuando lo dijo.

Antes de que Blue pudiera protestar, el cuarto stormtrooper le colocó las esposas a la devaroniana.

—¡Malditos! —gritó Burta. El stormtrooper disparó su bláster y ella cayó al piso. Blue gritó. El bláster estaba en modo paralizar, y el stormtrooper esposó a Burta antes de que despertara.

Y Jyn sólo miraba, atónita.

El stormtrooper se acercó con unas terceras esposas.

—No, no, no… —dijo Jyn haciéndose para atrás y sacudiendo la cabeza.

Blue entornó los ojos.

—A ella también —ordenó la almirante.

—¡No! —gritó Jyn intentando zafarse del stormtrooper.

—¿Cómo lo supieron? —rugió Blue luchando contra las esposas.

La almirante sonrió lenta y maliciosamente.

—¡¿Cómo?! —gritó Blue. Los demás stormtroopers regresaron al puerto con el resto de la tripulación esposada y cabizbaja.

—Su asqueroso rayeth los delató antes de morir —dijo la Almirante Rocwyn—. Pero aunque no lo hubiera hecho, su amiga Liana nos hizo el favor de plantarles un rastreador. Lo sabemos todo. Como capitana, recibirá la pena de muerte por su traición. Los demás, quién sabe —dijo exponiendo los hechos tal como eran, y se encogió de hombros.

—¡Traidora! —le gritó Blue a Jyn.

—Intenté advertirte —dijo Jyn, pero sólo encontró ira y desconfianza en su mirada.

—No lo intentaste lo suficiente. —Había tanto odio en sus ojos que Jyn se estremeció. Pero reconoció algo más que le recordó a Saw. Él tenía esa misma furia.

En *shock*, Jyn se percató de que antes ella también sentía esa fe por una causa. El corazón le dio un vuelco dentro de su pecho vacío.

—A ella también —insistió la almirante, impaciente—. Apúrense.

—¡Hice lo que me pidieron! —dijo Jyn girando para dirigirse a la almirante. Se avergonzó del tono de súplica de su voz, de que la tripulación del XOI era testigo de su traición.

—¿Crees que eso te da algún tipo de beneficio? —dijo la almirante fingiendo confusión—. No seas estúpida, niña; no eres más que una criminalucha de segunda. No nos sirves para nada. Además, si te necesito, sabré donde encontrarte. Estarás en uno de los gloriosos campos de trabajo del Imperio.

El stormtrooper empezó a ponerle las esposas mientras ella estaba ahí parada, inmóvil y abrumada. Sintió una oleada de pánico puro y duro. Cuando el stormtrooper tomó su otra mano para esposarla, dio un giro salvaje para darle un puñetazo al casco.

—No oponga resistencia —ordenó el stormtrooper.

—Haré lo que se me pegue la gana —gruñó Jyn. Le pateó las piernas por debajo, abatiéndolo al suelo. Otro la atacó, lastimando su brazo al girarlo detrás de su espalda, pero Jyn se zafó y lo empujó. Algo primitivo hervía en su sangre y luchó con toda su furia y desesperación. Estaba segura de que si no escapaba ahora, jamás lo haría.

Pero no sirvió de nada.

Con ayuda de un palo aturdidor y una patada en las costillas, el stormtrooper logró arrastrarla, esposarla y obligarla a pararse al lado de Blue. La almirante regresó a su Destructor mientras los soldados se preparaban para echarlos a la prisión de la nave.

Jyn se quedó viendo el piso de metal. Los ojos le ardían. Sentía que Blue la estaba mirando y se atrevió a devolverle la mirada a ella y a Shawburn. La habían aceptado y acogido. Querían que fuera parte de su causa. Pusieron su esperanza en sus manos, y ella la había tirado a la basura a cambio de *nada*.

Al final no había ayudado ni a Blue, ni a la causa ni a sí misma. Sólo había querido escapar del tipo de vida que ahora la aplastaba.

«Si de todas formas iba a terminar así —pensó Jyn mientras la escoltaban los stormtroopers—, debió haber sido por mucho más que nada».

CENTRO IMPERIAL DE DETENCIÓN Y CAMPO DE TRABAJO LEG-817
UBICACIÓN: Wobani
PRISIONERO: Liana Hallik, #6295A
CRIMEN: Falsificación de documentos imperiales, resistencia al arresto, asalto con agravantes, posesión de un arma no declarada (x2)

MES 05_

El juicio había sido una broma. La Almirante Rocwyn había declarado la condena mirándola lo menos posible. A Jyn no le permitieron testificar ni defenderse de los cargos de falsificación y resistencia al arresto. Cuando intentó protestar y explicar que había hecho falsificaciones para el Imperio y se había resistido a un arresto injusto, la Comandante Solange había entrado en pánico y le había sugerido a la almirante que le pusiera un bozal a Jyn. El acero helado envolvió su cabeza cubriéndole la boca; no le permitieron decir ni una palabra más hasta que el almirante la condenó al campo-prisión LEG-817, en Wobani.

Tuvo suerte dos veces. La primera había sido cuando la almirante Rocwyn pensó que sus scandocs eran legítimos y que su nombre real era Liana Hallik. La segunda fue cuando la revisaron en busca de armas y los stormtroopers que se encargaron de inspeccionarla pensaron que su collar era un pedazo de vidrio inservible.

Mientras se la llevaban, Jyn se preguntó si podría luchar. El bozal se le incrustaba en la delgada piel del cráneo, y las esposas que rodeaban sus muñecas eran pesadas y resistentes. Cuando intentó zafarse de los stormtroopers que la detenían, la sujetaron con más fuerza y uno de ellos le advirtió que tenía un palo aturdidor en la otra mano. Lo blandió frente a ella y Jyn no necesitó una segunda advertencia. No vio a Blue ni a los demás. Nunca los volvió a ver. Le gustaba fingir que habían logrado escapar de alguna manera, pero nunca lo creyó de verdad.

Y entonces la pusieron en el transporte-prisión y la llevaron a Wobani, donde el alcaide la encerró en su celda.

Y ya no hubo más oportunidades de escapar.

Tras la muerte de Zorahda, Jyn había tenido mucho tiempo para pensar. Se acordaba de Akshaya, quien creía que el gigantesco Imperio no se molestaría en deshacerse de hormigas como ella. Pensaba en su padre, quien había escogido al Imperio porque desde hacía mucho tiempo sabía que en realidad no tenía elección. Pensaba en Blue, quien había elegido luchar, quien creía que *esa* era la única opción.

Lo único que Jyn sabía con certeza era que su madre había creído en la esperanza, que era lo más importante del universo. A Jyn ya no le quedaba ninguna.

—Voy a escapar —dijo su nueva compañera de celda, una mirialana. Su piel suave, de color amarillo pálido, y el patrón de diamantes azules sobre su rostro destacaban en la luz tenue.

—Qué lindo —dijo Jyn, cansada.

—Lo voy a lograr —insistió Yalla con una voz que ya no era un susurro—. Tú puedes ayudarme.

—Sólo quiero dormir —dijo Jyn y se dio la vuelta en su cuchitril.

La mirialana hizo un ruido profundo de disgusto con la garganta.

—¿Por qué aceptas esto? —siseó en la oscuridad.

«Porque sí —pensó Jyn—. Esto es lo que hay».

—¿Qué eres? —preguntó Yalla después de tanto tiempo que Jyn pensaba que la conversación había terminado.

—¿Humana? —respondió Jyn sin saber a qué se refería Yalla.

—No, digo…, ¿eras una de los rebeldes? ¿Por qué estás en Wobani?

Jyn se volteó, el aire mohoso del colchón hizo un ruido mientras ella se movía. Podía ver los grandes ojos cerúleos de Yalla aun con tan poca luz, y la miraban.

¿Era Jyn una rebelde? En realidad, no. Incluso había trabajado *para* el Imperio, no en contra de él. Pero cuando le importaba, cuando amenazaron a Hadder y a Akshaya, cuando Jyn se encontró de pronto en una nave prisión… Cuando le importaba, Jyn había elegido su postura por instinto. Había decidido luchar. ¿Eso era suficiente para llamarse rebelde?

Yalla esperaba su respuesta.

Jyn volvió a voltearse hacia la pared.

Yalla era parte de un grupo de prisioneros nuevos. En Wobani, conocía a otras personas, una red de gente que provenía de los planetas del sistema mirialano. Una pequeña milicia rebelde. El Imperio había dividido al grupo en varias prisiones, pero no lo habían hecho lo suficientemente bien. Yalla contactó a otros prisioneros por medio de breves intercambios en código.

Y cada noche, Yalla miraba a Jyn con desprecio.

—Podrías hacer mucho más —decía, decepcionada—. Podríamos tomar la prisión entera. No hay tantos guardias, la prisión está sobrepoblada.

Jyn la ignoraba.

Pero veía cómo y con quién hablaba Yalla. Vio cómo se llevaba una punta láser de su destacamento y dónde la escondió, debajo de su colchón. Se dio cuenta de que Yalla estaba más y más nerviosa, esperando una especie de mensaje.

Yalla hacía que Jyn se acordara de Saw. Una vez él le había dicho que una persona podía cambiar el curso de una guerra con nada más que un palo puntiagudo. En ese

entonces Jyn pensaba que él creía en ella y en su habilidad para hacer maravillas de ese estilo. Ahora sabía que ella no era ese tipo de persona, pero Yalla quizá sí.

Y entonces llegó el momento. El grupo de Yalla esperó hasta una hora antes del inicio del turno. Sonó una alarma en los pisos superior e inferior al suyo, y Yalla se levantó de un brinco, lanzó su colchón a un lado y sacó la punta de láser junto con un taladro grande de impacto que por alguna razón Jyn no había visto.

—Ya es hora —dijo con una ferocidad en la voz que la prisión no había logrado quitarle—. ¿Le entras o no?

La puerta de su celda se abrió de golpe y Jyn se le quedó viendo, impactada. Antes de poder responder, Yalla le puso el taladro en las manos.

—¡Vamos! —gritó mientras salía corriendo con la punta de láser en alto.

Tras cruzar la puerta, logró avanzar seis metros; entonces empezaron los disparos de bláster. Dos ráfagas cortas y Jyn vio el cuerpo de Yalla desplomarse en el suelo. Un enjambre de stormtroopers entró en el corredor, dos de ellos se apresuraron a entrar en la celda de Jyn.

—¡Está armada! —dijo un stormtrooper.

Jyn dejó caer el taladro al suelo con los ojos muy abiertos y levantó las manos.

Después de eso, llegó una nueva compañera de celda, Nail. No sabía de qué especie era, y Nail no era el tipo de persona a la que le gustaba una conversación amistosa. Era de estatura baja, tenía tentáculos alrededor de la boca, ojos gelatinosos y dedos largos. Y odiaba a Jyn por alguna razón que no podía comprender.

Aun así, Jyn apreciaba a su nueva compañera de celda.

No la obligaba a tener esperanzas en nada más.

CENTRO IMPERIAL DE DETENCIÓN Y CAMPO DE TRABAJO LEG-817
UBICACIÓN: Wobani
PRISIONERO: Liana Hallik, #6295A
CRIMEN: Falsificación de documentos imperiales, resistencia al arresto, asalto con agravantes, posesión de un arma no declarada (x2), fuga

MES 06_

Jyn había decidido que la esperanza era lo más peligroso de estar en prisión. Conseguía que las personas hicieran estupideces. Les hacía creer que había vida del otro lado de esas paredes.

Además, la esperanza *dolía*.

Era un dolor físico y profundo en el pecho. Los pocos días que le asignaban labores de granja, Jyn sentía que el dolor se comía sus pulmones cuando el polvo la hacía toser. Le roía el estómago cuando los cubos de ración no satisfacían su hambre. Le quemaba la garganta cuando los stormtroopers no se dignaban a rellenar su cantimplora de filtración. Le picaba los ojos todas las noches antes de desmayarse de agotamiento.

Había hormigas en la celda, seguramente atraídas por el olor de Nail. Su compañera de celda estaba resultando un poco difícil, incluso había amenazado con matar a Jyn. Otro peligro al que sobrevivir.

Jyn miraba las hormigas mientras marchaban por la pared hasta la esquina donde empezaba el techo. No tenían nada que comer ahí, pero aun así marchaban. Jyn puso una mano en la pared, bloqueándoles el camino, y ellas ajustaron la ruta siguiendo las curvas de la orilla de sus dedos.

Las hormigas la hicieron pensar en Akshaya, quien la hizo pensar en Hadder, y Hadder le recordó lo mucho que había perdido.

Se abrazó las rodillas y llevó una mano a la cuerda de cuero que rodeaba su cuello. No le habían quitado el collar. Pensó que se lo quitarían, pero no lo hicieron. Aún tenía ese vínculo con su madre, con su pasado.

No sería difícil morir. En Wobani presenciaba muertes a diario. Sólo era cuestión de dejar las armas y negarse a trabajar. Entonces venía un stormtrooper con un bláster y todo terminaba.

Así de simple.

Jyn sintió el pecho lleno de ceniza, pero todavía ardía una brasa, entre anaranjada y roja, que se rehusaba a apagarse.

Jyn apretó el cristal de kyber y sus orillas duras se le clavaron en los callos de las palmas. Su madre le había dado el cristal porque esperaba que sobreviviera. Que viviera.

Que no se diera por vencida, sin esperanza.

Sonó la alarma del inicio de turno. Jyn se puso de pie. Su compañera de celda también. Esperaron junto a la puerta. Si tenían suerte, las seleccionarían para labores de granja.

Tuvieron suerte.

Cuando las puertas se abrieron, levantaron las muñecas esperando que un stormtrooper les colocara las esposas. Jyn no se inmutó cuando el pesado metal se cerró sobre su piel y la luz de la base cambió de verde a rojo. Ella y su compañera de celda se formaron detrás de los demás. Marcharon marcando un ritmo que sacudía las paredes. Jyn sabía qué hacer…, seguir sus órdenes. También sabía qué decir…, nada. Pero también observaba. Movía los ojos de derecha a izquierda, del stormtrooper a los otros prisioneros y las paredes. Estaba esperando.

Una oportunidad.

El tanque de transporte de prisioneros no era nada cómodo. No tenía que serlo. A cada prisionero le asignaban un pequeño asiento duro, de metal, que se desplegaba de la pared. Unos rayos de luz separaban los asientos unos de otros y el pasillo era lo suficientemente amplio para que los stormtroopers pudieran patrullar constantemente. Jyn bajó su asiento torpemente con las manos esposadas y se deslizó en él. Un stormtrooper se paró detrás de ella y usó los magnacandados para conectar sus esposas a la silla de metal.

En Wobani, el clima era sorprendentemente helado. El frío se colaba desde las paredes y conductos de ventilación del tanque hasta sus huesos. Flexionó los dedos. Los guantes que les daban a los trabajadores no protegían mucho contra el frío, su único propósito era mantenerles la piel pegada a las palmas para que pudieran seguir trabajando. Jyn recordó los guantes de sintepiel que había heredado de Maia y sintió una punzada de tristeza.

Frente a ella, la compañera de celda de Jyn tenía la vista clavada en el suelo. Los largos tentáculos de su boca, de un color rojo parduzco, colgaban temblando nerviosamente. Jyn se recargó en el asiento. El aqualish del grupo se quejaba, muy molesto, de la brusquedad con que el stormtrooper había sujetado los grilletes al asiento; le lastimaban las muñecas.

El motor del tanque prisión se calentó y se puso en marcha con una sacudida. Traqueteaba por el camino lodoso y sin pavimentar, haciendo que los prisioneros se zarandearan.

Luego Jyn sintió otro tipo de agitación.

Volteó hacia el gran portón gris que estaba al final del pasillo. Algo brillaba del otro lado como un sol naciente, asomándose entre las rendijas del marco. Y entonces la puerta se desprendió con una explosión.

Un stormtrooper que se había acercado fue empujado hacia atrás por la detonación, su cuerpo quedó expuesto en el pasillo. Jyn dio un brinco, maldiciendo las esposas que la mantenían inmóvil y con los ojos muy abiertos. Un grupo de humanos se apresuró a

entrar en el transporte, al frente de la fila iba un hombre alto, de cabello oscuro y con barba de algunos días. Mientras otros hombres empuñaban sus armas en posición defensiva, él recorría la cabina con la mirada. Era evidente que buscaba a alguien específico.

A ella.

EPÍLOGO_

Jyn respiró profundamente, disfrutando el aroma del aire fresco y las plantas de afuera, que se mezclaba con el olor del combustible y el hedor a fluido mecánico del interior.

—Vamos —dijo el líder de la misión de rescate, señalando hacia adelante.

—¿Qué *es* esto? —preguntó Jyn apresurándose para alcanzarlo.

—Esto es la Rebelión —dijo simplemente.

Miró con asombro mientras pasaban por un hangar lleno de X-wings y Y-wings, junto a personas que hablaban con emoción y droides que se movían a toda velocidad. Sus ojos captaron un vistazo del mundo exterior que se colaba a través de la puerta del hangar: vegetación exuberante, montañas poco altas y un zigurat con escalones de piedra que parecía levantarse en mitad de la jungla.

Siguieron avanzando hacia el interior de la base. El ambiente cambió: los chicos voladores ya no estaban haciendo bromas y felicitándose unos a otros por sus hazañas. Esa parte de la base era solemne, oscura. Jyn recordó las pistas que le habían dado Idryssa y Xosad de que estaba sucediendo algo grande, se estaba formando una alianza. No tenía idea de que sería *tan* grande, tan organizada.

Tan real.

Se detuvieron junto a una puerta y Jyn entró en la habitación, dubitativa. Era el centro de mando, comprendió. Una luz verde brillaba en los tableros de mapas y de estrategia. Unas personas se apiñaban en el cuarto hablando en voz baja, sin poder esconder su tono de preocupación y urgencia.

Cuando la puerta se cerró tras ella, el silencio se apoderó de la habitación.

Dos hombres, generales, se le quedaron viendo a Jyn. El mayor parecía juzgarla, y claramente la consideraba decepcionante. Pero Jyn no lo miraba a él. Tenía la vista puesta en la mujer que estaba de pie frente a uno de los tableros luminosos. Estaba completamente vestida de blanco, llevaba un hermoso collar y un par de pesadas cadenas de plata colgaba de sus hombros. Su cabello corto estaba peinado impecablemente, y sus ojos se dirigieron directamente a Jyn.

Ella fingió no saber quién era, pero sí la conocía. Cualquier persona con acceso a la HoloNet conocía a Mon Mothma, la senadora exiliada y presunta líder de la Rebelión.

«Los rumores eran ciertos», pensó. Volteó a ver a un hombre al que también reconoció de la HoloNet: Bail Organa.

Alguien se movió a la izquierda de Mon Mothma, un capitán que había surgido de entre las sombras. Tenía el cabello oscuro y unas arrugas afables alrededor de los ojos, aunque su expresión era seria. Había algo en él que a Jyn la hacía pensar en… algo que no podía identificar, pero su cara era familiar de cierta manera; era una cara en la que confió de inmediato. Parecía la clase de hombre que siempre conseguía que todos rieran. Jyn no podía quitarle los ojos de encima. Una parte de ella se preguntaba si quería reírse de ella, otra creía haber olvidado cómo lucían los rostros humanos. En Wobani no existía la risa.

—Tomen asiento —dijo la voz fría y uniforme de Mon Mothma.

Jyn se hundió en su asiento lentamente, nerviosa. Cautelosa. Un general se dirigió a ella.

—Te haces llamar… —Revisó sus archivos—. Liana Hallik, ¿es correcto?

A Jyn se le aceleró el corazón. Se sentía atrapada, expuesta, confundida.

El general volvió a mirar sus archivos con engreimiento.

—Posesión de armas no autorizadas, falsificación de documentos imperiales, asalto a mano armada, fuga, resistencia al arresto… Imagínate si las autoridades imperiales hubieran descubierto tu identidad real: Jyn Erso.

El mundo pareció caerle encima al oír su nombre.

«Lo sabe —pensó—. Todos lo saben».

El general lo estaba disfrutando.

—Ese es tu nombre, ¿no? Jyn Erso, hija de Galen Erso. —Hizo una pausa—. Un reconocido colaborador en el desarrollo de armamento imperial.

—Yo no tengo padre —dijo Jyn. Sus palabras mostraron la fuerza de su convicción.

—Una niña criada para ser soldado —dijo Mon Mothma con voz triste, o quizá cansada.

Jyn la miró. ¿Acaso Mothma esperaba que estuviera triste porque Saw le había enseñado a pelear, a sobrevivir? Pero no aprendió su primera lección de Saw. Viendo a Mon Mothma, recordó a sus padres, cómo huyeron de Coruscant e intentaron librarse del Imperio. Se establecieron en Lah'mu, pero su madre nunca dejó de sentir que seguían huyendo. Cuando llegó el Imperio, el padre de Jyn se rindió fácilmente. Demasiado. Pero su madre… Su madre había luchado.

Papá le dijo a mamá que corriera.

No lo hizo.

El Imperio le dijo que renunciara, que se entregara en silencio.

No lo hizo.

Jyn levantó la mirada y recorrió con ella a los rebeldes que estaban a su alrededor. ¿Quiénes eran ellos para juzgarla? No conocían el olor de la tierra mojada bajo la lluvia y el de la sangre por los disparos de bláster. No sabían identificar botas de stormtroopers con tan sólo oírlas. No se despertaban con pesadillas sobre el pasado, sobre las decisiones que la perseguían.

¿Había sido fácil para ellos, una decisión en blanco y negro como las armaduras de los stormtroopers, rebelarse contra el Imperio?

Mon Mothma y los otros le explicaron por qué necesitaban su ayuda. Los fantasmas de su pasado se burlaban de Jyn.

Jamás podría escapar de la sombra de su padre.

Pensó en Blue, en Hadder, en Saw, en su madre.

En su padre mientras se alejaba con el hombre de la larga capa blanca.

Le estaban pidiendo que encontrara a su padre, que lo encontrara y descubriera el arma que había ayudado a desarrollar. Era la vieja misión de Saw hecha realidad.

Jyn sentía el collar de kyber alrededor de su cuello. Recordó el momento en que su mamá se lo había dado, minutos antes de ser asesinada.

Pero recordaba todavía mejor cuando su padre le había dado el cristal a su madre. Estaban en Coruscant. Últimamente su madre se sentía intranquila, infeliz, pero su padre había recibido la financiación del Imperio, la oportunidad de continuar con su sueño de investigar a fondo los misteriosos cristales.

—Esto —dijo papá sosteniendo un pequeño cristal de kyber después de examinarlo en el espectrómetro cristalino— es mucho más que una roca.

—¿De verdad? —Su madre se rio—. A mí me parece una roca.

Papá negó con la cabeza.

—Eso es lo que hace a los cristales de kyber tan especiales —dijo—. Parecen piedritas inocentes, pero pueden canalizar más energía de la que puedes imaginar. Su historia está mezclada con leyenda, pero es un hecho que tienen el potencial de cambiar toda la galaxia.

—Una pequeña roca —dijo mamá, abrazándolo—. Y tiene una grieta.

Papá envolvió el cristal con un alambre de metal, lo colgó de un hilo y se lo puso a mamá. Le dio un besito y dijo:

—Nunca se sabe. Algo pequeño y roto puede ser realmente poderoso.

Lo último que papá le había dicho a Jyn fue que confiara en él.

Lo último que le había dicho mamá fue que confiara en la Fuerza.

No estaba segura de poder hacer ninguna de esas cosas, pero por primera vez desde que tenía ocho años estaba dispuesta a intentarlo.

Jyn tragó saliva. Miró las caras a su alrededor. Expectantes. Reconoció algo en sus rostros que no esperaba volver a ver.

«Esperanza».

Pensaba que su esperanza había muerto en Wobani, apagándose como una flama sin oxígeno. Antes de que Zorahda se suicidara, Jyn no tenía nada que ofrecerle, ni siquiera mentiras. Pero al ver a esas personas, al ver que aún creían tener una oportunidad (que dependía de *ella*), se volvió a encender en su corazón la chispa que llevaba tanto tiempo muerta.

No volvería a hundirse por no hacer nada. Le estaban dando una oportunidad. No cambiaría el pasado, pero quizás ayudaría a cambiar el futuro.

—Sí —dijo con firmeza—. Lo haré.

Acerca de la autora

BETH REVIS es la exitosa autora de la serie Across the Universe, de las novelas *The Body Electric* y *A World Without You*, y de numerosos cuentos cortos. Nacida en Carolina del Norte, Beth está trabajando en una nueva novela juvenil. Vive en el campo con sus chicos: un esposo, un hijo y dos perros del tamaño de ewoks.